
NATHAN
ATRACCIÓN, VENGANZA, DESEO Y CULPA
ESPE BS

ESPE BS

NATHAN
(SAGA 2050)
II

NOTA DE AUTORA

Querido lector, cada novela de la Saga 2050 tiene su principio y su final. Aconsejo leerla en el orden predeterminado para disfrutar

más de cada historia, ya que los personajes y protagonistas se entrelazan en cada relato.

Nathan (Saga 2050)
©-ESPE BS - 2025
ISBN: 9798285548225
Sello: Independently published
Depósito Legal: A302-2025


LA COMUNIDAD DEL NORTE
LA COMUNIDAD DEL CASTILLO
LA GRANJA
LA FORTALEZA
EL PAZO VERACRUZ
LA COMUNIDAD PIRATA
LA COMUNIDAD DEL SUR

PRÓLOGO

No me gusta bajar al sótano, está oscuro, huele mal, hay que estar en silencio y sin moverse, pero el señor William ha dicho que nos escondamos porque los hombres malos a los que llama piratas están aquí. El señor William es el jefe de nuestra pequeña comunidad, es un hombre fuerte y amable, siempre me cuenta historias del mundo como era antes del apagón total, él cuida de todos nosotros en este pequeño asentamiento situado en medio de unas ruinas y es lo más parecido a un padre que se puede tener.
Se oyen voces cerca, mamá me abraza contra su pecho y eso me calma, pero no lo suficiente para que desaparezca del todo mi miedo.

– ¿Mamá falta mucho? –susurro.
– Shhh… Nathan silencio –responde muy bajito.

El espacio es muy pequeño, somos veintitrés personas las que nos escondemos aquí abajo. Yo no sé contar, no conozco los números, pero mi tío Ryan me está enseñando, él tiene veintidós años y es el hermano pequeño de mamá.

Se ha hecho de noche y ya no se oye nada, quizás los piratas ya se hayan ido, es lo que pienso hasta que se oyen pisadas arriba de nuestras cabezas y todos aquí abajo contenemos la respiración. La última vez que vinieron se llevaron a todos los niños, ahora solo quedo yo.
Tengo mucho miedo, estoy temblando y mamá me abraza aún con más fuerza.

– ¡Seguid buscando! –dice una voz ronca que me hace estremecer– Tienen que estar escondidos en alguna parte.

No hay mucho donde buscar en nuestra pequeña comunidad, apenas son seis casas medio derruidas.
Estoy aterrado, nos van a encontrar y mi respiración comienza agitarse.
De repente se oye un gran estruendo, como si lanzaran algo con fuerza contra el suelo y se rompiera en mil pedazos. Me asusto tanto que no puedo evitar que se me escape un grito, mamá me tapa la boca con su mano, pero ya es demasiado tarde, los piratas no tardan en encontrar la trampilla que lleva al sótano y descubrirnos.

– ¡Todos fuera! –dice el que parece ser el jefe de los piratas– ¡¿No me habéis oído?! –grita– ¡Salir de una puta vez! O prendo fuego al sótano con todos dentro.

Subimos las escaleras y vamos saliendo poco a poco, uno tras otro. Es noche cerrada y no se vería absolutamente nada si no fuera por la luz que desprenden los faros de los vehículos de los piratas.
Puedo notar el miedo en cada uno de nosotros, las respiraciones aceleradas, los quejidos y llantos ahogados.
Me agarro con fuerza a la mano de mamá mientras salimos, miro a mi tío Ryan, puedo ver el miedo en sus ojos, yo también estoy aterrado, no quiero que me lleven con ellos.

– Vaya, vaya, vaya, mira tú por dónde a quién tenemos aquí. William cuánto tiempo sin verte –dice con sorna el pirata jefe.
– Deja tranquila mi comunidad Arturo, esta gente no ha hecho nada malo –responde William con firmeza.
– ¿Llamas comunidad a esta mierda de asentamiento?

El pirata jefe al que se ha dirigido el señor William, con el nombre de Arturo, le golpea con fuerza, obligándole a arrodillarse y comienza a alzar la voz.

– Escucharme bien todos, soy Arturo Cortés, hijo del gran Hernán Cortés, mi padre es el líder de la Comunidad Pirata y ahora nos

pertenecéis.

Se hace el silencio entre todos nosotros, el pirata Arturo se gira, me mira y sonríe maliciosamente acercándose a mí, mientras mamá me agarra aún con más fuerza.

– Pero mira que tenemos aquí –su tono de voz y su sonrisa me hielan la sangre–, hoy muchacho te vamos a convertir en un hombre.
– Por favor no le hagas daño, tan solo tiene siete años –suplica mamá.

Arturo le hace un gesto con la cabeza a uno de sus piratas y este agarra a mamá, arrancándola de mi lado. Arturo vuelve a mirarme, saca un revólver, se agacha para estar a mi altura y me lo muestra, nunca había visto un arma de cerca, solo en algún dibujo de algún libro, ya que apenas quedan armas de fuego en este mundo.

– ¿Te gusta muchacho? ¿Es una preciosidad verdad?

No contesto, tengo tanto miedo que no puedo ni hablar, Arturo abre el tambor del revólver y lo vacía dejando una única bala en su interior.

– Vamos a jugar a un juego –dice otra vez con su horrible sonrisa mientras hace girar el tambor y me obliga a agarrarla colocando el arma entre mis manos–, ahora levanta el arma hacia William y aprieta el gatillo.

Le miro con horror y niego rápidamente con la cabeza dando un paso atrás, pero no me lo permite.

– Este es el trato muchacho –continúa hablando–, tienes la posibilidad de salvar a tu comunidad, vas a disparar tres veces y si la única bala que hay dentro del revólver no sale, nos iremos y te dejaré en paz a ti, a tu madre y a toda tu comunidad, pero si la bala sale e impacta en William seréis nuestros prisioneros.
– Si quieres matarme solo hazlo Arturo –alza la voz el señor William–, no le hagas eso al muchacho, tan solo es un crío.

– ¡Cállate William! No estoy hablando contigo –grita el pirata jefe.

Arturo me obliga a levantar el arma y apuntar a William, el revólver pesa y tiembla en mis manos, un sudor frío recorre mi espalda mientras que la angustia me ahoga.
Miro a mamá que llora mientras uno de los piratas la retiene con fuerza. No quiero disparar al señor William, la rabia y el miedo se mezclan en mi interior tanto que mi respiración se agita descontrolada.
Sin decir ni una palabra más, Arturo saca un cuchillo y lo lanza contra Harry, el cocinero de nuestra comunidad, que se encuentra justo al lado de mi tío Ryan, este se queda petrificado al ver como Harry se desmorona y cae sin vida al suelo con el cuchillo clavado en su tórax. Arturo clava su mirada en mí y comienza hablar con voz profunda.

– Si no disparas muchacho, iré matando uno por uno a toda tu comunidad ¿Lo has entendido? –dice sin piedad– ¡¿Qué si lo has entendido?! –grita.

Asiento rápidamente con la cabeza mientras continúo con el arma en alto y apuntando a William. Estoy totalmente angustiado, no sé qué hacer, no quiero disparar, pero tampoco quiero que el pirata jefe mate a nadie más, el próximo podría ser mi tío Ryan. Mi corazón bombea con fuerza, las lágrimas ruedan por mi rostro sin poder retenerlas mientras el arma no deja de temblar en mis manos.

– Nathan mírame –dice el señor William con tranquilidad y le miro a los ojos–, no pasa nada, tú no tienes la culpa, recuérdalo siempre Nathan, ahora quiero que aprietes el gatillo.

Niego con la cabeza mientras el llanto me sobrepasa y apenas soy ya capaz de sostener el revólver.

– ¡Dispara! –grita Arturo– Hasta el mismo William te lo está pidiendo, si no disparas la próxima en pagar las consecuencias será tu jodida madre –dice sacando el cuchillo del cuerpo sin vida de Harry y dirigiéndose hacia donde se encuentra mamá.

Arturo no para de alzar la voz, presionándome para que dispare, William me pide que apriete el gatillo mientras veo como mamá llora desesperada y se oyen los llantos ahogados de los miembros de mi comunidad. Los latidos de mi corazón retumban en mi cabeza, mientras mi respiración se agita cada vez más y ya no soy capaz de pensar con claridad.

– ¡Que dispares joder! –vocifera Arturo.

Me sobresalto, agarrando el revólver con tanta fuerza que aprieto el gatillo sin querer y el arma produce un ligero "click". Contengo la respiración por lo que acabo de hacer sin parar de temblar. Por suerte la bala todavía continúa dentro del revólver y por un momento el silencio se hace entre todos nosotros, hasta que los piratas comienzan a reír a carcajadas.

– ¡Bien hecho muchacho! –dice Arturo sin parar de reír– Te quedan dos intentos.

Le miro con rabia y la ira se apodera de mí, mientras ellos no paran de burlarse y de reír de forma ruidosa, como si para ellos tan solo fuera un juego, quiero matarlos a todos por lo que están haciendo, los odio.
Vuelvo a levantar la pesada arma, pero esta vez apunto al jefe pirata Arturo, las lágrimas apenas me dejan ver, cierro los ojos, respiro profundo y aprieto el gatillo. Esta vez el arma me sorprende con un ruido atronador, que me sacude y sobrecoge al mismo tiempo y enseguida siento el olor de la pólvora envolviéndome.
Abro los ojos y lo primero que veo es la gran mancha roja de sangre en el pecho de mamá, Cortés la ha agarrado, colocándola delante de él a modo de escudo justo cuando le he disparado. Está pálida y me mira como si no entendiera lo que acaba de ocurrir, como si no comprendiera por qué su pequeño hijo le acaba de disparar y apenas me doy cuenta de lo que acabo de hacer cuando sus ojos pierden el brillo por completo, se desvanece y cae abruptamente al suelo.

– ¡Joder! El crío acaba de matar a su propia madre –dice uno de los piratas y todos vuelven a reír a carcajadas.

Arturo se acerca a mí y me arrebata el arma con una gran y asquerosa sonrisa en su rostro.

– Muy bien muchacho, ya eres uno de los nuestros, ahora eres un pirata.

Me quedo paralizado, niego con la cabeza mientras las lágrimas continúan brotando a borbotones de mis ojos, vuelvo la mirada hacia mamá, está tendida en el suelo, sin moverse, mientras un charco de sangre comienza a rodear su cuerpo. Algo se rompe dentro de mí y me quedo completamente paralizado al darme cuenta de lo que he hecho, he disparado a mamá.
Veo como Arturo se acerca al señor William que continúa de rodillas, le agarra el pelo en un puño, tira con fuerza inclinando su cabeza hacia atrás y sin decir nada más le rebana el cuello de lado a lado. Inevitablemente William se desangra rápidamente desplomándose al suelo.

– Meted a todo el mundo en el camión, volvemos a la comunidad Pirata –ordena Arturo a sus hombres.

No sé por qué, debe de ser el miedo, el pánico que se respira en el ambiente, que todos comienzan a correr y a huir despavoridos en diferentes direcciones, tratando de despistar a los piratas en esta noche tan oscura.
Siento que alguien agarra mi mano con fuerza y tira de mí, es mi tío Ryan que corre como todos los demás para poder escapar de los piratas.

– ¡Que no escapen joder! –oigo que grita Arturo, pero no me giro ni me detengo, solo corro agarrado a la mano de Ryan.

Deben estar atrapando a algunos de nuestra comunidad, porque se oyen gritos y súplicas entremezclados con ruido de motor, apenas

puedo pensar en lo que está pasando mientras continuamos corriendo sin descanso y nos alejamos cada vez más de los piratas. No sé cuánto tiempo llevamos corriendo con la respiración totalmente agitada por el esfuerzo, cuando mi tío se detiene y suelta mi mano.

– Ryan ¿Dónde está mamá? –pregunto aunque se perfectamente cuál es la respuesta.
– Ella ya no está –susurra pasándose las manos por la cara, siempre hace ese gesto cada vez que está nervioso o enfadado.
– Quiero volver a por mamá.
– No podemos hacer eso o también nos atraparán.
– Pero yo quiero volver, quiero salvar a mamá.
– Ya es tarde para eso.
– No, no lo es –digo echando a andar, no sé muy bien a donde, todavía es de noche y ni siquiera sé donde nos encontramos ahora mismo.
– Para Nathan –me agarra con tanta fuerza del brazo que siento como si me lo fuera a arrancar.
– Pero yo quiero…
– ¡Me da igual lo que tú quieras! –grita interrumpiéndome– Necesito pensar que vamos hacer y no puedo hacerlo si estas gimoteando.
– Yo no gimoteo, solo quiero salvar a mamá.
– Pues haberlo pensado mucho mejor antes de haberte puesto a gritar en el sótano, si hubieses estado calladito nada de esto hubiera ocurrido.

Las duras palabras de mi tío Ryan duelen y mucho. Siento como se desgarra mi corazón, como me rompo totalmente y no puedo retener las lágrimas que comienzan a rodar a borbotones por mi rostro.

– Estupendo y ahora te vas a poner a llorar –dice resoplando pasándose una vez más las manos por la cara– ella era mi única hermana Nathan y me gustaría que estuviera aquí, con nosotros,

pero ya no puede ser, así que deja de una maldita vez de llorar y déjame pensar.

Ya no sé si es porque no puedo o no quiero dejar de llorar, pero dejo que las lágrimas continúen saliendo sin poder controlar el llanto, duele demasiado saber que mamá ya nunca va estar cuando jamás me he separado de ella.

– ¡Mierda! ¡Joder! –grita Ryan al aire mientras me doy cuenta que él tampoco puede retener las lágrimas– ¡Qué mierda se supone que voy hacer! –se dice para sí mismo mientras la oscuridad de la noche nos rodea.

Nos quedamos en ese lugar en medio de la nada, llorando en silencio, siendo cada vez más consciente de que le he disparado a mi propia madre, no soporto el daño que me provoca pensar en ello y más aún al recordar su mirada al darse cuenta de que había sido yo quien le había disparado, la angustia me ahoga y no puedo sentir otra cosa que un inmenso dolor. Sabiendo perfectamente que algo de mí ha muerto en aquel lugar junto a ella.

***

Han pasado ya varios días y no hacemos otra cosa que caminar por el inmenso desierto.
Mi tío Ryan apenas me habla y está muy serio, creo que nunca le había visto tan frío y distante conmigo. Seguro que mamá hubiera sabido qué hacer en este momento, la echo mucho de menos y sé que jamás me podré perdonar que fui yo el culpable de haberle quitado la vida. No puedo evitar echarme a llorar cada vez que me acuerdo de ella, que es a cada momento.
Apenas me responden las piernas, me encuentro demasiado cansado para continuar y hoy el sol es abrasador.

– Ryan, tengo mucha sed –no contesta–, las tripas me suenan, tengo mucha hambre –sigue sin contestar, ni siquiera me mira–.

¿Podemos parar? Estoy cansado y hace mucho calor –no responde.

Decido sentarme en el suelo y me cruzo de brazos, yo también se enfadarme si no me habla. El enfado se mezcla con la tristeza cuando vuelvo a acordarme de mamá y me pongo a llorar.

– Nathan, para de llorar y ponte andar.
– No voy a ir contigo, quiero volver con mamá, me da igual que los piratas me atrapen a mí también.
– No sabes lo que estás diciendo, vamos levántate –dice agarrándome y levantándome a la fuerza.
– ¡No suéltame! –grito con todas mis fuerzas– No quiero estar aquí contigo, quiero volver con mamá y matar a todos esos piratas –empiezo a respirar de forma muy agitada, mientras sentimientos y muchos de ellos desconocidos para mí me abordan–. ¡Estoy harto! Yo… yo… quiero que esto termine, yo… no… puedo… no puedo seguir.

Pierdo el control y comienzo a tirar de mi ropa y de mi pelo sin parar de gritar hasta que mi tío Ryan me abofetea con fuerza, tanta que me hace perder el equilibrio y caigo al suelo. Se acerca a mí y me agarra de ambos brazos casi a la altura de los hombros y me zarandea.

– Escúchame bien Nathan –dice de forma abrupta–, todo eso que estás sintiendo quiero que te lo tragues, que lo guardes muy dentro de ti y no lo dejes salir jamás. No quiero escuchar ni una queja más de ti, ni quiero ver ni una sola lágrima o te juro que te abandonaré, me iré mientras duermes y te quedarás totalmente solo en medio del maldito desierto. ¿¡Me has entendido!?

Asiento con la cabeza totalmente angustiado pero me obligo a no continuar llorando. Las palabras de Ryan han hecho que un interruptor en mi cabeza se apague para no pensar en todo lo que ha ocurrido y trago como él me ha dicho toda mi pena, rabia y frustración, en lo más profundo de mí.

Un año más tarde.

Ya se ha vuelto una rutina el andar deambulando por el desierto, por lo general los dos solos, alguna vez nos quedamos con alguna pequeña comunidad pero por poco tiempo. Ryan dice que no es seguro, parece que es lo único que sabe decir cuando dice alguna palabra, ya que la mayor parte del tiempo nos mantenemos en silencio, tanto que ya no recuerdo ni como suena mi propia voz. Aunque esta vez parece que vamos a tener suerte, ha conseguido que nos acepten en una gran comunidad que vive dentro de un inmenso castillo.
Me encuentro en uno de los patios interiores del castillo donde juegan muchos niños, no conozco ningún juego, de todos modos me acerco a un grupo de niños y trato de intentar jugar con ellos, pero no tardan en burlarse y reírse de mí. Me mantengo callado, tranquilo e indiferente a sus burlas, tal y como me ha enseñado mi tío, tragando y controlando toda mi rabia e impotencia mientras aprieto mis puños con fuerza.

– ¡Dejarle en paz! –grita una niña empujando a uno de ellos y eso que este al menos le saca dos cabezas.
– Que pasa Enora ¿Acaso lo conoces? –dice el niño que hace un momento se reía de mí.

La niña me mira con sus grandes ojos azul intenso y me sonríe.
Es una niña muy bonita, de cabello color caoba y su mirada me transmite serenidad.

– Claro que lo conozco, así que dejarle en paz, si no me chivaré a tu madre Roy.

Los muchachos la obedecen y se alejan, mientras que la niña continúa mirándome sin dejar de sonreír.

– Me llamo Enora ¿Tú cómo te llamas?

Me quedo en silencio sin decir una palabra, no es porque no quiera, es que simplemente no me salen las palabras.

Pero ella no se enfada y me vuelve a sonreír.

– ¿Eres mudo?

No sé porque esa pregunta me hace sonreír y niego con la cabeza. Se siente raro, no recuerdo la última vez que sonreí.

– ¿Cuántos años tienes? Yo tengo ocho.
– También –consigo decir finalmente y ella sonríe aún más ampliamente.
– Eres muy alto para tener ocho años.

Agarra mi mano con las dos manos y la estrecha en forma de saludo mientras vuelve a mirarme a los ojos.

– Encantada eh… bueno te llamaré hermano porque sé que nos vamos a llevar genial ¿Vale? –asiento con la cabeza volviendo a sonreír–. Y tú puedes llamarme Sorelina, que es hermanita en italiano, porque parezco tu hermana pequeña de lo alto que eres.
– Nathan –digo tímidamente.
– Nathan, me gusta tu nombre, ven conmigo vamos a jugar –dice tirando de mi, llevándome junto a sus amigos Tore, Enzo y Zendaya.

CAPÍTULO 1

AÑO 2050

VIOLETA

Miro a lo lejos como la muchacha, de cabello largo color caoba, corre por el desierto, la persiguen varios piratas que le acaban de arrancar toda la ropa, se ha defendido bien pero ya son ocho, no, nueve los piratas que la rodean.
Agarro con firmeza mi arco con una mano y con la otra cojo el culatín de la flecha, tenso bien la cuerda hacia atrás y la suelto liberando la flecha que no tarda en impactar en la cabeza de uno de los asquerosos piratas. En pocos segundos disparo varias flechas, una detrás de otra, con total precisión, acabando con todos ellos, que caen muertos a los pies de la chica de cabello color caoba.

– Ve a por ella, cúbrela con una manta y tráela aquí –le ordeno a Declan, mi mano derecha y hombre de confianza.
– Ahora mismo patrona –responde sin dudar, ejecutando mi orden al instante.

Varios vehículos se acercan a mi posición, donde me encuentro con una veintena de mis mejores hombres. En uno de los vehículos que se acerca con rapidez se encuentra mi hermano Connor, viene acompañado de sus nuevos amigos, los piratas, no soporto a esos bastardos.
Mis hombres inmediatamente se ponen en guardia mientras se mantienen detrás de mí, están bien entrenados, sé que lucharan

como autenticas bestias en caso de que fuera necesario.

– ¿Qué demonios crees que estás haciendo Violeta? –pregunta Connor al llegar a mi altura– Te crees que puedes matar a mis hombres sin más.
– Esos no son hombres Connor, no son más que escoria –digo atravesándole con la mirada–. Me diste tu palabra de que liberarías al comandante Logan, no que lo intercambiarías por una mujer.
– No te metas en mis asuntos Violeta –su tono de voz resulta amenazante, se aprecia claramente que está enfadado, irritado y nervioso.
– Te recuerdo que estamos en mi territorio Connor, todo lo que pase aquí es asunto mío.
– Que te importa lo que haga con esa mujer ¿Acaso la conoces?
– No sé quién es, ni me importa, pero no dejaré que la dejes a manos de tus piratas para que la violen una y otra vez hasta la muerte, eso no va a ocurrir.
– Deberían haberme entregado a Madison a cambio de Logan, no a una puta concubina.
– Sabes perfectamente que el comandante Logan jamás te entregará a su hermana Madison –veo la rabia en su mirada, creo que está sopesando la opción de atacarnos. Finalmente hace una respiración profunda y continúa hablando más sosegadamente.
– Está bien Violeta, tú ganas por esta vez, cogeré a mis hombres y nos marcharemos. Pero si te vuelves a meter en mis asuntos, dará igual que seamos familia, créeme no dudaré en acabar contigo.

Mis hombres dan un paso adelante al oír su amenaza y yo los detengo alzando la mano sin apartar la vista de Connor. Me gustaría poder decir lo mismo que él, pero no soy de las que amenazan en vano y no estoy segura de poder matar a mi hermano llegado el momento.
Connor finalmente se retira, veo como uno de sus piratas le entrega la ropa de Enora, la que hace tan solo un momento le arrancaban de su cuerpo y se marchan.

Una vez de vuelta a nuestra comunidad, el Pazo Veracruz, pido que lleven a la muchacha de cabello caoba a la sala de reuniones, después de haberle asignado una habitación para que se aseara y darle algo de ropa limpia que ponerse.
Declan entra con la muchacha en la sala y la insta a que se siente en una de las sillas que rodean la mesa principal. La miro, es muy joven, sin embargo se la ve muy entera y no parece estar asustada.

– Gracias por la ropa –comienza hablar mirándome directamente a los ojos–, y sobre todo por haberme salvado de los piratas. Estoy muy agradecida señora…
– Mi nombre es Violeta –respondo manteniéndome de pie frente a ella con los brazos cruzados por delante de mi cuerpo–, soy la patrona de esta comunidad, el Pazo Veracruz, ¿Y tú eres?
– Me llamo Enora y ahora mismo no pertenezco a ninguna comunidad.
– Enora, tu nombre me resulta familiar, eres… la esposa del comandante Logan ¿No es así? –niega con la cabeza.
– Dejé de ser su esposa cuando encontré a Logan en nuestra habitación con otra mujer.

No sé por qué será que no me sorprende, Logan y sus concubinas, pienso mientras la muchacha continúa hablando.

– Claro que eso fue después de que yo liberara a un hombre de aislamiento y le ayudara a escapar.
– Eso es traición Enora, me sorprende que el comandante no te haya quitado la vida él mismo.

Veo dolor en su rostro, está claro que esta muchacha está totalmente enamorada de Logan.

– El hombre al que liberaste ¿De quién se trata?
– Él es como un hermano para mi, nos criamos juntos en la Comunidad del Castillo, pero cometió el error de admitir ante Logan que se había enamorado de mí –suelto una pequeña risa incrédula al oír lo que acaba de decir.

– Tu amigo es muy valiente o un inconsciente, hay que tener muchas pelotas para reconocer que te ama, siendo tú la esposa del comandante.
– Él solo está confundido, soy lo único que le queda en este mundo después de que el castillo quedara destruido y ahora ya ni siquiera sé donde se encuentra o si está vivo –se le ve afectada, ese muchacho debe ser importante para ella.
– Lo que tampoco entiendo Enora, es que hacías tú en poder de Connor y sus piratas.
– No iba a permitir que entregaran a Madison al degenerado de Connor, me hice pasar por ella, ya que las dos somos las únicas en La Fortaleza que tenemos el tatuaje de la Comunidad del Castillo.

Se la ve cansada y angustiada, se aprecia que ha debido de pasar por mucho estos últimos días.

– Ve a descansar Enora, al amanecer te llevaré de vuelta a La Fortaleza.
– Por favor no me lleves de vuelta, seguramente me encierren en una celda, no sería la primera vez, te lo ruego no lo hagas.
– No puedes quedarte aquí Enora, perteneces al comandante Logan, hago tratos con él a menudo y no voy a poner en riesgo mi comunidad.
– Lo sé y lo entiendo, pero te lo suplico no me lleves de vuelta, solo déjame marchar.
– No durarás mucho tiempo tú sola en el desierto.
– No será peor que volver a La Fortaleza.

Me quedo unos segundos pensando, puede que tenga la posibilidad de sacar partido de todo esto, miro a Enora y continúo hablando.

– Hay una nueva comunidad a varios días de viaje de aquí, la Comunidad del Sur ¿Has oído hablar de ella? –niega con la cabeza– En su gran mayoría está conformada por miembros de la Comunidad del Castillo que consiguieron sobrevivir, la máxima autoridad de ese lugar es un tal comandante Tore.
– ¡Tore! Le conozco, se crió conmigo en el castillo.

– Estupendo, mis hombres te llevarán allí con una única condición.
– ¿Qué condición?
– Que le digas al comandante Tore que le entrego a una de los suyos de buena voluntad y que lo tenga en cuenta en un futuro, simplemente no quiero tener más enemigos de los que ya tengo.
– ¿Solo eso?
– También quiero parte de su carburante, sé que tiene en grandes cantidades y me gustaría hacer un trato con él.

Enora asiente con una sonrisa sincera, se levanta de la silla, extiende la mano para que se la estreche, cerrando así el trato y se despide de mí agradeciéndome nuevamente.

A última hora de la noche entro en mi habitación, este es mi refugio, aquí tengo toda clase de comodidades, pero mi gran debilidad se encuentra en mi amplio baño privado, una magnifica y espectacular bañera redonda donde paso sumergida quizás demasiado tiempo. ¡Joder! No me extrañaría si en algún momento me salieran escamas. Me dirijo a mi mesa de despacho situada al fondo de la estancia ante el gran ventanal, me siento y me recuesto hacia atrás en la silla cuando veo entrar en la habitación a Johnny, tan solo tiene diecinueve años y cada día está más guapo.

– Buenas noches patrona –dice con una sonrisa ladeada que le hace verse aún más guapo. Se coloca a mi espalda y comienza a masajear mis hombros.
– ¿Qué me vas a pedir ahora Johnny?
– Me ofendes patrona, solo quiero que te sientas mejor, ha sido un día largo y estás muy tensa –dice dándome un beso en la mejilla desde atrás mientras continúa masajeando mis hombros.
– Te conozco bien Johnny, sé que quieres algo, suéltalo ya.
– De acuerdo, he escuchado que al amanecer hay que llevar a la mujer de cabello caoba a la Comunidad del Sur.
– Sí, se llama Enora ¿Y?
– Quiero ser yo quien se encargue de esa misión.
– Johnny es muy arriesgado y son muchos días de viaje, incluso puede llevar semanas cerrar el trato con el comandante Tore.

– Violeta, sabes perfectamente que estoy preparado.
– Nunca has estado tanto tiempo fuera y me preocupan los piratas.
– Vamos, dame esta oportunidad, te prometo que no te defraudaré.
– No prometas cosas que no sabes si vas a poder cumplir.

Deja de masajear mis hombros, gira mi silla para quedar frente a él y se agacha para quedar a mi altura, toma mi rostro entre sus manos y me mira directamente a los ojos.

– Violeta te lo pido por favor, no me trates como si fuera un niño y déjame realizar esta misión –respiro profundo y pongo los ojos en blanco, soy incapaz de negarle nada a este muchacho.
– De acuerdo Johnny, te encargarás de la misión, pero llévate a dos de tus mejores hombres contigo.

Johnny sonríe ampliamente, me abraza con fuerza mientras me susurra un "Te quiero", me vuelve a dar un beso fugaz en la mejilla y se vuelve a poner en pie.

– Voy a preparar todo para mañana –dice saliendo de la habitación sin darme la oportunidad de decir nada más. Está claro que este muchacho es mi debilidad y hace conmigo lo que quiere.

***

Ya han pasado un par de semanas desde que Johnny partió junto con Enora y dos de sus mejores hombres hacia la Comunidad del Sur. Hoy mismo ha llegado un emisario de esa comunidad informando de que todo está correcto y que está negociando una alianza y por ello se quedará algunas semanas más. Estoy deseando que vuelva, realmente le estoy echando mucho de menos.

Estoy con Declan mi mano derecha, es el hombre en quien más confío. Él y su mujer Sara, son familia para mí, ambos tienen a la pequeña Lucía, su hija de diez años, tan dulce y alegre como lo es

su madre. Declan es un hombre grande y fuerte, cerca de los cuarenta, cabello oscuro y ojos del mismo color. Tiene varias cicatrices, quizás demasiadas, ya le servía a mi madre cuando yo todavía era una niña, siempre se ha mantenido a mi lado a lo largo de todos estos años, es fiel y leal, le confiaría mi vida sin dudar ni un solo segundo.
Salimos de la comunidad como es habitual en uno de los jeeps, para dar una vuelta de reconocimiento por las inmediaciones del Pazo Veracruz, es algo que solemos hacer habitualmente para asegurarnos de que no haya merodeadores por los alrededores. También nos acompañan en otro vehículo dos más de mis hombres, Ronan y Matt.
Después de un par de horas circulando, comprobando las proximidades, paramos en la entrada de un edificio en ruinas, no muy lejos de nuestra comunidad y como siempre Ronan y Matt comienzan con su juego de lucha libre, son como niños.
Matt no es muy alto, pero es bastante fuerte y joven aunque poco experimentado. Hace pocos meses que vive en nuestra comunidad, pero se ha integrado con facilidad a nuestra forma de vida.

– Vamos Matt, pegas como una niña –ese Ronan, que le anima a su manera, este es un poco capullo y muy bocazas, pero tengo que reconocer que aunque no es mucho más alto y fuerte que Matt pelea bien y sin duda es mi mejor rastreador.

Todo parece estar demasiado tranquilo hasta que un ruido de motor nos alerta y enseguida nos vemos sorprendidos por cinco vehículos que se acercan a gran velocidad y una docena de hombres salen rápidamente de los coches rodeándonos, sin duda son hombres del maldito Arturo Cortés y pertenecen a la Comunidad Pirata.

CAPÍTULO 2

NATHAN

Hace varias semanas que Enora me liberó de aislamiento y me ayudó a escapar de la Fortaleza, solo espero que esté bien y no se haya metido en problemas por mi culpa. Todavía me cuesta trabajo creer que esté enamorada del comandante Logan, no estoy para nada de acuerdo con ella en que haya aceptado a ese hombre como su marido y de querer formar parte de esa comunidad, pero es su decisión y por mucho que no me guste he de respetarla.

Llevo varios días formando parte de un grupo de una docena de hombres, leales a Arturo Cortés, son piratas, los odio. El único interés que tengo ahora mismo al unirme a ellos es que necesito que me lleven y me den acceso en su comunidad, la Comunidad Pirata. Cuando me topé con este grupo en una oscura noche, estaban reunidos alrededor de una hoguera y les oí hablar de Arturo Cortés. No puedo creer que ese maldito hijo de puta todavía continúe con vida, aunque en aquel momento tan solo tenía siete años, no he podido olvidar como me obligó a sostener aquel revólver, con el que disparé a mi propia madre, arrebatándole la vida.
Lo único que me mueve ahora mismo es la venganza, estoy deseando acabar con ese maldito miserable y arrancarle la vida con mis propias manos.

Nos movemos hacia el Este, en cinco vehículos de armazón metálico, cuando vemos un par de "jeeps" parados en la entrada de un edificio

en ruinas. Nos acercarnos con rapidez, son tres hombres y una mujer los que allí se encuentran y los piratas no tardan en salir de los coches y rodearles. Yo sin embargo decido no acercarme y quedarme sentado en la parte de atrás de uno de los vehículos. Arnold, el líder de este pequeño grupo de piratas se coloca frente a la mujer.

– Me alegro de verte patrona –dice Arnold con su asquerosa sonrisa.
– No puedo decir lo mismo Arnold –responde la mujer con firmeza–, estáis en mi territorio y os quiero fuera de aquí ahora mismo.
– ¿Dónde está tu hospitalidad patrona?
– No sois bienvenidos panda de asquerosas y repugnantes ratas.
– Cuida tus palabras patrona, estas en desventaja, somos doce y vosotros solo cuatro.

Me sorprende que la mujer no se acobarde en ningún momento y se mantenga desafiante.
Por la conversación que mantienen está claro que se conocen de antes, deben ser de comunidades rivales y el desprecio es mutuo entre ambos.
Continúo sentado en la parte trasera del vehículo, no me interesa en absoluto lo que sea que tengan que decirse, ni tampoco pelear con nadie que no sea el maldito Arturo Cortés.

No lo veo venir cuando de repente se desata una lucha encarnizada, no puedo negar que la mujer y los tres hombres que le acompañan se defienden bien, pero Arnold como la rata traicionera que es, golpea a la mujer en la nuca desde atrás y esta cae al suelo semiinconsciente. Arnold no tarda en agarrarla y ayudado por otro pirata, se acercan rápidamente al vehículo donde me encuentro y la introducen en volandas en la parte trasera junto a mí.

– Sujétala –me ordena Arnold y se sienta en la parte delantera–. ¡Maldita sea Bill arranca de una puta vez! –le grita al pirata que le ha

ayudado a traer a la mujer y que ahora mismo se está sentando ante el volante.

Arranca con un fuerte acelerón e inmediatamente sujeto a la mujer para que no caiga del vehículo, se la ve visiblemente mareada, ha debido golpearla con bastante fuerza porque no es capaz de mantenerse recta.
Es una mujer muy hermosa, de unos treinta años, delgada, no muy alta. Me quedo sorprendido a la vez que impactado cuando abre los ojos y me mira desorientada, nunca había visto un color de ojos así, son de un gris plata con un pequeño toque azul rodeando la pupila, como dos joyas incrustadas en un precioso rostro de pómulos afilados, pequeña nariz y labios carnosos. Su cabello castaño claro y corto hasta los hombros enmarca la belleza de su rostro con naturalidad.
La mujer murmura algo que soy incapaz de entender y pierde el conocimiento apoyando la cabeza en mi pecho, la rodeo con mis brazos, circulamos a demasiada velocidad y no quiero que caiga del vehículo.
Cierro los ojos por un momento al sentir el dulce aroma que desprende su cabello o puede que también sea su piel, es una mezcla de caramelo y vainilla que me embriaga.
Enseguida me doy cuenta de que esta mujer a la que no conozco de nada va a suponer un problema en mis planes de venganza.

VIOLETA

Me despierto con un grandísimo dolor de cabeza, estoy sentada en el suelo con la espalda apoyada en una pared rocosa y tengo las manos atadas a la espalda.
Miro a mi alrededor, creo que es una especie de cueva, está muy oscuro y lo estaría aún más si no fuera por la pequeña hoguera que hay encendida en medio de la estancia. Sentados frente al fuego se encuentra los piratas Arnold y Bill, los conozco desde hace tiempo, entre los dos juntos no hacen ni medio cerebro, son los esbirros de

Arturo Cortés y solo saben hacer a duras penas lo que este les ordena.
Un poco más lejos, al otro lado de la cueva, me doy cuenta que hay un tercer hombre, nunca le había visto, es joven, alto y fuerte. Lo que más me llama la atención es su indumentaria, es ropa táctica militar típica de la comunidad La Fortaleza, seguramente sea un soldado desertor y se haya unido a este grupo de miserables.

– Por fin te has despertado patrona –dice Arnold acercándose a mí–, llevas todo el día durmiendo.
– ¿Dónde estamos? –pregunto.
– Bill dale un poco de agua a nuestra prisionera –ordena Arnold ignorando totalmente mi pregunta.

Bill se acerca a mí con una botella de agua y su horrible sonrisa. Joder, creo que no puede haber un pirata más repugnante y espantoso que Bill, con la mitad de su rostro quemado, sus dientes podridos y sus ojos torcidos.

– Ven aquí preciosa, papá te dará de beber –dice agachándose frente a mí.

Acaricia mi rostro, acercándose con demasiada confianza, continúo con las manos atadas a mi espalda, pero eso no me impide darle una fuerte patada en el estómago que le hace caer hacia atrás.

– Ni se te ocurra tocarme escoria –digo con asco y me vuelvo a dirigir a Arnold que ríe a carcajada al ver a su compañero tirado en el suelo–. Ahora respóndeme Arnold, te he preguntado donde estamos.
– Fuera de tu territorio patrona –contesta tratando de calmar su risa–, estamos a mitad de camino de la Comunidad Pirata, estoy seguro de que Arturo Cortés se va alegrar mucho de verte y a mí me recompensará con creces.
– No eres más que un maldito bastardo Arnold y un perro que se arrastra por las migajas de su dueño.

Arnold deja de reírse al instante, me mira con rabia mientras se agacha frente a mí, me agarra del cuello, saca su cuchillo y lo acerca a mi cara.

– Eres una mujer muy hermosa patrona, pero puedo hacer que eso cambie si no mantienes tu preciosa boquita bien cerrada.

Me quedo muy quieta cuando el cuchillo roza mi rostro, lo desliza sin cortarme desde la sien, pasando por mi mejilla hasta llegar a mi barbilla. No lo veo venir cuando el hombre alto y fuerte, que se encontraba apartado al otro lado de la cueva, agarra el brazo de Arnold y lo retuerce hasta que este suelta el cuchillo mientras grita de dolor.

– ¿¡Qué demonios crees que estás haciendo muchacho!? –grita Arnold plantándose frente a él.
– No vas a tocar a esta mujer –responde de forma serena pero contundente a la vez.
– ¿¡Acaso te crees con autoridad para decirme lo que puedo o no puedo hacer!? –grita recogiendo el cuchillo del suelo.

Me sorprende como el chico mantiene la calma y el control en todo momento aunque Arnold continúe gritando con el cuchillo en alto.

– No te metas muchacho o te abriré en canal y te sacaré las entrañas.
– No creo que a Arturo Cortés le vaya a gustar que la desfigures –dice con total tranquilidad–, seguramente te recompensará más generosamente si la llevas de una pieza.

Arnold se calla, parece reflexionar ante las palabras del muchacho y pasados unos breves segundos le sonríe y asiente con la cabeza.

– Chico listo, pero no vuelvas a tocarme muchacho o lo lamentarás –responde Arnold con firmeza guardando su cuchillo y volviendo frente a la hoguera.

El muchacho sin decir nada más coge la botella de agua que está tirada en el suelo junto a Bill, que continúa en el suelo

contemplando la escena, se agacha frente a mí, me mira a los ojos y me la ofrece.

– Ten cuidado chico, esta es de las que muerden –dice Arnold, pero este le ignora totalmente.
– Deberías beber un poco de agua –me dice suavemente sin apartar la vista de mis ojos.

Su mirada es bondadosa, no es la mirada de un pirata, no hay oscuridad en sus ojos, no hay ni una pizca de maldad sino todo lo contrario, me transmiten confianza y seguridad.
Acerco mi boca a la botella y él la inclina suavemente para que pueda dar varios tragos.

– Gracias –susurro cuando termino de beber, él hace un leve gesto con la cabeza, se pone en pie y vuelve al lugar donde antes descansaba.
– ¡Serás puta! –grita Bill levantándose del suelo– Y a él si le aceptas el agua, ahora sabrás lo que es bueno.

Bill se acerca a mí con decisión, desatándose la hebilla del cinturón, se agacha, pataleo para apartarlo de mí, pero esta vez agarra mis piernas y tira de ellas dejándome tumbada en el suelo.

– ¡Arnold quítame de encima a tu hombre o juro que os mato a los dos! –grito.

Pero Arnold lo único que hace es reír a carcajada al ver la situación, por mucho que lo intento no puedo soltar mis manos que continúan atadas a mi espalda y eso me imposibilita y mucho el poder defenderme.

– Tranquila patrona, Bill solo quiere divertirse un poco, puede que hasta te guste –dice sin dejar de reír.

El asqueroso de Bill levanta mi camiseta y comienza a manosear mis pechos por encima del sujetador mientras que yo no paro de revolverme en el suelo y de gritar que acabaré con sus patéticas y miserables vidas.

Se oye un golpe seco y las carcajadas de Arnold ya no se escuchan, seguidamente unas manos agarran la cabeza de Bill, la retuerce en un movimiento rápido rompiéndole el cuello y quitándomelo de encima. Me incorporo, arrastrándome hacia atrás en el suelo, hasta apoyar de nuevo mi espalda en la pared rocosa y no tardo en darme cuenta que ha sido el muchacho el que ha matado a los dos piratas y que ahora se encuentra impasible mirando los dos cadáveres en el suelo para después volver la vista hacia mí.

– ¿Estás bien? –pregunta y yo asiento con la cabeza.

Agarra a Bill de los tobillos y lo arrastra con facilidad fuera de la cueva, vuelve y hace lo mismo con el cuerpo de Arnold, todo con una tranquilidad pasmosa, está claro que no es la primera vez que mata a alguien, eso se nota, pero tampoco parece divertirse con ello, además lo he visto en sus ojos, todavía tiene alma y parece ser un hombre con conciencia, no puedo entender que hace con esta panda de asquerosos piratas.

Una vez ha terminado de deshacerse de los cuerpos se acerca a mí con decisión, puedo notar como por un instante su mirada se desvía a mis pechos, ya que la camiseta continúa arriba de estos, dejándolos expuestos, por suerte llevo un bonito sujetador negro de encaje que me los cubre, no obstante, no puedo evitar sentir inseguridad ante él y me tenso arrastrándome hacia un lado, no lo conozco de nada y puede que quiera terminar lo que ha empezado Bill. Debe darse cuenta de mi reacción porque se detiene en seco.

– No voy a hacerte daño –dice con tranquilidad sacando un cuchillo de la funda de su cinturón–, solo voy a cortar la soga que rodea tus muñecas.

Se agacha lentamente hasta quedar a mi altura, agarra el borde de mi camiseta y la baja suavemente cubriendo mi cuerpo mientras puedo notar que traga saliva con fuerza y se sonroja levemente, me sorprende que sea tan respetuoso, cosa que se agradece en estos

tiempos, tampoco voy a tratar de averiguar hasta donde llega su cortesía, en cuanto me suelte escaparé.

– Se ha desatado una gran tormenta de arena –dice cortando la cuerda–, deberías esperar a que amaine antes de volver a tu comunidad.

Apenas escucho lo que dice, en cuanto siento que mis muñecas están liberadas le empujo y echo a correr con todas mis fuerzas hacia la salida de la cueva.
Salgo de la cueva y me encuentro con una gran tormenta de arena, a pesar de eso soy incapaz de dejar de correr, no sé muy bien a donde, mi visión es prácticamente nula, el polvo se cuela por mis labios y me cuesta respirar, pero no me detengo y no dejo de correr hasta que tropiezo y caigo al suelo. Me levanto despacio totalmente desorientada, el rugir de la tormenta es ensordecedor, la arena se amontona a mis pies dificultando que pueda continuar, tapo mi rostro con las manos mientras siento como la arena golpea con tanta fuerza mi cuerpo, que siento como si pequeños alfileres se clavaran en la piel y ya cada respiración es un esfuerzo.
Siento como unos brazos fuertes me rodean, me resisto, pero no me sueltan, sea quien sea me coloca sobre su hombro como si de un saco de patatas se tratara y me lleva de vuelta a la cueva.
En cuanto volvemos a entrar me doy cuenta de que ha sido el muchacho quien me carga.

– ¡Suéltame! –grito.

El muchacho se detiene y me deja con cuidado sobre mis pies y me mira serio, casi diría que enfadado, no estoy muy segura ya que se mantiene en calma.

– Te he dicho que esperes hasta mañana para salir –dice firme–, no te comportes como una cría y vuelvas a ponernos en peligro. No me he deshecho de esos dos piratas para que ahora acabes enterrada en el desierto.

Se da media vuelta dejándome ahí plantada, pero que se ha creído, ¿Acaso le he pedido que me ayude? ¿Qué es eso de llamarme cría? Y por encima me da la espalda.
La rabia y la ira se encienden en mi interior y me dirijo directa a enfrentarme a él.

CAPÍTULO 3

NATHAN

Me doy media vuelta dándole la espalda a la mujer, que es la más imprudente que he conocido en mi vida y no sé en qué momento me hace un barrido desde atrás, haciéndome caer al suelo de espaldas, se coloca a horcajadas sobre mí y agarra mis brazos inmovilizándolos uno a cada lado de mi cuerpo.

– ¿Acaso te crees que soy una jodida damisela en apuros?-alza la voz mirándome directamente a los ojos.

Me quedo inmóvil, sorprendido a la vez que impactado por la mezcla de su hermosa belleza y furia que hay en ella.
Sus increíbles ojos brillan, esa mezcla de gris plata y azul me atraviesan por completo. Su respiración agitada impacta sobre mi rostro y su delicioso aroma me envuelve. Se le ve salvaje, decidida, con el cabello despeinado, corto hasta los hombros, enmarcando la gran belleza de su rostro y su cuerpo menudo, pero con atractivas curvas, tiembla de rabia encima del mío.
No podría explicar con palabras el torrente de sensaciones que recorren ahora mismo mi cuerpo, al tener a esta hermosa mujer a horcajadas sobre mí, es tan fuerte la sensación que no puedo evitar que mi miembro cobre vida propia y se endurezca como el acero.
La mujer deja de mirarme a los ojos y mira hacia abajo donde nuestros cuerpos se están tocando, está claro que se ha dado

cuenta de mi erección. Vuelve a levantar la mirada, ladea la cabeza y me mira entrecerrando los ojos.

– ¿En serio muchacho? ¡No me lo puedo creer! –dice con un tono sarcástico apartándose de mí y poniéndose en pie. Hago lo mismo, me levanto del suelo para quedar ante ella mientras me disculpo.
– Lo siento mucho no pretendía… –no termino la frase cuando la mujer me golpea en el estómago con su mano cerrada en un puño, haciendo que me doble por el impacto.
– Maldito pirata –escupe y se da media vuelta.

La agarro firmemente del brazo y la giro atrayéndola hacia mí, clavando mi mirada en la suya.

– No vuelvas a decir eso –hablo despacio controlando mi ira–, si quieres irte eres libre de hacerlo, pero si te quedas no vuelvas a llamarme pirata ¿Lo has entendido? –sonríe, cosa que no me esperaba, aunque no sea una sonrisa genuina sino más bien irónica.
– Dime muchacho –dice en un tono sarcástico–, si estás con un grupo de piratas ¿eso no te convierte en uno?

Sin duda soy más fuerte que ella y al menos debo de sacarle un par de cabezas de altura, pero no parece amedrentarse por ello, ya que se mantiene en una pose retadora, levantando la barbilla de forma desafiante. Está claro que esta mujer, de increíbles ojos grises, es de armas tomar y no parece asustarse por nada.
No digo nada más, la suelto y camino hasta la hoguera para echar un par de troncos y así avivar el fuego. Me siento frente a la lumbre mientras siento como se acerca, pero manteniendo la distancia, se coloca frente al fuego y me mira cruzando los brazos por delante de su cuerpo. Dejo de mirarla para volver la vista a la hoguera cuando rompe el silencio con otras de sus preguntas.

– ¿Eres un soldado desertor de la Fortaleza?

Ni siquiera la miro, solo niego con la cabeza mientras continúo mirando las llamas.

Se acerca a mí despacio, me sorprende cuando agarra suavemente mi mano y la gira dejando ver así mi tatuaje de la Comunidad del Castillo en mi muñeca derecha. Me mira sorprendida sin soltar mi mano, su tacto es tan suave que no quiero que deje de tocarme. No sé que me está ocurriendo, me siento realmente extraño ante esta mujer.

– Llevas gravado el tatuaje del Castillo ¿Pertenecías a esa comunidad? –asiento con la cabeza– ¿Desde cuándo?
– Desde los ocho años hasta que Connor lo destruyó.
– ¿Y has estado en La Fortaleza desde entonces? –niego con la cabeza– Tu ropa es de esa comunidad –afirma.
– Tan solo estuve allí unas pocas semanas y me fui.
– ¿Por qué?
– Porque no me adaptaba a sus normas y leyes, ni tampoco a su repulsivo sistema de concubinas.

La mujer sonríe, esta vez sí es una sonrisa auténtica, mientras asiente con la cabeza, está claro que sabe perfectamente de lo que hablo, debe conocer bien la forma de vida de La Fortaleza.
No puedo apartar la mirada de ella, de sus ojos, de su sonrisa que le hace verse aún más bella si cabe.
Suelta mi mano y una especie de sensación de pérdida me invade al dejar de sentir su tacto. Se aparta sentándose en un tronco al lado del mío y continúa preguntando.

– ¿Tienes familia? –niego con la cabeza– ¿Qué hacías con ese grupo de piratas?
– Necesito entrar en su comunidad.
– ¿Por qué? ¿Buscas a alguien?
– Haces demasiadas preguntas –digo tranquilo a la vez que firme tratando de cortar la conversación–. Será mejor que descanses mañana te espera un largo camino hasta tu comunidad.

Me levanto y me dirijo a un rincón de la cueva donde me siento apoyando la espalda en la rocosa pared y cierro los ojos para descansar la vista.

Cuando se haga de día ella regresará con los suyos y yo volveré a mi plan inicial de vengarme del maldito Arturo Cortés y probablemente no vuelva a ver a esta hermosa mujer, así que pienso que es mejor no saber nada más el uno del otro.

VIOLETA

El muchacho de pocas palabras y excesiva serenidad se levanta y se aparta sentándose en el suelo, en un rincón de la cueva, apoya su espalda en la pared rocosa y cierra los ojos.
Decido fijarme más en él, es un hombre joven, no estoy segura pero debe tener unos veintitrés o veinticuatro años, tengo que reconocer que es realmente atractivo, aunque tenga una barba desaliñada de varias semanas y el cabello oscuro y despeinado, que cae ligeramente sobre sus facciones sutilmente marcadas, de piel ligeramente bronceada. Es alto, con cuerpo atlético y musculado. He de admitir que el uniforme de soldado le sienta como un guante.
Una pequeña sonrisa tira de mis labios al recordar su cara de asombro cuando le derribé colocándome a horcajadas encima de él. No puedo creer que se disculpara cuando se le puso dura como una roca, obviamente de forma involuntaria, creo que es la primera vez que veo que un hombre se disculpa por tener una erección. Al igual de sorprendente fue que se sonrojara cuando bajó mi camiseta, cubriéndome los pechos, nunca había visto a un hombre sonrojarse y menos aún por ese motivo.
Seguramente debe haber pasado mucho tiempo desde que no ha vuelto a estar con una mujer, probablemente desde que destruyeron el castillo y de eso ya han pasado muchos meses.
Estoy segura que en el castillo no le faltarían pretendientas, es un chico muy guapo y atractivo.

Parece un buen muchacho, no es un pirata, de eso estoy segura, pero tampoco sé si puedo fiarme del todo de él, aunque he de reconocer que su mirada, de un azul tan nítido como el cielo, me inspira confianza, se muestra apacible y tranquilo en todo momento, pero he podido notar la rabia en su voz al nombrar a Connor y aunque yo ya no tenga ninguna relación con mi hermano, tampoco tengo muy claro de qué sería capaz este muchacho si se enterara que soy su hermana.
Mejor será no pensar más en todo esto, en cuanto amanezca y la tormenta amine me marcharé, cada uno tomará su camino y probablemente no volveré a verle más.

Va transcurriendo la noche en silencio, una calma profunda se siente en el ambiente, interrumpida solamente por el suave eco del viento que se cuela por algunas de las rendijas de la cueva. La lumbre proyectando una suave luz, creando sombras sobre las rocosas paredes. La serenidad me envuelve y estoy a punto de quedarme dormida cuando siento un siseo, una sombra sigilosa acercándose en silencio, apenas me da tiempo a reaccionar cuando ya tengo la serpiente alcanzando mi muslo, clavándome sus colmillos en mi carne y grito de dolor.
El muchacho se levanta de golpe y se acerca a mí de inmediato, matando a la serpiente con su cuchillo de una sola puñalada.

– ¿Te ha mordido? –pregunta girándose hacia mí.
– Sí, me ha mordido en la pierna –respondo con un quejido.
– Déjame ver que tienes –dice guardando la calma.

Retiro las manos de mi muslo y el muchacho sin perder tiempo y con decisión rasga la tela de mi pantalón con las manos, dejando ver la mordedura de la serpiente, saca el cuchillo de su cinturón y me mira a los ojos.

– Esto te va a doler, pero intenta no moverte.

Apenas soy capaz de asimilar sus palabras cuando ya esta hundiendo la punta del cuchillo en mi carne y grito de dolor.

– Voy a extraer el veneno –dice apartando el cuchillo.

Sin pausa se inclina hacia adelante, enseguida noto la humedad y calor de su boca en mi muslo, succiona con fuerza en la herida, gira la cabeza hacia un lado y escupe el veneno mezclado con mi sangre. Vuelve a repetir la acción varias veces, siento un dolor indescriptible recorriendo todo mi cuerpo y parece que la cabeza me dé vueltas. Succiona una última vez y se yergue para mirarme de nuevo a los ojos.

– ¿Cómo te encuentras?
– No muy bien, duele y me siento muy mareada –digo con la respiración agitada.
– Debes respirar más despacio, para que el veneno que haya podido entrar en tu torrente sanguíneo no viaje tan deprisa por tu organismo.
– ¡¿Qué?! ¿Cómo? –digo ya hiperventilando.
– Te ayudaré a respirar, cierra los ojos y escucha mi respiración.

No sé muy bien por qué, pero hago lo que me pide sin vacilar ni un momento y cierro los ojos, él agarra mi mano con delicadeza y se la lleva al pecho mientras comienza a dar largas y lentas respiraciones.

– Trata de respirar conmigo –dice con calma–, alarga la respiración.

Intento centrarme en su voz y en su suave y lenta respiración mientras mi mano continúa en su pecho, sintiendo el agradable calor de su cuerpo.

– Eso es, lo estás haciendo muy bien –me anima–, continúa así.

Abro los ojos y me encuentro con su clara y azul mirada, los dos respiramos al mismo tiempo, despacio, en largas y profundas respiraciones, agradezco enormemente que no suelte mi mano en ningún momento y me ayude a mantenerme tranquila, pero el dolor aumenta, todo comienza a desdibujarse frente a mí y pierdo la conciencia.

CAPÍTULO 4

VIOLETA

Parpadeo varias veces y abro los ojos con esfuerzo, la tenue luz del día se filtra por las rendijas de la cueva, me encuentro en un lecho improvisado de hojas secas, siento el cuerpo pesado y una sensación de confusión envuelve mi mente, hasta que me muevo y una punzada de dolor en mi muslo trae a mi memoria el recuerdo de la serpiente.
Llevo ambas manos a mi pierna y me doy cuenta de que un trozo de tela rodea mi muslo protegiendo la herida, seguramente haya sido el muchacho quien me haya curado.
Miro a mi alrededor, no le veo y no tardo en pensar que seguramente se haya marchado, supongo que tendría mejores cosas que hacer que estar en una cueva en medio de la nada con una moribunda y no puedo evitar sentir una pequeña decepción al pensar que quizás ya no le vuelva a ver, ni siquiera he tenido la oportunidad de darle las gracias.
Decido levantarme aunque con bastante dificultad, tengo el cuerpo entumecido y dolorido, no obstante trato de dar un par de pasos, apoyándome en la pared.

– No deberías hacer eso.

Giro la cabeza de golpe al escuchar la voz del muchacho, que entra en la cueva cargando con unos troncos que deja caer al suelo y se acerca a mí con decisión.

– Siéntate –ordena–, podrías caerte y hacerte daño.

Me agarra de la cintura, me insta a que me siente en el suelo y se agacha conmigo para quedar a mi altura. Una vez acomodada me coloca una mano en la frente y parece respirar aliviado.

– Ya apenas tienes fiebre.
– ¿Qué es lo que ha ocurrido? –pregunto con la voz rasposa, como si no hubiera hablado durante días.
– Te desmayaste –dice ofreciéndome una botella de agua que se encuentra al lado del lecho de hojas– has estado inconsciente casi dos días.
– ¿¡Dos días!? –pregunto sorprendida y él asiente mientras doy un trago largo de agua.
– Has tenido fiebre muy alta debido al veneno de serpiente, pero ya estas fuera de peligro.

Mi mente tarda unos segundos en procesar sus palabras, finalmente lo entiendo, he estado muy cerca de mi fin y si él no hubiera succionado el veneno de mi herida, sin duda lo hubiera sido.

– ¿Cuál es tu nombre? –pregunto sin más y él me mira extrañado quedándose en silencio por unos segundos.
– Nada de nombres –dice finalmente.

Se levanta dándome la espalda y se dirige hacia la hoguera donde coge un cazo que hay al lado de esta y lo coloca sobre las brasas. ¿Pero qué mosca le ha picado? Solo quería saber su nombre y agradecerle lo que ha hecho por mí.

– Solo pretendía ser amable –digo algo sarcástica mientras trato de levantarme de nuevo.
– No necesito que seas amable conmigo, solo necesito que te sientes y descanses, cuanto antes recuperes las fuerzas antes podremos irnos.
– ¿Pero a ti qué narices te pasa? Por mí puedes irte cuando quieras –digo con desaire dando unos cuantos pasos, cojeando hacia la salida de la cueva.

– ¿A dónde vas? –pregunta serio, interponiéndose en mi camino.
– Apártate –digo dando un par de pasos más, pero me detengo al ver que no se aparta y le miro directamente a los ojos, cruzando los brazos por delante de mi cuerpo.
– No deberías caminar todavía.
– Y no voy hacerlo, solo necesito salir un momento o me haré pis encima ¿Ahora puedes apartarte?

El muchacho respira profundo y sin decir nada más se aparta de mi camino. ¿Pero que se ha creído, que puede darme ordenes?

NATHAN

Mientras remuevo la sopa que he colocado en la lumbre no paro de darle vueltas a mi cabeza. No sé qué me ocurre con esta mujer, ya se encuentra mejor así que debería irme ahora mismo y continuar con mis planes, pero no sé por qué motivo necesito sentir que está a salvo, aunque sé que ella es muy capaz de cuidarse solita, eso lo tengo muy claro, así y todo tengo la necesidad de protegerla.
Estos días me he sentido muy angustiado al ver que no le bajaba la fiebre, por un momento llegué a creer que no volvería a ver esos increíbles ojos grises.
Quizás haya sido un poco cortante con ella al no decirle mi nombre, pero es mejor así, cada uno seguirá su camino y sé que es mejor no seguir conociéndola.

No tarda en volver a entrar en la cueva y sin decir ni una palabra se sienta con algo de dificultad sobre el manto de hojas secas.
Me acerco a ella con el cazo de sopa en la mano y me acuclillo frente a ella para estar a su altura.

– Deberías comer algo –digo ofreciéndole amablemente la sopa.

Ella lo recibe y murmura un gracias sin mirarme mientras comienza a dar pequeños sorbos.

– No pretendía ser desagradable –digo en forma de disculpa.

Ella levanta la cabeza para encontrase con mis ojos, pero no dice nada, solo asiente levemente con la cabeza y continúa tomando la sopa.
Me pongo en pie y me dirijo donde se encuentra mi mochila, la mochila que me entregó Enora antes de ayudarme a escapar de La Fortaleza y saco un pequeño botiquín con el que le he estado curando la herida del muslo estos días y vuelvo junto a ella.

– Debería cambiarte el vendaje –digo agachándome nuevamente frente a ella.

La mujer asiente y comienzo a preparar todo lo necesario para curar y desinfectar la herida mientras se termina la sopa.

– No sé si es que tenía mucha hambre o realmente esta sopa está muy buena ¿De qué está hecha? –pregunta dando el último trago.
– De serpiente.

Nada más oír mi respuesta se atraganta y comienza a toser sin cesar, le doy pequeños golpecitos en la espalda hasta que vuelve a respirar con normalidad, me mira con angustia y me es imposible no soltar una carcajada.

VIOLETA

Veo como el muchacho ríe a carcajada sin poder evitarlo, está claro que mi cara de desagrado, al decirme que me estaba tragando la serpiente que me había mordido, ha debido divertirle.

– No le veo la gracia –digo no muy convincente, ya que la risa del muchacho es contagiosa y comienzo a reír con él.
– Lo siento era una broma –dice tratando de calmar su risa– es una sopa de palmito.
– Así que aparte de hacer buena sopa también sabes ser gracioso –digo palmeando su hombro suavemente mientras yo también trato de calmar mi risa.
– Discúlpame no sé por qué lo he dicho –dice negando con la cabeza mientras se mantiene con una gran sonrisa.

¡Por Dios y que sonrisa! Le hace verse aún más atractivo si cabe, con su dentadura perfecta, esos hoyuelos casi imperceptibles por la espesa barba y sus ojos azul claro que es imposible no perderte en ellos.
Nuestras risas se apagan poco a poco, nos quedamos en silencio lo suficientemente cerca para estar respirando el mismo aire. Su mirada se mantiene fija y profunda, siento como algo pasa entre los dos, como si una fuerza invisible nos uniera. Ni siquiera puedo formular ni una sola palabra hasta que es él, el que aparta la mirada.

– Voy a curarte –dice carraspeando.

Desata el trozo de tela que rodea mi muslo, lo retira, todo con sumo cuidado, se detiene un momento a mirar la mordedura y después impregna una gasa con antiséptico para después limpiar la herida con ella. Me tenso al sentir el quemazón del antiséptico en mi piel.

– ¿Escuece? –pregunta mientras sopla suavemente la herida.

Me sorprende que sea tan cuidadoso y se tome tantas molestias por alguien que no conoce de nada, y que tampoco tiene intención de conocer, eso me ha quedado bien claro con su "nada de nombres". Es obvio que no le gusta hablar, pero no puedo evitarlo y la curiosidad me puede.

– ¿Cómo sabias que funcionaria? –pregunto y él deja de soplar la herida para mirarme a los ojos.

– ¿A qué te refieres?
– A todo, ¿Cómo sabias lo que había que hacer con la mordida de una serpiente? Sabias como había que quitar el veneno y lo de la respiración ¿Dónde lo aprendiste?
– En el castillo había muchos libros –dice encogiéndose de hombros–, algunos eran guías de supervivencia y vida animal salvaje.
– Supongo que he tenido suerte de que supieras leer, no muchos pueden decir eso en estos tiempos.
– ¿Tú sabes? –pregunta– a leer me refiero.
– Sí muchacho, sé leer, tengo treinta y un años, fui al colegio antes del apagón total, tenia doce cuando llegó el desastre. ¿Cuántos años tenias tú cuando el mundo cambió? –pregunto.

No contesta, en vez de eso recoge todo lo que ha sacado de su pequeño botiquín, se levanta y vuelve junto a la hoguera sin decir ni una sola palabra más.

– De acuerdo muchacho –digo bajito, pero sé que puede oírme–, nada de nombres y nada de preguntar la edad.

Dejo de mirarle y me tumbo sobre las hojas secas, no tengo mucha fiebre, pero todavía me siento mareada, cierro los ojos y no tardo en quedarme dormida.

CAPÍTULO 5

VIOLETA

Abro los ojos sin moverme del suelo y puedo apreciar que los pequeños destellos de luz que se filtraban en la cueva antes de quedarme dormida ya no lo hacen, debe haberse hecho de noche.
Giro levemente la cabeza y la imagen que se presenta ante mi me deja sin aliento, el muchacho está realizando varios ejercicios, sin camiseta y con todos sus músculos en tensión. Una fina capa de sudor recubre y hace brillar su piel, viéndose aún más atractivo mientras exhala con fuerza en cada movimiento, hay que reconocer que tiene un cuerpo estupendo.
No me atrevo ni a moverme, prácticamente ni a respirar mientras continúo observando cómo comienza a realizar flexiones sin descanso. Joder, es cuestión de segundos que me ponga a babear como una adolescente, maldita sea, no sé que me ocurre con este muchacho que no conozco de nada, pero está claro que no me deja indiferente.
Dejo de mirarle y comienzo a desperezarme, debo volver a la realidad, mañana cuando amanezca emprenderé el camino de vuelta a mi comunidad, el Pazo Veracruz.

NATHAN

Siento como la mujer se mueve en su improvisada cama que hojas secas, ha estado todo el día durmiendo, pero por suerte apenas tiene fiebre. Dejo de hacer ejercicio y me acerco a ella para comprobar su estado.

– ¿Cómo te encuentras? –pregunto amable.

Se gira hacia mí, se incorpora y me da un repaso con la mirada de arriba abajo, cosa que no esperaba que hiciera, no sé, pero por un momento me ha dado la sensación de que le gusta lo que ve.
<<¿En qué estás pensando Nathan?>> –dice la voz de mi conciencia– <<Es una mujer de treinta y un años y tú tan solo un chaval de diecinueve, es la patrona del Pazo Veracruz, o como sea que se llame su comunidad y seguramente que tenga marido o algún hombre en su vida>>

– Me encuentro mejor –responde finalmente– ya no siento dolor ni fiebre.
– ¿Te encuentras con fuerzas para levantarte? Deberías comer algo.
– Mientras no sea sopa de serpiente –dice con una sonrisa que le hace verse aún más hermosa–, pero antes debo salir un momento… al aseo.
– ¿Necesitas que te ayude a caminar hasta la salida?
– Gracias, puedo yo sola.

Se levanta y se dirige al exterior de la cueva con una leve cojera, me siento aliviado de que ya se encuentre mejor. No consigo quitarme esa sensación de querer protegerla en todo momento y no entiendo por qué.
No tarda en volver a entrar a la cueva, se acerca a la hoguera y se sienta en uno de los troncos que se encuentran junto a mí y le ofrezco un cuenco de sopa.

– Gracias –musita mientras comienza a ingerir la sopa–. ¿Crees que habrá más serpientes por aquí? –dice mirando a su alrededor.
– No debes preocuparte por eso, era una serpiente solitaria.

Continúa tomando la sopa en silencio, cuando termina, deja el cuenco en el suelo junto a ella, realiza una respiración profunda y comienza hablar.

– Te agradezco todo lo que has hecho por mí, estarás deseando perderme de vista –dice girando la cabeza para encontrarse con mis ojos–, en cuanto se haga de día me marcharé y podrás volver a lo que sea que vayas hacer en la Comunidad Pirata.

Asiento con la cabeza aunque no esté de acuerdo con sus palabras, para nada quiero perderla de vista, pero sé que ella debe estar deseando volver con los suyos y yo necesito acabar con Arturo Cortés, ahora que sé que continúa con vida soy incapaz de seguir adelante con la mía hasta no haber terminado con ese maldito bastardo.

Pasamos unos minutos en silencio frente al fuego, pero no es un silencio incomodo sino todo lo contrario, es… reconfortante, aunque no la conozca de nada y no sepa ni su nombre me siento cómodo con ella.

– ¿Te duele? –digo rompiendo el silencio señalando su muslo.
– Apenas –dice negando con la cabeza.
– De todas formas te cambiaré el vendaje.

Me levanto, voy a por el botiquín y me acerco a ella, que deja en todo momento que realice la tarea de curar la herida y cambiar el vendaje.

– ¿Te acuerdas? –pregunto mirándola a los ojos mientras continúo agachado frente a ella– Del mundo como era antes del apagón total, ¿Te acuerdas? –asiente con la cabeza.
– Aunque ya haya pasado mucho tiempo es difícil no acordarse.
– ¿Qué es lo que más te gustaba del mundo anterior?
– Que no había piratas –dice riendo suavemente cosa que me hace sonreír. Es preciosa.
– ¿Qué más? –pregunto con interés.
– No sé, son demasiadas cosas las que cambiaron.

– Algo habría que te gustara, alguna cosa especialmente y que eches de menos.
– ¿A qué viene tanta curiosidad? –dice sin dejar de sonreír– Creí que no querías saber ni mi nombre.
– Tienes razón, discúlpame –digo apartando la mirada.

Termino de cambiarle el vendaje en silencio, me levanto y vuelvo a mi lugar frente a la hoguera.

VIOLETA

Miro al muchacho como vuelve a su sitio frente a la hoguera después de haberme cambiado el vendaje del muslo, solo estaba siendo amable y quizás yo no lo haya sido lo suficiente.

– Lo siento, no pretendía ser desconsiderada.
– No te disculpes, es mejor así, sin nombres, sin saber uno del otro, por la mañana cada uno seguirá su camino, así que será mejor no decir nada más y descansar antes de que amanezca.

Se levanta y se dirige a su ya habitual lugar de descanso, sentándose en el suelo, apoyando la espalda en la pared rocosa y cerrando los ojos.
Decido hacer lo mismo y vuelvo a lo que ha sido mi cama en los últimos días y me tumbo en ella, pero no consigo dormirme de inmediato pensando en todo lo que ha ocurrido hasta ahora, me preocupa no saber realmente lo que ha sucedido con Declan, Ronan y Matt y si habrán podido volver al Pazo Veracruz.
El Pazo Veracruz, el legado que me dejó mi madre al morir, apenas eran unas cuantas casas cuando llegamos poco después del apagón total, solo ella fue capaz de convertirlo en lo que es ahora, un pequeño pueblo de preciosas y acogedoras casas adaptadas para las familias. Al fondo de la comunidad predomina el pazo, una gran mansión de dos plantas, con infinidad de habitaciones, largos

pasillos exteriores y hermosos arcos donde vivo y también varios de mis hombres de confianza que no tienen familia.
En la plaza central se encuentra la escuela, la enfermería y una pequeña iglesia con un alto campanario donde se ubican los guardias centinelas para dar aviso, repicando las campanas si ven algún peligro. Cerca de las altas puertas de hierro forjado que dan paso al Pazo Veracruz se encuentra la fábrica de metalurgia, donde el capataz Henry y los muchachos trabajan duro creando piezas y armas de metal con las que hacemos trueques con otras comunidades como La Fortaleza, La Granja y ahora también la Comunidad del Sur.

Cierro los ojos acordándome de mi madre, de sus consejos, de su sonrisa, aunque hayan pasado los años aún la sigo echando mucho de menos. Era un pilar muy importante en mi vida, ella me enseñó a sostenerme en pie incluso cuando todo parecía venirse abajo, y aunque su ausencia me dejó un hueco que no se llena, también me dejó su fuerza. Esa es mi herencia más valiosa.

CAPÍTULO 6

VIOLETA

El retumbar de una tormenta me despierta, me incorporo, miro a mi alrededor, estoy sola, me levanto y me siento frente a la hoguera, vuelvo a mirar a mi alrededor y no veo al muchacho hasta que entra en la cueva empapado hasta los huesos con la camiseta totalmente pegada al cuerpo.

– Menuda tormenta –dice quitándose la camiseta–, he dejado varias botellas fuera para que se llenen de agua.

Veo como las gotas de lluvia caen en cascada desde su cabello oscuro, deslizándose por su cuello, su torso marcado y bajo su abdomen, perdiéndose en su pantalón mojado. No puedo dejar de mirarle totalmente hipnótica, capturando cada movimiento de sus músculos.

– Esperaremos a que amaine –dice acercándose a la hoguera junto a mí.
– ¿Hace mucho que está lloviendo? –pregunto tras carraspear retirando la mirada.
– Como unos diez minutos, pero no parece que vaya a parar pronto, habrá que tener paciencia y esperar.

Asiento con la cabeza y así pasamos los siguientes minutos en silencio, esperando a que la tormenta remita, hasta que decido romper el silencio.

– Me gustaba montar a caballo –comento girándome hacia él y sonrío–, me preguntaste que era lo que más me gustaba antes del apagón total y lo que más me gustaba era montar a caballo, mientras que las otras niñas de mi edad jugaban a las muñecas con sus preciosos vestidos, a mi no me importaba mancharme de barro en nuestro rancho. Mi madre me reñía por ello, pero al final acaba igual que yo, cubierta de barro. Sé que parece una tontería, pero de niña adoraba esos momentos.

El muchacho me mira por unos segundos, vuelve a tener esa mirada clara y limpia que me transmite confianza.

– Ella… tu madre ¿Está en tu comunidad? –niego con la cabeza.
– Ella enfermó y murió cuando yo tenía dieciséis años, dejándome a cargo del Pazo Veracruz, es así como ella se llamaba.
– Debió ser una gran mujer.
– Lo fue, era una mujer fuerte y luchadora, parecía que no le tuviera miedo a nada.
– Supongo que debes echarla de menos.
– Mucho –digo haciendo una respiración profunda y continúo hablando–. Yo acababa de cumplir doce años cuando ocurrió el apagón total y fuimos a parar a la Comunidad Pirata.
– ¿Viviste en la Comunidad Pirata? –pregunta sorprendido y asiento con la cabeza.
– Entonces no era mucho mejor de lo que es ahora, mi madre sabía que no estábamos seguras allí y que debíamos abandonar ese maldito estercolero.
– ¿Pudisteis escapar? –asiento.
– Lo hicimos junto a un grupo de personas que mi madre lideraba, sobre todo eran familias. Caminamos durante días hasta encontrar el pazo en medio del desierto y con mucho esfuerzo se convirtió en nuestro nuevo hogar.

Volvemos a quedarnos por unos minutos más en silencio, ni siquiera sé por qué le cuento todo esto, no le conozco de nada, pero tengo que reconocer que me resulta fácil hablar con él, lo poco que hemos hablado claro está, quizás sea porque sabe escuchar.

– ¿Cómo se llamaba tu caballo? –pregunta sorprendiéndome.
– Chocolate.
– ¿Chocolate? –dice riendo, me encanta su sonrisa.
– Que puedo decir –digo riendo con él–, era una niña y no se me ocurrió otro nombre para un precioso caballo color chocolate.

Tras varios minutos nuestras risas se van calmando, no logro entender por qué me siento tan cómoda con un total desconocido. La curiosidad por saber más de él me puede y esta vez soy yo la que pregunta.

– ¿Por qué quieres ir a la Comunidad Pirata? Te puedo asegurar que allí no encontrarás nada bueno.
– Lo sé –responde.
– Entonces, ¿Qué te lleva a querer estar en ese horrible lugar?
– Quiero matar a Arturo Cortés –dice cerrando los puños con fuerza.

Le miro a los ojos, hay mucho dolor, rabia y odio en ellos al pronunciar ese nombre "Arturo Cortés." El pirata más sanguinario después de su padre Hernán Cortés.

NATHAN

– ¿Por qué quieres matar a Arturo Cortés? –pregunta con cautela.
– Porque el mundo sería un lugar mejor sin ese bastardo– respondo con la mandíbula apretada.
– Eso es cierto, pero creo que es algo personal lo que te mueve a hacerlo, ¿Tengo razón?

La miro, asiento con la cabeza, cierro los ojos, respiro profundo y cuando los vuelvo abrir comienzo a hablar.

– Tenía siete años cuando Arturo irrumpió en nuestro pequeño asentamiento, él tenía un revólver y quiso que jugáramos a un juego.

– ¿Qué clase de juego? –susurra y la miro.
– Arturo vació el tambor del revolver dejando tan solo una bala en el interior y me obligó a encañonar al señor William, él era nuestro líder, un hombre pacífico y amable que cuidaba de todos nosotros.
– ¿Le disparaste? –asiento con la cabeza.
– Por suerte la bala no salió, yo estaba muy asustado y furioso, los piratas se reían a carcajada y Cortés no paraba de gritar que disparara de nuevo. La rabia y la ira se apoderaron de mí, las lágrimas apenas me dejaban ver, solo quería que se callaran y arrastrado por esa rabia gire el revólver en dirección a Arturo y disparé.

Cierro los ojos con fuerza haciendo una respiración profunda para poder continuar hablando.

– No puedo borrar de mi mente el ruido atronador del revólver, el olor a pólvora y el momento exacto en que me di cuenta que había disparado a mi propia madre –puedo sentir su respiración entrecortada, pero no giro a mirarla.
– No fue culpa tuya, tan solo eras un niño –dice bajito.
– Puede que tengas razón, pero jamás podré olvidar esa última mirada de mi madre antes de caer al suelo sin vida, fue totalmente consciente que fui yo, su propio hijo quien le arrebató la vida.

Cierro los puños con fuerza, sintiendo de nuevo esa rabia que tanto me angustia y que he mantenido controlada en lo más profundo de mi pecho.

– Odio a ese hijo de puta –digo entre dientes– y necesito vengarme por lo que hizo, solo eso hará que me sienta en paz conmigo mismo –siento como suspira al escuchar mis palabras.
– Aferrarse al odio y la venganza solo da dolor de corazón y locura a la mente –y por un momento creo que lo dice para sí misma.

Me atrevo a mirarla a los ojos, me sorprendo al ver que está reteniendo las lágrimas y enseguida aparta la mirada para limpiarse

disimuladamente un par de lágrimas que ruedan por su precioso rostro.

– Discúlpame, no quería hacerte sentir incomoda, ni siquiera sé por qué te estoy contando todo esto, jamás se lo había dicho a nadie.
– Está bien, agradezco que me lo hayas contado –dice sin insistir más en el tema, cosa que agradezco.

El silencio cae como una losa sobre nosotros, ni siquiera sé ni su nombre y aún no entiendo por qué me he abierto a ella de esa manera, supongo que me resulta fácil hablar con ella.
Ninguno dice nada durante un buen rato, pero no es un silencio incomodo, simplemente nos mantenemos frente a la hoguera mientras el rugir de la tormenta se oye desde el exterior. Cojo un palo grueso del suelo y comienzo a sesgarlo con mi cuchillo.

– ¿Vas hacer una lanza? –pregunta de forma divertida.
– No hay mucho que hacer aquí y esto me mantiene la mente distraída.
– Eso está bien, yo creo que voy a tumbarme un rato –dice colocando su mano sobre la frente.
– ¿Tienes fiebre? –pregunto con preocupación.
– No llega a fiebre, pero si me siento un poco caliente.

Se levanta, vuelve a su lugar de descanso y no tarda en quedarse dormida. Puede que su cuerpo todavía esté luchando por eliminar cualquier resto del veneno de la serpiente.
La observo no sé por cuánto tiempo, pero no puedo dejar de mirarla, su pecho se mueve despacio con respiraciones pausadas, sus facciones, ahora relajadas, parecen más suaves bajo la luz temblorosa de la lumbre, es preciosa. Hay algo en ella que no puedo explicar, no es solo su belleza, aunque es imposible no notarla, es otra cosa, algo que va más allá de lo visible que me atrae con fuerza. No debería sentirme así por una desconocida, pero los sentimientos no piden permiso, ella está ahí, envuelta en el silencio

y yo me siento inevitablemente atraído, como si su presencia despertara una parte de mí que llevaba tiempo dormida.

CAPÍTULO 7

VIOLETA

Un ruido atronador me despierta, es la tormenta que continúa rugiendo con fuerza.

No sé cuánto tiempo llevo durmiendo, pero me encuentro mucho mejor, me doy cuenta de que ya está anocheciendo cuando me incorporo y miro a mi alrededor.

El muchacho se encuentra frente a la hoguera removiendo en un cazo lo que supongo será la cena.

Cuando voy a ponerme en pie me doy cuenta que a mi lado hay un trozo de madera tallada, lo cojo para observarlo de cerca y me quedo sorprendida al ver que tiene forma de caballo, el muchacho ha debido esculpirlo mientras dormía. Lo giro, mirando cada pequeño detalle, está muy bien hecho y una sonrisa tira de mis labios al ver el grabado en la base del caballo, "chocolate".

Me pongo en pie con la pieza en la mano, me acerco a la hoguera donde el muchacho continúa removiendo la sopa y levanta la vista hacia mí al notar mi presencia.

– ¿Te sientes mejor? –pregunta diría que preocupado y asiento con la cabeza.
– Es increíble lo que has hecho con un trozo de madera –digo mostrando la figura.
– ¿Te gusta?
– Mucho ¿Dónde aprendiste hacer esto?
– El señor William me enseño.

NATHAN

Tomamos la sopa en silencio, mis comisuras se alzan al ver que ella no deja de sonreír en ningún momento mientras mira la figura que he tallado para ella.
El tiempo transcurre y la tormenta no remite, decidimos esperar y pasar también esta noche resguardados en la cueva.

– ¿Sabes qué muchacho? Voy aprovechar la tormenta –dice levantándose del tronco donde permanecía sentada– ¿No tendrás un poco de jabón en tu mochila?

La miro extrañado por su pregunta y niego con la cabeza como respuesta.

– Tengo una camiseta limpia si la quieres –le ofrezco.
– Perfecto gracias –dice mientras comienza a quitarse la ropa.
– ¿Qué estás haciendo? –pregunto tragando con fuerza mientras le paso la camiseta limpia.
– Voy a darme una ducha con agua de lluvia –responde sin parar de desvestirse.

Por un momento me parece estar soñando cuando la veo despojarse de toda su ropa, sin prisa pero con movimientos seguros y decididos. El suave roce de sus dedos al deslizar la tela de sus pantalones, esa mirada fugaz que me dirige mientras se desprende de ellos, dejándome sin aliento. Su cuerpo lentamente descubierto toma forma frente a mí, tan cerca, tan real, más de lo que puedo soportar y retiro la mirada cuando finalmente queda en ropa interior de encaje negro.
Siento como recoge su ropa del suelo y se dirige a la salida de la cueva.

Sé que no debería pero una fuerza superior a mi me arrastra hasta la entrada de la cueva y miro al exterior.
La lluvia cae a raudales, golpeando el suelo con fuerza, pero mis ojos no pueden apartarse de ella. Allí está, prácticamente desnuda

en medio de la tormenta, la lluvia la cubre, pero no la oculta, más bien parece intensificar su presencia. Inclina la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos y pasando sus manos por su corta melena mientras se dibuja una preciosa sonrisa en su bello rostro.
El rugir de la tormenta se mezcla con el latido acelerado de mi corazón al seguir contemplando su increíble figura.
Miles de gotas resbalan por su preciosa piel y la manera en que la luz de los rayos la iluminan en un solo instante, hace que se vea aún más enigmática en medio de este caos.
Solo puedo quedarme allí, hipnotizado, viendo como se mueve, como la tormenta la envuelve y la convierte en un misterio aún más grande para mí.
Solo soy capaz de moverme y volver al interior de la cueva cuando veo que comienza a quitarse también la ropa interior.
Con la respiración acelerada camino de un lado al otro de la cueva, inquieto, la imagen de ella bajo la lluvia semidesnuda se ha quedado impresa en mi retina y siento como si estuviera a punto de perder el control mientras mi miembro duro como el acero, aprieta la bragueta de mi pantalón de una forma que ya resulta dolorosa.
Me siento en uno de los troncos, me paso las manos por el pelo en forma de desesperación y respiro profundo varias veces para tratar de tranquilizarme cuando ella entra empapada y desnuda en la cueva, cubriendo a duras penas su cuerpo con la bola de ropa mojada que lleva entre sus manos. Se acerca a la roca donde había dejado la camiseta limpia que le había entregado para vestirse con ella y retiro la vista para no verla desnuda, procurando con todas mis fuerzas concentrarme en las llamas que emergen de la hoguera que hay frente a mí.

– Ha sido la ducha más revitalizante que he tomado jamás – comenta con la respiración agitada–, deberías probarlo muchacho – dice ya con la camiseta puesta, que le llega a medio muslo.

No contesto, solo la observo mientras coloca y estira su ropa empapada de lluvia encima de una roca cercana a la lumbre.

Cierro los puños y trago con fuerza cuando veo como coloca con delicadeza esos dos pequeños trozos de tela de encaje negro encima de la roca. Solo el hecho de saber que no lleva absolutamente nada debajo de esa fina camiseta, me está haciendo perder la razón.

– Quizás no debería haber mojado tanto la herida –comenta acercándose a mí– ¿Crees que debería vendarla?

Se acerca todavía más, colocando su muslo a escasos centímetros de mi rostro mientras continúo sentado y mi miembro se endurece incluso más sin poder evitarlo. Hago una respiración profunda y vuelvo a tragar con fuerza para poder hablar.

– Te daré el antiséptico –consigo decir.
– ¿Estás bien? Se te ve muy tenso.

No respondo, me pongo en pie quedando frente a ella y puedo ver otra vez esa mirada hipnótica que me atrapa y me quedo anclado en el sitio, como si ya no fuera dueño de mí mismo.
Nos quedamos en silencio por unos segundos, solo mirándonos a los a ojos, como si una fuerza gravitatoria me atrajera inevitablemente hacia ella.
No sé en qué momento, ni siquiera sé quién da el primer paso pero comenzamos a devorarnos sin control.
La aprieto contra mí con la imperativa necesidad de sentir cada centímetro de su cuerpo, acariciando cada una de sus curvas mientras ella rodea mi cuello, arrasando mi boca con su lengua.
Comienzo a moverme y la llevo hasta la primera pared que encuentro sin parar de acariciar su cintura y amasar su increíble trasero, metiendo las manos por debajo de la camiseta que lleva puesta, jamás podría imaginar que su piel pudiera resultar tan suave. Continúo besándola con fuerza hasta que me falta el aire, pero ella apenas me deja dar una bocanada de aire y vuelve a estampar su boca contra la mía mientras desabrocha la hebilla de mi cinturón y sin pausa abre mis pantalones liberando mi erección.
No pierdo el tiempo, la agarro por debajo de los muslos y la alzo con facilidad haciendo que rodé mi cintura con las piernas y apoyo su

espalda contra la pared.
Me separo de ella lo justo para mirarla a los ojos y me hundo en ella, sin prisas, despacio, veo como su rostro cambia, se transforma en un gesto de puro placer al sentirme dentro de ella mientras se muerde el labio inferior sin dejar de mirarme.
No podría describir con palabras todo lo que siento ahora mismo, enterrado totalmente en esta hermosa mujer.

– Joder, como te siento nena –susurro.

Es la primera vez que tengo sexo, jamás he estado íntimamente con una mujer y nunca pensé que sería tan intenso. No puedo reprimir el deseo que tengo de embestirla con todas mis fuerzas y lo hago, comienzo a remeter en su interior como si no hubiera un mañana.

VIOLETA

Ni siquiera sé cómo ha empezado todo esto pero no puedo parar de tocar y besar al muchacho ¡Dios tiene un cuerpo estupendo!
Sus besos son demandantes, ardientes, no piden permiso, ni quiero que lo hagan. No hay nada más a nuestro alrededor que la necesidad de tocarnos, de ese roce urgente, casi desesperado que me lleva al límite. Me gusta su sabor, no solo el de sus labios, también el de su piel, sabe a prohibido, a deseo contenido, es un sabor que me estremece, encendiéndome desde dentro.
No soy ninguna mojigata, he estado con otros hombres, no muchos, más bien pocos, un par, pero jamás me he sentido de esta manera, estoy más encendida que la hoguera que se encuentra a mi espalda.

El muchacho me lleva hasta la primera pared que encuentra, estoy deseando sentirle dentro de mí. Continúo besándole mientras desabrocho sus pantalones y solo desvío la mirada un solo momento cuando su gran erección salta de su encierro y puedo apreciar su enorme tamaño.
Me alza con habilidad, rodeo su cintura con mis piernas, se aparta lo justo para atravesarme con su mirada azul cielo y se hunde en mí, despacio, muy despacio. Una descarga de placer se instala en mi interior al sentirle tan dentro de mí.

– Joder, como te siento nena –susurra.

¿Nena? Si fuera otro le daría una patada en las pelotas, pero… me gusta viniendo de él y como sale esa palabra de sus labios.
Comienza a moverse, marcándome con su pelvis cada vez más rápido y me es imposible retener los gemidos que salen desde lo más profundo de mi garganta.

– Aaaah… ¡Dios santo no pares! –jadeo.

¡Por Dios, esto es demasiado bueno! Jamás he sentido tanto placer.
Me aferro a su cuello con la respiración desbocada mientras continúa con su enérgico movimiento dentro y fuera de mí y otra vez dentro que hace que me desplace hacia arriba en cada una de sus embestidas.
Vuelvo a gemir con fuerza, el muchacho comienza a aminorar sus empujes y me mira.

– ¿Qué ocurre? –pregunto apenas sin aliento.
– Tu herida, no quiero hacerte daño –dice entrecortadamente.
– ¿Qué?

Estoy a punto de decirle que me importa una mierda la herida de mi pierna cuando hace que giremos mientras su miembro continúa duro y palpitante en mi interior y esta vez es él, el que apoya la espalda en la pared y se deja caer despacio hasta quedar sentado en el suelo y así tomar yo el control quedando a horcajadas encima de él.

– Si te duele paras –dice acariciando el muslo donde se encuentra mi herida.
– No es precisamente dolor lo que estoy sintiendo en estos momentos –susurro apenas sin aliento.

Él sonríe, joder que guapo es, casi llego al orgasmo tan solo con ver esa sonrisa.
Acaricia mi rostro, me atrae hacia él, me besa con fuerza y no tardo en empezar a moverme encima de él mientras devoro su boca.

NATHAN

Comienza a moverse, despacio, se separa de mis labios, agarra el borde de la camiseta descubriendo su cuerpo y se deshace de ella tirándola al suelo, quedando totalmente desnuda mientras que no para de contonearse encima de mí.

Mi miembro se hincha aún más si cabe al ver como se mecen sus turgentes pechos, subo mis manos por su cintura hasta llegar hasta ellos y los acaricio, al principio de forma suave, pero no puedo contenerme al oír sus gemidos y los aprisiono en mis manos mientras acerco mi boca a ellos, deseo saborear cada centímetro de su dulce piel, lamo y succiono cada uno de sus pezones mientras ella echa ligeramente la cabeza hacia atrás.

– ¡Aaaaah!... No pares. ¡Aaaah!... Por favor no pares.
– Tu piel –susurro entre sus pechos–, es muy suave –lamo y succiono–, y muy dulce nena.

Sus pezones se endurecen de tal manera que me veo tentado de mordisquearlos y lo hago, pero me quedo quieto cuando ella jadea de tal manera que más bien parece un grito y temo haberle hecho daño. Me mira con una intensidad que me quema, se acerca y susurra en mis labios mientras me besa.

– Tienes una boca traviesa –sonríe–, pero me gusta.

No puedo aguantar más, el deseo me consume, necesito llevar el control sobre ella, sobre su cuerpo.
La agarro y en un movimiento rápido hago que giremos, la tumbo en el suelo quedando encima de ella y me vuelvo a enterrar con fuerza. Es una sensación increíble ver como se retuerce de placer bajo mi cuerpo, el anhelo me invade por completo desde lo más profundo, no podré aguantar mucho más, pero me niego a liberarme hasta no satisfacerla del todo.
Siento como las gotas de sudor recorren mi espalda mientras nuestras respiraciones resultan desbocadas, entonces lo siento, su cuerpo se tensa y comienza a temblar.

– Ooooh!... ¡Síííí! ¡No pares!... ¡Aaaah! –jadea con fuerza.
– Eso es nena, quiero ver cómo te corres.

Su cuerpo convulsiona mientras gime a placer y solo en ese momento me dejo arrastrar dando mis últimos empellones, vertiéndome dentro de ella. ¡Dios mío jamás había sentido nada igual!
Ruedo hacia un lado quedando boca arriba al igual que ella mientras nuestras respiraciones se van calmando poco a poco.

– Estoy agotada –susurra.

La miro, cierra los ojos despacio, se la ve realmente cansada, supongo que tanta actividad no resulte ser lo más conveniente después de la fiebre que ha sufrido estos días y seguramente no sea lo más recomendable para su recuperación. Esa sensación de protección de querer cuidarla vuelve a mí sin poder evitarlo.
Me incorporo, recolocándome los pantalones, la rodeo con mis brazos y la abrazo haciendo que su cuerpo descanse sobre mi pecho mientras apoyo mi espalda en la pared.

– ¿Qué estás haciendo? –pregunta apenas sin fuerzas.
– No dejaré que te quedes dormida en el suelo.

Estiro el brazo para agarrar la camiseta que había dejado caer al suelo y que hasta hace poco llevaba puesta y cubro su cuerpo

desnudo con ella.
La abrazo, sintiendo el latido de su corazón cerca del mío, es una sensación cálida, reconfortante, que me envuelve y me hace olvidar todo lo demás. Al tenerla tan cerca entre mis brazos hace que me sienta más vivo, como una mezcla de vulnerabilidad y fuerza a la vez que no puedo explicar.

– Nathan –susurro apenas inaudible y ella respira profundo.
– Nada de nombres –murmura en mi pecho sin moverse y siento como su respiración se vuelve más pesada hasta quedarse dormida.



CAPÍTULO 8

VIOLETA

Me despierto en mitad de la noche sobre el regazo del muchacho, he debido quedarme dormida después de haber echado el mejor polvo de toda mi vida.
Me siento reconfortada entre sus brazos, sintiendo el calor que me proporciona su cuerpo.
Recuerdo que susurró su nombre antes de dormirme, Nathan, le queda bien.
Entonces la realidad viene a mi mente, ¿Pero qué demonios estoy haciendo? Acostándome con un muchacho que no conozco de nada, en una cueva en mitad de Dios sabe dónde. No quiero ni imaginar si Johnny se llegara a enterar de todo esto.
Me muevo para separarme del muchacho y este respira profundo, abre los ojos despacio y me mira.

– ¿Ya estás despierta? –pregunta suavemente.
– Sí, yo solo… necesito respirar un poco de aire fresco –digo quizás de una forma más seca de la que pretendía.

El muchacho no dice nada, solo observa cómo me pongo en pie, me visto con mi ropa ya seca y salgo de la cueva.
Ya no hay rastro de la tormenta y pronto amanecerá, respiro profundo varias veces poniendo en orden mis ideas, nada de esto debería haber ocurrido y lo que debo hacer ahora es centrarme en volver a mi comunidad,

Tardo unos pocos minutos en volver al interior de la cueva y cuando lo hago el muchacho ya esta vestido, guardando sus objetos personales en la mochila.

– ¿Vas a irte ya? –pregunto y él se gira a mirarme.
– Lo tengo todo preparado para cuando quieras irte, voy acompañare hasta tu territorio.
– No es necesario que me acompañes.
– No te lo estoy preguntando –responde firme, pero con su habitual calma –, te acompañaré hasta que estés a salvo y después me iré.

En cuanto amanece nos ponemos en marcha, caminando por el desierto sin decir ni una sola palabra. El muchacho va unos pasos por delante de mí, no puedo evitar fijarme en sus fuertes hombros y ancha espalda. ¡Maldita sea! No puedo parar de pensar en lo que ha ocurrido entre nosotros, en sus besos, sus caricias, ha sido demasiado bueno para olvidarlo, y como me abrazó de esa forma tan dulce al quedarme dormida en su regazo. Tengo que dejar de darle vueltas a todo esto o me volveré loca.

Después de varias horas caminando paramos a descasar en lo que debía ser antiguamente un pequeño pueblo de carretera, apenas se aprecia el camino en el suelo, lleno de cascotes, las viviendas están destrozadas, a la mayoría les faltan alguna pared y parte de los techos. Por suerte todavía se encuentra ropa, utensilios y suministros del mundo anterior en lugares abandonados como este. Nos metemos dentro de una de las casas, apenas tiene tejado pero valdrá lo justo para protegernos del intenso sol.

– ¿Cómo está tu pierna? –pregunta.
– Bien, apenas me duele.
– Toma, bebe un poco de agua –dice ofreciéndome una botella.
– ¿Sabes dónde nos encontramos? –pregunto después de dar un trago largo.
– Sí, pero todavía queda bastante trayecto, si seguimos a pie y a este ritmo no creo que lleguemos hasta mañana por la noche.

– ¿Tú estás bien? –nada más hacer esa pregunta me arrepiento y más cuando el muchacho me mira con esa intensidad.
– No tienes por qué preocuparte por mí –dice de forma áspera.
– Está bien –murmuro sentándome en el suelo.
– Voy a echar un vistazo, quiero cerciorarme de que estamos seguros aquí –dice dejando su mochila en el suelo junto a mí e inmediatamente sale de la casa.

Está claro que intentamos mantener la distancia el uno con el otro y más después de lo que ha ocurrido entre nosotros. Todavía no sé en qué momento me dejé arrastrar sin resistencia alguna, ni siquiera sé quién de los dos dió el primer paso, incluso puede que fuera yo. Cómo me pude perder así en él, entregándome por completo, he de confesar que lo he disfrutado y reconozco que tampoco me arrepiento del todo.

No pasan ni un par de minutos cuando oigo voces, me arrastro por el suelo, me acerco a la salida y veo al muchacho en medio de la calle mientras dos piratas, uno con un hacha y otro con un cuchillo de gran tamaño se acercan a él, despacio, pero de manera amenazante.

– ¿Estás sordo? ¡Que te pongas de rodillas joder! –grita el pirata que lleva el hacha y el muchacho obedece.
– ¿Quién más está contigo? –pregunta el otro pirata.
– Viajo solo –responde el muchacho manteniendo la calma.
– ¿A dónde te diriges?
– A la Comunidad Pirata.
– ¿Por qué quieres ir allí?
– Tengo asuntos pendientes con Arturo Cortés.
– ¿Conoces al señor Cortés? –el muchacho asiente con la cabeza.
– Tengo la sensación de que estás ocultando algo, o más bien a alguien –dice el otro pirata acercándose de forma amenazante.
– Ya he dicho que viajo solo –responde con firmeza.

Veo como lo acorralan y no pierdo el tiempo. Rebusco en la mochila del muchacho, buscando algún arma o algo con lo que poder

atacarles y encuentro un par de cuchillos, son los de Arnold y Bill, los piratas que mató en la cueva. Los agarro y salgo con decisión de mi escondite, totalmente centrada en acabar con esos malditos bastardos.

NATHAN

Continúo de rodillas mientras los malditos piratas se acercan, debo evitar a toda costa que la encuentren a ella, sé perfectamente lo que serían capaces de hacerle y es algo que no voy a dejar que suceda, tendrán que pasar primero por encima de mi cadáver.

Ni siquiera la veo venir, hasta que uno de los cuchillos que lleva la mujer impacta en el pirata que lleva el hacha y cae abruptamente al suelo sin vida. El otro pirata se gira y prácticamente corre la misma suerte que su compañero, siendo alcanzado por otro cuchillo y cae al suelo boca abajo, pero aún continúa con vida.
Me pongo de nuevo en pie mientras ella se agacha y clava una de sus rodillas en la espalda del pirata que grita de dolor en el suelo. Le saca el cuchillo que tiene clavado en la espalda con decisión y se lo coloca en el cuello, agarrándole el pelo en un puño y tirando de él hacia atrás mientras el pirata continúa gritando.

– ¿Quién más está aquí con vosotros?
– No hay nadie más, lo juro patrona.

"Patrona", me sorprende que le haya reconocido incluso diría que la teme.

– ¿Qué estabais haciendo aquí? –pregunta firme pero el pirata no responde, solo grita de dolor– ¡Responde maldito bastardo!
– Solo una vuelta de reconocimiento patrona.
– ¿Una vuelta de reconocimiento? ¿Eso quiere decir que informáis a un grupo más numeroso de piratas cerca de aquí?
– ¡No te diré nada más, maldita sea!
– ¡Contesta! –dice apretando aún más el cuchillo en su cuello.

Se le ve decidida a acabar con el pirata sin ningún miramiento ni compasión, este se niega hablar hasta que el cuchillo comienza a cortar la carne de su cuello.

– Vale, vale, de acuerdo, hablaré, pero retira ese maldito cuchillo de mi cuello –ruega el pirata.

Ella retira el cuchillo, lo justo para que el detestable pirata comience a hablar y no tarda en hacerlo.

– Son más de una veintena, se encuentran a un par de kilómetros de aquí, llevan varios coches y un camión de cargamento.
– ¿Qué clase de cargamento?
– Eso no lo sé, lo juro, no sé que transportan, solo sé que debemos dirigirnos al Oeste, no sé nada más.

Escuchamos un ruido y vemos a un tercer hombre salir de la misma casa donde habían salido antes los otros dos piratas y correr en dirección opuesta a la nuestra. Sin que haya tiempo para la duda, ella raja el cuello de lado a lado al hombre que hasta hace un momento estaba interrogando, se pone en pie rápidamente y lanza el cuchillo, alcanzando al tercer hombre, dándole muerte.
Ni siquiera le ha temblado el pulso y no entiendo muy bien por qué, pero diría que hasta me resulta excitante, tanto que no dudaría en agarrarla ahora mismo, empotrarla contra la primera pared que encontrara y enterrarme en ella hasta lo más profundo. Pero sé que no me dejaría tocarla, no soy estúpido, sé que lo que ocurrió anoche no significó nada para ella y que no volverá a ocurrir.
Dejo de mirarla, me agacho para recoger el hacha del pirata que yace muerto en el suelo y me dirijo hacia el edificio donde se encontraban.

– Voy a comprobar si queda alguien más –informo.

Ella asiente y me sigue cubriéndome las espaldas, nos movemos en silencio entrando en la casa a la que solo le queda la planta baja. Apenas vemos algunas pertenencias de los piratas por el suelo,

puede que solo fueran ellos tres, pero decidimos no quedarnos por más tiempo en ese lugar y seguir caminando.

Esta anocheciendo y continuamos dirección Este por una zona totalmente desértica, sin nada alrededor. Voy un par de pasos por detrás de ella, no puedo quitarme de la cabeza la forma en la que se ha deshecho de aquellos tres piratas, no había duda en sus movimientos, como si fuera algo que hiciera de forma habitual. La curiosidad me puede, acelero el paso y en un par de zancadas la alcanzo para caminar a su lado.

– ¿Qué sientes al quitar una vida? –pregunto y me mira extrañada.
– ¿A qué te refieres?
– Al matar a esos hombres, ¿No sientes culpa o remordimientos?
– ¿Culpa? ¿Remordimientos? –dice con coraje– Esos no son hombres, no son más que escoria, muchacho.
– Aún así siguen siendo vidas ¿No?

Se para en seco colocándose frente a mí y me mira directamente a los ojos.

– Hace mucho que dejé de sentir nada al arrebatar una vida –dice con tranquilidad–, te puedo asegurar que darles muerte a esos malditos piratas no me quita el sueño en absoluto ¿Acaso a ti sí? –niego con la cabeza.
– No me quita el sueño y por eso creí que había algo malo en mí, al no sentir ningún tipo de arrepentimiento al hacerlo.

El gesto en su rostro se dulcifica y sus ojos reflejan una mirada de comprensión.

– Son ellos o nosotros muchacho, no hay nada más que pensar en este mundo de mierda que nos ha tocado vivir.
– Supongo que tienes razón –digo encogiéndome de hombros–, la muerte solo tiene importancia en la medida que nos hace reflexionar sobre el valor de la vida.

Ella entrecierra los ojos y ladea la cabeza, creo que repasando mis palabras en su cabeza.

– Eso ha sonado muy cursi muchacho–dice con una preciosa sonrisa.

No puedo evitar sonreír como ella, e incluso soltar una ligera carcajada a la que ella se une y comenzamos a reír abiertamente.

– No sonaba tan cursi en mi cabeza, pero puede que tengas razón –digo.

VIOLETA

La risa del muchacho es realmente contagiosa y no puedo dejar de reír hasta que su sonrisa se para de golpe y me tapa la boca con la mano.

– Shhh… ¿Oyes eso? –pregunta apartando la mano para que pueda responder.
– ¿El qué?
– Creo que son voces, viene del otro lado de esa duna.

Asiento cuando oigo un ligero murmullo a lo lejos y no tardamos en subir hasta lo alto de la duna. Nos arrastramos por el suelo en el último tramo, para asomarnos desde la parte más elevada sin ser vistos y aunque ya se haya hecho de noche podemos comprobar sin dificultad que se trata de piratas, más de una veintena de ellos se reúnen alrededor de una fogata. En la parte más alejada de su improvisado campamento se hallan varios vehículos y cerca de donde nos encontramos se encuentra estacionado un camión de carga.

– Este debe ser el grupo del que hablaba aquel pirata en las ruinas –susurra el muchacho.
– Eso creo –también susurro– ¡Joder! Ese camión es de mi comunidad, creo que es el que robaron hace un par de meses y lo

deben estar utilizando para transportar a saber el qué.
– ¿Los piratas entraron en tu comunidad? –pregunta sorprendido.
– No llegaron a entrar, alguien desde dentro se lo entregó.
– ¿Quieres decir que tienes un topo entre tus hombres?
– Así es.
– ¿Y no sabes quién es?
– Si lo supiera ten por seguro que ya estaría muerto.

Nos quedamos agazapados por unos minutos observando a los piratas, no dejo de pensar en que daría todo lo que fuera ahora mismo por tener aquí mi arco y flechas, acabaría con estos despreciables en tan solo unos segundos.

– Tengo un plan –dice el muchacho–, vamos a recuperar ese camión.
– ¡Te has vuelto loco! –susurro alarmada– Son más de veinte piratas y nosotros solo dos.
– No vamos a enfrentarnos a ellos, solo a llevarnos el camión.
– Como si fuera tan fácil –digo volviendo la mirada hacia los piratas–, tienen seis vehículos más, que además corren más que el camión y no tardarían en darnos alcance.
– Ese es el plan –dice convencido–, voy a inutilizar sus coches mientras tu arrancas el camión.
– No sé, es muy arriesgado.
– Mírame –dice y hago lo que me pide–, solo confía en mí, sé que saldrá bien.

No le conozco de nada, aunque hayamos tenido sexo y sexo del bueno y hayamos pasado los últimos días juntos, no sé realmente quién es, pero no sé, algo me dice que puedo confiar en él, su mirada clara y transparente me da la seguridad suficiente para seguirle en esta locura de plan.

CAPÍTULO 9

VIOLETA

Sigo al muchacho, todavía no sé cómo me he dejado convencer cuando comenzamos a deslizarnos por la duna, despacio, aprovechando la oscuridad de la noche para ocultarnos entre las sombras y tratar de no ser vistos.
Llegar al camión no ha supuesto ningún problema, el muchacho abre la puerta del conductor lentamente, me insta a subir y me pongo al volante.

– ¿Hay llaves? –pregunta en un susurro apenas inaudible.
– No –contesto de igual forma–, pero puedo hacer un puente.
– Bien, espera a mi señal y arranca.
– Pero… ¿Cuál es la señal?
– Tranquila, sabrás perfectamente cuál es –dice con una gran sonrisa y cerrando la puerta con suavidad.

Veo como el muchacho se aleja bordeando la duna hasta que la oscuridad de la noche lo engulle por completo y ya no consigo verle. Tiro de los cables que se encuentran bajo el volante y los preparo para realizar el puente, manteniéndome agazapada a la espera de cualquier señal, mientras veo desde mi escondite como los piratas continúan comiendo y bebiendo alrededor de la fogata sin percatarse de nada.
Pasan los minutos y comienzo a pensar que igual no haya sido una buena idea todo este plan cuando me sobresalta la explosión de uno

de los vehículos, envolviéndolo en una bola de humo y fuego.

– Pero qué diablos… –no me da tiempo a terminar la frase cuando los coches uno tras otro comienzan a saltar por los aires.

Los piratas cogen sus armas voceando alarmados, no pierdo el tiempo, uno los cables con agilidad y arranco el camión. Esos malditos bastardos no tardan en darse cuenta de mi presencia, cuando oyen el rugir del motor al ponerlo en marcha y se acercan rápidamente gritando y disparándome con sus ballestas.

– ¡El camión! ¡Detener el camión! –grita uno de ellos.

Acelero rodeando los vehículos envueltos en llamas, tratando de encontrar al muchacho, doy un giro brusco de volante y por fin lo veo, freno lo justo para que pueda abrir la puerta y entrar.

– ¡Acelera! –grita sentándose a mi lado.

Piso el acelerador a fondo mientras los piratas continúan disparando sus ballestas y no tardamos en dejar atrás el campamento, entre columnas de humo negro y olor a gasolina quemada.
Conduzco a toda velocidad durante un buen rato, con la adrenalina aún palpitando en mis venas, cuando el muchacho comienza a reír, primero despacio, pero en cuestión de segundos estalla en una carcajada que llena el interior del camión, le miro, me encanta su risa, es libre, desbordante, como si acabáramos de ganar una batalla imposible y no puedo evitar unirme a él.

– Te dije que funcionaria –dice entre risas.
– No puedo creer que hayas hecho saltar en pedazos todos sus coches –digo riendo con él.
– Es increíble lo que se puede hacer con un trozo de tela en la entrada de combustible y un mechero.
– Casi me da un infarto –continuamos riendo.
– ¿Has visto sus caras? Esos bastardos no se lo esperaban.
– Tengo que reconocer que ha sido un buen plan –digo mirando al muchacho, me percato de que tiene sangre en un costado y clavo el

pie en el pedal de freno, deteniendo el camión de forma brusca.
– ¿Qué ocurre? –pregunta desconcertado y me giro hacia él para comprobar la gravedad de su herida.
– Estás sangrando, quítate la camiseta –digo tirando de ella para quitársela y él me deja hacer sin oponer resistencia.

Palpo con preocupación su costado, toco con la yema de mis dedos alrededor de la herida, no parece ser profunda y ya apenas sangra. El muchacho agarra mis manos suavemente para detenerme y le miro a los ojos.

– No es nada –dice con calma–, no es más que un pequeño rasguño.

Me quedo anclada en su mirada, en esos increíbles ojos azules, en esa leve sonrisa que le hace verse aún más irresistible y otra vez esa sensación de impulsiva atracción se adueña de mí. No sé si es por la adrenalina del momento o porque soy incapaz de olvidar sus caricias, por no decir que el que esté sin camiseta, exponiendo su increíble cuerpo musculoso, no ayuda en absoluto a reprimir las ganas que tengo de tocarle.
Muevo mis manos que continúan entre las suyas y las acaricio subiendo suavemente por sus antebrazos. Él mira mis manos por unos segundos siguiendo el recorrido de mis dedos al tocarle y vuelve a levantar la vista hasta mis ojos, sin moverse, dejando que continúe con mi caricia subiendo por sus fuertes brazos hasta sus hombros.
Ninguno de los dos dice nada, no hace falta, puedo ver esa necesidad, esa chispa que brilla en sus ojos, sé que lo desea al igual que yo. Rodeo su cuello con mis brazos aproximándome más a él, siento su respiración irregular, como su piel se eriza, su olor masculino me embriaga y no tardo en pegar mi boca a la suya. No es un beso suave ni delicado, sino todo lo contrario, su boca atrapa la mía de una forma posesiva que me hace estremecer mientras me agarra firmemente de la cintura, pero entonces se detiene y se aparta lo justo para mirarme a los ojos.

– Espera –dice tratando de recuperar el aliento–, ¿Estás segura de esto? A partir de mañana es probable que no nos volvamos a ver.
– Esta noche casi haces que volemos por los aires –contesto con la respiración agitada–, así que solo me importa el aquí y ahora y esto es lo que necesito.

Apenas termino la frase y me agarra despegándome de mi asiento, haciendo que me coloque a horcajadas encima de él, estampando su boca contra la mía en un beso devorador mientras agarra mi camiseta y tira de ella hacia arriba, deshaciéndose de ella. Tira del sujetador de forma brusca y también se deshace de él, probablemente lo haya roto, cosa que me importa bien poco en estos momentos cuando comienza a acariciar y lamer mis pechos, succionando cada uno de mis pezones con fuerza. Una corriente de placer recorre todo mi cuerpo cada vez que los lame y pellizca, soy incapaz de acallar mis gemidos, joder estoy tan caliente que parezco un puñetero helado derritiéndose en pleno verano.

– Te he dado la oportunidad de parar –dice desabrochando mis pantalones–, ahora ya no hay vuelta atrás, nena.

Empieza a tirar de mis pantalones, temo que me los vaya a romper y aunque la idea no me desagrade del todo, más bien todo lo contrario, regreso a mi asiento para quitármelos a la velocidad del rayo junto con las botas,
Cuando comienzo a quitarme las pequeñas braguitas de encaje negro, él no me lo permite agarrándome las manos.

– Estas se quedan ahí –dice con voz grave.

Vuelve a agarrarme de la cintura y me vuelve a colocar encima de él sin ningún esfuerzo mientras me besa con fuerza. Su lengua recorre toda mi boca mientras desabrocho sus pantalones y tiro hacia abajo de su ropa interior, liberando su gran erección. Rodeo su miembro con mi mano y la muevo por toda su extensión, despacio pero firme.

– Joder nena, me vuelves loco –dice apretando los dientes.

NATHAN

Veo como su mano acaricia toda la longitud de mi miembro, no puedo sentirme más excitado, siento como si fuera a sufrir una combustión espontanea en cualquier momento y fuera arder en llamas.
Acaricio su sexo por encima del pequeño trozo de tela de encaje negro, joder está realmente sexy con él, lo aparto hacia un lado y le acaricio el clítoris con el pulgar y soy recompensado con un fuerte jadeo que me hace retirar un poco más la tela, la agarro del trasero para acomodarla encima de mí y es ella misma la que guía mi erección en su entrada y no tardo en clavarme en ella en una embestida.

– ¡Aaaah… Dios santo! Como te siento, nena.

Empieza a moverse deprisa encima de mí, con la respiración totalmente acelerada, agarrándose a mis hombros y cabalgando sin control mientras la agarro con fuerza de la cintura y bombeo en su interior sintiendo lo húmeda y prieta que está.
Siento como se tensa, sé que está cerca de su culminación y no tarda en gemir con fuerza llegando al orgasmo. Podría dejarme llevar y llegar al clímax junto a ella, pero no quiero que esto termine.

– Gírate –ordeno cuando termina de gemir y convulsionar.
– ¿Qué? –responde apenas sin aliento.
– Todavía no he acabado contigo nena, quiero que te gires.

La agarro con fuerza de la cintura pero sin lastimarla, salgo de ella y hago que gire mirando hacia el salpicadero del camión, dándome la espalda. Veo su fina ropa interior, como el tanga de encaje negro se cuela entre sus nalgas y mi miembro se endurece aún más si eso es posible. La necesidad me consume, aparto un poco la tela con mis dedos y no tardo en hundirme en ella de nuevo en un solo empellón.

– ¡Aaaah! –gime.

– ¿Estás bien? –pregunto preocupado, quizás esté siendo demasiado brusco con ella.
– ¡Sí! ¡Por Dios no pares! –jadea.

Sus palabras me dan la confianza suficiente para continuar y no frenar mis impulsos, agarro sus caderas, la levanto lentamente y la penetro otra vez con fuerza mientras ella vuelve a gemir de placer, vuelvo a levantarla y me vuelvo a hundir en su interior del mismo modo.

VIOLETA

Me siento como si estuviera en medio de una tormenta, como si un torbellino de sensaciones me arrastrara cada vez que él arremete duramente dentro de mí, creo que por un momento voy a perder la razón por completo y más cuando empieza a estrujar mis pechos de una forma casi dolorosa a la vez que placentera.

– En esta postura puedo acariciar todo tu cuerpo –dice pasando las manos y tocando mis pechos, mi espalda, mi vientre y mis muslos–, tienes un cuerpo increíblemente hermoso nena.

Se queda enterrado en mí casi sin moverse, apenas se mece despacio mientras siento sus manos por todo mi cuerpo hasta llegar a mi sexo, introduce la mano por dentro de mis braguitas de encaje y lo acaricia despacio con la yema de los dedos, formando suaves círculos. Echo la cabeza hacia atrás y gimo con fuerza mientras que mis caderas comienzan a moverse solas, llevando el ritmo de sus dedos.

– Eso es nena, muévete para mí –exhala.
– No pares de tocarme –susurro sin parar de moverme– no quiero dejar de sentirte.
– No pararé hasta dejarte exhausta nena.

Todo resulta tan erótico, el ambiente cargado en la cabina del camión, los cristales totalmente empañados por la condensación de nuestras respiraciones, nuestros cuerpos cubriéndose por una fina capa de sudor, su voz grave, sus manos recorriendo cada centímetro de mi piel, me pierdo en este momento de auténtica lujuria, sabiendo que somos simplemente dos desconocidos dándonos placer, sin sentimientos, sin ataduras, sin saber nada el uno del otro.

– ¡Aaaaah! Más rápido –digo entre jadeos.

Él no tarda en atender mi petición, agarra firmemente mis caderas y comienza a bombear con fuerza mientras me agarro con ahínco al salpicadero para no salir despedida en una de sus más que placenteras embestidas y comienzo a gemir sin control sabiendo que estoy perdida.

– Eso es nena –dice apretando la mandíbula y con todos sus músculos en tensión.

Mi cuerpo se revela estallando en un duradero y extenso orgasmo que me hace convulsionar de placer, creo que es más de lo que soy capaz de soportar y ya no soy dueña de mi cuerpo, mi respiración resulta tan frenética que por un momento pienso que me vaya a desmayar, mi mente se nubla por completo, tanto que ni siquiera me doy cuenta cuando grito su nombre entre jadeos.

– ¡Aaaaah! Sí Nathan síííí… Nathan ¡Aaaah!

NATHAN

¿Nathan? ¿Ha dicho mi nombre? Creí que ni me había escuchado en la cueva o que no se acordaría.

– Nathan síííí… ¡Aaaah! ¡Síííí!

Mi miembro se hincha de tal manera al escuchar como gime mi nombre que creo que voy a reventar y lo hago vertiéndome dentro de ella mientras su cuerpo convulsiona y tiembla encima de mí, llegando los dos al clímax al unísono.

CAPÍTULO 10

NATHAN

Con las respiraciones totalmente agitadas por el esfuerzo, la rodeo con mis brazos y me recuesto hacia atrás en el asiento con su espalda pegada a mi pecho. Nos quedamos así no sé por cuánto tiempo, pero podría estar toda una eternidad, sintiendo la calidad de su piel y ese aroma dulce a vainilla que siempre le acompaña.
Tardamos en recobrar el aliento y siento como su pequeño cuerpo comienza a tiritar levemente encima del mío.

– ¿Tienes frío? –pregunto.
– Un poco –susurra.

Se incorpora deshaciendo nuestra unión y separándose de mí, volviendo a su asiento para vestirse. He de confesar que me hubiera gustado tenerla por un tiempo más entre mis brazos, pero no soy idiota, aunque haya gemido mi nombre sé que esto que acaba de ocurrir tan solo ha sido sexo para ella.
Veo como se termina de vestir mientras yo recoloco mis pantalones y vuelvo a ponerme la camiseta. Se recuesta en el asiento, cierra los ojos por un momento y respira profundo.

– ¿Estás bien? –pregunto.
– Sí, estoy bien –susurra, me mira y sonríe con sus mejillas aún sonrojadas por el esfuerzo. Es preciosa.

– Eres increíblemente hermosa –las palabras salen de mi boca sin poder evitarlo.
– Eso también ha sonado muy cursi –dice con una sonrisa tímida.
– Puede que tengas razón, pero no deja de ser cierto, eres realmente una mujer muy hermosa –digo mientras nos quedamos por unos segundos mirándonos hasta que es ella la que aparta la mirada.
– Voy a mirar la carga –dice en una exhalación–, ni siquiera sabemos que es lo que estaban transportando.

Abre la puerta, sale de la cabina y no tardo en hacer lo mismo, rodeamos el camión y nos dirigimos a la parte trasera para comprobar la carga.
Abrimos las pesadas puertas del remolque y subimos entrando en su interior. Vemos unas cajas de madera atadas a un lateral, serán como una docena, no muy grandes.

– Voy abrir una –digo cogiendo una barra de hierro con forma de palanca que se encuentra en el suelo junto a las cajas.
– Ten cuidado, no sabemos lo que hay dentro.
– ¿Tienes miedo de que sean serpientes? –digo en tono burlón mientras le sonrío.
– Muy gracioso –responde poniendo los ojos en blanco, pero sin poder ocultar una sonrisa.

Abro una de las cajas y no sabría decir que es lo que se encuentra en su interior, parecen una especie de botes metálicos de diferentes tamaños. Veo como el rostro de ella cambia por completo al ver lo que contiene la caja, está claro que sabe de qué se trata y que ha visto esto antes y no debe ser nada bueno.

– Ciérralo –dice de inmediato– y ten mucho cuidado.
– ¿Sabes lo que es?
– Son explosivos.
– ¿¡Explosivos!? ¿Quién le puede haber suministrado explosivos a los piratas?

– Me puedo hacer una idea –susurra mirando la caja que estoy volviendo a cerrar.
– ¿Acaso sabes quién los fabrica? –levanta la vista hasta mis ojos y se queda en silencio por unos segundos.
– No estoy segura –dice por fin–, será mejor que nos pongamos en marcha, aquí estamos demasiado expuestos.

Se da media vuelta y sale de la parte trasera del camión sin decir ni una palabra más, está claro que sabe más de todo este asunto, pero soy plenamente consciente de que no confía en mí lo suficiente para contármelo. Tampoco es de extrañar, que hayamos tenido sexo un par de veces no quita el hecho de que no me conoce de nada y tampoco debe haber olvidado que yo estaba con los piratas que la raptaron, así que decido no insistir con más preguntas.

Voy al volante, en silencio y conduciendo despacio para no despertar a la preciosa mujer que duerme a mi lado, después de unas horas conduciendo en la oscura noche, se sentía cansada y me pidió que le relevara.
Yo sin embargo soy incapaz de dormir pensando en que es cuestión de unos pocos kilómetros que lleguemos a su territorio y todo esto termine. Sé que es lo mejor para ambos, ella debe volver con los suyos y yo necesito cumplir mi venganza.
La miro, está sumida en un sueño profundo, recostada de lado en el asiento que se encuentra junto a mí. Sonrío al ver que entre sus manos tiene el pequeño caballo de madera que yo mismo tallé para ella.
Sus hermosas facciones bañadas por los primeros rayos del amanecer no me dejan indiferente. Trato de grabar cada rasgo de su hermoso rostro en mi memoria, dándome cuenta de que tan solo ella ha sido capaz de hacer que me sienta vivo de nuevo, que esa barrera de autocontrol, que siempre mantengo desde que era tan solo un niño, se desmorona cada vez que me toca, me besa o incluso tan solo con una mirada de sus increíbles ojos gris plata.
Sacudo mi cabeza y dejo de mirarla volviendo la vista al horizonte, no puedo permitirme sentir lo que sea que comienza a nacer en mi

interior, debo dejar de pensar en todo esto y centrarme en lo que realmente necesito hacer en mi vida para sentirme en paz conmigo mismo y es matar al maldito pirata Arturo Cortés.

No pasa mucho tiempo cuando veo un par de vehículos a lo lejos que nos divisan y se dirigen hacia nosotros a gran velocidad, detengo el camión y me giro hacia ella.

– Despierta –digo suavemente moviéndola con delicadeza–, creo que ya hemos llegado –abre los ojos y me mira.
– ¿Qué ocurre?
– Un par de jeeps se acercan, creo que son de tu comunidad.

Se incorpora en su asiento, mira a través del parabrisas y sonríe. Salimos del camión cuando los jeeps llegan a nuestra altura. El primero en salir de los vehículos es un hombre grande y fuerte, con muchas cicatrices y pelo oscuro. Se acerca a ella con rapidez, la abraza con fuerza y susurra algo que soy incapaz de escuchar.

– Estoy bien Declan –responde ella– y ahora suéltame, me estas asfixiando.

El hombre deshace su abrazo, se gira hacia mí y me mira detenidamente mientras que del otro vehículo salen dos hombres más, uno de ellos porta una ballesta con la que me apunta.

– Al suelo muchacho –dice de forma contundente acercándose a mí–, ¿No me has oído? He dicho que al puto suelo.
– Ronan baja el arma –dice ella, acercándose a nosotros.
– ¿Está segura patrona? –pregunta mientras continúa apuntándome– Recuerdo a este bastardo en uno de los vehículos de los piratas.
– Ronan he dicho que dejes de apuntarle y entrégale las llaves de tu jeep.
– ¿¡Qué!? ¿Mi jeep? Pero patrona…

Solo hace falta una mirada de ella para que el tal Ronan se calle al instante y obedezca de inmediato.

– Como mandes patrona –farfulla lanzándome las llaves del jeep y las cojo al vuelo con una sola mano.

Ella se gira colocándose frente a mí y me mira a los ojos, sonríe levemente y respira profundo antes de empezar hablar.

– Agradezco que me hayas ayudado a llegar hasta aquí –dice sincera–, y de verdad espero que encuentres la paz que tanto necesitas.

Todavía no estoy muy seguro de por qué se acaba de instalar un nudo en mi garganta, el cual me está impidiendo hablar, decido no alargar más este momento, asiento despacio con la cabeza a modo de despedida y me dirijo hacia el jeep. No tardo en arrancar el vehículo y me alejo del lugar a toda velocidad sin mirar atrás, con una sensación extraña en mi pecho de la que no sé muy bien si me quiero deshacer.

VIOLETA

Veo como el muchacho desaparece en el horizonte y algo que no consigo saber que es, me embarga. Es como una sensación de pérdida que se instala en mi pecho, siendo consciente de que todos estos días atrás no me dejaran indiferente, en los que he dejado de ser la patrona del Pazo Veracruz, lejos de las decisiones y las responsabilidades, tan solo siendo una mujer despreocupada, disfrutando sin más de la compañía de un joven atractivo que me ha hecho sentir deseada, vulnerable, protegida y más viva que nunca. Pero todo eso ya se acabó, he de volver a la realidad y es que jamás volveré a verle. Mejor que sea así, sé que su destino es la Comunidad Pirata y no quiero verme en la obligación de tener que arrebatarle la vida algún día si se convierte en uno.

CAPÍTULO 11

VIOLETA

Ya han pasado varios días desde que volví al Pazo Veracruz, he de confesar que no me siento la misma y tengo que reconocer que aquellos días me marcaron de alguna forma, ya que no consigo borrar de mi mente los momentos que pasé con Nathan.
<<¿Ahora le llamas por su nombre?>> dice con sarcasmo la voz de mi conciencia a la que trato de ignorar a diario.

Toco a la puerta y Declan no tarda en abrirme, siempre quedamos un par de veces por semana para reunirnos y cenar con su esposa, Sara y su preciosa hija, Lucía.

– Ya creí que no venias –dice invitándome a entrar en su preciosa casa de dos plantas–, Elena y Kai ya están aquí.
– Si he venido es porque tu mujer cocina de maravilla –digo entrando y Sara la mujer de Declan me saluda con la mano desde la cocina mientras pasamos al comedor, es una casa de concepto abierto, salón, cocina, comedor, todo en la misma planta baja.

Sara es hermana de Kai y su mujer Elena es mi mejor amiga y confidente, no tengo secretos para ella, siempre se lo cuento todo, aunque he de decir que esta vez no he sido capaz de contarle todo lo que ocurrió en aquellos días que estuve desaparecida.
La pequeña Lucía de diez años viene corriendo y me da un enorme abrazo como de costumbre cada vez que vengo.

– Hola ratona ¿Cómo estás?
– Bien, ¿Johnny no viene contigo?
– No cariño, sé que le echas de menos y yo también, pero todavía está en la Comunidad del Sur –Lucía adora a Johnny, el siempre juega con ella y le lee algún cuento cada vez que nos reunimos–, pero no te preocupes, si no vuelve en menos de un mes seré yo misma quien vaya a buscarle. Ahora cuéntame ¿Qué tal tu día?
– Muy bien, en el cole nos han enseñado como construir un refugio y la purificación de agua –dice con una gran sonrisa, es tan alegre y cariñosa como su madre.
– Eso está muy bien –digo devolviéndole la sonrisa– ¿Y qué tal tus clases de tiro con arco?
– Genial, pronto seré tan buena como tú, ya lo verás.
– De eso estoy segura ratona.
– Para eso aún te queda mucho que aprender pequeña–dice Kai acercándose a nosotras.
– Tío Kai ¿puedo enseñarle como disparo con el arco?
– Quizás luego, ahora ve ayudar a tu madre en la cocina.

La pequeña Lucía corre hacia la cocina sin perder la sonrisa y Kai me da un breve abrazo.

– ¿Cómo te encuentras? –pregunta y puedo ver la preocupación en su rostro.
– Cómo se va encontrar, pues estupenda ¿no la ves? –dice Elena acercándose a nosotros– No le hagas caso a mi maridito, siempre se preocupa en exceso.
– Y eso a ti te encanta –dice Kai rodeándole la cintura con un brazo y mordisqueando su cuello.

Kai y Elena viven en el Pazo Veracruz desde hace ya muchos años, ellos dos llevan juntos toda la vida, desde que tan solo eran unos adolescentes. Elena tiene mi edad, pelo largo, castaño y ojos del mismo color, Kai es un par de años mayor, pelo corto oscuro y los ojos igual de verdes que su hermana Sara.
Los dos tienen un carácter bastante fuerte, a veces creo que se aman y odian a partes iguales, si no están discutiendo, están

revolcándose o restregándose en cualquier esquina, como ahora mismo que Kai no para de mordisquear su cuello y amasar su trasero.

– Buscaros un hotel –grita Declan desde el otro lado del comedor y todos reímos.
– ¿Qué es un hotel papá? –pregunta la pequeña Lucía.
– Era… un edificio grande con muchas habitaciones donde la gente iba a pasar sus vacaciones.
– ¿El tío Kai y la tía Elena se van a ir de vacaciones?
– Ya les gustaría a ellos –dice Declan soltando una gran carcajada y todos reímos con él.

Pasamos una velada agradable como cada vez que estamos juntos, nunca hablamos de temas demasiado serios o de la seguridad de la comunidad delante de Sara y la pequeña Lucía y eso hace que parezca un día normal, en un mundo normal.
Tras la cena y después de que la pequeña Lucía nos enseñe como empuña su arco comenzamos a recoger la mesa.

– Vamos pequeña –dice su tío Kai–, hoy seré yo quien te cuente un cuento en la cama.
– Yo ayudaré a Sara a recoger, vosotras podéis ir a la terraza –dice Declan haciéndole un gesto con la cabeza a Elena y esta responde de igual manera asintiendo y se perfectamente que algo traman.

Elena coge un par de vasos y una botella de licor, me mira y con un movimiento de cabeza me indica para que le acompañe hasta la terraza. Salimos y nos sentamos en un par de sillones de jardín que se encuentran tras una pequeña y baja mesa de mármol. Elena destapa la botella, pone un poco de licor en cada vaso, brindamos y le damos un buen trago.

– ¡Joder! –dice Elena carraspeando– esta vez el licor del reverendo Owen esta fuerte de narices.

El reverendo Owen vive en un lugar llamado La Granja, a varios días de camino al Noroeste de aquí, el muy hijo de perra vive con sus

hijos, todos varones y no deja que entren mujeres en sus dominios, dice que somos la tentación y el pecado en la tierra y más peligrosas que el auténtico demonio.
Miro a Elena sé perfectamente que nos han dejado a solas por algún motivo y más aún cuando la veo inquieta removiéndose en su asiento.

– ¿Se puede saber qué estáis tramando? –pregunto.
– No tramamos nada Violeta, solo estamos preocupados.
– ¿Y se puede saber por qué?
– Porque estas diferente desde que volviste.
– ¿Diferente?
– Sí, estás más ausente, pensativa y casi que diría que hasta… triste.
– ¿Triste? –pregunto riendo a carcajada.
– Te conozco prácticamente de toda la vida Violeta y sé que me ocultas algo –dice seria y dejo de reír.
– Estoy bien Elena –respondo con paciencia–, os estáis preocupando sin motivo.
– Todos estuvimos muy angustiados en aquellos días que estuviste desaparecida –dice mirándome directamente a los ojos–, Declan casi se vuelve loco, sabes también como yo que no se perdona el no haber podido impedir que los piratas te llevaran.
– Estáis exagerando.
– Solo queremos saber qué es lo que te pasa.
– Es que no me pasa nada, estoy bien.
– Pues a mí no me lo parece –responde con brusquedad.

La miro en silencio y puedo ver la inquietud y la preocupación en su rostro.

– Dime la verdad Violeta, esos piratas te forzaron o te hicieron algo…
– No –respondo de inmediato interrumpiéndola– ya te dije que no me hicieron nada.
– Entonces ¿Qué demonios te ocurre? Desde que volviste no pareces tú.

Ahí me doy cuenta de que Elena me conoce demasiado bien, sé que no lo va a dejar estar, también sé lo cabezota que puede llegar a ser e insistirá hasta la saciedad, así que decido ser sincera.

– Solo estoy preocupada por el muchacho que me ayudó –la miro y frunce el ceño.
– Si solo es eso lo podemos arreglar ¿Sabes dónde se encuentra? –niego con la cabeza.
– Sé que quería entrar en la Comunidad Pirata –hago una respiración profunda y continúo hablando–, incluso puede que ya esté muerto –termino la frase con un hilo de voz.
– ¿Qué ocurrió entre ese muchacho y tú, Violeta? –inquiere.

La miro, no respondo, pero ella parece que pueda ver la respuesta en mis ojos, ya que me mira unos instantes y el gesto en su rostro cambia por completo a uno más sorpresivo.

– ¿Acaso tuviste algo con él? –pregunta alarmada.
– Ssssh… ¿Puedes bajar la voz? –susurro.
– Mírame Violeta –dice un poco más bajo y hago lo que me pide–, ¿¡Te acostaste con ese muchacho!?

Agacho la cabeza mirando el vaso de licor que hay entre mis manos, bebo su contenido de un solo trago y asiento con la cabeza.

– ¡La hostia Violeta! ¿Te lo follaste?
– Ssssh… ¿Quieres bajar la voz de una maldita vez?
– Lo siento, es que esto no me lo esperaba.
– Ni yo tampoco –murmuro y nos quedamos unos segundos en un absoluto silencio.
– Bueno… ¿Y qué tal? –pregunta Elena rompiendo el silencio y con una gran sonrisa en su rostro.
– ¿A qué te refieres?
– Pues a cómo fue… ¿Fue uno rapidito y ya está? ¿Fue uno de esos polvos que están bien pero no lo suficiente para repetir? ¿O fue uno de esos polvazos increíbles que te hacen gemir de placer hasta dejarte sin aliento? –pregunta y comienza a reír.

– No pienso contestar a eso –digo riendo con ella.
– Vamos Violeta, la curiosidad me está matando.

La miro y sé que lo ve en mis ojos y en la sonrisa que no sé por qué se ha instalado en mi rostro y que soy incapaz de borrar. Elena suelta un gritito y un brinco en su asiento de pura euforia y yo le siseo para que baje la voz nuevamente.

– Fue increíble –digo finalmente suspirando, recostándome en el sillón y mirando al frente–, no me refiero solo al sexo, también la forma en la que me cuidó, supongo que estoy más acostumbrada a ser yo quien esté velando por los demás y él me liberó de los piratas, me curó cuando me mordió la serpiente, me ayudó a recuperar el camión y no me dejó en ningún momento hasta llegar aquí y cerciorarse de que estuviera a salvo.
– Hablas como si sintieras algo más por él –suelta sin más.
– ¿¡Qué!? No joder, solo estoy preocupada por él nada más –Elena me mira entrecerrando los ojos como si no estuviera del todo convencida con mi respuesta.
– Dime la verdad Violeta.

Cierro los ojos, respiro profundo, los vuelvo a abrir y la miro negando con la cabeza.

– No lo sé Elena –digo en una exhalación–, no tengo muy claro que es lo que siento, pero no consigo quitármelo de la cabeza.
– ¿Se lo vas a contar a Johnny? –y nada más hacerme esa pregunta clavo mi mirada en la suya.
– Nadie debe enterarse de nada de todo esto –digo con contundencia– y mucho menos Johnny ¿Lo has entendido?
– Tranquila Violeta –dice levantando las manos en modo de rendición–, sabes que yo siempre estoy de tu parte y mis labios están sellados.
– Bien, espero que sea así y ahora cuéntame que es lo que te ocurre con Kai.
– No sé a qué te refieres.

– Y una mierda Elena, tú me conoces bien, pero yo a ti también y sé que algo te pasa.
– Vale de acuerdo –dice resignada–, solo es que Kai ha sacado de nuevo el tema de tener hijos.
– ¿Y qué problema hay? Lleváis toda la vida juntos, Kai te adora y tu también a él.
– Joder Violeta ya me conoces –dice hastiada–, me gusta patrullar por las noches, beber licor hasta perder el conocimiento, decir un montón de tacos y nada de eso es compatible con un bebé.
– ¿Y qué dice Kai? –Elena niega con la cabeza.
– Realmente no lo hemos hablado, trato de esquivar el tema, sé que tenemos una edad en que es ahora o nunca, pero…
– ¿Pero qué? –indago.
– Pues que Kai y yo somos un puto desastre, le quiero con toda mi alma, menos cuando me entran ganas de matarle cada vez que discutimos, sin embargo sé que él sería un buen padre, pero yo no estoy segura de que vaya a ser una buena madre y no sé cómo decirle que yo no quiero tener hijos –respira profundo y puedo notar cómo se angustia.
– Elena eres muy dura contigo misma –digo con cariño–, no dudo ni un instante en que serias una buena madre, un poco alocada, sí, pero también cariñosa.
– No estoy tan segura de eso –masculla–, además, bastante tengo con soportar a Tess, que desde que ha cumplido los dieciocho no hay quien la soporte y no me hace ni puto caso.

Tess es la hermana pequeña de Elena, hace como diez años que sus padres murieron de una grave enfermedad y desde entonces Elena es quien cuida de su hermana pequeña.
Tess siempre ha sido bastante rebelde, se ve que ha heredado el mismo carácter fuerte que también tiene Elena y eso hace que pasen la mayor parte del tiempo que están juntas discutiendo.
Tess es una joven muy guapa con una larga melena rubia y unos grandes ojos color miel, siempre está rodeada por los jóvenes del pueblo que no se quedan indiferentes ante su belleza.

– ¿Por cierto dónde está? –pregunto y Elena se encoge de hombros– ¿Sabes al menos por qué no ha venido a cenar?
– Porque la muy idiota prefiere pasear con uno de esos muchachos que besan el suelo por donde ella pisa antes que venir a cenar con su familia –dice molesta.

Me es imposible no soltar una carcajada, sé perfectamente que aunque Elena diga que no la soporta no puede evitar preocuparse por ella.
Pasamos un buen rato charlando como de costumbre hasta bien entrada la noche, Kai y Elena vuelven a su casa que es justo la que está al lado de la de Declan y Sara, en cambio yo me vuelvo a mi gran habitación en la segunda planta de la mansión.
Me cuesta coger el sueño, dándole vueltas a todos esos pensamientos que me abordan en los últimos días. Así que hago lo que sé seguro que siempre me funciona, enciendo varias velas, lleno mi gran y magnifica bañera redonda con agua caliente y espuma y me sumerjo en ella hasta que las preocupaciones me abandonan.

CAPÍTULO 12

VIOLETA

Hoy está siendo un día caluroso, Declan conduce el jeep en nuestra habitual vuelta de reconocimiento y un par de vehículos más nos siguen con varios de mis hombres. Desde que volví hace ya una semana hemos intensificado la vigilancia. Sé que Cortés no dejará pasar el hecho de que me llevara el camión, esa carga debe ser importante para él y estoy segura que algo debe andar tramando para recuperarla.
Sé perfectamente que ha sido mi hermano Connor el que los ha fabricado, lo supe en cuanto Nathan abrió aquella caja y vi esos botes metálicos. Obviamente no dije nada al respecto, ya que eso requeriría dar demasiadas explicaciones a las que no estaba dispuesta a proporcionar.
El maldito Connor es un amante de todo lo que explota, ya lo demostró cuando hizo saltar por los aires la Comunidad del Castillo. Lo que no estoy segura es de si el mismo Connor se los ha entregado o por el contrario los hombres de Cortés los han robado. Sea como sea debemos tomar toda clase de precauciones y estar en alerta en todo momento.

Llegamos al Pazo Veracruz al atardecer, nada más pasar el umbral, un equipo de dieciséis hombres liderados por Elena salen a patrullar en el turno de noche.
Declan aparca, salimos del jeep cuando vemos a Kai corriendo en nuestra dirección y sé por la expresión de su rostro que algo no

anda bien.

– ¿Qué ocurre Kai? –pregunta Declan.
– Han capturado a un pirata que intentaba entrar –dice con la respiración acelerada por haber corrido hasta nosotros-, Ronan lo tiene en los calabozos.

No tardo en dirigirme a los calabozos junto con Declan y Kai, que se encuentran en el sótano de la fábrica de metalurgia, no voy a tener piedad con el maldito bastardo que se ha atrevido a intentar cruzar los muros del Pazo Veracruz.
Bajamos el tramo de escaleras que dan al sótano donde se encuentran las celdas.
El guardia que está en la puerta nos abre la pesada puerta de madera maciza y entramos en la oscura celda, apenas hay encendidas un par de lámparas de aceite desprendiendo una tenue luz, al primero al que veo es a Ronan que se encuentra de pie frente al pirata que está sentado cabizbajo en una silla de hierro forjado y con las manos atadas a la espalda.

– Patrona –dice Ronan en forma de saludo cuando nos ve entrar.

Contesto a su saludo con un movimiento de cabeza y miro al hombre que se encuentra en la silla. Este levanta la cabeza, me mira a los ojos y me quedo paralizada al instante. Siento como si me quedara sin aire en los pulmones y mi corazón comienza a latir con fuerza.

– Nathan –susurro apenas inaudible y él me sonríe.

Ronan se acerca con decisión y le propina un puñetazo en la mandíbula haciendo que el rostro de Nathan gire por el impacto.

– Deja de sonreír maldito bastardo –grita Ronan.
– ¿Qué ha ocurrido? –pregunta Declan mientras yo continúo anclada en el sitio y sin poder articular ni una palabra.
– Este hijo de puta se cree muy valiente –contesta Ronan-, ha intentado entrar nada menos que por la puerta principal como si

esta fuera su casa, ha debido creer que como venia conduciendo mi jeep le iban a dejar entrar sin más.

Nathan vuelve a mirarme y cuando creo que va a decir algo Ronan le vuelve a golpear.

– Mirada al suelo escoria –espeta Ronan-, ni se te ocurra volver a mirarla a no ser que ella te lo ordene.

Nathan ignora totalmente las palabras de Ronan, me vuelve a mirar nuevamente y comienza a hablar.

– Si me he presentado en la puerta principal era para avisaros y… –no termina la frase y el puño de Ronan se estrella de nuevo contra su rostro.
– ¡Que te calles joder! –grita Ronan agarrándole la camiseta en un puño y acercando su rostro al suyo –si sigues hablando te cortaré la puta lengua muchacho.

Con un movimiento rápido de cabeza Nathan golpea el rostro de Ronan haciendo que pierda el equilibrio y caiga al suelo de espaldas sangrando por la nariz.

– ¡Serás hijo de puta! –exclama Ronan levantándose del suelo algo aturdido y mira a Nathan con rabia mientras desenfunda el cuchillo que lleva en el cinturón –ahora vas a saber lo que es bueno –dice dirigiéndose a él con determinación.
– ¡Basta! –grito y Ronan se para en seco.
– Déjeme que le dé una lección patrona –pide Ronan.
– He dicho que basta –digo con contundencia-, quiero escuchar lo que el muchacho tiene que decir.
– Pero patrona no es más que un miserable pirata y…

Solo hace falta una mirada por mi parte para que Ronan se calle de inmediato y retroceda unos pasos.
Respiro profundo, me pongo delante de Nathan y le miro a los ojos. Su mirada no ha cambiado, sigue desprendiendo esa sinceridad y transparencia que me transmite confianza.

– Habla –digo de la forma más neutra y calmada de la que soy capaz ahora mismo.
– Los piratas vienen hacia aquí, quieren recuperar la carga que transportaba el camión.
– ¿Cómo lo sabes?
– Porque yo estaba allí, en la Comunidad Pirata, les oí hablar de ello y vi como se preparaban para partir de inmediato.
– ¿De cuántos piratas estamos hablando?
– Más de un centenar.
– ¿A qué distancia están de aquí?
– No tardaran en llegar, he tratado de decírselo a tu hombre para poder interceptarlos, puede que todavía no sea tarde.
– ¿Por dónde tienen pensado entrar a nuestro territorio?
– Según escuché a unos cuarenta y cinco grados del cuadrante Suroeste.
– Kai –digo girándome hacia este-, que toquen las campanas para dar aviso, estamos en alerta, reúne a todos los hombres disponibles y ordena que vuelva la patrulla nocturna.
– Ahora mismo patrona –responde y sale de inmediato para ejecutar mis órdenes.
– Ronan acompáñale –y este obedece de igual modo.

Vuelvo la mirar a Nathan, me quedo en silencio por unos segundos sin apartar la mirada de sus ojos azules como el cielo, no sé si puedo confiar del todo en él ¿Por qué está aquí? ¿Por qué arriesgarse a venir a esta comunidad? ¿Qué quiere realmente? Son demasiadas preguntas y dudas que se crean en mi cabeza a las que no tengo respuesta.

– Yo no soy el enemigo –dice como si pudiera leerme el pensamiento y solo el sonido de las campanas que resuenan desde lo alto del campanario rompe nuestro contacto visual.
– Declan –me dirijo a mi hombre de confianza-, suéltalo, se viene con nosotros.

NATHAN

Circulamos a toda velocidad cuando la noche ya cae sobre nosotros. Voy en el asiento trasero del jeep con las manos atadas por delante de mi cuerpo mientras el hombre grande y fuerte que atiende por el nombre de Declan conduce y ella, la patrona, está sentada en el asiento del acompañante, apenas han hablado entre ellos más que un par de palabras técnicas, tampoco se ha vuelto a dirigir a mí en ningún momento.
Cuando la he visto entrar en la celda por un momento he sentido como un golpe en la boca del estómago, es preciosa, en estos días no he podido dejar de pensar en esos preciosos ojos gris plata, mi cabeza no ha parado de recordar cada instante que pase con ella y no he conseguido sacarla de mi maldita cabeza ni por un solo segundo.
Cuando escuché a los piratas decir que iban atacar esta comunidad, temí que le ocurriera algo, ni siquiera lo pensé hasta que ya me encontraba frente a la puerta principal del Pazo Veracruz.
Siempre he controlado cada paso que he dado a lo largo de mi vida, pero es pensar en ella y parece que mi cerebro se guía por impulsos. Así que aquí estoy, atado en la parte trasera de su jeep en vez de estar cumpliendo mi venganza.
No fue difícil entrar a la Comunidad Pirata, eso sí, nada más entrar ya estaba deseando largarme de ese maldito lugar.
Lo difícil fue dar con Arturo Cortés, el muy hijo de perra tiene guardias alrededor de toda su casa y no sale nunca como la rata que es. No me rindo, sé que en algún momento acabaré con él, es algo que por el momento solo lo estoy posponiendo, pero sé que ocurrirá.
No obstante ahora tengo otras prioridades y esa prioridad está sentada delante de mí. Vuelvo a observarla y veo como su corta y sedosa melena castaña clara se mece con el movimiento del vehículo, dejando ver la base de su cuello donde no hace muchos días pasaba mi lengua saboreando su dulce piel mientras me enterraba profundamente en ella.

Dejo de mirarla y sacudo mi cabeza para sacarme esos pensamientos de mi mente, debo mantener la cabeza fría, ahora debo centrarme en el inminente enfrentamiento con los piratas y proteger a la que creo se ha vuelto ya una obsesión para mí.

Todos los vehículos se detienen, de forma paralela a modo de barrera, serán unos treinta jeeps y de ellos comienzan a salir hombres y mujeres con todo tipo de armas.
Ella, la patrona, sale del vehículo coge un arco con flechas que se encuentran situados en la parte de atrás junto a mí, apenas levanta la mirada un instante para mirarme y se da media vuelta, subiéndose con agilidad al capó del vehículo.
No podría describir la sensación que me recorre por dentro al verla con esa postura ofensiva, piernas abiertas, espalda erguida, cabeza en alto, con el arco en una mano tensando la cuerda con una de las flechas.
Miro a ambos lados y me doy cuenta que en cada capó hay subida una o dos mujeres con arcos o ballestas, delante de los coches se sitúan todos los hombres armados y dispuestos a pelear.
Declan se acerca a la patrona, ella agacha el arco, dirige la punta de su flecha hacia él y este le prende fuego con algún tipo de encendedor. Las demás arqueras también prenden sus flechas en llamas y se mantienen a la espera hasta que la patrona da la orden de disparar y en un instante el sonido seco de las cuerdas al destensarse dan paso al suave silbido de las flechas llameantes surcando y rasgando la suave brisa hasta impactar en el suelo del desierto creando una barricada de fuego y dejando ver así la horda de piratas que se encuentra frente a nosotros dispuestos a atacar sin piedad.

CAPÍTULO 13

VIOLETA

Disparo una flecha tras otra con precisión alcanzando a cada uno de mis objetivos, mis hombres pelean con fiereza y valentía tratando de mantener la posición, estamos en inferioridad numérica, pero ellos no esperaban a que los interceptáramos, así que contamos con el factor sorpresa y eso nos ha dado ventaja. Lanzo mi última flecha y salto del capó para ir en busca de más flechas, cuando alguien me agarra desde atrás y me giro bruscamente desenvainando mi cuchillo de combate.

– Soy yo –dice Nathan levantando sus manos atadas por delante de su cuerpo-, quiero ayudar, desátame y dame un cuchillo –pide.
– ¿Pretendes que te de un arma?
– Esa es la idea, para poder defenderme –responde.

Me quedo parada cuando veo un hilo de sangre correr por su antebrazo, he debido herirle al darme la vuelta. No lo veo venir cuando me aparta hacia un lado y un pirata se le echa encima, pero Nathan se mueve de forma ágil y consigue ponerse a su espalda rodeándole el cuello con la soga que ata sus muñecas y lo ahorca con tanta fuerza que el pirata se desvanece y deja de respirar en pocos segundos. Me mira con la respiración agitada por el esfuerzo y da un paso hacia mí.

– Por favor confía en mí, desátame.

Le miro y vuelvo a ver esa sinceridad en sus ojos, agarro sus manos y corto la cuerda que rodea sus muñecas con el cuchillo y se lo tiendo.
Sin esperármelo agarra mi brazo y me acerca hacia él mirándome intensamente a los ojos.

– Por favor ten cuidado –susurra.

Deja de agarrarme, dando media vuelta con el cuchillo en alto y comienza a enfrentarse y a luchar con todo pirata que intenta acercarse.
Trato de recobrar el aliento y de calmar mi agitado corazón que se ha puesto a martillear en mi pecho sin descanso, mientras me hago con más flechas que se encuentran en la parte trasera del jeep.
Sacudo mi cabeza para centrarme y librarme de esa sensación de agitación que me ha causado la cercanía de Nathan y me vuelvo a subir al capó.
Comienzo a disparar las primeras flechas cuando veo que se acercan refuerzos, son los vehículos de la patrulla nocturna que salieron al atardecer. Elena sale de uno de esos vehículos y no tarda en subirse al capó donde me encuentro y comienza a disparar su ballesta sin margen de error.

– ¿Me has echado de menos? –pregunta con una gran sonrisa sin dejar de disparar.
– Ya era hora de que llegaras –digo con ironía.
– No te quejes patrona–dice sin perder la sonrisa.
– Mierda, me estoy quedando sin flechas –informo.

Me dispongo a bajar del capo del jeep cuando veo a Nathan que está en una dura lucha cuerpo a cuerpo contra tres piratas. Se defiende y pelea con fiereza con movimientos rápidos y precisos, es evidente que está bien entrenado y no le supone un gran esfuerzo deshacerse de esos indeseables.

– ¡Cuidado! –grita Elena.

Sin esperármelo un pirata agarra una de mis piernas y tira de mí haciéndome perder el equilibrio y caigo del capó rodando hasta el suelo sin poder evitarlo. El enorme pirata se me echa encima sin esperarlo, al menos debe medir dos metros y pesar más de ciento cincuenta kilos, me agarra con fuerza y apenas puedo moverme. Elena le dispara por la espalda, este se gira y de un fuerte golpe hace que Elena caiga al otro lado del jeep.
El pirata vuelve a centrar su atención en mí, me pongo en pie para defenderme, pero me agarra del cuello y comienza a apretarlo con fuerza. Agarro su antebrazo y me muevo tratando de liberarme, pero no lo consigo y comienza a faltarme el aire.
Cuando creo que ya voy a perder la conciencia, veo como Declan clava su machete en la espalda del pirata, este se gira soltando un alarido pero no libera mi cuello, es mucho más grande que Declan y eso que el también tiene un tamaño considerable, aún así dudo mucho que pueda ocuparse el solo del monstruo que me sujeta con una sola mano del cuello y me levanta del suelo con facilidad.
Por el rabillo del ojo veo un reflejo metálico, un cuchillo se clava en el brazo del pirata y este abre su mano, caigo al suelo tosiendo y dando respiraciones profundas para recuperar el aliento. Solo cuando levanto la vista soy consciente de que ha sido Nathan el que a apuñalado el brazo del pirata y ahora Declan y él están acabando con ese repugnante ser, dándole muerte.

– ¿Estás bien? –dice Elena ayudándome a levantarme y asiento con la cabeza mientras comienzo a respirar con normalidad.

Declan no tarda en acercarse a mí con gesto preocupado y me agarra de la barbilla levantando mi cabeza con suavidad.

– Déjame ver tu cuello –pide.
– No te preocupes estoy bien –respondo.
– ¿Te ha herido en alguna otra parte del cuerpo?
– Estoy bien Declan –digo apartando suavemente sus manos.

Declan mira a Nathan que se encuentra a un par de metros junto al cadáver del enorme pirata y asiente en forma de agradecimiento,

este le responde del mismo modo. Seguidamente Declan se vuelve otra vez hacia mí para informarme de la situación.

– Los pocos piratas que quedan se están retirando, deberíamos seguirles y acabar con ellos.
– No dejarles que se marchen –digo negando con la cabeza-, hay que atender a los heridos y llevarlos de vuelta al pazo.
– De acuerdo –responde de inmediato.

Según vamos atendiendo a los heridos los vamos enviando de vuelta al Pazo Veracruz en los vehículos disponibles, prendemos fuego a la pila de cadáveres de piratas después de requisar sus armas y objetos de valor así como la mayoría de sus vehículos.
Por suerte Kai, Ronan y Matt a los que no había visto hasta que terminó la batalla se encuentran bien y tan solo tienen heridas leves.

– Ya no quedan más heridos –informa Declan acercándose a mí de nuevo.
– ¿Cuántas bajas tenemos? –pregunto.
– Nueve –responde en una exhalación-, hubiera sido decenas si el muchacho no nos hubiera avisado –asiento con la cabeza.
– ¿Alguno de ellos tenía familia?
– Solo dos, uno de ellos acababa de ser padre.
– Maldita sea –maldigo en un susurro.
– ¿Qué quieres que hagamos con el muchacho?

Miro hacia Nathan que está sentado en la parte trasera de uno de los jeeps después de habernos ayudado con los heridos.

– Llévalo a la sala de reuniones cuando termines, necesito hablar con él.

NATHAN

Llegamos al Pazo Veracruz, todo está oscuro y en silencio, tan solo quedarán un par de horas para que amanezca.

Declan me mete en una sala donde hay varias estanterías con libros, mapas y una mesa central con sillas, debe de tratarse de una especie de sala de reuniones.
Me señala una de las sillas para que me siente, obedezco y apoyo mis manos esposadas encima de la mesa.
La patrona no tarda en entrar en la sala y me mira con esos increíbles ojos color plata, imposibles de olvidar, no se sienta, se coloca frente a mí y cruza los brazos por delante de su cuerpo, después detiene la mirada en mis muñecas esposadas y hace una mueca de disgusto, como si no le gustara verme esposado.

– ¿Soy tu prisionero? –pregunto.

Ella ladea la cabeza sin dejar de mirarme, después le hace un gesto con la cabeza a su hombre y este inmediatamente me retira las esposas.

– Puedes marcharte ahora mismo si es lo que deseas, solo quiero saber por qué nos has ayudado.

Me quedo unos segundos en silencio, ni siquiera yo estoy seguro de por qué estoy aquí, no lo pensé, solamente quería protegerla.

– No quería que te hicieran daño, ni tampoco a tu comunidad.
– ¿Sabes que al ayudarnos ahora cada maldito pirata y hasta el mismísimo Arturo Cortés querrán darte caza? –asiento con la cabeza.
– Sé perfectamente que al delatarlos me he convertido en una jodida diana.

Ella mira a su hombre y parece haber una conversación entre ellos sin decir ni una sola palabra, hace una respiración profunda y me vuelve a mirar.

– En esta comunidad estarás a salvo si decides quedarte –dice.
– Gracias, aunque no sé si me quedaré por mucho tiempo.
– De acuerdo ya habrá tiempo de hablar de todo esto, ahora acompáñame, te llevaré a una de las habitaciones para que puedas descansar.

CAPÍTULO 14

NATHAN

Camino detrás de ella y la sigo mientras me guía por los largos pasillos de la mansión hasta llegar a una de las habitaciones de la primera planta.

– Esta será tu habitación a partir de ahora–dice abriendo la puerta-, tienes toallas y productos de aseo en el baño, ahora pediré que te traigan algo de ropa limpia.

No entra y se echa a un lado para dejarme paso. Desde el umbral de la puerta puedo ver que es una amplia habitación con una gran cama a la derecha de la estancia, al fondo un sofá y una mesa baja junto a la ventana y a la izquierda un armario y una puerta entreabierta donde se aprecia que da paso a un baño completo.

– No necesito tanto espacio –digo sincero.
– En esta planta todas las habitaciones son iguales con baño propio, las casas son para las familias con niños.

Estoy a punto de preguntarle si ella vive en una de las casas con su marido e hijos, si es que los tiene, que seguramente sea así, seguro que tiene familia, es una mujer increíblemente hermosa, es más que obvio que tendrá marido. Sacudo mi cabeza para sacarme todos esos pensamientos de encima y la vuelvo a mirar sintiéndome agradecido.

– Gracias… eh… ¿Debo llamarte patrona? –titubea por un momento, quizás vaya a decirme su nombre, pero finalmente asiente con seguridad.
– ¿Necesitas que te revisen esa herida? –dice señalando el corte en mi antebrazo que ella misma me provoco.
– No, estoy bien, con una ducha bastará para limpiar las heridas.
– ¿Por qué estás aquí? –pregunta sorprendiéndome- ¿Qué es lo que realmente quieres?

Ella me mira, no como hasta ahora sino como cuando estábamos en aquella cueva, con esos ojos y esa expresión en su rostro que hace que todo lo que me rodee no importe. No soy capaz de esquivar la evidencia, ni siquiera voy a intentar ocultar lo mucho que me importa.

– ¿No es obvio? –digo mirándola con intensidad-, he venido por ti, porque no puedo dejar de pensar en ti y porque sería capaz de todo por besarte una vez más.

Me acerco más a ella y estoy a punto de acariciar su rostro cuando veo la sombra violácea en su cuello, retiro mi mano cerrándola en un puño al recordar cómo ese maldito pirata la estrangulaba.

– ¿Te duele? –pregunto señalando su cuello y volviendo a retroceder.

Parece desconcertada con mi actitud, pero responde negando con la cabeza.
Se le ve agotada, soy consciente de que no es el momento para esto, para hablar de nosotros, ha perdido a varios de sus hombres y muchos de ellos están heridos.

– A primera hora de la mañana –dice tras carraspear-, uno de mis muchachos vendrá a buscarte para enseñarte la comunidad, ahora será mejor que descanses –hace un pequeño gesto con la cabeza a modo de despedida, se vuelve para marcharse y se aleja desapareciendo al final del pasillo.

Después de darme una relajante ducha de agua caliente, me meto en la cama totalmente dolorido, es cómoda pero me cuesta dormir, recordando que hace tan solo unos días disfrutaba de la sensación de tenerla totalmente desnuda entre mis brazos, disfrutando de su dulce aroma a vainilla y la suavidad de su piel.
Debe pensar que soy tan solo un muchacho, uno más que se ha encaprichado de ella y seguramente que aquellos pocos días que estuvimos juntos no significaron nada para ella. Tengo que ser realista, una mujer así jamás se fijaría en un muchacho como yo. No sé qué demonios me ocurre, ni siquiera sé ni su nombre y no consigo sacarla de mi maldita cabeza.
Respiro profundo varias veces y enseguida comienzo a relajarme sobre todo al darme cuenta que esta noche dormiré bajo un techo y que el Pazo Veracruz parece ser un buen lugar para asentarse por una larga temporada.
No puedo evitar acordarme de mis amigos, a los que consideraba como mis hermanos en el castillo. Tore, Enzo y Zendaya ¿Qué habrá sido de ellos? ¿Dónde estarán? ¿Estarán bajo un buen techo como yo esta noche o por el contrario puede que se encuentren en peligro?
Al menos sé que Enora se encuentra a salvo, aunque no me guste ese lugar, La Fortaleza y ese maldito comandante Logan que dice ser su marido, he de reconocer que Enora parecía feliz y me alegro de que haya encontrado un hogar.
El recuerdo de los cinco en el castillo se agolpa en mi memoria, recordando cada momento que estuvimos juntos, sé que continúan con vida, tienen que estarlo, solo espero poder encontrarlos algún día.

Por la mañana temprano llaman a la puerta, cuando abro me encuentro a un muchacho, no muy alto, de unos veintipocos años, rubio y ojos claros. Lo reconozco, es uno de los tipos que estaban con la patrona cuando los piratas la capturaron.

– Buenos días, ¿Te llamas Nathan verdad? –dice con una gran sonrisa y asiento con la cabeza-. Mi nombre es Matthew, pero

puedes llamarme Matt –estira el brazo y me tiende la mano en forma de saludo para que se la estreche.
– Buenos días Matt –digo respondiendo a su saludo y estrechando su mano.
– Soy el encargado de enseñarte todo esto, si ya estás listo puedes acompañarme.

Hago lo que me dice, salgo de la habitación cerrando la puerta tras de mí y comenzamos a caminar por los pasillos exteriores de la mansión.

– Primero iremos al comedor a desayunar ¿Tienes hambre? –vuelvo a asentir como respuesta- Veo que no eres muy hablador, yo cuando llegué aquí tampoco hablaba mucho, pero enseguida me adapté, este es un buen lugar para vivir, estoy seguro de que te gustará y que nos llevaremos bien.
– ¿Cuánto tiempo llevas en esta comunidad? –pregunto por ser amable.
– Ya hace unos cuantos meses –hace una respiración profunda y sigue hablando mientras continuamos caminando por los pasillos-. La verdad es que aquí el tiempo pasa muy rápido.

Parece quedarse pensativo por unos momentos pero enseguida sacude la cabeza como si quisiera deshacerse de un mal recuerdo y vuelve a mirarme.

– Oye Nathan ¿Cuántos años tienes? –enseguida levanta la mano para detener mi respuesta- Espera no me lo digas, soy muy bueno acertando la edad.

Deja de caminar obligándome a detenerme frente a él y me mira de arriba abajo.

– Calculo que tendrás como yo, veintitrés años, o no espera, veinticuatro –niego con la cabeza.
– Tengo diecinueve –los ojos de Matt se agrandan de tal manera que parezca que se le vayan a salir de las cuencas.

– ¡No me jodas! Parece que tengas más edad, debe ser por esa barba tan espesa –dice mirando mi rostro-. Sí tiene que ser eso, quizás debería dejármela. ¿Tú qué piensas? ¿Me quedaría bien? O quizás bigote y perilla... ¿Tú qué opinas?

Me encojo de hombros como respuesta y continuamos caminando hasta el comedor mientras Matt no para de parlotear sobre barbas, perillas, bigotes y patillas. Es un poco intenso este muchacho, pero me cae bien.
Entramos en el gran comedor, debe haber más de una treintena de hombres comiendo en las varias mesas repartidas por la estancia, al fondo hay una vitrina con varias bandejas repletas de diferentes comida y fruta, tengo que reconocer que se me hace la boca agua al instante.

– ¡Vamos! Coge un plato y sírvete lo que te apetezca –me indica Matt y lo hago de inmediato.
– ¡Vaya, vaya, vaya! Si tenemos aquí al príncipe sin castillo –dice un hombre acercándose a nosotros, lo reconozco, creo que su nombre es Ronan, el bravucón que me golpeó en la celda.
– Déjale en paz, Ronan –le dice Matt.
– Qué ocurre Matt ¿Es tu nueva novia? –dice con ironía y varios de los hombres en la sala ríen a carcajada.

Veo como Matt agacha la mirada y se aparta dando un par de pasos hacia atrás, el tal Ronan vuelve a mirarme y sonríe maliciosamente.

– Dime príncipe ¿Perdiste tu corona cuando destruyeron el castillo? –los allí presentes siguen riéndole las bromas- ¿A ti que te pone más, una doncella, o prefieres un príncipe con un buen rabo como aquí mi amigo Matthew? –Matt mira hacia el suelo avergonzado mientras continúan las risas.
– ¿Por qué te interesa tanto? –respondo con calma- ¿Acaso quieres proponerme algo?

Todos en el comedor ríen a carcajadas por mi comentario y al tal Ronan le cambia la cara, desapareciendo su sonrisa por completo.

No tarda en agarrarme del cuello de la camisa y me mira como si quisiera pisotearme igual que a una cucaracha. No me acobardo, Ronan es un poco más alto que Matt pero aún así no llega a mi altura ya que debo inclinar un poco la cabeza para continuar mirándole a los ojos.

– No te pases ni un pelo conmigo príncipe –dice con rabia-, o lo lamentarás cuando te parta esa cara de guaperas que llevas.

Cierro los puños con fuerza, estoy deseando darle una buena paliza al imbécil que tengo delante y romperle todos los huesos del cuerpo, pero me retengo, trago como siempre toda mi rabia e ira y la guardo muy dentro de mí, como me enseño desde bien pequeño mi tío Ryan. Le sonrío con calma, eso parece descolocarle y me suelta bruscamente.

– Estás advertido príncipe –dice mientras se da media vuelta y se va por donde ha venido.
– No le hagas caso –dice Matt acercándose de nuevo a mí-, es un bocazas y un poco capullo, pero tampoco es un mal tipo cuando lo conoces.

Dudo mucho que me entren ganas de conocer al imbécil de Ronan, no obstante miro a Matt y asiento con la cabeza para que no le dé más vueltas al tema.

Después del desayuno Matt me ensaña las instalaciones, este lugar es inmenso, no solo me refiero a la enorme mansión de dos plantas, con techos altos, espaciosos dormitorios y grandes salones. De largos pasillos exteriores rodeando cada planta, sus altas columnas y espectaculares arcos, cada detalle arquitectónico refleja el esplendor de épocas pasadas.
Todo en general es amplio en este lugar, hay mas casas de las que pude llegar a ver anoche cuando llegué, es un pueblo donde no falta de nada, con una plaza central, una escuela, un parque al lado de este y hasta una capilla con un alto campanario en medio del

pueblo. Más allá de este se divisan unos grandes invernaderos donde imagino cultivan su propia comida.
Llegamos a la fábrica de metalurgia donde los hombres más jóvenes y fuertes trabajan dándole forma al metal, creando todo tipo de armas. Es una gran nave diáfana con techos altos y con varias máquinas para manipular y forjar cualquier aleación. Nos acercamos a un hombre que pasará por bastante los cincuenta años, ataviado con un grueso delantal y gafas protectoras. Está prácticamente calvo salvo por unos pocos mechones canosos y sus ojos son pequeños, de un castaño claro.

– Buenos días Henry –le saluda Matt-, te traigo al nuevo, se llama Nathan- este se quita las gafas protectoras y me mira sonriente y afable.
– Bienvenido muchacho, me vendrán bien dos brazos fuertes como los tuyos para mover las planchas de hierro.
– Estaré encantado de poder se útil señor.
– ¿Señor? No recuerdo la última vez que se refirieron a mí de esa forma –dice riendo-. Llámame Henry muchacho, hay confianza –dice palmeando mi espalda- Vamos te enseñaré este lugar.

Me gusta Henry, parece ser un hombre paciente y amable, sé de inmediato que me va a gustar trabajar para él y que este lugar definitivamente se podría convertir en un buen lugar para vivir.

CAPÍTULO 15

VIOLETA

Es increíble con qué facilidad se está adaptando Nathan a la forma de vida del Pazo Veracruz, lleva un par de días trabajando en la fábrica de metalurgia, que es el trabajo más duro de nuestra comunidad y no le resulta para nada complicado o dificultoso. Para más complejidad Ronan no pierde oportunidad de meterse con él como ahora mismo que ronda a su alrededor incordiando al pobre muchacho.

– ¿Qué te pasa príncipe? Se te ve muy tenso ¿Quieres que llame a Matt para que te dé un masaje?

Nathan sigue con su tarea, como si no escuchara los comentarios sarcásticos de Ronan y aunque varios de los hombres que trabajan en la fábrica le rían los comentarios, él sigue impasible y concentrado en su trabajo.

– Vamos guaperas –continúa Ronan-, estás muy rígido, relájate y quítate ya el palo del culo.
– ¿Por qué? ¿Quieres ponértelo tú? –contesta Nathan con indiferencia y todos los allí presentes ríen a carcajada.

Trato de tragar mi risa al ver la confusión en la cara de Ronan, hay que reconocer que es un bocazas insufrible y tengo que hacer verdaderos esfuerzos para recordar que es mi mejor rastreador y no echarlo de la comunidad.

Ronan se acerca a Nathan y continúa avasallándole con sus comentarios soeces y de mal gusto. Me sorprende la paciencia infinita de este muchacho, su aparente calma y tranquilidad ante la situación son asombrosas, cosa que hace desquiciar aún más a Ronan.
Decido fijarme más en Nathan, que continúa moviendo pesadas piezas de hierro, sin camiseta únicamente con pantalón vaquero y botas. Tengo que reconocer que es muy atractivo y tiene un buen cuerpo musculado, brazos fuertes, espalda ancha, abdominales marcados, alto, pelo corto castaño, una espesa barba de varias semanas y unos increíbles ojos azules en un rostro armonioso. ¡Qué narices! Hay que reconocer que es guapo a rabiar.
No sé qué mierda me pasa, pero no paro de pensar en él, sobre todo por las noches, me cuesta dormir al no poder olvidar los días que estuvimos juntos y como me cuidó. Recuerdo cada caricia, cada beso, el roce de su imponente cuerpo contra el mío, anoche ya no pude evitarlo y me toqué pensando en él, debo estar ya muy necesitada para llegar a este punto.
Todavía me estoy preguntando realmente que es lo que quiere de mí, sus palabras no son más que un eco continuo en mi cabeza que soy incapaz de olvidar. "He venido por ti, porque no puedo dejar de pensar en ti y porque sería capaz de todo por besarte una vez más."

– Parece un buen muchacho –dice Declan sobresaltándome, estaba tan perdida en mis pensamientos que ni me había dado cuenta de permanecía a mi lado-. El tal Nathan digo, parece un buen muchacho ¿No te parece?
– Sí, eso parece –digo con indiferencia y Declan se echa a reír a carcajada.
– De acuerdo –dice tratando de calmar su risa-, entonces si has dejado de comértelo con los ojos podemos ir ya a revisar el perímetro.
– No digas idioteces Declan, tan solo estaba echando un vistazo para ver si trabaja bien –Declan continúa riendo.
– Lo que tú digas patrona –dice levantando las manos en forma de disculpa.

Sé que no le puedo engañar, Declan me conoce bien, ni siquiera sé si podré seguir engañándome a mí misma, ya que es obvio que Nathan inunda mis pensamientos en cada momento.

– ¿Tienes todo preparado para salir esta misma noche? –le pregunto tratando de cambiar de tema.
– Todo preparado –asiente-, la mercancía ya se ha cargado en uno de los camiones y está listo para salir.

Esta noche Declan partirá hacia la comunidad La Granja, junto con Ronan, Matt y Nathan, aunque sé que Arturo y sus piratas andarán al acecho no podemos faltar al trueque semestral que se realiza con el reverendo Owen, debemos suministrarle y proveerle de las piezas, herramientas y armas de metal que nos ha solicitado, a cambio él nos provee de su licor casero, pastillas de jabón y lo más importante, plantas medicinales.
Es un viaje de varios días, puede que incluso tarden unas semanas, necesito alejar a Nathan y aclarar mis ideas, debo pensar en Johnny, pronto volverá de la Comunidad del Sur y no quiero ni pensar si se llegara a enterar de lo que pasó en aquella cueva. Quizás si mantengo alejado a Nathan por un tiempo más desaparezca de mi cabeza esta especie de obsesión que no soy capaz de controlar.

NATHAN

Salimos del Pazo Veracruz al anochecer, Declan va al volante del camión, donde me encuentro y Ronan y Matt en su jeep, nos escoltan muy de cerca.
Por lo que me han dicho tenemos que hacer una entrega en un lugar llamado La Granja a varios días de aquí. Se ve que en ese lugar solo viven hombres, lo dirige un tal reverendo Owen, que no entiendo muy bien por qué no dejan que entren mujeres en su propiedad. Supongo que será porque las mujeres son todo un enigma, al menos a la que yo deseo, sé que me ha estado ignorando los pocos días que llevo en el Pazo Veracruz, pero no me pasa inadvertido las veces

que se queda mirándome por un largo tiempo mientras realizo mis tareas en la fábrica de metalurgia, sé que no le soy indiferente del todo y aunque ella no lo crea sé que volverá a ser mía de nuevo. Al principio creí que podría haber algo entre Declan y ella, él siempre se muestra muy protector, pero las miradas entre ellos no son de dos personas que se desean, más bien de cariño y hermandad.

Pasamos los siguientes días sin parar de circular por el inmenso desierto, haciendo tan solo breves paradas en el camino. Creo que después de lo que pasó con los piratas temen que puedan volver a atacar y no quieren estar más días de los necesarios fuera del Pazo Veracruz.
Nos detenemos a pocos kilómetros de nuestro destino, es noche cerrada y Declan decide esperar al amanecer para adentrarnos en La Granja.
Me siento frente la pequeña hoguera que acabo de encender, mientras que un poco más apartados se encuentran Ronan y Matt con sus prácticas de lucha, siempre que tienen la oportunidad entrenan habilidades de combate cuerpo a cuerpo.

– ¿Te queda familia? –pregunta Declan sentándose a mi lado frente a las llamas.

Me sorprende su pregunta ya que apenas hemos hablado en todo el viaje, se ve que no es hombre de muchas palabras y para qué negarlo, yo tampoco.

– No que yo sepa –respondo sincero- ¿Y a ti? –me atrevo a preguntar.
– Soy afortunado –dice con media sonrisa-, tengo a mi dulce esposa Sara y a mi preciosa hija Lucia.
– ¿Qué edad tiene tu hija?
– Diez años –dice- quiere ser como la patrona y siempre está practicando con su arco para ser tan buena como ella.
– Eres un tipo con suerte –digo sonriendo al igual que él.
– Tienes razón, solo le pido a la vida que me deje conservarlas hasta el final de mis días.

Declan me cae bien, a pesar de ser un hombre grande, que impone, de facciones duras y muchas cicatrices, que con solo mirarle puede resultar aterrador, una vez que le conoces un poco no parece ser un hombre violento. Sé que detrás de toda esa fachada de asesino despiadado se esconde un hombre de buen corazón. Aunque estoy convencido de que si tocan lo que más quiere sin duda se volvería en una despiadada máquina de matar.

– ¿Conocías a tu mujer antes del apagón total? –niega con la cabeza.
– Yo tenía veinte años y estudiaba en la universidad cuando llegó el desastre.
– ¿Qué estudiabas? –pregunto con interés.
– Economía e industria –dice con una risa sarcástica-, fue lo primero que se esfumo después del apagón total.
– Supongo que debió ser duro ver como el mundo se desmoronaba.

Asiente, se levanta, coge un par de palos, los echa a la improvisada hoguera para reavivar el fuego y regresa a su lugar sentándose de nuevo cerca de mí.

– Fue un veintiocho de abril –dice e inspira con fuerza por la nariz-, era un lunes normal hasta las doce y treinta y tres de la mañana en la que todo dejó de funcionar sin más, solo bastaron cuarenta y ocho horas sin luz ni líneas de internet para que se desatará el caos y comenzaran los primeros saqueos. Yo me encontraba en la universidad a doscientos kilómetros de mi hogar, me fue imposible volver a casa o contactar con mis padres y mis hermanos, jamás he vuelto a saber de ellos.
– ¿Qué ocurrió después? –pregunto sin poder evitarlo y puedo ver una gran tristeza en sus ojos.
– Guerras, destrucción, pandemias, en definitiva el fin –susurra mirando al vacio y nos quedamos por un largo tiempo sin que ninguno de los dos se pronuncie mientras contemplamos a Ronan y Matt que continúan con su entrenamiento.
– ¿Cómo conociste a la patrona? –pregunto rompiendo el silencio.

– La conocí cuando llegué a la Comunidad Pirata, poco después del apagón total, en aquel entonces ella acababa de cumplir doce años y su madre era la líder de La Resistencia, un movimiento que luchaban contra la opresión de los piratas. Allí conocí a mi mujer Sara –una pequeña sonrisa tira de sus labios al nombrarla-, enseguida supe que era ella con quien quería pasar el resto de mi vida.
– ¿Cómo lo supiste, como se sabe que es la definitiva?
– Créeme muchacho, lo sabes –dice con una leve carcajada-, se te mete en tu cabeza, apenas eres capaz de pensar en otra cosa que no sea en ella, casi como una jodida obsesión, el corazón te late más deprisa sin poder evitarlo y lo único que quieres es protegerla, arriesgando tu propia vida si fuera necesario. Solo en ese momento te das cuenta de que le perteneces y que harías cualquier cosa por estar junto a ella por siempre.

Me quedo en silencio dándome cuenta de que todo lo que acaba de describir define a la perfección todo lo que yo siento por ella. No es una decisión que yo pueda tomar sino una certeza, la amo y ahora lo sé, no importa que ella me rechace, porque lo que siento no depende de su respuesta. Soy suyo, le pertenezco y cuando vuelva a mirarla a los ojos sabrá todo lo que siento.

CAPÍTULO 16

NATHAN

Nos adentramos en La Granja, un par de hombres con machete en mano nos detienen y tras asegurarse de quienes somos nos dejan acceder a su territorio.
El lugar no es demasiado grande, no como el Pazo Veracruz, pero aún así se ve amplio y confortable.
Nada más atravesar la valla de espino que rodea toda la extensión de La Granja se ve una gran casa de dos plantas, hecha de tablones de madera, a unos cincuenta metros a la derecha un enorme granero, al lado de este un montículo de piedra con dos puertas metálicas que parecen dar a un sótano, un poco más adelante una pequeña capilla y junto a esta un pozo de piedra, más allá a lo lejos se ven cosechas, donde supongo cultivaran su propia comida y plantas medicinales. Seguimos avanzando lentamente con el camión hasta llegar a lo que parece ser un cobertizo y nos detenemos donde ya se encuentran esperando Ronan y Matt. Declan detiene el camión y bajamos de él.

– Bienvenido Declan –dice un hombre vestido completamente de negro y con el típico distintivo sacerdotal en su cuello.
– Reverendo Owen –responde Declan en forma de saludo.
– ¿Qué tal el viaje? ¿Ha habido algún contratiempo?
– Ninguno, todo tranquilo.
– Bien, supongo que estaréis cansados de tanto viaje, podéis quedaros a comer y descansar después de descargar la mercancía.

– Agradezco mucho el ofrecimiento reverendo, pero tengo órdenes de volver de inmediato.

El reverendo Owen se queda callado por unos segundos, parece no agradarle que Declan haya declinado su invitación.
El reverendo es un hombre grande y fuerte, aunque no tanto como Declan, cerca de los cincuenta, pelo canoso y una mirada fría como el acero.

– Una verdadera lástima –dice con voz ronca- otra vez será.

Declan asiente y el reverendo sonríe maliciosamente, me tenso colocándome en una postura defensiva, no tengo muy claro si el reverendo Owen está pensando en la posibilidad de atacarnos, finalmente parece dejarlo estar y llama a uno de sus hombres.

– ¡Bestia! –grita y un hombre grande de unos veinticinco años y que parece ser una montaña de músculos de lo fuerte que está, se acerca- Ayuda a Declan y sus hombres a descargar y cargar la mercancía del camión –ordena.
– Sí señor –musita con la cabeza gacha y se pone a la tarea de inmediato.

No tardamos más de una hora en vaciar la carga del camión y volverlo a cargar con las provisiones que nos dispensa el reverendo. Tengo que reconocer que el hombre grande y fuerte al que se ha dirigido el reverendo, con el nombre de Bestia, ha sido de gran ayuda, siendo el solo capaz de levantar una gran cantidad de peso prácticamente sin esfuerzo. No me pasan inadvertidas las marcas en su espalda cuando se quita la camiseta para refrescarse con un cubo de agua que se encuentra al lado del cobertizo. Casi podría asegurar que se trata de latigazos.
Ronan y Matt siguen a Bestia hasta donde se encuentra el pozo y este saca varios cubos de agua para que ellos también puedan refrescarse.
Yo me quedo en la parte trasera del camión atando la carga con cuerdas, como me ha indicado Declan mientras este se dirige a la

casa para ultimar las diligencias con el reverendo Owen y despedirse de él.
Estoy terminado de atar las cajas situadas dentro del remolque del camión, cuando siento una presencia a mi espalda, me giro rápidamente y me quedo petrificado al ver de quien se trata, apenas sin dar crédito de la presencia de la persona que se encuentra frente a mí.

– Hola Nathan –susurra.

Continúo anclado en el sitio mientras la observo, todavía soy incapaz de asimilar que esté aquí, ante mí, ella sonríe y da un paso, despacio, y después otro mientras permanezco inmóvil.

– ¿Qué ocurre Nathan, ya no te acuerdas de mí? –dice sin perder la sonrisa.
– Zendaya –susurro.

Acorto la distancia que hay entre los dos en un par de zancadas, la rodeo con mis brazos y la abrazo con fuerza. Zendaya se aferra a mí volviendo a susurrar mi nombre, pegada a mi pecho.
Ni siquiera soy consciente del tiempo que pasamos abrazados cuando es Zendaya la que se aparta lo justo para mirarme a los ojos.

– Déjame que te vea Nathan –dice con la voz entrecortada por la emoción.

La miro, tiene los ojos llenos de lágrimas pero no pierde la sonrisa y a simple vista parece estar bien, se le ve fuerte y saludable.

– Te has dejado barba –dice acariciando mi rostro con cariño- casi no me lo podía creer cuando te he visto entrar.
– Zendaya ¿Qué haces en este lugar? Se supone que el reverendo Owen no deja que entren mujeres en su territorio –digo con preocupación.
– Es un poco largo de contar –dice encogiéndose de hombros.
– ¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo? –niega con la cabeza.

Limpio las lágrimas que ruedan por su rostro con suavidad cuando siento la presencia de alguien y giro la cabeza a la velocidad de un látigo. Se trata de Bestia, no dice nada, no se mueve, solo nos mira con gesto serio desde fuera del camión, no tardo ni un segundo en colocar a Zendaya a mi espalda, protegiéndola con mi cuerpo.

– No te preocupes Nathan –dice Zendaya volviéndose a colocar frente a mí-, el grandullón no nos hará daño, el vigilará para que nadie nos vea.

Zendaya mira a Bestia, le sonríe con cariño y vuelve a centrar la mirada en mí.

– ¿Sabes algo de Tore, Enzo o Enora? –pregunta.
– No sé que ha sido de Tore y Enzo, pero Enora está bien, vive en un lugar llamado La Fortaleza.
– ¿Vives allí con ella? –niego con la cabeza.
– Ahora vivo en una comunidad llamada el Pazo Veracruz, es un buen lugar para vivir.
– ¿Y por qué Enora no está allí contigo?
– Porque ella ahora… es una mujer casada.

Zendaya abre mucho los ojos y se puede apreciar la sorpresa en su rostro.

– La máxima autoridad de ese lugar, el comandante Logan es su marido.
– ¿La está reteniendo en contra de su voluntad? –pregunta con preocupación y yo niego con la cabeza.
– Enora está enamorada de ese hombre, él la quiere, a su manera, pero es cierto que ella es feliz allí, La Fortaleza se ha convertido en su nuevo hogar.

Zendaya se queda en silencio por unos pocos segundos, creo que repasando en su mente lo que acabo de decir.

– Zendaya –susurra Bestia que continúa vigilando desde fuera del camión, esta le mira y asiente con la cabeza y vuelve a centrarse en

mí.
– He de irme Nathan, no puedo dejar que me encuentren aquí contigo.
– ¿¡Qué!? ¿Te vas a quedar en este lugar? –pregunto alarmado.
– Debo quedarme.
– ¿Por qué? Puedo esconderte entre las cajas y sacarte de aquí.
– No puedo irme, tengo que esperar a…

No termina la frase cuando es nuevamente interrumpida por Bestia que la vuelve a llamar por su nombre para que salga del camión. Zendaya me abraza con fuerza unos breves segundos.

– Te quiero hermano –susurra, se da media vuelta y sale corriendo del camión sin darme la oportunidad de decir nada más.

Salgo de la parte trasera del camión de un salto y la veo alejarse a toda prisa hacia el granero, abre una pequeña puerta lateral y entra en él, mientras veo que por el lado contrario se acercan Declan, Ronan y Matt.

– Tranquilo yo cuidaré de ella –susurra Bestia con voz grave, ni siquiera me había dado cuenta que continuaba a mi lado junto al camión, no entiendo como siendo tan grande pueda ser así de sigiloso.

Contesto con un leve asentimiento de cabeza, Bestia se da media vuelta y se aleja.
No quiero dejar aquí a Zendaya, pero llevármela a la fuerza no es una opción.
No lo entiendo ¿Por qué querrá continuar en este lugar? ¿Qué es lo que le ata para querer quedarse? ¿Y qué habrá querido decir con que tiene que esperar?
Son demasiadas preguntas y no tengo respuestas para ninguna de ellas.

El trayecto de vuelta al Pazo Veracruz está siendo igual de tranquilo, prácticamente no paramos haciendo turnos para conducir, yo con

Declan en el camión y Ronan con Matt en el jeep.
Apenas digo ni una palabra en todo el viaje pensando en Zendaya y en que debería haberla traído conmigo en vez de dejarla en aquel lugar. Declan también se mantiene en silencio y aunque creo que se da cuenta de que algo me ronda en la cabeza no ha hecho ningún comentario ni preguntas al respecto, cosa que agradezco.

Pronto llegaremos al Pazo Veracruz y en estos maratonianos silencios en los que Declan y yo nos sumergimos sin decir absolutamente nada, mi mente divaga en más de una ocasión, más de las que debería, pensando en ella, en la patrona. Me pierdo en su imagen. Todavía mi boca es capaz de recordar su sabor, mis manos también recuerdan su suave piel, el aroma de su cabello y como su cuerpo se estremecía entre mis brazos. Estoy deseando volver a verla, aún siendo muy consciente de que esa mujer no me pertenece, pero es algo que pienso cambiar muy pronto. Ni siquiera quiero pensar en la posibilidad de que tenga un marido, supongo que me aterra tanto esa idea que no he sido capaz de preguntárselo a Declan.

Tardamos menos días de los esperados en volver al Pazo Veracruz, se nota que el camión va más liviano y no nos frena la pesada carga del metal que le hemos entregado al reverendo Owen.
Cuando sobrepasamos las puertas del Pazo Veracruz , el sol está en lo más alto y hace un calor infernal. Aparcamos al lado de uno de los almacenes que se encuentran al lado de la fábrica de metalurgia y comenzamos a descargar el camión.

– ¿Qué tal el viaje Declan? Habéis llegado antes de lo esperado – dice una mujer de larga melena castaña, acercándose a nosotros, creo recordar que se encontraba junto a la patrona cuando luchábamos contra los piratas.
– Elena, me alegro de verte –responde Declan mientras sigue sacando la mercancía del camión.
– Lucia y Sara se alegran mucho de ver que ya has vuelto.
– Estoy deseando llegar a casa y abrazarlas –sonríe Declan al nombrarlas.

– ¿Ha habido algún problema en La Granja? –pregunta la mujer.
– Ninguno, todo ha salido según lo previsto.

La mujer de cabello castaño y ojos del mismo color me mira, sonríe y extiende su brazo ofreciéndome su mano en forma de saludo.

– Hola soy Elena, cuñada de Declan, su mujer Sara y mi marido Kai son hermanos –explica.
– Nathan –digo estrechando su mano brevemente y continúo descargando cajas.
– Esta noche nos reunimos en casa de Declan para cenar –continúa dirigiéndose a mí-, Sara hace el mejor pastel de carne de toda la comunidad y estaría encantada de que vinieras.

Me sorprende su invitación, Elena me mira con una sonrisa amable esperando una respuesta.

– No creo que deba ir, ya que parece ser una reunión familiar –respondo finalmente.
– Vendrás Nathan –asegura Declan-, me gustaría que conocieras a mi mujer y a mi hija, además Elena tiene razón, Sara cocina de maravilla y después de tantos días fuera de la comunidad te vendrá bien un buen plato de comida casera.

CAPÍTULO 17

NATHAN

Está anocheciendo y me dirijo a la casa que me indicó Declan, no supe negarme después de que él y su cuñada Elena fueran tan insistentes en que fuera a cenar esta noche, tanto que finalmente me vi en la obligación de aceptar su invitación.
Así que nada más descargar el camión, me dirigí a mi habitación, en la gran mansión, me di una larga ducha de agua caliente y me puse unos vaqueros desgastados y una camiseta negra de manga corta.

Llamo a la puerta y es el mismo Declan quien me abre y me hace pasar a la acogedora casa de dos planas donde vive con su familia. La amplia estancia, de concepto abierto, resulta más que agradable, salón comedor y cocina se integran en un único y gran espacio sin paredes ni puertas que los separen, decorado con tonos suaves y confortables. Declan no tarda en presentarme a su risueña hija Lucia y su encantadora mujer Sara.
Elena, que también se encuentra en la casa se acerca junto con un hombre más o menos de su misma edad.

– Me alegro que hayas venido Nathan –saluda Elena de forma amable.
– Gracias por invitarme –respondo.
– Él es mi marido, Kai –dice señalando al hombre que se encuentra a su lado y que guarda un gran parecido con la mujer de Declan.

Kai cabecea, sonríe de medio lado y me tiende su mano para que se la estreche, no dudo en hacerlo y lo hago con firmeza.

– Me alegra conocer al fin al hombre que nos puso en aviso cuando nos atacaron los piratas –creo notar sarcasmo en su tono voz.
– No empieces Kai –dice Elena en modo de advertencia.
– ¿Qué? Solo quiero saberlo, va a sentarse a nuestra mesa.
– Disculpa a mi marido –dice Elena dirigiéndose a mi-, Kai siempre se pone nervioso con todo lo que tenga que ver con piratas.
– Por supuesto que me preocupa Elena –le rebate a su mujer-, no hace mucho era él quien iba acompañado de piratas.
– No es un pirata, Kai –responde su mujer exasperada.
– Pero estaba allí en la Comunidad Pirata –replica.
– ¡Kai! –le increpa Elena.
– ¿Acaso estoy mintiendo? –dice alzando la voz.

Kai y Elena se enzarzan en una discusión en la que ya no soy capaz de entender muy bien lo que se dicen el uno al otro y decido zanjar el asunto.

– Solo me infiltré en la Comunidad Pirata porque quiero matar a Arturo Cortés.

Los dos dejan de discutir, se quedan en silencio y me miran con asombro. Tras varios segundos Kai suelta una carcajada y me palmea el hombro de forma amistosa.

– Solo por decir eso ya me caes mucho mejor muchacho –dice sin dejar de sonreír-, acompáñame, ayudemos a Sara a sacar las bandejas de comida.

Me giro para seguir a Kai hasta la cocina, pero entonces veo a Declan abrir la puerta de entrada y la veo a ella, a la patrona. Me quedo anclado en el sitio, mirándola, mientras veo como atraviesa el umbral de la puerta y le da un breve y cariñoso abrazo a Declan mientras sonríe abiertamente, es preciosa.

– Hola familia, mirar a quién me he encontrado y se va a quedar a cenar con nosotros –dice girándose hacia una chica de pelo rubio y ojos color miel, que está a su lado-. Vamos Tess deja de fruncir el ceño y ve a saludar a tu hermana Elena.
– Mi hermana me ve todos los días –refunfuña la chica de cabello rubio a la que se ha dirigido con el nombre de Tess-, te recuerdo que vivo con ella.
– Sí pero apenas te ve –responde la patrona con paciencia-, ni nosotros tampoco, ya apenas vienes a cenar.
– Eso es porque ninguno de vosotros tiene nada interesante que decir –dice Tess en tono arrogante.

La patrona pone los ojos en blanco sin perder la sonrisa, da unos pasos más al interior de la casa adentrándose en el salón donde me encuentro y se queda inmóvil nada más verme, perdiendo la sonrisa por completo. Por su reacción estoy seguro que no esperaba encontrarme aquí.

VIOLETA

Mi corazón da un vuelco y me quedo paralizada al girarme hacia el salón y encontrarme de frente con Nathan, su intensa mirada de color azul cielo me atraviesa por completo y soy incapaz de decir ni una sola palabra.
¡Por Dios! Esta aún más guapo de lo que recordaba, tengo que reconocer que haberlo tenido apartado durante tantos días no ha servido de nada ya que sigue ocupando casi todos mis pensamiento durante el día y para qué negarlo, de la noche también.
Continúo inmóvil en el recibidor mientras veo como Tess se dirige a él con demasiada confianza.

– Vaya, esto sí que es interesante –dice Tess acercándose más de lo necesario-, creo que no nos conocemos, soy Teresa, pero todos me llaman Tess ¿Y tú, chico guapo de increíbles ojos azules eres…?
– Nathan –responde tímidamente dando un paso atrás.

– Deja al pobre chico, Tess –dice Elena acercándose a ellos.
– Solo estaba siendo amable –responde Tess.
– Todos sabemos lo amable que puedes llegar a ser Tess –dice Kai con sarcasmo dejando un par de bandejas de comida sobre la mesa de comedor.
– Vete a la mierda Kai –responde Tess con desaire-, no todos queremos ser tú y vivir una vida monótona con un matrimonio aburrido y…
– ¡Basta Tess! –la interrumpe Elena- Deja ya de ponerte en ridículo y ayuda a poner la mesa.

Tess le lanza una mirada poco amistosa a su hermana Elena, pero no dice nada más y se gira hacia Nathan con una gran sonrisa.

– Ven Nathan ayúdame a poner la mesa –dice con un tono de voz dulce, agarrándolo del brazo y arrastrándolo con ella hasta la cocina.
– ¿Y tú te vas a quedar en la entrada? –me pregunta Elena con sorna.

La miro, me acerco a ella, la agarro del brazo y me la llevo hasta una esquina del salón, alejándonos del resto para que no oigan lo que tengo que decir a la que ha dejado de ser mi mejor amiga.

– ¿Qué crees que estás haciendo Elena?
– ¿A qué te refieres? –responde con tranquilidad.
– No te hagas la tonta conmigo, sé perfectamente que has sido tú quién ha traído al muchacho esta noche.
– ¿Ah, eso? –dice sin darle mayor importancia- Sí, le he invitado a cenar con nosotros y por cierto, se llama Nathan.
– Joder Elena, ya sé cómo se llama, pero ¿por qué narices le has invitado?
– Se llama terapia de choque –responde sonriendo.
– ¿Qué?
– Pues eso, terapia de choque, consiste en estar cerca de alguien y averiguar lo que sientes por esa persona.
– ¿Pero de qué demonios estás hablando? Yo no necesito averiguar nada, estoy bien.

– Y una mierda Violeta eso no te lo crees ni tú, en cuanto le has visto te has tensado de pies a cabeza y hasta te has ruborizado.
– Simplemente porque no esperaba que estuviera aquí.
– Deja de mentirte a ti misma Violeta –dice en un tono más serio-, sabes también como yo que aquellos días que pasaste con él te han cambiado y no haces otra cosa que huir y esquivar el tema, simplemente habla con él y averigua que es lo que sientes.
– Es muy joven Elena.
– ¿Eso es lo que te preocupa, la diferencia de edad? ¿Qué tiene… Veintitrés, veinticuatro?
– No lo sé –digo encogiéndome de hombros.
– Joder Violeta, no tuviste ningún problema en follártelo sin ni siquiera saber su nombre y ahora no te atreves ni a preguntarle la edad.

La fulmino con la mirada por su comentario y ella sonríe levantando las manos en modo de rendición.

– También está Johnny, debo pensar en él –susurro.
– Razón de más para aclarar tus ideas Violeta y deberías hacerlo antes de que Johnny vuelva de la Comunidad del Sur.
– Hey vosotras dos –nos llama Kai en alto-, lo que sea que estéis tramando dejarlo para luego.

Miramos hacia el comedor y todos sin excepción nos miran mientras se sientan alrededor de la mesa.
Nos acercamos y tomamos asiento como todos los demás, como era de esperar Tess se ha sentado al lado de Nathan y al otro lado junto a él la pequeña Lucia que lo contempla con curiosidad. Declan preside la mesa y su mujer Sara se sienta a su derecha. Me siento junto a Kai y Elena en los lugares libres que quedan y comenzamos a degustar la deliciosa comida de Sara.
Trato de esquivar la mirada de Nathan en varios momentos durante la velada, siento que me mira con insistencia en más de una ocasión, pero trato de ignorar su presencia, prácticamente sin apartar la vista de mi plato.

– Nathan ¿Cómo es vivir en un castillo? –pregunta con curiosidad la pequeña Lucia y este le sonríe cariñosamente.
– Te puedo asegurar que el Pazo Veracruz es mucho más bonito que el castillo.
– ¿Esa marca te la hicieron allí? –continúa preguntando la pequeña.
– Sí, es un tatuaje, todos los que vivíamos allí lo llevábamos.
– ¿Te dolió? –el niega con la cabeza.
– Tan solo fue como un cosquilleo –dice guiñándole un ojo, sin dejar de sonreír a la pequeña Lucia y esta le devuelve la sonrisa.
– ¿Puedo verlo? –pregunta Tess.

Nathan extiende el brazo con la palma de la mano hacia arriba dejando ver así su tatuaje en la muñeca derecha. Tess agarra su mano y repasa el tatuaje con la yema de los dedos en una suave caricia.

– Se puede sentir el relieve –susurra Tess mirándole a los ojos.

Nathan retira el brazo con poca delicadeza y se remueve incomodo en la silla.

– Tengo entendido que participabas en la protección y seguridad del castillo –dice Kai y Nathan asiente.
– Entonces seguro que sabes usar un arco –dice la pequeña Lucia con entusiasmo-, yo soy muy buena en el tiro con arco.
– Estoy seguro de ello Lucia –responde Nathan amablemente y volviendo a sonreír.
– ¿Esa es tu especialidad, el tiro con arco? –insiste Kai y Nathan niega con la cabeza.
– Nos entrenábamos a diario con todo tipo de armas –explica Nathan-, pero mi especialidad era la lucha cuerpo a cuerpo.
– Por eso estás tan fuerte –dice Tess rodeando el bíceps de Nathan con sus manos.
– Dejar de atosigar al pobre muchacho –dice Sara con su dulce voz-, acaba de llegar de un largo viaje y debe alimentarse.

Sara le pasa una fuente de comida la cual Nathan acepta agradecido y continuamos comiendo con normalidad mientras Lucia nos cuenta con entusiasmo como ha sido su día en la escuela.
Nathan escucha a la pequeña con interés sin perder la sonrisa en ningún momento hasta que Tess mete la mano por debajo de la mesa y Nathan da un pequeño respingo, la mira con incredulidad y Tess sonríe de forma descarada. Nathan deja de mirarla, cierra las maños en un puño y traga con fuerza.
Puedo ver como Elena mira a Tess con fijeza, estoy segura de que ha debido darse cuenta al igual que yo que su querida hermana pequeña esta masajeando la entrepierna de Nathan por debajo de la mesa y no me queda otra que reprimir las ganas que tengo ahora mismo de levantarme, agarrar a Tess de los pelos y apartarla de él.

CAPÍTULO 18

NATHAN

La velada transcurre con relativa normalidad, si no fuera porque prácticamente toda mi atención está puesta en la mujer que tanto se esfuerza en ignorarme.
Doy un pequeño respingo cuando siento la mano de Tess en mi muslo y dejo de atender a la pequeña Lucia la cual esta relatando su día en la escuela. Me giro a mirar a Tess, esta sonríe mientras me acaricia, muevo la pierna mientras cierro los puños y trago con fuerza al sentirme tan incomodo. No se detiene y continúa ascendiendo con su mano acariciando mi muslo hasta llegar a mi entrepierna y aprieta mi miembro por encima de la tela del pantalón, solo entonces me aparto y me levanto de la silla con brusquedad. Todos se giran a mirarme supongo que buscando una respuesta por mi reacción.

– ¿Muchacho estás bien? –pregunta Declan.
– Sí… es que… debería irme ya –respondo titubeando.
– Pero si apenas has comido –dice su mujer Sara- si no te gusta puedo prepararte otra cosa.
– ¿¡Qué!? No, no es necesario, está realmente delicioso y agradezco mucho la hospitalidad, solo que… ha sido un largo viaje y necesito descansar –digo encaminándome hacia la puerta.

Todos me miran en silencio, tampoco les doy la oportunidad de decir nada más ya que salgo de la casa con rapidez y me dirijo a mi

habitación.
No tardo más que unos pocos minutos en llegar, entro y me dejo caer de espaldas encima de la cama resoplando con fuerza. Comienzo a repasar todo lo que ha ocurrido esta noche en mi cabeza y resoplo de pura frustración. Quizás si hubiera tenido la oportunidad de hablar con ella a solas, podría haberle dicho todo lo pienso y siento por ella. Solo quiero que sepa que realmente me importa más de lo que pueda imaginar y lo que deseo es que me dé la oportunidad de poder estar en su vida.

No sé cuanto tiempo llevo en la cama tumbado boca arriba mirando el techo y totalmente sumido en mis pensamientos cuando oigo que llaman a la puerta. Me levanto, abro la puerta y me quedo paralizado al verla a ella, la patrona, bajo el umbral. ¿Qué estará haciendo aquí?
No sé cuánto tiempo pasa que ninguno de los dos dice nada mientras nos miramos directamente a los ojos y siento otra vez ese golpe en la boca del estómago.

– ¿Puedo pasar? –pregunta finalmente.

Asiento con la cabeza y me hecho a un lado para darle paso. Entra despacio, camina hasta el mueble aparador que se encuentra al fondo de la habitación, frente al sofá y deja una pequeña olla y una botella de licor que ni siquiera me había dado cuenta que llevaba con ella, se gira y me mira con media sonrisa.

– Sara me ha pedido que te traiga comida –dice señalando la olla-, está preocupada, según ella no has comido lo suficiente esta noche y… bueno… Sara, ella es así, siempre se preocupa por estas cosas.
– Gracias –susurro acercándome y ella desvía la mirada hacia la botella de licor.
– ¿Tienes un par de vasos? –pregunta.

Me giro hacia el aparador y saco un par de vasos de cristal mientras veo como se dirige al sofá y se sienta en él. Dejo los vasos en la mesa baja que hay frente al sofá y me siento junto a ella, está

realmente preciosa, no puedo apartar la vista de su hermoso rostro ni un solo segundo, preguntándome que hace aquí, en mi habitación.
Sirve un poco de licor en cada uno de los vasos, me ofrece uno de ellos, lo acepto y bebo el líquido color ámbar de un solo trago.

– Este licor es la entrega del reverendo Owen –comenta sirviéndome otro vaso-, ¿Qué te ha parecido La Granja? –me encojo de hombros.
– El reverendo no parece ser muy amigable.
– Cierto, es un auténtico hijo de perra, pero hay que reconocer que hace un buen licor.

Dice con media sonrisa y da un pequeño sorbo mientras yo vuelvo a vaciar mi vaso de un solo trago.

– No he tenido la oportunidad de darte las gracias –dice y esta vez se atreve a mirarme a los ojos-, por avisarnos y ayudarnos en la batalla contra los piratas.
– No tienes que dármelas, no podía permitir que destruyeran esta comunidad.
– ¿Sigues queriendo matar a Arturo Cortés? -asiento con la cabeza y ella vuelve a rellenar mi vaso de nuevo.
– Quiero que pague por lo que hizo aquella noche.
– ¿Puedo preguntar qué ocurrió después?

Cierro los ojos, respiro profundo sintiendo el calor del licor en mi cuerpo, abro los ojos mirando el vaso que sostengo entre mis manos y comienzo a hablar.

– Logré escapar de Arturo junto con mi tío Ryan y los dos malvivimos durante un largo año entre las ruinas y el desierto hasta llegar al castillo.
– ¿Tu tío sigue con vida?
– No lo sé –digo encogiéndome de hombros-, no teníamos lo que se dice una buena relación y yo todavía era un crío cuando él se fue del castillo sin decir absolutamente nada. Supongo que siempre me

culpó por la muerte de mi madre, la que era su hermana mayor y adoraba.

Cierro los puños con fuerza al recordar ese angustioso momento mientras vuelvo a vaciar mi vaso de un solo trago y un silencio abrumador cae sobre nosotros por unos minutos, hasta que es ella quien rompe el silencio.

– Violeta –dice bajito y le miro extrañado -, ese es mi nombre –dice con una pequeña sonrisa tratando de suavizar el momento.
– Violeta –susurro devolviéndole la sonrisa-, es un nombre bonito.
– Sí, bueno… demasiado cursi para mi gusto –dice sonriendo aún más ampliamente de forma relajada, me encanta cuando eso ocurre.

Nos miramos intensamente a los ojos y por un momento parece que el tiempo se detuviera, puedo sentir como la sangre en mis venas se agita, como en sus ojos se agolpan un millar de preguntas, hasta que es ella misma quien aparta la mirada dejando su vaso encima de la mesa baja junto a la botella, se levanta del sofá y no tardo en hacer lo mismo, colocándome frente a ella.

– Me iré para que puedas descansar, se está haciendo tarde.
– ¿Vas a seguir huyendo de mí? –inquiero.
– Yo… no estoy huyendo.
– Yo creo que sí, Violeta –digo dando un paso más-, me evitas desde que llegué a tu comunidad.
– Es demasiado tarde para hablar de esto, será mejor que me vaya.

Se da media vuelta con la intención de irse, pero enseguida la agarro del brazo y la giro hacia mí, atrayéndola hacia mi cuerpo.

– ¿Se puede saber que estás haciendo? –dice tratando de apartarse, pero no se lo permito.
– Escúchame bien Violeta –digo con contundencia-, vas a oír lo que tengo que decir y tomarás una decisión esta misma noche.
– ¿Pero de qué demonios estás hablando? -dice y puedo notar como su cuerpo se estremece con mi tacto.

– Hablo de lo que ha pasado entre nosotros.
– ¿Nosotros? No hay un nosotros muchacho –dice revolviéndose.
– Estate quieta –digo aprisionándola aún más contra mi cuerpo.
– ¿Acaso te has vuelto loco? No me obligues a darte una patada en las pelotas muchacho.
– ¡Mírame! –digo con firmeza –¿No quieres volver a verme? Solo pídelo, pídeme que me vaya y lo haré, me iré lejos si eso es lo que deseas, porque si me quedo créeme si te digo que habrá un nosotros.

No responde, solo aparta la mirada y vuelve a removerse intentando separase de mí sin éxito, pero su cuerpo la delata, sé que lo desea tanto como yo, puedo sentir como su piel se eriza tan solo con estar cerca de mí.
Le hago caminar hacia atrás, hasta que su espalda toca la pared que hay al lado del sofá, agarro su cabello y tiro, pero sin hacerle daño, únicamente para inmovilizarla mientras que con la otra mano continúo rodeando su cintura y aprisionándola con mi cuerpo.

VIOLETA

Siento como mi cuerpo se enciende por dentro al notar todos esos músculos aprisionándome contra la pared, notando la calidez de su cuerpo mientras me agarra de tal forma que apenas puedo moverme, no me hace daño, todo lo contrario, siento una corriente de excitación atravesando todo mi cuerpo que soy incapaz de controlar.

– Sé que aquellos días que pasamos juntos significaron más de lo que estás dispuesta a admitir Violeta – su voz grave reverbera en mi piel y se eriza al escuchar como pronuncia mi nombre, nunca lo había escuchado de su boca y no podría decir con palabras la sensación tan placentera que eso me produce.
– Suéltame –digo sin estar muy segura de querer que lo haga.

– Solo quiero ponértelo fácil Violeta – dice tan cerca de mí que puedo notar su cálido aliento en mi rostro y mi cuerpo se estremece aun más todavía.
– ¿Qué quieres decir? –musito.
– Mírame –susurra y enseguida la parte irracional de mi cerebro le obedece de inmediato, mirándole directamente a sus increíbles ojos azules-. Puede que creas que soy joven e impulsivo pero no soy idiota, seguramente vivas en una de esas preciosas casitas con tus bebes y tu marido y no deseo complicarte la vida, así que solo pídelo, pide que me vaya y me iré ahora mismo si es lo que deseas, pero si me quedo serás únicamente mía.

Afloja un poco su agarre para poder acariciar mi mejilla y acercar su boca a la mía lo suficiente para rozar sus labios contra los míos y ya me tiene temblando e incapaz de pensar con claridad.

– No hay dudas en mí, Violeta –susurra en mis labios- y lo quiero todo de ti, lo bueno y lo malo, quiero tu presencia, tu sonrisa, deseo todo contigo y deseo desnudarte y acariciar tu cuerpo cada noche mientras te susurro al oído lo increíblemente hermosa que eres Violeta.

Trago saliva con fuerza sin apartar la mirada de sus ojos y mi corazón se pone a bombear con tanta fuerza que por un momento creo que vaya a salirse de mi pecho.

– Quédate –susurro.

Una de sus comisuras se levanta en una leve sonrisa y puedo ver esa chispa en sus ojos, la misma como cuando estábamos en aquella cueva y me encontraba desnuda y mojada por la lluvia.

CAPÍTULO 19

VIOLETA

No duda ni un instante en estampar su boca contra la mía y sé al instante que estoy perdida. No sé si es su sabor, su aroma, su increíble cuerpo o como me habla que me resulta imposible no rendirme ante él. Su lengua invasiva recorre toda mi boca y siento un calor intenso en todo mi cuerpo mientras acaricia mi cintura, una de sus manos asciende con seguridad hasta llegar a uno de mis pechos y lo amasa, no es brusco pero tampoco delicado.
Se separa y tomo aire mientras él hunde el rostro en mi cuello y gruñe mientras lo besa y mordisquea.

– Estaba deseando besarte desde el primer momento que puse un pie en esta comunidad –jadeo y puedo sentir como sonríe en mi cuello-, y ya no vas a huir más de mi nena.

"Nena", me gusta ese apelativo cariñoso, me hace sentir única, deseada.
Se separa lo justo para mirarme a los ojos y acaricia mi rostro.

– Eres tan hermosa –dice y deja de tocarme retrocediendo unos pocos pasos.
– ¿Qué ocurre? –pregunto al ver que se aleja de mí.
– Quiero verte –dice con voz ronca-, desnúdate –ordena.
– ¿Qué? –musito.
– Desnúdate nena, igual que lo hiciste en la cueva.

Su voz demandante y pausada se filtra en mi piel. Tardo unos segundos en armarme de valor y comienzo a quitarme la ropa, primero la camiseta, despacio y la dejo caer al suelo. Continúo desabrochando uno por uno los botones de mis vaqueros bajo su atenta mirada, puedo sentir su necesidad y como su cuerpo se tensa con cada uno de mis movimientos. Me quedo en ropa interior de encaje, color champagne, él traga con fuerza mientras mira mi cuerpo de arriba a abajo muy lentamente, deteniéndose en cada una de mis curvas y su mirada se oscurece, haciéndome sentir tan deseada que puedo notar como mi sexo se humedece por la anticipación.

– Preciosa –susurra con la voz tomada por el deseo.

Se acerca a mí pero no me toca, me rodea hasta quedar a mi espalda, agarra el enganche del sujetador, lo desabrocha con habilidad y lo desliza suavemente por mis brazos hasta que cae al suelo junto mi camiseta.

– Tienes un cuello precioso –dice besándome le base de la nuca y continúa su caricia por mi espalda.

Su mano recorre toda mi columna vertebral hasta llegar a mi trasero, desliza ambas manos dentro de mis braguitas y las arrastra suavemente por mis piernas hasta el suelo, muevo los pies y me deshago de ellas quedándome desnuda por completo.
Agarra mis caderas y siento el calor de su boca en una de mis nalgas cuando deposita un beso y luego me muerde. No me hace daño o no mucho, aún así grito por la sorpresa e intento girarme, pero él no me lo permite.

– Quieta nena.

Puedo notar cómo se pone de pie de nuevo y doy un respingo cuando sus manos van a dar a mi vientre. Las mueve despacio y me atrae a su cuerpo apoyando mi espalda en su torso, puedo notar a través de la tela del pantalón su endurecida entrepierna contra mi trasero.

Sus manos ascienden por mi cuerpo, despacio, mi respiración se acelera y me es imposible retener un gemido cuando cubre mis pechos con sus manos y pellizca mis pezones.

– Tienes unos pechos preciosos Violeta –susurra y su respiración caliente impacta en mi cuello y echo la cabeza hacia atrás jadeando.

Sin esperármelo con un movimiento rápido y hábil me agarra cogiéndome en brazos, solo en ese momento me doy cuenta de que se ha quitado la camiseta, ni siquiera sé en qué momento se ha deshecho de ella.
Se acerca a la cama, me deposita en ella, dejándome sentada en el borde de esta y se deja caer de rodillas para estar a mi altura. Me mira, sus ojos arden, coloca las manos en mis muslos y los separa dejándome totalmente expuesta ante él.

– ¿Cuál es mi nombre? –pregunta con voz ronca.
– ¿Qué? –digo sin aliento.
– ¿Te acuerdas de cómo me llamo? –asiento con la cabeza.
– Nathan –susurro en una exhalación.

Una sonrisa canalla se dibuja en sus labios, esa que tanto me gusta y tanta influencia tiene sobre mí.

– Bien nena, ahora voy hacer que lo gimas.

Agarra mis caderas, se agacha y deja caer su boca sobre mi sexo ¡Dios santo!
Me dejo caer hacia atrás, sobre el colchón, mientras arqueo la espalda cada vez que siento su lengua acariciando mi clítoris. Agarro las sábanas en un puño a cada lado de mi cuerpo y gimo con fuerza cuando siento que introduce dos de sus dedos en mi centro mientras su lengua continúa lamiendo cada uno de mis pliegues.

NATHAN

Podría morir ahora mismo, con la cabeza entre sus muslos y mi boca enterrada en su dulce sexo. Lamo, chupo y mordisqueo mientras siento como su cuerpo se tensa y su respiración se agita cada vez más.

– ¡Aaaah! No voy a poder ¡Aaaaah! –jadea con fuerza, pero no me detengo.

Su cuerpo comienza a temblar y veo como echa la cabeza hacia atrás, agarrando con fuerza las sábanas de la cama.

– ¡Aaaah Nathan! ¡sií! ¡Nathan! ¡Síí! –gime.

Una satisfacción me inunda por dentro al escuchar como grita mi nombre y tengo que contenerme con todas mis fuerzas para no abalanzarme y enterrarme completamente en ella. Consigo retenerme y solo dejo de acariciar su sexo con mi lengua en el momento que su cuerpo deja de convulsionar.
Me incorporo poniéndome en pie y comienzo a desabrochar mi pantalón muy lentamente mientras la observo tumbada, desnuda, con la respiración agitada y las mejillas sonrosadas, tenerla así en mi cama hace que la desee aún más y que mi miembro se ponga aún más duro si eso es posible.
Me deshago de mis botas, el pantalón y la ropa interior. Agarro mi miembro y lo sacudo suavemente. Violeta me mira a los ojos, pero enseguida desvía la mirada a mi erección y se muerde el labio inferior, solo ese gesto hace que una punzada de auténtico placer recorra mi cuerpo hasta mi miembro.

– Nena –digo con voz ronca-, no puedes hacerte una idea de lo mucho que te deseo.

Sus ojos vuelven a los míos, se arrastra hacia atrás en la cama, acomodándose y separándose del borde donde la había dejado y separa las piernas lentamente dejando ver su sexo húmedo como una total invitación. No me hago esperar, me tumbo sobre ella, aguantando gran parte de mi peso sobre mis codos y estampo mi boca sobre la suya, saboreándola. No puedo contenerme y me

entierro en ella en una embestida, Violeta grita y no tengo muy claro si es de placer o de dolor, así que no me muevo y busco su mirada.

– ¿Estás bien? –pregunto con preocupación.
– ¡Por Dios Nathan, no te detengas! –jadea.

Sonrío de medio lado y la vuelvo a embestir, no hay nada más satisfactorio que escuchar mi nombre salir de su preciosa boca a la que beso y mordisqueo mientras entro y salgo de su interior cada vez más rápido.
Mi respiración resulta cada vez más descontrolada y tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no correrme al ver como se retuerce de placer bajo mi cuerpo.
Acaricio su cuerpo con caricias demandantes y mordisqueo su cuello, sus hombros, hasta llegar a sus pechos.
Siento otra vez como se tensa y arremeto aún con más fuerza en su interior.

– ¡Nathan! ¡Aaaaah! –gime con fuerza- ¡Sií Nathan síií!

Un gemido ronco rasga mi garganta al escucharla, siento como su cuerpo comienza a temblar y convulsionar al igual que antes y solo entonces me dejo llevar, con todos los músculos en tensión en mis últimas arremetidas, llegando al clímax junto a ella.

No sé cuánto tiempo llevamos tratando de calmar nuestras respiraciones, mientras continúo encima de Violeta, aguantando todo el peso de mi cuerpo con mis brazos y aunque me sienta agotado me niego a salir de ella y dejar de sentir su cálido interior.
Tiene los ojos cerrados y sus manos descansan en mi espalda.
Coloco mi frente sobre la suya y susurro.

– Solo tú me haces sentir que el mundo puede llegar a ser un lugar mejor.

Violeta abre los ojos, sonríe y casi podría decir que se le escapa una pequeña carcajada.

– ¿Siempre eres así de cursi? –pregunta divertida.

– Solo contigo nena –digo sonriendo y ruedo en la cama quedando tumbado junto a ella.

Cojo una de las sábanas arrugadas a un lado de la cama y cubro su cuerpo con ella. La rodeo con mis brazos y la atraigo hacia mí, haciendo que su cabeza descanse en mi pecho y pasamos unos minutos en silencio hasta recuperar del todo el aliento.

– Violeta necesito saber lo que piensas.
– ¿A qué te refieres?
– Quiero saber qué es lo que ha sido esto para ti–digo acariciando su espalda con la yema de mis dedos- ¿A sido el comienzo de algo o una despedida?

Se gira para mirarme a los ojos, apoyándose en mi pecho y respira profundo negando con la cabeza.

– No puedo prometerte nada Nathan –dice acariciando mi rostro-, eres demasiado joven.
– ¿Eso es lo que te preocupa? ¿La diferencia de edad?
– Entre otras cosas, pero quizás eso sea lo que más miedo me dé.

Mi edad, un problema para ella que no puedo cambiar aunque quisiera, por si fuera poco creo que ella piensa que tengo como unos veinticuatro años, no quiero ni imaginar si se entera que tan solo tengo diecinueve, seguramente no me dejaría que volviera a acercarme a ella.

Nos quedamos unos minutos en silencio, algo pensativos, hasta que es Violeta quien vuelve hablar girándose hacia mí de nuevo.

– Yo vivo aquí en la mansión.
– ¿Qué? –digo entrecerrando los ojos sin saber muy bien a qué se refiere.
– No vivo en una de esas preciosas casitas, ni tengo bebes ni un marido.

Sonríe y yo lo hago con ella al entender el significado de sus palabras, es una mujer libre, pero eso a partir de ahora va a

cambiar, porque la quiero para mí, a partir de ahora ella será mía y no dejaré que ningún otro hombre la toque.
La hago rodar en la cama y da un pequeño gritito mientras ríe, me encanta ese sonido.

– No dejaré que vuelvas a huir de mí Violeta, haré que me quieras y te prometo… –no me deja terminar la frase, tapando mi boca con su mano.
– No prometas cosas que no sabes si vas a poder cumplir –susurra retirando la mano de mi boca y atrapando mi labio inferior entre sus dientes, tirando de él suavemente y mi entrepierna se agita, endureciéndose por completo como el maldito acero.
– Joder nena, me vuelves loco –digo haciéndome hueco entre sus muslos-, juro que voy hacer que te olvides de cualquier otro que te haya tenido antes nena –susurro y no tardo en hacerla mía de nuevo.

VIOLETA

Abro los ojos, un pequeño destello a través de la ventana anuncia un nuevo amanecer. Siento el brazo de Nathan descansando en mi cintura y la calidez de su cuerpo me rodea pegado a mi espalda, su respiración acompasada me transmite tranquilidad.
Enseguida un sentimiento de inseguridad me invade por dentro, esto no está bien, es muy joven, demasiado joven, probablemente solo sea una etapa, una distracción para él. Que cuando la novedad se desgaste buscará otra cosa, alguien más… joven, que esté más cerca y acorde con su edad. Y sin embargo aquí estoy, dejándome llevar, como si no supiera a dónde lleva esto.
Me muevo para salir de la cama, pero su brazo me retiene y me acerca más a él.

– ¿Ya vas a huir otra vez de mí? –dice de forma somnolienta.

– No estoy huyendo –susurro-, está amaneciendo y tengo cosas que hacer.
– Mírame –pide suavemente y hago lo que me pide girándome hacia él-, solo prométeme que no vas a desaparecer Violeta.

No sé que tiene su mirada que soy incapaz de apartar los ojos y otra vez esa sensación de no poder resistirme a él vuelve a mí. Esa es la verdad que más me cuesta aceptar, puedo repetirme mil veces que esto no está bien, que es un error, que hay demasiados años de diferencia...pero basta con oír su voz, sentir como me mira y soy incapaz de resistirme a él.

– Puedes venir a verme esta noche a mi habitación, está en la segunda planta, pasillo de la derecha, la puerta del fondo.

Sonríe con esa sonrisa que tanto me gusta y a la que es imposible no sucumbir. Me besa y mi cuerpo vuelve nuevamente a rendirse ante él antes de que pueda irme de su habitación.

CAPÍTULO 20

NATHAN

Cojo la pesada plancha de metal de dos metros de largo y la coloco sobre la mesa de trabajo. Agarro la cizalla con fuerza para poder cortarla mientras mis pensamientos vuelven una vez más a ella, a Violeta y a la noche que hemos pasado juntos. Al amanecer se fue de mi habitación no sin antes hacerla mía de nuevo, apenas hemos dormido, no podía dejar de tocarla, de acariciar su preciosa figura, de besar sus jugosos labios. Prácticamente perdí la cuenta de las veces que me enterré en ella de forma salvaje, también las hubo de manera suave, despacio, sintiendo como lentamente se deshacía entre mis brazos. Todavía siento su sabor en mi boca, su dulce aroma se ha impregnado en mi piel y sus gemidos se han grabado a fuego en mi memoria.

– Nathan ¿Se puede saber que estás haciendo? –me pregunta Henry, el capataz de la metalurgia.
– Lo siento –respondo al darme cuenta de que no estoy cortando la pieza como debería.
– No sé qué te ocurre hoy muchacho pero estás muy distraído.

Lo mismo me ha dicho Matt esta mañana y sé que tiene razón, me cuesta concentrarme, obviamente no le dicho a Matt que he pasado la noche con la patrona, no tengo ningún problema en decir que así ha sido, pero Violeta me ha pedido que lo mantengamos en secreto, supongo que tiene dudas con respecto a lo nuestro y no está segura

de lo que siente. Yo sin embargo no tengo ninguna duda, sé que la que quiero y sé que al final conseguiré que ella también me quiera.

– Nathan ¿Te encuentras bien? –indaga Henry.
– ¿Qué? Eh… sí estoy bien, solo que no he dormido mucho esta noche –respondo y Henry sonríe de oreja a oreja.
– Seguro que se trata de una chica –dice palmeando mi hombro con cariño-, por eso estás tan distraído ¿No es así?

Asiento tímidamente devolviéndole la sonrisa y él continúa hablando.

– Las mujeres son la perdición para nosotros, pero no podríamos vivir sin ellas –dice con una leve carcajada.
– Henry, nunca me has hablado de tu mujer –digo y su risa se apaga lentamente dando paso a la tristeza en sus ojos.
– Ella ya no está –susurra.
– Yo… lo siento mucho –digo sincero.
– Sí bueno, fue hace ya mucho tiempo, ella y mis dos hijos murieron en las primeras pandemias después del apagón total.
– Debió de ser difícil superar algo así.
– Realmente nunca se supera, de hecho en lo único que pensé durante mucho tiempo fue en que no quería seguir viviendo sin ellos.
– ¿Y qué fue lo que cambió?
– Vera, la madre de la patrona, eso fue lo que cambió –inspira hondo por la nariz y continúa hablando- me encontró en unas ruinas cerca de aquí a punto de morir de inanición, ella me trajo a esta comunidad, el Pazo Veracruz, hacía poco que lo estaban restaurando y fue increíble ver de nuevo un lugar donde hubieran familias y niños jugando, ella me dio fuerzas y un motivo para seguir adelante, por aquellos niños que ahora se han convertido en adultos, ahora son hombres y mujeres que quieren un mundo mejor.
– Debió ser una mujer admirable.
– Sin duda lo fue, su hija Violeta se parece mucho a ella, la enseñó bien, tiene la misma fuerza y humanidad que su madre.
– ¿Puedo saber cómo se llamaba tu mujer?
– Caroline –susurra.

– Es un bonito nombre.

Nos quedamos por unos segundos en silencio, ni siquiera puedo imaginar por todo el dolor que habrá tenido que pasar Henry, es un buen hombre, desde el primer momento que llegué me trato con amabilidad y cercanía, tiene paciencia en enseñarme el oficio y siempre me da buenos consejos, es lo más parecido a un padre que he podido llegar a tener en esta vida.

– En fin muchacho ya está anocheciendo –dice volviendo a recuperar la sonrisa-, recojamos todo esto, ya habrá tiempo mañana para continuar –asiento con la cabeza y hago lo que me pide a la mayor celeridad posible, estoy deseando volver a ver a Violeta.

Después de salir de la fábrica y darme una ducha rápida en mi habitación, no tardo en dirigirme a la habitación de Violeta. Cuando abre la puerta sonríe nada más verme, es preciosa, se echa a un lado y paso al interior. La habitación es enorme, a la derecha hay una gran cama con dosel y un armario al lado de esta. Al fondo, frente al ventanal, una robusta mesa de despacho, a la izquierda lo que creo que es una barra de desayuno con un par taburetes y al lado de esta una puerta que da a lo que creo que es el baño privado.
Nada más cerrar la puerta me abalanzo sobre ella y la acorralo contra la pared.

VIOLETA

Nathan entra y tras dar un breve vistazo a la habitación se gira hacia mí y me hace retroceder hasta la pared que hay junto a la puerta de entrada. Me besa con tanta pasión que me deja sin aliento. Sus manos recorren todo mi cuerpo, tirando de mi ropa y ya me tiene más caliente que la maldita lava de un volcán en erupción.

– Nathan –es lo único que soy capaz de susurrar pegada a sus labios.
– Llevo todo el día pensando en ti nena –dice mientras se quita la camiseta rápidamente y vuelve a estampar su boca contra la mía.

Termina de desabrochar mis vaqueros, prácticamente me los arranca del cuerpo. Todavía con mi camiseta a medio quitar me agarra los muslos, me alza haciendo que rodee su cintura con mis piernas y apoya mi espalda contra la pared, ni siquiera sé en qué momento ha desabotonado sus pantalones cuando ya se está hundiendo dentro de mí en una sola estocada. Gimo con fuerza al sentir una punzada de placer que me atraviesa por dentro. No está siendo gentil ni delicado, todo lo contrario se le ve salvaje y decidido, cosa que no sé por qué motivo me excita aún más.
Mi respiración se desboca cuando siento que el placer se expande en mi interior mientras me marca con su pelvis en movimientos rápidos y concisos.
Jadeo y me agarro a sus hombros con fuerza cuando el placer crece y se intensifica en cada una de sus acometidas y me sorprende un increíble orgasmo que me hace temblar de pies a cabeza.

– ¡Aaah, Nathan aaah! –grito y siento como todos sus músculos se tensan.
– Eso es nena –dice apenas sin aliento en sus últimas embestidas dejándose arrastrar y llegando al clímax junto a mí.

No sé cuánto tiempo nos quedamos en esa posición tratando de recobrar el aliento mientras Nathan me abraza, sujetándome con firmeza contra la pared.

– Por Dios Nathan –consigo decir-, apenas si has pasado de la puerta.
– Lo siento, me moría por tenerte así nena –dice mirándome con esa sonrisa canalla que tanto me atrae.

NATHAN

Sentados en los taburetes frente a la barra degustamos la especialidad de Sara, pastel de carne. Ni siquiera me había dado cuenta del hambre que tenía hasta que hemos comenzado a comer. Reímos, bromeamos y charlamos de varios temas durante la cena, resulta agradable y fácil hablar con ella, hace que me sienta cómodo. Estaba deseando volver a verla después de lo de anoche. No me pasa desapercibida la figura del caballo que tallé para ella encima de su gran mesa de despacho, me gusta que la tenga tan presente.
Se levanta del taburete y rodea la barra de desayuno para acercar una pequeña bandeja con lo que creo que son manzanas asadas y abre un tarro de miel. Esta preciosa, descalza y tan solo con una camiseta que apenas llega a cubrir del todo su increíble trasero, yo tampoco me he vestido del todo, la única prenda que llevo en mi cuerpo son los vaqueros.

– ¿Te gusta el dulce? –pregunta cubriendo la fruta con una cucharada de miel.
– Me gustas tú nena –respondo con una sonrisa ladeada-, y eres lo más dulce que he probado hasta ahora.
– Toda esa cursilería no te va a funcionar conmigo Nathan –dice devolviéndome la sonrisa.
– Voy hacer que adores mi cursilería –digo mientras me levanto del taburete, rodeo la barra para quedar junto a ella y la agarro de la cintura- y voy a hacer que ames todo de mí.

Violeta vuelca la cuchara de forma deliberada dejando caer la miel sobre mi torso desnudo y una sonrisa picara se dibuja en sus labios.

– ¡Uy! lo siento –dice de manera inocente-, te lo limpiaré.

Acerca su boca húmeda y caliente a mi pecho y pasa la lengua retirando la miel desde mi pectoral izquierdo hasta la base de mi cuello. ¡Joder! Mi miembro se pone duro como una roca en cuestión de décimas de segundo sin poder evitarlo.
Violeta me mira, continúa con esa sonrisa traviesa en su rostro, hunde la cuchara en el tarro de miel y la cerca a mi boca.

– ¿La quieres probar? –asiento con la cabeza y abro la boca para que introduzca la cuchara, pero la vierte sobre mi clavícula.
– ¿Qué estás haciendo nena? –susurro con la voz entrecortada.
– Tomar mi postre –dice de forma descarada y mi miembro se endurece aún más en respuesta.

Comienza a chupetear mi clavícula emitiendo exagerados sonidos de satisfacción y no puedo retenerme por más tiempo. La cojo de la cintura, la alzo y la siento encima de la barra de desayuno.

– No había terminado –se queja.
– Yo también quiero postre nena –digo arrebatándole la cuchara y la entierro en el tarro de miel.

Le quito la camiseta, despacio, sin dejar de mirarla a los ojos y también me deshago de su ropa interior, dejándola totalmente desnuda sobre la encimera. Tiene un cuerpo realmente hermoso y bien proporcionado, es perfecta.
Agarro la cuchara que había depositado en el tarro y vierto la miel directamente sobre sus pechos. Un pequeño jadeo sale de sus labios, me inclino para lamer su pezón izquierdo donde la miel comienza a gotear y acabo introduciéndolo por completo en mi boca, saboreándolo. Es dulce, muy dulce, casi tanto como su piel.
No tardo en dedicarle las mismas atenciones al otro pezón que también está cubierto por la miel, lamo, chupo y mordisqueo, sintiendo como se endurecen en mi boca.

– ¡Aaah Nathan! –gime.
– Eres deliciosa nena.
– ¡Por Dios no pares! –suplica.
– Espera, ha goteado en tus muslos –digo inclinándome para lamerlos.

Siento su respiración acelerada mientras paso mi lengua recogiendo cada gotita de miel sobre sus muslos y juraría que hasta masculla una maldición cuando mi boca se acerca a su centro.

Abro suavemente sus piernas colocándolas sobre mis hombros y hundo mi lengua en su sexo. Violeta hecha la cabeza hacia atrás y jadea con fuerza, adoro verla así de excitada y húmeda solo para mí. Ahora ella es mía, nadie más la tendrá y jamás ningún hombre volverá a tocarla.
Hundo dos de mis dedos en su centro mientras mi lengua traza círculos sobre su clítoris, su cuerpo se estremece, agarra mi pelo en un puño y mueve las caderas para seguir el ritmo de mis dedos. El suave roce del interior de sus muslos en mi cabeza me está haciendo perder la razón y mi miembro duro e hinchado empuja la bragueta de mi pantalón de tal forma que apenas lo puedo soportar. Violeta gime con fuerza mi nombre mientras su cuerpo convulsiona de auténtico placer, sucumbiendo a mis caricias.
Me incorporo, la miro, esta preciosa, sonrojada y con la respiración agitada. Da un pequeño salto para bajarse de la barra de desayuno, rodea mi cuello con los brazos y me besa hasta dejarme sin aliento. Rompe nuestro beso y me mira otra vez con esa sonrisa picara en sus labios, cogiendo de nuevo la cucharada de miel.

– No había terminado con mi postre –su voz rezuma sensualidad.

Coloca la cuchara rebosante de miel sobre mi pecho, deslizándola hacia abajo, pasando por mis abdominales hasta llegar a mi ombligo, mi respiración se entrecorta y más aún cuando comienza a lamer el mismo recorrido que había hecho con la cuchara.
No puedo estar más excitado viendo como esta preciosa mujer lame mi cuerpo con largas pasadas de su lengua. Respiro profundo tratando de liberar la tensión que se está instalando en todos los músculos de mi cuerpo.
Violeta vuelve a mirarme con esa chispa en sus ojos, me empuja despacio hasta que la barra de desayuno toca la parte baja de mi espalda y vuelve a hundir la cuchara en la miel.

– A mí me encanta el dulce –susurra de forma sugerente desabrochando mis pantalones-, creo que soy demasiado golosa.

Abre mis pantalones liberando mi erección que sale de su encierro como un maldito resorte fuera de mi ropa interior. Violeta lo mira y se muerde el labio inferior, no me muevo, expectante, esperando a saber cuál será su siguiente movimiento. Coge una vez más la cuchara del tarro, me mira con esa sonrisa juguetona y vuelca la miel sobre mi miembro erecto.
¡Dios bendito! ¿No irá a…? Antes de que pueda formular la pregunta en mi cabeza, Violeta ya se ha puesto de rodillas, agarrando mi miembro por la base y pasa la lengua por toda su extensión lamiendo la miel. Un gemido rasga mi garganta y me agarro con fuerza a la barra que se encuentra a mi espalda sin apartar la mirada de ella, que continúa lamiendo lentamente la miel de mi miembro como si de un cucurucho de helado se tratara.

– Me estas volviendo loco nena –digo con voz ronca.

Violeta me mira desde abajo, puedo ver ese fuego en su mirada y comienza a engullirme casi por completo mientras una punzada de placer viaja por todo mi cuerpo hasta llegar a mi miembro que se hincha aún más si eso es posible.

VIOLETA

Es demasiado grande para introducirla por completo en mi boca así que rodeo la base con mi mano para ayudarme y comienzo a succionar con fuerza. Siento la respiración entrecortada de Nathan mientras se agarra con ahínco a la barra que mantiene a su espalda. Chupo, succiono y lamo toda la extensión de su duro miembro. Nunca había hecho esto antes y menos embadurnar a un hombre con miel, pero tengo que reconocer que me resulta excitante saborearla directamente de su cuerpo. Aún no sé de dónde he sacado el valor para comportarme de esta manera, pero vamos que si lo estoy disfrutando.

– ¡Dios santo Violeta, aaaah! –gime.

Nathan posa con suavidad una de sus manos en mi cabeza para llevar el ritmo mientras sus caderas cobran vida, le miro desde abajo como echa la cabeza ligeramente hacia atrás, apretando la mandíbula y una sensación de satisfacción y poder se adueña de mí al verle tan excitado.
Aumento el ritmo al compás de su enérgico movimiento, me atraganto en un par de ocasiones, pero no me detengo, disfrutando de esta sensación exquisita de dominio absoluto al sentir como su cuerpo se rinde ante mis caricias.

– Violeta para –pide pero no lo hago, aferrándome aún más a él, a su miembro- nena no voy a poder aguantar…

NATHAN

No puedo soportar más la tensión en mi cuerpo, el placer me consume y estoy a punto de correrme en su boca cuando trato de apartarla, pero se niega a retirarse aferrándose aún más a mí, a mi miembro, sin parar de devorarme y engullirme de forma frenética y reviento sin poder evitarlo, jadeando su nombre mientras me vierto en su caliente y dulce boca.
¡Joder, ha sido increíble! Dudo mucho que vaya a poder olvidar esta experiencia en mi vida, creo que la miel se ha convertido en mi nuevo alimento favorito.
Cuando vuelvo en mí y abro los ojos, aún con la respiración acelerada, la tengo delante mirándome con una sonrisa de satisfacción en su rostro.

– Ven aquí –digo en una exhalación, atrayéndola hacia mí, la rodeo con mis brazos y la beso con fuerza, sintiendo mi propio sabor en su boca.
– Estamos pegajosos –susurra sin perder la sonrisa-, ven conmigo, vamos a darnos un baño.

CAPÍTULO 21

NATHAN

Todavía me encuentro recuperando el aliento después de la increíble experiencia con la miel, cuando Violeta me guía hasta el espacioso cuarto de baño, iluminado con una tenue luz color ámbar, a la derecha se encuentra la amplia ducha acristalada, al fondo un gran espejo y bajo este un lavabo incrustado en una preciosa encimera de mármol blanco, pero lo que más me llama la atención es la enorme bañera redonda que se encuentra a la izquierda, donde Violeta se encuentra manejando los mandos del grifo para llenarla de agua, también agrega algún tipo de jabón en ella y el agua comienza a burbujear llenándose de espuma.
Se mueve desnuda por toda la estancia con soltura, coge un par de toallas blancas y enciende algunas velas repartidas por el baño, cuando termina se acerca de nuevo a la bañera.

– Ya casi está llena –dice echando un par de esponjas en el interior.
– Estas preciosa con esta luz –digo y me sonríe negando con la cabeza.
– Anda ven aquí Romeo –dice en tono divertido.

Hago lo que me pide, me acerco y entramos en la bañera.
No sé cuánto tiempo transcurre que pasamos en calma y en silencio disfrutando de la paz que se respira en este lugar.

Violeta respira profundo y echa la cabeza hacia atrás con la espalda apoyada en mi pecho mientras la rodeo con mis brazos.

– ¿Alguna vez te habías bañado en una bañera? –pregunta.
– No, es la primera vez que veo una.
– ¿Te gusta?
– Me gusta porque estoy contigo –aunque no vea su rostro puedo sentir como sonríe.
– Podría acostúmbrame a esto –lo dice tan bajito que casi no la escucho y creo que más bien lo dice para sí misma.
– Voy hacer que me ames Violeta –susurro y ella respira profundo.
– Deja de decir eso Nathan, los dos sabemos que esto no es más que sexo.

Sus palabras me incomodan, la agarro y la giro suavemente hacia mí para mirarla directamente a los ojos.

– ¿Eso es lo que realmente piensas, para ti tan solo soy sexo?
– Nathan eres muy joven y estoy segura que pronto te cansaras de todo esto y querrás irte, incluso querrás estar con otras mujeres.
– Estas muy equivocada Violeta –digo tenso.
– No sé por qué te molestas Nathan –dice encogiéndose de hombros-, lo pasamos bien, sin ataduras, sin compromiso de ningún tipo.
– No es lo que yo quiero.
– ¿Y qué se supone que es lo que tú quieres Nathan?
– Quiero que llegues a amarme… no porque te lo pida, sino porque cada día que estés conmigo te voy a demostrar que lo merezco. Que merezco tu risa, tus momentos, tus sueños. No quiero ser solo alguien más en tu vida Violeta, quiero ser ese alguien definitivo con quien pases el resto de tu vida.

Se queda en silencio por unos pocos segundos mirándome a los ojos, puedo ver la duda, la batalla que se está fraguando en su mente.

– No creo que pueda darte eso Nathan –dice finalmente negando con la cabeza.
– ¿Por qué? Dame un solo motivo de por qué no podemos estar juntos y deja de decir que es por la edad.
– Dímelo tú Nathan -dice de forma agitada-, en aquella cueva no querías decirme ni tu nombre y ahora vienes aquí y quieres jugar a la parejita feliz, ¿Sabes lo ridículo que suena eso?
– No estoy jugando Violeta –digo y cerco su rostro entre mis manos- solo déjame estar en tu vida y yo haré el resto.

Deposito un suave beso en sus labios y aunque noto como su cuerpo esta tenso por la conversación que acabamos de mantener agradezco que no me aparte de ella.
La muevo suavemente y vuelvo a colocar su espalda sobre mi pecho, cojo una de las esponjas que flotan a nuestro alrededor y comienzo a enjabonarla cuidadosamente.
Aunque yo tenga muy claro lo que ella significa para mí no voy a presionarla, tendré paciencia y esperaré todo el tiempo que ella necesite para que entienda que lo nuestro es real.

VIOLETA

Nathan no dice nada más, besa suavemente mis labios y vuelve a colocar suavemente mi espalda sobre su pecho. Coge una de las esponjas y comienza a enjabonarme los brazos mientras deposita pequeños besos por mi cuello de forma lenta y pausada.

– Solo quiero cuidarte y protegerte –susurra-, aceptaré todo lo que estés dispuesta a entregarme.

Sus palabras se filtran en mi mente, pero no respondo y continúo disfrutando de sus atenciones mientras pasa la esponja en suave círculos por mi espalda, hasta llegar a mis hombros y se detiene en ellos para masajearlos suavemente.

– Mmmmm… que bien sienta –murmuro.

Continúa unos minutos más masajeando mis hombros hasta que vuelve agarrar la esponja y enjabona mi cuerpo con delicadeza. Esta vez está siendo cariñoso, atento y me trata con dulzura, con tanta ternura que casi me asusta.

– Eres preciosa –dice pasando la esponja por mi cuello y más abajo hacia mis pechos.

Inclino la cabeza hacia atrás apoyándola en su hombro y respiro profundo, sintiendo una calma infinita.
Continúa enjabonando mi cuerpo y se detiene al llegar a lo alto de mi muslo, acaricia suavemente con la yema de los dedos la pequeña marca que la serpiente dejó impresa en mi piel.

– ¿Te duele? –pregunta.
– Hace tiempo que no –susurro.
– No le puedo estar más agradecido a la serpiente que te mordió.
– ¿Cómo dices? –pregunto sorprendida.
– Si no hubiera sido por aquella serpiente te hubieras ido al amanecer y no hubiera tenido la oportunidad de conocerte.
– Vuelves a ser cursi –susurro y siento como sonríe.
– Solo contigo nena –dice mordisqueando mi hombro.
– Yo también me alegro de haberte conocido Nathan –digo sincera.
– Voy hacer que no te arrepientas de haberme dejado entrar en tu vida Violeta.

Sus manos se mueven por todo mi cuerpo con suavidad, acariciando lentamente cada centímetro de mi piel que se estremece al paso de sus caricias y atenciones.

– Nathan –susurro en gemido ahogado.

Me giro colocándome a horcajadas encima de él, sin poder contenerme y acerco mi boca a la suya. Nathan me besa, pero esta vez de forma lenta y profunda, con movimientos suaves mientras siento como arde el deseo en mi interior. Meto la mano entre nuestros cuerpos hasta llegar a su erección y la guío a mi entrada.

– Despacio nena –susurra- quiero sentirte despacio.

Hago lo que me pide y lo introduzco lentamente, centímetro a centímetro hasta quedar alojado totalmente en mi interior. Me agarro a sus hombros y me muevo de forma serpenteante, sin prisas, mientras el placer se va concentrando en mi bajo vientre, excitándome cada vez más.

– Qué bien te mueves nena –dice con la mandíbula apretada.
– Nathan –le nombro en forma de suplica y el cierra más su agarre en mi cintura impidiéndome que aumente el ritmo.
– Despacio nena –ordena-, mírame a los ojos.

Le miro, apenas sin poder contenerme, el placer se concentra de tal manera en mi interior que casi resulta doloroso. Vuelve a besarme con lentitud, de forma intensa.

– Por favor Nathan –jadeo en su boca-, te necesito.

Nada mas decir esas palabras, Nathan sale de mí, me gira haciendo que me agarre al borde de la bañera y me penetra desde atrás en un solo empellón. Gimo con fuerza mientras mi interior lo recibe con ansia.

– ¡Aaaaah Nathan, no pares!

Nathan atiende a mi súplica, arremetiendo una y otra vez en mi interior mientras el agua se mueve de forma violenta a nuestro alrededor, desbordándose fuera de la bañera.
Mi cuerpo comienza a convulsionar cuando un increíble y duradero orgasmo me alcanza, grito y jadeo el nombre de Nathan arrastrándolo conmigo y llegando los dos al clímax al unísono.

CAPÍTULO 22

VIOLETA

Ya han pasado varios días desde que decidí dejarme llevar y no pensar en todo lo que puede llegar a salir mal entre Nathan y yo. Tengo que reconocer que en estos días me he sentido más viva que nunca, pero no por eso menos preocupada.
Nathan respeta mi decisión de no decírselo a nadie y es discreto cuando estamos en presencia de alguien, aunque no deja de haber roces y miradas entre nosotros.
Él no es consciente del peligro que corre solo por estar conmigo, mis enemigos no dudarían en matarle solo por hacerme daño.
Nathan parece adaptarse bien al modo de vida del Pazo Veracruz, ha hecho buenas migas con Matt, con el que suele salir a patrullar y bueno con Ronan, él sigue siendo un capullo integral, pero parecen llevarse algo mejor.
Sé que Declan le aprecia, le ha invitado varias veces a cenar en nuestras reuniones familiares y Nathan se ha adaptado bien en nuestro circulo de confianza. Es obvio que la pequeña Lucia lo adora, no obstante nadie sabe nada de lo que está ocurriendo entre nosotros, a excepción de mi gran amiga Elena, a ella no he podido ocultárselo, me conoce demasiado bien, según dice resulta obvio viendo la gran sonrisa post-orgásmica en mi rostro.
Tess sigue insistiendo y coqueteando con Nathan de forma descarada, él la esquiva como puede y yo he de reconocer que los celos me corroen por dentro. Tess es joven y hermosa y cualquiera diría al verlos juntos que hacen una bonita y joven pareja.

Nathan no le da la mayor importancia a la diferencia de edad, yo no estoy tan segura de poder superar esa barrera, hasta que acabo en su cama por las noches y se me olvida todo cuanto me rodea al hacerme ver las estrellas, bueno más bien me hace ver toda la jodida galaxia entera. Mi cuerpo tiembla de placer cada vez que me toca, jamás me había sentido de esta manera, realmente me gusta estar con él y todo lo que me hace sentir. Cuando me rodea con sus brazos me siento a salvo de todo y estoy como en una nube, hasta que me acuerdo de Johnny, sé que pronto volverá, debo darle muchas explicaciones, solo espero que lo entienda sino no sé qué voy hacer.

Hoy está siendo un día tranquilo y caluroso, hasta que a última hora de la tarde avisan de un incidente en los invernaderos, no tardo en dirigirme hacia allí y cuando llego Kai ya se encuentra revisando la zona.

– ¿Qué es lo que ha ocurrido? –pregunto.
– Un incendio –responde Kai.
– ¿Ha habido daños?
– No muchos, han podido sofocar el fuego a tiempo.
– Déjame que lo adivine, ha sido el topo –Kai asiente.
– Lo que está claro es que ha sido intencionado –reafirma-, estoy deseando darle caza a ese maldito hijo de perra.
– Diles a los hombres que refuercen la vigilancia, no podemos perder las cosechas –ordeno antes de darme media vuelta para marcharme.
– Espera Violeta –me detiene Kai- quería preguntarte por Elena.
– ¿Qué le ocurre?
– No sé, está muy rara últimamente y quería saber si a ti te había comentado algo.
– Es Elena –digo en tono irónico-, no hace falta que le ocurra algo para que esté rara.
– Lo digo en serio Violeta, sé que algo le ocurre y me preocupa –dice con inquietud-, por favor habla con ella, a ti siempre te escucha.

– De acuerdo hablaré con ella, pero no te preocupes tanto, seguro que no será más que una tontería –digo tratando de serenarlo.

Kai asiente, me despido de él y me dirijo hacia la mansión, todavía es pronto, pero no puedo esperar a que anochezca para estar con Nathan, hoy no le visto en todo el día y tengo que reconocer que le he echado de menos.
Me dirijo a su habitación y cuando voy a llamar a la puerta me doy cuenta que está entreabierta, se me ponen los pelos de punta cuando oigo voces y la risa de una mujer al otro lado de la puerta. La empujo despacio y miro hacia el interior, entonces los veo allí desnudos, abrazados junto a la cama y mi corazón se encoje de dolor.
Tess le esta besando el cuello, Nathan gira la cabeza en mi dirección y nuestras miradas colisionan, niego con la cabeza y enseguida salgo corriendo por el pasillo sin mirar atrás, oigo a Nathan decir mi nombre, pero no me detengo hasta llegar a la puerta de mi habitación.

NATHAN

Unos minutos antes

Hoy ha sido un día largo y caluroso, entro en la ducha acordándome de Violeta, no la he visto en todo el día, estoy deseando estar con ella. Estos días en los que apenas nos hemos separado han sido increíbles, ella se empeña en que sea un secreto, no me importa o al menos no demasiado, se que tarde o temprano tendrá que ceder en eso también, como cede en todo lo que le pido cuando estamos a solas por las noches. ¡Dios santo! No me canso en absoluto de su cuerpo, todo lo contrario creo que me estoy volviendo un adicto a ella, a su piel, a su aroma y a como gime mi nombre cada vez que la toco.
Sé que le preocupa la diferencia de edad y eso que continúa sin saber mi edad real, no sé por qué le da tanta importancia, a mi me

es totalmente indiferente que sea doce años mayor que yo, la sigo viendo increíblemente hermosa. Joder, me gusta de verdad y me importa una mierda lo que piensen los demás, solo quiero estar con ella y darle todo lo bueno que se merece en esta vida y las que vengan.

Termino de ducharme, me coloco una toalla alrededor de mi cintura y salgo del baño.
Me resulta extraño ver la puerta de la entrada entreabierta, miro a la cama y me parece ver un cuerpo de mujer desnudo entre las sábanas y me acerco con una gran sonrisa.

– ¿Tanto me echabas de menos que no has podido esperar a esta noche? -digo de forma sugerente.

La mujer que por un momento pensaba que se trataba de Violeta se da la vuelta y me paro en seco al ver que se trata de Tess.

– Hola Nathan –dice abriendo lentamente las piernas.
– Tess ¿Qué demonios haces aquí? –inquiero de inmediato.
– Estoy totalmente desnuda en tu cama ¿No es obvio ojos azules? –dice con una sonrisa seductora en sus labios.
– Vístete y vete –digo tajante.
– ¿Qué pasa Nathan, no quieres pasar un buen rato conmigo?
– No Tess, no quiero, ahora vete.

Tess sonríe, se levanta de la cama y se acerca mí totalmente desnuda y de forma insinuante, recojo su ropa del suelo y se la tiendo para que se vista. Tess agarra la ropa entre sus manos y la vuelve a tirar al suelo.

– Estas demasiado tenso Nathan –dice de forma sugerente-, y yo sé cómo arreglar eso, sé cómo puedo relajarte.

Tess pega su cuerpo al mío, rodeándome el cuello con sus brazos, enseguida le agarro los brazos tratando de soltarme de ella y separarla de mí mientras ella ríe y trata de besar mi cuello.

– ¡Basta Tess! –digo entre dientes, conteniendo mi enfado.

– No te resistas Nathan –dice mientras continúa riendo.

Entonces lo noto, veo un pequeño movimiento por el rabillo del ojo y giro mi cabeza rápidamente hacia la puerta, es ella, Violeta, que nos observa desde la puerta con una expresión de angustia en su rostro. No entra, tampoco dice nada, tan solo da media vuelta y sale corriendo. Grito su nombre pero no se detiene, aparto a Tess con más brusquedad de la que pretendía y esta cae quedando sentada en el suelo.

– ¡Oye! ¿Pero qué demonios te pasa? –se queja.

La ignoro totalmente, abro un cajón de la cómoda, me pongo tan solo unos vaqueros y salgo corriendo de la habitación descalzo, sin camiseta y todavía mojado por el agua de ducha.
Voy tras Violeta gritando su nombre y solo consigo darle alcance cuando se detiene en abrir la puerta de su habitación.

– Violeta no es lo que tú crees.
– Vete Nathan –susurra abriendo la puerta.

Pasa al interior y veo su intención de cerrarme la puerta en las narices, no se lo permito, agarro el trozo de madera y paso al interior junto con ella.

– Solo te pido que me escuches un momento.

Me acerco, pero ella retrocede unos pasos y entonces me detengo. Violeta cierra los ojos, respira profundo y los vuelve abrir mirándome con dolor.

– Di lo que tengas que decir Nathan y vete.
– Violeta sé lo que parece, pero créeme cuando te digo que no ha pasado nada.
– Sé lo que he visto Nathan.
– Te juro que no la he tocado, he salido de la ducha y Tess estaba allí desnuda en mi cama, le he pedido que se fuera, pero entonces ella se me ha echado encima y estaba tratando de separarla de mí cuando has entrado.

Violeta niega con la cabeza, se pasa una mano por el pelo echando su melena hacia atrás, resopla y vuelve a mirarme a los ojos.

– ¿Ella te gusta? –pregunta.
– ¿Qué? ¡Claro que no! –respondo de inmediato.
– Es joven y hermosa.
– No me interesa ninguna otra mujer que no seas tú Violeta.

Vuelve a negar con la cabeza con gesto inseguro, trato de acercarme, pero una vez más me lo impide, levantando una mano para que me detenga.

– No sé de qué me sorprendo –murmura-, seguro que en el castillo las mujeres hacían cola para entrar en tu cama cada noche.
– No digas eso Violeta, jamás había estado con una mujer hasta que te conocí.

Violeta se para en seco, me mira, diría que entre sorprendida y extrañada al mismo tiempo, por lo que acabo de confesar.

– ¿Qué quieres decir? –inquiere.
– Pues que eres la única mujer con la que he estado –sus ojos se abren con asombro.
– ¿Acaso me estás diciendo que eres virgen? –pregunta inquieta elevando la voz.
– Bueno ya no, dejé de serlo en aquella cueva.
– ¡¿Qué?! –grita.

Comienza a caminar nerviosa de un lado al otro de la habitación, negando y llevándose las manos a la cabeza.

– Violeta cálmate –le pido de forma serena.
– ¿Cómo quieres que me calme? –continúa nerviosa alzando la voz- ¿Por qué demonios no dijiste nada Nathan?
– Joder Violeta ¿Que iba a decir? "No te digo ni mi nombre, pero que sepas que soy virgen" ¿Eso querías que dijera?
– No lo sé, algo, o por lo menos haberte negado.

– ¿¡Negarme!? Eras lo más hermoso que había visto bajo aquella tormenta y lo deseaba, deseaba que pasara desde el primer momento que me miraste con tus preciosos ojos.

Se queda en silencio por unos segundos, cierra los ojos realizando una respiración profunda, suelta el aire con lentitud, cuando los vuelve abrir puedo ver tanta confusión en ellos que me asustan.

– Nathan –dice despacio y sin levantar la voz-, siempre he tenido miedo a hacerte esta pregunta, pero necesito que me digas la verdad y que seas totalmente franco conmigo.

Ya sé lo que me va a preguntar, he estado temiendo que lo hiciera desde que estamos juntos.

– Nathan ¿Cuántos años tienes?
– Nena ¿Que importa eso?
– A mí me importa –dice firme- y te estoy pidiendo sinceridad.

La quiero, no voy a mentirle, inspiro hondo por la nariz y respondo a su pregunta.

– Tengo diecinueve años –exhalo.

CAPÍTULO 23

NATHAN

Violeta da un par de pasos hacia atrás al oír mi respuesta, negando con la cabeza mientras se mantiene en el más absoluto silencio. No sabría describir la expresión que refleja ahora mismo su rostro, pero tengo claro que no le ha gustado para nada mi respuesta, esta tensa y casi diría que hasta ha dejado de respirar.

– Violeta por favor di algo –pido.
– Esto no está bien –dice con un hilo de voz-, eres demasiado joven y todo esto tiene que acabar.
– No sabes lo que estás diciendo Violeta, esto –digo señalándonos a ambos-, lo que hay entre nosotros no se acaba.
– Creo que deberías volver a tu habitación con Tess –dice-, ella es de tu edad y seguramente todavía esté esperando en tu cama.
– Sigues dudando de mí –digo alzando la voz- y no ha habido ni habrá nada entre Tess y yo ni tampoco lo habrá con ninguna otra mujer ¿Qué tengo que hacer para que me creas?
– Nada Nathan –responde en mi mismo tono-, no quiero que hagas nada.
– Maldita sea Violeta, ¿Crees que yo disfruto con esta situación? –digo irritado-, si dejaras de ocultar lo nuestro quizás no ocurrían estas mierdas.
– ¿Ahora es culpa mía que Tess se desnude en tu habitación?

– No, pero si el hecho de que parezca que te avergüences de estar conmigo y me escondas ante todos –voceo.
– Eso no es verdad –grita.
– Yo creo que sí Violeta, tan solo soy para ti un joven muchacho con el que pasar el rato y nada más, tú misma lo dijiste.

Se acerca a mí en unas pocas zancadas y clava su mirada en la mía alzando la barbilla de forma desafiante.

– Si no quiero que lo sepan es para protegerte Nathan –continúa alzando la voz-, porque hay un topo entre mis hombres y mis enemigos no dudarán en hacerte daño solo por estar conmigo ¡Joder!

La miro, tiene esa rabia en sus ojos que le hace verse salvaje y aún más hermosa si cabe. Su pecho sube y baja con violencia con la respiración agitada y su dulce aliento golpea mi rostro.
Ni siquiera lo pienso, tan solo me guio por el impulso de no querer dejarla marchar jamás cuando la agarro con fuerza y estampo mi boca contra la suya. Se resiste unos instantes, pero en cuanto mi lengua roza la suya se rinde respondiendo a mi beso con la misma intensidad.
No tardo en desnudarla, prácticamente le arranco la ropa mientras nos devoramos y acariciamos en movimientos bruscos, la alzo y la siento sobre la robusta mesa de despacho, me hago hueco entre sus muslos mientras desabrocho los botones de mi pantalón que es la única prenda que llevo puesta y saco mi erección. Guio la punta a su entrada y me hundo en ella con fuerza.

– ¡Aaaah! ¡Nathan! –gime y me quedo quieto enterrado en su interior.
– Mírame nena –susurro con la respiración agitada y ella abre los ojos-, solo somos tu y yo Violeta, no hay nadie más.
– Esto no está bien –susurra.
– Deja de decir eso Violeta –digo con firmeza-, voy a follarte tan duro que cualquier idea que tengas de separarte de mí se te va a olvidar por completo.

Salgo de ella, la sujeto con fuerza y la hago girar, agarrándola por detrás pegando su espalda a mi pecho. Con un brazo rodeo su cintura y con la otra mano agarro su cuello. Voy hacer desaparecer todas sus dudas a base de orgasmos si es necesario, no voy a parar de follarla hasta dejarla exhausta, hasta que se olvide de todo lo que le hace dudar.

VIOLETA

Me agarra de tal manera que no podría soltarme aunque quisiera, sé que todo esto no está bien, pero soy incapaz de pensar con claridad, con todo su cuerpo pegado al mío.
Mi cuerpo siempre se rinde ante él sin poder evitarlo, le deseo de tal manera que soy incapaz de negarme.

– No voy a ser delicado Violeta –dice con voz grave-, voy a llevarte hasta el límite, solo dime que pare si estoy siendo demasiado brusco, ahora inclínate –ordena.

Mi sexo se humedece al instante al escuchar sus palabras cargadas de promesa.
Deja de agarrar mi cuello, coloca su mano en mi espalda y me empuja despacio provocando que mi cuerpo se incline hacia delante hasta quedar tendida en la mesa de despacho. Mis pechos se enduren al sentir la fría madera y un escalofrío recorre todo mi cuerpo.
Agarra mis caderas y mete una pierna entre las mías para separarlas mientras ansío el momento de sentirle de nuevo dentro de mí.
Cuando creo que va ha hacerlo es su mano la que se posa sobre mi sexo y lo acaricia suavemente, sintiendo mi humedad, deslizando suavemente sus dedos por mis pliegues.

– Mira cómo estás nena, tan mojada y dispuesta solo para mí –su voz es ronca, como si el deseo le consumiera al igual que a mí.
– Nathan –susurro.

– Pídemelo nena, pídeme que te folle tan fuerte que haga que se borren todas tus dudas.

Su voz reverbera en mi piel erizándola por completo. Trato de incorporarme pero Nathan me lo impide agarrando mi nuca, manteniéndome contra la mesa de despacho mientras que con la otra mano continúa acariciando mi sexo. Apenas puedo moverme, siento su dura erección pegada a mi trasero y mi respiración se agita cada vez más. Su mano avasalla mi clítoris sin descanso, mis piernas comienzan a temblar y sé que estoy perdida.

– ¡Aaaaah Nathan! –gimo con fuerza.

El orgasmo me alcanza a la vez que Nathan arremete con fuerza en mi interior, haciendo que convulsione de forma brusca de puro placer, se mueve de forma rápida y violenta mientras continúa inmovilizándome. Jamás le había sentido tan dentro de mí, rozando partes en mi interior que ni sabía que existían y que me hacen estremecer de tal manera que creo que voy a perder la razón.
El único sonido que se oye en la habitación son los gemidos y jadeos que soy incapaz de controlar, el increíble orgasmo dura más de lo que puedo soportar y creo que por un momento hasta he dejado de respirar.
Mis piernas tiemblan al punto que temo que vayan a ceder cuando siento que otro orgasmo se va fraguando en mi interior y dudo mucho que pueda mantenerme en pie.
Creo que nunca me he sentido tan excitada, perdida y deseada a la vez.
Nathan clava sus dedos en mi cintura de una forma casi dolorosa y arremete sin descanso una y otra vez, dentro y fuera de mi interior, el placer me sobrepasa, me desborda, ya incapaz de sostenerme, mis piernas ceden. Nathan sale de mí y me gira hacia él agarrándome para que no caiga.

– Violeta mírame ¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

Niego con la cabeza mientras le miro totalmente sofocada, tratando de coger aire y llenar mis pulmones. Está imponente con la respiración agitada y una capa fina de sudor recubriendo su cuerpo, no puedo retener el impulso de besarle con fuerza, acariciando los músculos de sus hombros y brazos hasta quedarme nuevamente sin aire.
Me deposita encima del escritorio, me reclino hacia atrás, tumbándome por completo y acomodándome sobre la fría madera. Nathan se vuelve a hundir en mí en una embestida, arqueo la espalda sintiendo otra vez esa punzada de placer recorrer todo mi cuerpo mientras me penetra con fuerza.

– Eres increíblemente hermosa –dice con la respiración agitada-, no apartes la mirada nena, quiero ver cómo te corres-, pide.

Hago lo que me pide, mientras continúa marcándome con su pelvis sin apartar los ojos de los suyos en ningún momento. Mi cuerpo se revela sin poder evitarlo y me abandono llegando los dos al orgasmo, sin dejar de mirarnos el uno al otro, gimiendo nuestros nombres y dejándonos arrastrar por el placer.

NATHAN

Estamos tumbados después de haber follado como salvajes nuevamente en la cama, estoy loco por ella no puedo parar de acariciarla, quiero sentir su piel, su calor, lo quiero todo de ella. Soy muy consciente de que la quiero desde el primer momento que me derribó en aquella cueva, se colocó a horcajadas sobre mí y me miró con ese par de joyas que tiene por ojos.
Al corazón no se le puede engañar, sé perfectamente que me he enamorado de ella y no quiero a otra mujer en mi vida. La mirada de decepción y dolor cuando me vio con Tess se ha quedado impresa en mi mente, jamás la engañaría, no puedo imaginarme con ninguna otra mujer que no sea ella. Adoro todo de Violeta y sobre todo adoro tenerla entre mis brazos como ahora mismo, apoyada en mi pecho

mientras traza pequeños dibujos sobre mi abdomen con la yema de sus dedos, pero sé que todavía sigue dándole vueltas a todo lo que ha ocurrido hoy, no ha dicho ni una sola palabra en toda la noche y me temo que eso no sea una buena señal.

– Estás muy callada –susurro.

Detiene su mano un segundo, respira profundo y continúa con su caricia sin decir absolutamente nada.

– Nunca te engañaría Violeta, puedes confiar en mí –insisto.
– Supongo que me cuesta confiar en la gente –dice suavemente.
– Yo no soy gente Violeta, soy el hombre que te ama y voy a conseguir que me quieras aunque sea lo único que haga en esta vida.

Siento como se le entrecorta la respiración y se vuelve lentamente para mirarme a los ojos. No dice nada, ni una sola palabra, solo me mira contemplándome en el más absoluto silencio. Puedo intuir el conflicto que se libra en su interior, la lucha interna se refleja en su mirada, una mezcla de inseguridad, miedo e indecisión. Pero hay algo más, algo más se revela en sus ojos cuando acaricia suavemente mi rostro con su mano, creo ver afecto, cariño y… ¿Amor?

CAPÍTULO 24

VIOLETA

Hace un par de días que no veo a Nathan, he de reconocer que le estoy evitando, pasaron y dijimos demasiadas cosas la última vez que estuvimos juntos. A mitad de la noche me marché mientras él dormía, todo está ocurriendo demasiado deprisa, siento como si no tuviera el control sobre nada y necesito pensar en todo lo que está ocurriendo entre nosotros. ¡Joder! Si tan solo tiene diecinueve años, no puedo evitar angustiarme solo pensarlo.

– ¿Me estás escuchando? –grita Elena.

Me giro hacia ella que me mira con el ceño fruncido, sentada en la silla de jardín situada a mi lado. Está anocheciendo y llevamos un buen rato hablando en la terraza de su casa, aunque creo que se está dando cuenta que me está costando mantener el hilo de la conversación.

– No sé por qué le das tantas vueltas Violeta.
– ¿Pero tú has escuchado todo lo que te he contado?
– Sí, te he escuchado, Nathan no ha estado con ninguna mujer, era virgen y te ha confesado que está enamorado y te quiere –dice de forma robótica.
– Y tiene diecinueve años –replico.
– No entiendo por qué le das tanta importancia a su edad.
– Diecinueve años Elena, tiene diecinueve años –digo alzando la voz- soy doce años mayor que él.

Se abre la puerta de la terraza y es Tess quien aparece con cara de pocos amigos. Me mira, diría que con desprecio y luego se dirige a Elena.

– Voy a salir un rato –informa.
– Ya ha anochecido Tess, es tarde –replica Elena.
– No te estoy pidiendo permiso hermana.

Elena resopla, Tess se da media vuelta y cuando creo que va a irse se vuelve a medias para dirigirse a mí.

– Tengo entendido patrona que mañana vuelve Johnny –dice con una sonrisa cínica en su rostro.
– Así es –respondo.
– ¿Ya sabe que te follas a Nathan?
– ¡Tess! –grita Elena- Pero que crees que estás haciendo, discúlpate ahora mismo.
– ¿Por qué? No he dicho ninguna mentira –dice regresando la vista a mí-, te recomiendo que se lo cuentes pronto, no querrás que Johnny se entere por otro lado.

Tess no se detiene a escuchar mi respuesta y sale de la terraza a toda prisa, Elena niega con la cabeza haciendo una respiración profunda para calmarse.

– No le hagas caso, está claro que no está acostumbrada a que un hombre la rechace y Nathan ha herido su ego.
– Tu hermana tiene razón –susurro-, mañana llega Johnny, le he echado mucho de menos, pero he de ser franca con él –me tapo el rostro con las manos y niego con la cabeza-, maldita sea, qué demonios se supone que voy a hacer ahora.
– Según como yo lo veo, no te queda otra que hablar con los dos y ser sincera.

NATHAN

Golpeo distraído el trozo de metal mientras mis pensamientos viajan sin poder evitarlo, llevo unos días sin ver a Violeta y sé perfectamente que me está evitando. Ayer estuve toda la noche esperándola, sentado junto a su puerta, pero no apareció, supongo que dormiría en casa de Elena. Sé que tarde o temprano tendrá que enfrentarse a mí y a todo lo que dijimos la última vez que estuvimos juntos. Sé que la edad es un problema para ella y el haber encontrado a Tess desnuda en mi habitación hay que reconocer que tampoco ayuda.

– ¿Nathan me estás escuchando? –me giro hacia Matt que me mira extrañado.
– ¿Qué decías? –digo sacudiendo mi cabeza.
– Joder Nathan, no sé qué te pasa estos últimos días pero no pareces tú.
– Lo siento no te escuchaba.
– Lo que no entiendo es una cosa –dice frunciendo el ceño.
– ¿El qué?
– ¿No te has dado cuenta?
– ¿A qué te refieres? –pregunto y se señala a él mismo con ambas manos y sonríe.
– Joder Nathan, no puedo creer que no te hayas dado cuenta, me he dejado barba.

Suelto una gran carcajada sin poder evitarlo, así es Matt, siempre bromeando y algo obsesionado con las barbas, bigotes y patillas, pero me cae bien, es un buen amigo.

– ¿Parece que tenga más edad? A ti te funciona.
– Sí, puede que un par de meses más –digo sin dejar de reír.
– Muy gracioso –dice tratando de parecer ofendido, pero finalmente acaba riendo a carcajada conmigo.

Desde la entrada de la fábrica vemos como cierran las grandes puertas del Pazo Veracruz después de haberles dado paso a un par de vehículos. En total son tres hombres los que acaban de llegar, no los conozco, nunca los había visto.

Enseguida me percato de la presencia de Violeta, se acerca a ellos con una gran sonrisa en su rostro y el más joven de los tres la abraza con demasiada efusividad. El abrazo dura más de lo razonable, tanto que me entran ganas de ir a reventarle la jodida cabeza al imbécil que se está atreviendo a tocar lo que es mío. El muchacho se separa lo justo para mirarla a los ojos, cuando la besa, no estoy muy seguro si en la mejilla o en los labios y estoy a punto de dirigirme hacia ellos cuando la voz de Matt que se encuentra a mi lado me detiene.

– Hacía tiempo que no lo veía –comenta Matt con un gesto de su cabeza dirección al muchacho que sigue con sus malditas manos puestas en Violeta-, se llama Johnny.
– ¿Y quién es ese Johnny? –pregunto tratando de controlar mi furia.
– No lo conozco mucho, pero lo que he podido hablar con él parece simpático, seguro que te cae bien, tiene tu misma edad, diecinueve años.

Aprieto los puños al ver como el tal Johnny se deshace en gestos cariñosos con Violeta. Es igual de alto y fuerte que yo, pero eso no me va a detener para ponerle en su sitio.

– ¿Lleva mucho tiempo en esta comunidad? –pregunto.
– Supongo, cuando yo llegué hace unos meses el ya estaba aquí, lo que sí sé es que pertenece al grupo de confianza de la patrona, para ser sinceros yo creo que están juntos, él siempre es muy cariñoso con ella, tu ya me entiendes-, dice dándome un pequeño codazo mientras esboza una gran sonrisa y me guiña un ojo.

Veo como ese muchacho, Johnny, se aleja junto a Violeta, camino a la mansión, él la rodea con su brazo pasándolo por encima de sus hombros y la pega a su cuerpo mientras deposita pequeños besos en lo alto de su cabeza y Violeta no deja de sonreír de auténtica felicidad.

– Vamos Nathan terminemos y recojamos de una vez, me muero de hambre, estoy deseando comer algo y descansar –dice Matt, pero le ignoro totalmente.

Me quito los guantes de protección, los tiro al suelo y me dispongo a salir de la fábrica para dirigirme a la mansión.

– ¡Hey Nathan! ¿A dónde vas? –pregunta Matt en voz alta pero ni siquiera me giro a responder.

Cuando llego a la mansión puedo ver desde abajo como Violeta y ese tal Johnny, que sigue abrazándola, caminan por el pasillo exterior de la segunda planta y llegan a la habitación de Violeta. Entran entre risas y gestos cariñosos, no lo pienso más y subo corriendo mientras que la furia corre por mis venas.
Llamo a la puerta, Violeta no tarda en abrir y su sonrisa se esfuma de inmediato al verme.

– ¿Dónde está? –digo empujando la puerta y pasando hacia el interior.
– Espera Nathan –dice Violeta a mi espalda pero la ignoro totalmente.

Echo un vistazo rápido a la habitación y no tardo en localizar al muchacho, Johnny así se llama el que ahora se encuentra tumbado en la cama de Violeta, descalzo, sin camiseta, tan solo con unos pantalones vaqueros. Me abalanzo sobre él y lo arrastro fuera de la cama.

– ¡Pero qué demonios! –exclama Johnny antes de que mi puño impacte en su mandíbula y caiga al suelo.
– ¡Nathan no! –grita Violeta agachándose junto a Johnny.
– Apártate de él Violeta –digo alzando la voz.

El muchacho se levanta y trata de poner a Violeta a su espalda protegiéndola con su cuerpo.

– ¿Se puede saber quién diablos eres? –pregunta Johnny.

– Johnny espera, déjame que te explique –dice Violeta colocándose de nuevo frente a él.
– ¿Explicarme el qué? –pregunta Johnny confundido.
– Que ahora Violeta es mi mujer –digo en tono amenazante tratando de contenerme-, así que ya te estás largando.
– ¿De qué demonios está hablando Violeta? –inquiere confuso mirando a Violeta.

Taladro al tal Johnny con la mirada mientras cierro los puños con fuerza, pero es superior a mí cuando veo como Johnny la vuelve a rodearla con sus brazos.

– ¡Maldita sea no la toques! –vocifero caminando hacia él con la intención de golpearle de nuevo, pero Violeta no me lo permite, colocándose entre ambos.
– Detente Nathan –me ordena y se vuelve a medias para dirigirse a Johnny-, por favor Johnny déjanos a solas.
– Debes pensar que estoy loco Violeta, si crees que te voy a dejar a solas con este energúmeno –replica Johnny.
– Te lo pido por favor Johnny –le ruega.
– Violeta –susurra negando con la cabeza.
– No me hará daño Johnny, solo déjanos un momento a solas –Johnny resopla asintiendo con la cabeza.
– Está bien, vendré en un rato –dice lanzándome una mirada de advertencia mientras sale de la habitación.

Nada más irse Violeta cierra los ojos realizando una respiración profunda, cuando los abre no sabría decir que sentimiento se refleja en ellos ¿Temor tal vez?

– Nathan no has debido irrumpir de esa manera.
– Eres mía Violeta y no has entendido nada si crees que voy a dejar que otro hombre te toque.
– No es lo que parece.
– No, parece que ese muchacho no para de besarte y abrazarte.
– Tú no lo entiendes.

– Pues explícamelo –continúo levantando la voz-, explícame por que ese muchacho estaba desnudo en tu cama.
– No estaba desnudo y no ha pasado absolutamente nada de lo que estás pensando.
– ¿A no? Pues parecía estar bien cómodo en tu cama y dispuesto a follarte.
– Por favor no digas eso, tú solo… confía en mí.
– ¿Qué confíe en ti? Eres una hipócrita Violeta, me rehúyes porque según tú mi edad es un impedimento para ti y resulta que me entero que te estás tirando a otro que tiene mi misma edad.
– ¡Basta! –grita- Deja de decir eso Nathan.
– ¿El qué, que te lo follas?
– Se acabó, no quiero seguir escuchándote –dice en forma de desesperación y moviéndose de un lado a otro de la habitación.
– Escúchame bien Violeta, sea lo que sea, lo que tengas con ese muchacho se acaba hoy ¿Lo has entendido? Porque ni siquiera pienses por un momento que voy a renunciar a ti, eso no va a ocurrir

Violeta me mira negando con la cabeza mientras observo cómo sus ojos se empañan de lágrimas, puedo sentir su angustia y el momento exacto que algo en ella se rompe por dentro.

– ¿Qué es lo que no me estás contando Violeta? –inquiero.

Hace una respiración lenta y profunda, me mira y entonces dice algo que no esperaba en absoluto, dejándome sin palabras.

– Johnny es mi hijo.

CAPÍTULO 25

NATHAN

¿Su hijo? La miro en el más absoluto silencio tratando de asimilar lo que acaba de decir, mientras veo como trata de retener las lágrimas.

– ¿Qué estás diciendo Violeta? –digo con escepticismo- Si ese muchacho fuera tu hijo tendrías que haber sido madre a los doce años.

Ella vuelve a respirar profundo, asiente levemente con la cabeza y una idea se empieza a fraguar en mi mente al recordar que ella acababa de cumplir doce años cuando fue a parar a la Comunidad Pirata después del apagón total.

– ¿Fue en la Comunidad Pirata? –me atrevo a preguntar.
– Sí –musita.
– ¿Y el padre…? –inquiero con cautela y ella se encoge de hombros.
– Fue un grupo de piratas –dice con un hilo de voz-, ni siquiera recuerdo cuantos fueron.

Cierro los ojos y los puños con fuerza al imaginar a una inocente Violeta de doce años siendo abusada con esa brutalidad.
Me acerco a ella en un par de zancadas y la abrazo con fuerza, deja que lo haga mientras siento que trata de retener el llanto.

– Debiste decírmelo Violeta –susurro.

– ¿Cómo se cuenta algo así Nathan? –dice sorbiendo por la nariz.
– Por favor no llores –pido-, siento mucho haberme comportado de esta manera.

Se aparta lo justo para mirarme y un dolor me atraviesa el pecho al ver sus ojos llenos de lágrimas. Acaricio su rostro con suavidad, limpiando las lágrimas que comienzan a rodar por sus mejillas, ella respira profundo y comienza a hablar.

– Johnny es un luchador, mi cuerpo no pudo soportarlo y nació mucho antes de tiempo, aún así consiguió sobrevivir.
– Tranquila, respira despacio –hace otra respiración profunda y continúa hablando.
– Declan, su mujer, Elena y Kai son los únicos que saben que Johnny es mi hijo, jamás me ha podido llamar mamá, no quiero que se arriesgue y vuelvan a hacerle daño.
– ¿Qué quieres decir con que vuelvan a hacerle daño? –me mira con confianza y continúa hablando.
– Cuando Johnny cumplió los cinco yo tenía diecisiete años, no hacía mucho que mi madre había fallecido y recogí su testigo como la nueva patrona. Fue entonces cuando un hombre llegó, decía venir de una comunidad nómada, era amable y cariñoso, me enamoré de él como una tonta y cometí el error de confesarle que Johnny era mi hijo.

Cierra los ojos con fuerza y el dolor del recuerdo se refleja en su rostro.

– Él resultó ser un topo de la Comunidad Pirata y esa misma noche le clavo un cuchillo a Johnny mientras dormía, por suerte no consiguió su objetivo y aunque Johnny estuvo grave, se recuperó sin secuelas –dice tratando de recomponerse.
– ¿Qué ocurrió con el pirata? –me atrevo a preguntar.
– Lo degollé yo misma –dice con rabia.
– Tranquila –susurro volviéndola a abrazar.

Nos quedamos así por unos minutos, acaricio su melena suavemente para serenarla, ni en mis peores pesadillas podría haber imaginado por todo lo que ha tenido que pasar, es una mujer valiente y luchadora, fiel a los suyos y eso hace que la quiera aún más todavía.

– Por eso no puedo estar contigo Nathan –susurra en mi pecho y la separo lo justo para mirarla a los ojos- ¿Cómo le digo a mi hijo que estoy con un chico de su misma edad? ¿En qué me convierte eso? –pregunta angustiada.
– Te convierte en una mujer real, con sentimientos y que quiere ser feliz, nada más.
– Tú no lo entiendes, no puedo continuar con esto.
– Eres tú quien no lo entiende Violeta, sería capaz de arrasar este jodido mundo solo por tu felicidad y no permitiré que me alejes de ti.

Ahora entiendo todas sus dudas y su reticencia con la edad, sé a lo que se refiere, entiendo sus miedos e inquietudes, pero no dejaré que eso sea un impedimento para nosotros. Puede que no tenga todas las respuestas, pero de una cosa estoy seguro y es que la amo profundamente y pienso seguir a su lado.

Apenas he podido dormir en toda la noche, después de la conversación que mantuve con Violeta, me marché de su habitación para que pudiera reunirse con su hijo a solas. No dejé de darle vueltas a todo lo que me había contado, tan solo espero que no dé por perdido lo nuestro porque no voy a rendirme con ella.

– Buenos días Nathan –me saluda Matt de camino al comedor-, joder colega que mala cara tienes.
– Sí, no he dormido bien esta noche –contesto sin muchas ganas de mantener una conversación.
– Yo cuando no puedo dormir tomo una bebida caliente, eso funciona ¿Sabes? O también una ducha caliente, o hacer ejercicio, eso va bien, te agotas y luego caes rendido en la cama y si haces las tres eso es sí que resulta infalible y…

Matt no para de parlotear como siempre, paro de prestarle atención cuando entramos en el comedor para desayunar y veo a Johnny sentado en una de las mesas. Me disculpo con Matt dejándole con la palabra en la boca y me dirijo a hacia donde se encuentra Johnny.

– ¿Podemos hablar? –pregunto plantándome frente a él.

Me mira por unos segundos, se levanta de su silla y me hace un gesto con la cabeza para que le siga al exterior del comedor.

– Tú dirás –dice una vez fuera cruzando los brazos por delante de su cuerpo.

Tengo que retener una sonrisa al darme cuenta que ese gesto es muy típico de Violeta y que sus ojos también son grises, muy parecidos a los de ella.

– Quería disculparme por lo que pasó ayer… yo no sabía que tú…
– Acepto tus disculpas –dice sin que pueda terminar de disculparme.
– También quiero que sepas que Violeta es importante para mí, quiero estar con ella y preferiría que no te opusieras a ello.
– ¿Vas a dejar de verla si me opongo?
– La amo demasiado para hacer eso, pero tampoco quiero que sufra.
– Ella me habló de ti anoche –dice sin esperármelo-, te agradezco que la hayas protegido de los piratas y la ayudaras en aquella cueva.
– Solo deseo cuidarla y hacerla feliz Johnny.
– El problema es que ella no se permite ser feliz.
– ¿A qué te refieres?
– Violeta siempre lleva mucho peso sobre sus hombros, preocupada por mí, por el pazo, por su gente y se ha olvidado de ella misma. Es una mujer fuerte que no se permite la debilidad y para ella enamorarse es una de ellas.
– Yo no le pido nada, tan solo quiero que me deje estar presente en su vida, nada más.

– Veo que es importante para ti, ella también lo es para mí Nathan, tras esa fachada Violeta tiene un gran corazón, siempre me ha querido incondicionalmente, aún siendo yo el maldito recuerdo de lo que le hicieron esos malditos hijos de puta, nunca me ha hecho sentir que he sido un error en su vida, sino todo lo contrario.

Se acerca y me pone una mano en el hombro y lo aprieta de manera reconfortante.

– Ella te quiere Nathan –dice sorprendiéndome-, aunque ella no lo reconozca sé que es así.
– No estoy yo tan seguro de eso –Johnny sonríe.
– Créeme es así, nunca había visto ese brillo en sus ojos, quiero que mi madre sea feliz y quiero que sepas que no me interpondré entre vosotros.

Johnny palmea mi hombro suavemente y se da media vuelta para volver a entrar de nuevo en el comedor pero antes de entrar se gira a medias y me mira.

– Por cierto buen gancho de derecha –dice pasándose la mano por la barbilla-, quizás podríamos entrenar juntos algún día.

Asiento con la cabeza y Johnny desaparece tras la puerta mientras sus palabras resuenan en mi cabeza.

CAPÍTULO 26

VIOLETA

Al atardecer vuelvo con Declan y varios más de mis hombres, después de revisar el perímetro. De momento no hay señales de Arturo y sus piratas, pero sé que es cuestión de poco tiempo que tome represalias y no dejará pasar el que me haya hecho con sus explosivos.

Estoy agotada, apenas he podido dormir después de que anoche Nathan, no me quitara las manos de encima ni un segundo. Primero lo hicimos en el mueble recibidor, después en la cama, luego en la ducha y nuevamente en la cama.
Hace unas semanas que descubrió que Johnny era mi hijo y tras disculparse con él por haberle golpeado no tardó en venir a mi habitación e insistir en que le dejara formar parte de mi vida. Al principio me mostré reticente como de costumbre, pero parece haberse creado una especie de alianza entre Johnny y él, no puedo creer que mi hijo también insista y esté de acuerdo con todo esto, así que trato de no pensar demasiado, simplemente dejándome llevar y tengo que reconocer que me gusta compartir mi espacio con él y dormir todas las noches en sus brazos.
No voy a mentirme a mí misma, sé que le quiero e inevitablemente me he enamorado de él, aunque el miedo a admitirlo me impida decirlo en voz alta.

Respiro profundo de puro agotamiento cuando meto la llave en el pomo de la puerta de mi habitación.

– Hola nena –dice una voz a mi espalda que reconozco al instante y hace que mi pecho se llene de una sensación increíble.

Me giro y ahí está con esa pose de chico tierno y esa sonrisa que tanto me gusta, tiene el pelo húmedo, recién salido de la ducha, lleva sus vaqueros desgastados y una camiseta azul cielo que le hacen resaltar aún más el color de su mirada.
Se ha afeitado y aunque parezca más joven no puedo evitar comérmelo con los ojos, debería estar prohibido ser tan guapo.
Entramos en mi habitación y no tarda en rodearme con sus brazos, me atrae hacia él y me besa suavemente los labios.

– Necesito darme una ducha –susurro.
– Puedo limpiarte yo con mi lengua –dice mordisqueando mi cuello.
– Nathan –grito su nombre mientras río a carcajada–, con esas ideas cualquiera diría que eras virgen.
– Nena, no te puedes hacer una idea de cómo mi imaginación vuela cuando te veo desnuda.

Le empujo por el pecho sin dejar de sonreír, permite que me aparte y me muevo por la habitación bajo su atenta mirada. Cojo ropa limpia y todo lo necesario para asearme. Me giro antes de entrar en el baño y tiene otra vez esa mirada y esa sonrisa lobuna que tanto me afecta.

– No sé cómo lo haces Violeta, pero consigues que mi corazón lata más deprisa cada vez que te veo.
– Te estás poniendo cursi –susurro sin dejar de sonreír.
– Solo contigo nena –responde acercándose a mí.

Acaricia suavemente mi mejilla con el dorso de la mano y vuelve esa intensa mirada en él que me ancla a sus ojos y solo el sonido de las campanas de la capilla rompe nuestro contacto visual.

– ¿Qué es lo que ocurre? –pregunta.
– Problemas –respondo y salimos a toda prisa de la habitación.

Nos dirigimos hacia la puerta principal cuando nos encontramos con Declan y es él quien nos informa.

– Se trata del comandante Logan, el centinela del campanario dice que viene con un gran número de soldados.
– ¿No es un poco pronto para que vengan a por su cargamento de armas de metal? –pregunto.
– Así es –responde Declan-, la entrega está programada para dentro de un par de meses.
– Reúne a los hombres –le ordeno a Declan-, algo no va bien.

Ordeno que abran las puertas principales del Pazo Veracruz y salgo con Declan a mi derecha y Nathan a mi izquierda. Varios de mis hombres nos escoltan, manteniéndose a mi espalda y los arqueros en su posición en lo alto del muro.
Todos los vehículos que acompañan al comandante Logan estacionan delante de nosotros, son al menos medio centenar de hombres, bien uniformados y armados, los que no tardan en salir de los vehículos y como siempre el comandante Logan con su imponente paso camina los pocos metros que nos separan. Le acompañan el capitán Víctor y el teniente Craig y por su gesto serio algo me dice que no es una visita de cortesía.

– ¿Qué ocurre comandante? –pregunto sin preámbulos- Todavía no es la fecha de entrega.
– Lo sé patrona –responde con su habitual voz profunda-, no vengo a por la mercancía.

No me es indiferente la mirada de odio que Logan le lanza a Nathan. Miro a Nathan, su cuerpo está tenso, con los puños apretados y le responde con la misma mirada de odio que le mantiene Logan.

– He venido a por tu hermano patrona –dice finalmente regresando la mirada a mis ojos.

– Él no se encuentra aquí, no le he visto desde aquel día que te capturó y te encerró en mi calabozo –le informo-, se marchó con sus piratas y no he vuelto a saber de él.
– Dime dónde se esconde, Violeta –suena amenazante.
– No utilices ese tono con ella Logan –dice Nathan sorprendiéndome dando un paso hacia delante.

Logan desvía la mirada hacia Nathan de nuevo y aprieta los dientes, está claro que algo ocurrió el poco tiempo que estuvo Nathan en La Fortaleza y fuera lo que fuera a Logan no le dejó indiferente.

– Cállate Nathan –responde Logan con desprecio- y deja que hablen los adultos muchacho.

Veo como Nathan tiembla de pura rabia, el capitán Víctor adelanta un paso quedando frente a él.

– No lo hagas muchacho –le advierte Víctor.

El teniente Craig lleva la mano a su cintura, agarrando la empuñadura de su gran cuchillo de doble hoja y Declan se lleva la mano a la espalda donde descansa su machete. La tensión se palpa en el ambiente.

– No lo repetiré patrona –advierte Logan-, dime dónde se encuentra tu hermano Connor o no respondo.

Siento como Nathan me mira extrañado, a la vez que sorprendido, cierto todavía no le había contado que Connor, el hombre que destruyó el castillo, es mi hermano.

– Entraré yo mismo a buscarlo si es necesario –doy un paso hacia él con la barbilla en alto, clavando mi mirada en la suya.
– Basta Logan, no permitiré que vengas a mi comunidad y amenaces a mi gente –digo con contundencia- aquí hay familias, niños y no hay cabida para el bastardo de Connor y sus piratas. No empieces algo de lo que te vayas a arrepentir.

Mis arqueros se alzan tensando sus cuerdas en lo alto del muro, Logan levanta la vista mirando de lado a lado, toda la extensión del muro donde se encuentran mis hombres dispuestos a defender el Pazo Veracruz, Logan resopla con fuerza y vuelve la mirada a mis ojos.

– Necesito saber dónde está Violeta –dice algo más calmo–, no descansaré hasta encontrarle, hasta vengar la muerte de mi mujer.
– ¿¡Qué!? ¿Enora está muerta? –vocea Nathan a mi espalda y me giro hacia él.

Nathan parece volverse loco por segundos, por suerte Declan lo agarra justo a tiempo para impedir que ataque a Logan y ya me queda claro que Nathan también conocía a Enora.

– Eres un hijo de puta Logan –dice Nathan revolviéndose mientras Declan lo agarra con fuerza-, sabía que la destruirías, te lo dije maldito bastardo, ella era demasiado buena para ti y si está muerta es por tu culpa.
– Llévatelo –le ordeno a Declan- y este obedece al instante llevándose a Nathan prácticamente a rastras.

Por un momento me parece ver pesar en el rostro de Logan ante las palabras de Nathan.

– Siento mucho lo ocurrido con tu mujer Logan –digo sin ni siquiera saber por qué piensa que Enora está muerta, es obvio que no sabe que se encuentra a salvo en la Comunidad del Sur.
– Connor mató a Enora después de que me intercambiaran por ella y ese mal nacido pagará por ello.

Me quedo en silencio, pensando en que no puede ser, yo presencié el intercambio, salvé a Enora de Connor y sus piratas y fue después que la envié a la Comunidad del Sur.

– ¿Estás seguro de lo que estás afirmando? –indago.
– Ese hijo de puta dejó un ataúd a las puertas de La Fortaleza con el cadáver calcinado de mi mujer dentro –dice y cierra los ojos con

fuerza.
– ¿Cómo sabes que se trata de Enora?
– El cuerpo que se encuentra en el ataúd tiene la misma edad y complexión que Enora y además –hace una respiración profunda y continúa hablando-, llevaba la ropa de Enora, la misma ropa que tenía puesta aquel día.

Vuelvo a quedarme en silencio, repasando rápidamente en mi mente lo que ocurrió aquel día y recordando que cuando salve a Enora estaba totalmente desnuda, los piratas le habían arrancado toda la ropa. Maldito hijo de… Connor debió colocar la ropa de Enora a ese cadáver para hacerle creer a Logan que su mujer está muerta.
No puedo decirle a Logan donde se encuentra Enora, ella no quiere que la encuentren y no seré yo quien le diga dónde está. Igualmente he forjado una alianza con la Comunidad del Sur que pienso mantener y si digo algo podría suponer un problema.

– Violeta –dice en un tono más conciliador-, por la alianza que nos une espero que me informes si Connor se pone en contacto contigo.
– Dudo mucho que lo haga Logan, las últimas palabras que escuche de mi hermano no fueron más que amenazas de muerte.
– Buscaré hasta debajo de las piedras si hace falta Violeta y acabaré con su vida de una forma lenta y dolorosa.
– Haz lo que tengas que hacer Logan, el Pazo Veracruz se mantendrá al margen.

Logan me observa, su mirada es dura como el acero, finalmente asiente en un leve gesto a modo de despedida, da media vuelta y ordena a sus hombres que regresen a sus vehículos. Uno a uno obedecen arrancado los motores, Logan es el último en subir y antes de cerrar su puerta me lanza una última mirada, como si aún no estuviera del todo convencido, los motores rugen y entre una nube de polvo se alejan a toda velocidad.

Entro en la sala de reuniones donde Declan tiene retenido a Nathan que se mueve de un lado a otro de la habitación como un león

enjaulado, la habitación parece encogerse a su alrededor, cada paso que da retumba con fuerza en el suelo, como si quisiera aplastar con ellos su impotencia, pasa sus manos por el pelo en forma de desesperación y resopla con fuerza a cada instante. Se detiene un segundo, pero enseguida vuelve a moverse murmurando palabras entrecortadas, algunas maldiciones y otras apenas inaudibles.

– Déjanos solos –le ordeno a Declan.

Declan asiente y sale de la sala, miro a Nathan nunca le había visto en este estado, está claro que Enora es importante para él.

– Nathan tranquilízate.

Se detiene, alza la mirada y puedo ver el dolor y la rabia en sus ojos. Estoy a punto de decirle que Enora se encuentra bien y a salvo en la Comunidad del Sur cuando comienza a hablar.

– No puedo tranquilizarme Violeta –dice negando con la cabeza-, Enora se crió conmigo en el castillo, ahora está muerta y todo es por mi culpa.
– ¿Por qué iba a ser culpa tuya Nathan?
– Porque ella me liberó de aislamiento en La Fortaleza y ahora está… -es incapaz de terminar la frase cuando un sollozo se atasca en su garganta impidiéndole continuar.

¿Aislamiento? Recuerdo que cuando hablé con Enora comentó algo de que liberó a un hombre de aislamiento porque este había confesado ante Logan estar enamorado de ella.

– ¿Por qué te encerraron en aislamiento Nathan? –indago.
– Porque cometí el error de confesar ante Logan que estaba enamorado de ella –dice confirmando mi sospecha.

Un sentimiento que desconozco me invade y cae como una losa sobre mi pecho, es una mezcla de angustia, temor e inseguridad que me oprime sin poder evitarlo. Sé que si le digo donde se encuentra Enora no tardará en ir a buscarla a la Comunidad del Sur y comprobar por él mismo que se encuentra bien. ¿Y si sus

sentimientos por ella reaparecen al verla de nuevo? Mi corazón se encoge de dolor tan solo con esa pregunta.

– ¿Aún sigues enamorado de ella? –pregunto con miedo de saber la respuesta.
– ¿Qué? Acaso eso importa –grita de frustración-, ahora está muerta ¡Joder!

Me quedo en silencio viendo como cierra los puños con rabia, se detiene y me mira con dolor

– Ven aquí –dice acercándose a mí y me abraza-, Perdóname Violeta, no pretendía gritarte –susurra sin dejar de abrazarme.

Sé que está sufriendo y debería contárselo, debería decirle que Enora está viva y que se encuentra a salvo, pero tengo la garganta cerrada por el miedo a perderle y no consigo que las palabras salgan de mi boca. Sé que con mi silencio me estoy ganando un asiento en primera fila para ir al infierno, pero ya lidiaré con el mismísimo diablo cuando llegue el momento.

CAPÍTULO 27

VIOLETA

Cuatro meses después

Pequeños rayos de luz se cuelan por la ventana mientras siento como Nathan acaricia mi rostro y deposita pequeños y cariñosos besos en mi mejilla.

– Despierta nena –dice suavemente.

Parpadeo varias veces antes de girarme hacia él, está a mi lado, sentado en el borde de la cama mirándome con media sonrisa, no se puede ser más guapo.

– ¿Ya te has vestido? –pregunto- Todavía es temprano.
– He cambiado los turnos y no podré verte hasta mañana por la noche.
– ¿Ha ocurrido algo? –niega con la cabeza.
– Tan solo quería tener la noche de mañana libre para nosotros.
– ¿Y eso por qué? ¿Qué ocurre mañana?
– Mañana hace seis meses que nos conocimos nena.

Me imposible no soltar una carcajada mientras Nathan me mira con una gran sonrisa.

– Cada vez que creo que no puedes ser más cursi me vienes con cosas como estas –digo tratando de calmar mi risa.

– Sé que adoras mi cursilería –dice mordisqueando mi cuello- y solo soy cursi contigo nena.

Nathan me da un beso rápido en los labios y abandona la habitación, estos últimos meses nuestra relación se ha afianzado, prácticamente se ha instalado en mi habitación y dormimos todas las noches juntos. Nuestro círculo más cercano sabe que mantenemos una relación y con Johnny, bueno es increíble la conexión tan grande que se ha creado entre ellos dos, suelen patrullar y entrenan juntos varias veces por semana.
Todo sería perfecto si no fuera por el secreto que le escondo, el nombre de Enora todavía pesa como una losa en mi pecho. Aún no sé cómo fui capaz de callar durante semanas viendo lo afectado y culpable que se sentía por la muerte de Enora. He pensado mil veces en cómo decírselo, pero siempre que lo intento las palabras se atascan en mi garganta y cada día que callo, la culpa crece aún más en mi interior.
Solo espero que el día que conozca la verdad sepa perdonarme.

Ya está anocheciendo, tengo que reconocer que la habitación se siente vacía sin Nathan, estoy a punto de dirigirme a la ducha cuando llaman a la puerta.
Cuando abro me sorprende ver a Declan e inmediatamente sé, al ver la expresión de su rostro, que no se trata de buenas noticias.

– Violeta acompáñame, ha ocurrido algo –dice.

Me apresuro en llegar a la sala de reuniones, dentro se encuentra una Elena muy nerviosa, con una herida defensiva en su antebrazo que cubre con un trapo, Nathan se encuentra a su lado, se aprecian golpes en su rostro y tiene una herida en la ceja izquierda que no para de sangrar.

– ¿Qué ha ocurrido, estáis bien? –pregunto preocupada mientras me percato de que Ronan y Matt también se encuentran en la sala.
– Estábamos revisando el perímetro más allá del cuadrante Este –informa Nathan-, cuando los piratas nos atacaron por sorpresa.

– Si no llega a ser por Nathan no podríamos haber llegado hasta aquí –dice Elena totalmente consternada acercándose a mí y me mira con los ojos llenos de lágrimas- Violeta tienen a Johnny y a Kai.

Se me corta la respiración al escucharla, sé que esos mal nacidos no tendrán compasión con ellos, si es que todavía continúan con vida y tan solo ese pensamiento hace que la angustia y el dolor me atraviesen el pecho.

– Al menos son un centenar de piratas –dice Nathan-, bien organizados y armados, escondidos entre unas ruinas y Violeta –me mira haciendo una respiración profunda-, Arturo Cortés está con ellos y ha pedido un intercambio.
– ¿Qué es lo que quiere a cambio de las vidas de Johnny y Kai? –pregunta Declan.
– Los explosivos –susurro respondiendo yo en su lugar y Nathan asiente con la cabeza.
– Parecía que estuvieran esperándonos –comenta Elena-, alguien ha debido informarles.
– ¡Maldito topo! –espeta Declan-, le arrancaré las tripas en cuanto sepa quién es.
– Puede que el topo se encuentre en esta sala –suelta Ronan.
– ¿Pero qué demonios estás diciendo? –dice Elena.
– Yo solo digo que habría que mirar quién es el que ha cambiado los turnos.

Veo como Nathan se tensa y se acerca a Ronan de manera no muy amistosa.

– ¿Qué estás insinuado Ronan? –pregunta Nathan con los puños apretados.
– No insinúo nada –responde Ronan de forma chulesca-, solo digo que parece muy extraño que hagas un cambio de turno en el último momento y además los piratas no te hayan atrapado.
– Maldito bastardo –dice Nathan cogiéndole del cuello de la camisa.

– ¡Basta! –grito- Lo que menos necesitamos ahora es pelearnos entre nosotros.

Nathan me mira y suelta a Ronan con brusquedad y se aparta de él.

– Quiero el camión con los explosivos preparado en cinco minutos –ordeno-, vamos a realizar el intercambio.
– Yo me encargo del camión –dice Ronan.
– No –respondo-, Declan y Nathan vendrán conmigo, tú y Matt os quedaréis con Elena.
– Violeta yo quiero ir –pide Elena.
– Lo sé, pero debes ir a que te curen la herida del brazo –respondo-, además necesito que alguien se quede y fortifique la comunidad, no me fio de Arturo Cortés, puede que el intercambio tan solo sea una distracción para atacar el Pazo Veracruz.

CAPÍTULO 28

NATHAN

Un convoy de cincuenta hombres repartidos en varios vehículos nos escoltan camino al punto de encuentro, voy al volante del camión, Violeta se encuentra sentada a mi lado, no ha dicho ni una sola palabra desde que salimos del pazo, sé que está inquieta y teme por la vida de Kai y Johnny.

– Vamos a recuperarles Violeta –digo con seguridad, ella me mira, veo la preocupación en sus ojos, pero asiente con la cabeza.
– Confío en ti –dice sorprendiéndome-, no creo en nada de lo que ha dicho Ronan, sé que tú no eres el topo, confío en ti Nathan.

Asiento y vuelvo la vista al frente, me alegra que lo tenga tan claro y deposite su confianza en mí.

– Nathan necesito pedirte algo –dice.
– Lo que necesites nena.
– Sé lo que supone para ti ponerte frente a Arturo Cortés, pero necesito que guardes la calma.
– Lo sé nena, sé lo que hay en juego –digo volviendo la mirada a ella –tranquila, todo va a salir bien.

No tardamos en llegar y nos detenemos ante las ruinas donde una horda de piratas y vehículos oxidados ruge como una jauría implacable, todos con aspecto temible, llenos de cicatrices, cubiertos con andrajos de cuero y metal. Algunos portan lanzas hechas con

tubo de escape, otros empuñan machetes manchados con sangre seca de sus últimas víctimas y en el centro de toda esa masa caótica, de pie ante una camioneta reforzada con placas de hierro esta él, Arturo Cortés, tal y como lo recordaba, con una mirada fría como el acero. A sus pies, de rodillas en el suelo Kai y Johnny, con sus rostros golpeados y la ropa rasgada. Les han atado las manos a la espalda y aunque apenas mantienen la cabeza erguida se puede ver en sus ojos la rabia contenida.
Salimos de los vehículos, me coloco junto a Violeta y Declan se une a nosotros mientras que nuestros hombres se mantienen en alerta a nuestras espaldas, a la espera de cualquier orden.
Miro a Cortés tratando de controlar mi furia, estoy deseando matar a ese hijo de puta con mis propias manos, pero se lo he prometido a Violeta y no me arriesgaré hacer nada que ponga en peligro a Johnny y Kai. Junto a Cortés se mantienen un par de hombres que supongo serán de su máxima confianza, uno de ellos creo haberlo visto antes, aunque tiene el rostro lleno de cicatrices, parte de su cabeza quemada y le falte un ojo ,así y todo me resulta familiar.
Cortés alza una mano y de inmediato los motores callan. El silencio se vuelve denso, como si el aire mismo temiera moverse.

– Cuanto tiempo sin verte patrona –dice con una voz ronca y una sonrisa despiadada.
– No el suficiente Arturo –responde Violeta.

Sé que está aterrada, ver a su hijo de rodillas y en ese estado la debe estar matando por dentro, no obstante se mantiene firme y serena, con la barbilla en alto y una pose de autoridad sobre todo lo que le rodea.

– ¿Has traído los explosivos? –pregunta Cortés sin rodeos.
– No te entregaré nada Arturo, primero libera a mis hombres.
– De aquí no se mueve nadie si no me muestras la carga primero –exige Arturo y se gira hacia uno de sus hombres de confianza, el mismo que me resulta familiar- Tuerto ve a comprobar la carga –ordena.

El hombre al que se acaba de dirigir como el Tuerto obedece y se dirige al camión. Lo miro con más detenimiento mientras se acerca, me devuelve la mirada y en ese mismo instante es cuando me doy cuenta de quién se trata.

– Nathan –me nombra Violeta y me giro hacia ella- enséñale la carga- pide con un movimiento de cabeza.

Asiento y me dirijo a la parte trasera del camión seguido por el hombre de confianza de Arturo. Abro las pesadas puerta y pasamos al interior, Tuerto revisa la carga, abriendo una por una todas las cajas, me pongo a su lado y le nombro por su verdadero nombre.

– ¿Tío Ryan? –susurro.

Ryan se gira hacia mí, me empuja contra la pared del camión y me tapa la boca con la mano.

– Escúchame bien Nathan, no quiero que vuelvas a decir mi puto nombre, tú y yo no somos nada y mucho menos familia ¿Lo has entendido?

No deja que responda, me suelta con brusquedad y sale del camión con celeridad. Está claro que me odia y no ha olvidado todo lo que ocurrió aquella noche donde murió mi madre. Lo que no consigo entender es como ha hecho para acabar siendo un pirata a las órdenes de Arturo Cortés.
Salgo del camión y me vuelvo a colocar junto a Violeta mientras que Ryan hace lo propio y se acerca a Cortés.

– Está todo correcto jefe –le informa Ryan y Cortés sonríe mirando al frente.
– Muy bien patrona, puedes llevarte a tus hombres.
– No me la juegues Arturo, o haré estallar la carga y créeme no será divertido

Cortés suelta una sonora y ronca carcajada que pone los pelos de punta, sus piratas se unen a él, la tensión se palpa en el ambiente y

me preparo agarrando mi cuchillo a mi espalda. Arturo levanta la mano y todo vuelve a quedar en silencio.

– ¿Crees que puedes amenazarme Patrona? –pregunta en tono intimidante.
– Creo que te importa más a ti tu carga que a mí un par de mis hombres –dice señalando a Johnny y a Kai como si no les importara, sé que se está echando un farol, solo espero que le funcione-, así que no juegues conmigo Arturo.
– Está bien patrona, hay trato, pero solo por esta vez, porque créeme cuando te digo que el Pazo Veracruz tarde o temprano será mío.

Cortés hace un gesto con la cabeza e inmediatamente Ryan desata a Johnny y Kai que no tardan en ponerse en pie y acercarse a nosotros. Retrocedemos con cautela sin dejar de imponer nuestra presencia, los piratas se mantienen en su lugar, la tensión cargando el aire que nos rodea, no se dice nada, pero se siente en cada mirada, en cada paso hacia atrás. Esta noche no ha corrido la sangre, pero sé perfectamente que Arturo Cortés no es de los que retroceden, esta tregua tan solo es una pausa para lo que se avecina, porque él no olvida, no perdona, no negocia sin una intención oculta y cuando decida atacar lo hará con precisión, sin avisos, ni compasión.

VIOLETA

Me abrazo con fuerza a Johnny en la parte trasera del jeep que conduce Nathan.

– Tranquila mamá, estoy bien –me susurra y le miro a los ojos, no se suele dirigir a mí con ese término "mamá" y no puedo explicar la emoción que me embarga las pocas veces que lo hace.
– Te duele mucho –pregunto y niega con la cabeza.
– Estamos llegando –avisa Nathan-, y creo que hay problemas.

Miro al frente y una columna de humo se alza extendiéndose en el cielo oscuro de la noche.

Las puertas se abren para darnos paso, el olor a humo es asfixiante, los hombres que han quedado protegiendo el Pazo Veracruz han hecho una cadena humana transportando cubos de agua para extinguir el incendio, la fábrica de metalurgia está ardiendo por completo.
Veo a Elena como se abraza con fuerza a Kai cuando sale del jeep que conducía Declan y enseguida me acerco a ella.

– Elena ¿Qué ha ocurrido? –inquiero y se gira hacia mí.
– La fábrica a comenzado a arder no hace mucho, han debido prenderle fuego desde dentro.
– ¿Sabes dónde se encuentra Henry? –pregunta Nathan.
– Nadie lo ha visto, no está en su habitación, puede que continúe dentro, muchas veces se queda hasta bien entrada la noche.

Nathan levanta la vista mirando la fábrica envuelta en llamas, apenas me da tiempo de ver en sus ojos la intención de ir a salvar a Henry cuando ya ha echado a correr.

– ¡Nathan no! –grito.

Contengo la respiración cuando lo veo cerca de las llamas, en la entrada de la fábrica, levanta los brazos para cubrirse el rostro del fuego y creo sentir como mi corazón se detiene cuando salta al interior y desaparece, engullido por las llamas.

CAPÍTULO 29

VIOLETA

El rugido ensordecedor del fuego que se extiende por las paredes solapa mis gritos mientras Declan me agarra para que no me acerque, mi respiración se agita y mi corazón golpea con fuerza en mi pecho mientras me estremezco al escuchar el crujido de la estructura, como si se fuera a derrumbar de un momento a otro. Los segundos me parecen horas y solo dejo de gritar cuando veo como una parte del tejado se desploma y contengo la respiración. Me paralizo, mi mirada fija en la entrada ya devorada totalmente por las llamas. Algo se mueve al principio, no es más que una sombra, por un momento pienso que es mi imaginación hasta que una figura imponente emerge del humo espeso, es Nathan cargando a Henry sobre sus hombros.

Cruza el umbral de la entrada y una viga en llamas se desploma a pocos metros de él, estalla contra el suelo con un rugido seco, las chispas vuelan como cuchillos incandescentes, pero Nathan apenas gira el rostro, aprieta los dientes y sigue, tambaleante, como si el aire le quemara por dentro. Su ropa destrozada, pegada al cuerpo por el sudor y el hollín, pero continúa caminado unos pasos más hasta estar lo suficiente lejos de las llamas y se deja caer de rodillas, solo entonces corro hasta él.

Deposita a Henry en el suelo y coloca la cabeza sobre su pecho para escuchar el latido de su corazón.

– No tiene pulso –dice desgarrando la camisa de Henry y comienza a ejercer presión en su pecho, realizando ejercicios de reanimación.

Me pongo a su lado y sin perder tiempo inclino levemente la cabeza de Henry hacia atrás, le tapo la nariz e insuflo aire en su boca repetidas veces.

– Vamos Henry no te rindas –dice Nathan sin parar de bombear con sus manos.

Declan, Johnny, Elena y Kai nos observan mientras continuamos por un largo tiempo tratando de restablecer algún signo vital en el cuerpo de Henry sin resultado alguno, me incorporo mirando a Nathan, se le ve agotado pero no cesa en su empeño y continúa ejerciendo presión sin descanso.

– Nathan –digo posando una mano sobre su hombro y él se gira a mirarme-, no se puede hacer nada por él –Nathan niega con la cabeza y continúa con el masaje.
– Va a despertar –dice-, tiene que hacerlo.

Ha pasado demasiado tiempo, el suficiente para saber que sus pulmones no han resistido y que no se puede hacer nada para salvarle la vida. Nathan sigue centrado en la reanimación, está exhausto con la respiración agitada, puedo sentir la angustia en él, sabe que ya es tarde, pero se niega a dejarle ir.

– ¡Vamos Henry! No me hagas esto –dice apretándole el pecho aún con más fuerza- ¡Vamos joder!
– Nathan por favor –pido-, déjale descansar.

Nathan me mira y puedo ver el auténtico dolor en sus ojos, respira profundo cerrando los ojos con fuerza y aparta las manos de Henry. Se queda cabizbajo por un momento mientras cubre de nuevo el torso de Henry, cerrando su camisa y susurra algo que no consigo escuchar.

NATHAN

Me doy una larga ducha hasta quitarme del todo el olor a humo y hollín de mi cuerpo.
Salgo del baño tan solo con un pantalón cómodo de algodón y veo a Violeta entrar en la habitación, se había quedado revisando y curando a Kai y Johnny junto con Elena mientras Declan y yo nos encargábamos de terminar de extinguir el fuego.

– ¿Cómo te encuentras? –me pregunta nada más entrar en la habitación.
– Estoy bien ¿Y Johnny cómo está?
– Magullado, pero no tiene nada roto, con algo de reposo en unos días se encontrará mejor.
– ¿Tú estás bien? –pregunto.
– Sí, solo necesito una ducha –dice dirigiéndose al baño y pasa al interior sin decir nada más.

Hoy ha sido un día difícil para todos, me tumbo en la cama boca arriba tratando de no pensar más en todo lo que ha ocurrido, no podemos flaquear ahora con Cortés acechando entre las sombras. Es obvio que ha sido el topo quién ha incendiado la fábrica aprovechando que estábamos realizando el intercambio. Puede que sea Ronan, seguramente que acusarme a mí de ser el topo sea una estrategia para desviar la atención de él, sea quien sea el topo lo pagará con la vida. Todavía no puedo creer que Henry haya muerto, le voy a echar mucho de menos.
Me doy cuenta de que llevo demasiado tiempo sumido en mis pensamientos y que Violeta todavía no ha salido del baño, cosa que me extraña. Me levanto y me dirijo hacia este, oigo el agua de la ducha correr y abro la puerta. Violeta está de espaldas dentro de la ducha, bajo el chorro de agua, me estremezco cuando oigo un quejido y su cuerpo se sacude y contrae mientras que sus hombros se elevan y bajan con brusquedad en cada sollozo.
Nunca le había visto de este modo, es la primera vez que le veo llorar desconsoladamente, siempre se le ve tan fuerte, tan entera y

segura con todo, que parezca que nada le afecte. Es obvio que no es así, ella también sufre, pero la carga que lleva sobre sus hombros no le deja mostrarlo.
Violeta también ha perdido a Henry, lo conocía desde que era una niña, ha tenido que ver a su hijo atado y de rodillas y también como parte del legado de su madre ardía entre las llamas.
Me quito el pantalón, abro la puerta de la ducha y Violeta se gira a medias, pero no me mira.

– Nathan no estoy de humor, por favor déjame sola –pide, pero de igual modo entro y me coloco tras ella.
– No quiero dejarte sola Violeta –digo suavemente.
– Solo necesito cinco minutos más –susurra.
– No tienes porque poder con todo Violeta, déjame ayudarte.
– Estoy bien Nathan –dice con la voz quebrada.
– Yo creo que no Violeta y es normal sentirse así –digo colocando una mano sobre su hombro-, déjame ser tu refugio Violeta y permítete llorar, permítete caer, yo te sostendré.

Violeta agacha la cabeza y un leve quejido sale de lo más profundo de su garganta, la hago girar hacia mí y la abrazo con fuerza. Ella también se agarra a mí y deja que el llanto la desborde.

– Eso es nena, déjalo salir –digo dándole pequeños besos en lo alto de la cabeza-, todo va a estar bien.

Nos quedamos abrazados, no sé por cuánto tiempo bajo el agua de ducha, pero tengo claro que no me voy a separarme de ella, sé que me necesita, necesita este momento y que alguien la consuele y yo siempre voy a estar a su lado.

– Nathan –dice sin despegarse de mi cuerpo-, prométeme que no volverás a arriesgar tu vida de esa manera.
– Estoy bien, no me ha ocurrido nada Violeta.
– Por favor prométemelo –pide angustiada.
– Te lo prometo –digo acariciando su espalda.

– Te quiero –susurra en mi pecho con la voz tomada por el llanto y la abrazo aún con más fuerzas, he deseado escuchar esas palabras de su boca desde que la conocí y no podría sentirme más afortunado en este mismo momento.
– Sabía que iba a conseguir que me quisieras nena –trato de decir en un tono divertido para rebajar la tensión del momento y siento como se le escapa una pequeña risita mezclada con el llanto-, y solo he tenido que esperar seis meses, otros seis meses más y seguro que te convenzo para que te conviertas en mi mujer.

Violeta levanta la cabeza de mi pecho y me mira, tiene los ojos hinchados y enrojecidos, pero siguen siendo increíblemente hermosos.

– Yo ya soy tu mujer Nathan –dice convencida y una sensación increíble me invade y se expande en mi pecho sin poder evitarlo.
– Eres preciosa Violeta y contigo no quiero un final feliz, quiero un "para siempre" sin final –Violeta sonríe y niega con la cabeza.
– Vuelves a ser un cursi.
– Solo contigo nena –digo y le doy un suave beso en los labios.

Salimos de la ducha, cojo una toalla y seco su cuerpo y también su cabello, le coloco una camiseta ancha de las que suele utilizar para dormir y la ropa interior. Se deja ayudar en todo, está agotada y no tarda en quedarse dormida mientras la atraigo hacia mí en la cama, rodeándola con los brazos y le susurro un te quiero antes de quedarme profundamente dormido a su lado.

CAPÍTULO 30

VIOLETA

Van pasando los días y el pazo Veracruz parece restablecerse poco a poco, aunque seguimos en alerta en todo momento sabiendo que Arturo Cortés continúa ahí fuera, al acecho y más ahora que los explosivos están en su poder. No obstante tratamos de seguir adelante con nuestras vidas, intentando recuperar la normalidad.
Nathan se ha empeñado en restaurar la fábrica de metalurgia y parece que lo está consiguiendo con la ayuda de un grupo de mis hombres. Aunque es muy joven trabaja muy duro y se ha ganado el respeto de todos ellos.
Tengo suerte que la vida lo haya puesto en mi camino, todavía no puedo creer como me cuidó la otra noche, nunca me había sentido tan abrumada, estaba devastada por todo lo que había ocurrido, pero ahí estaba él, no se separó de mi lado ni un solo momento. Ni siquiera sé como ha pasado, pero sé que le quiero, me he enamorado de él y solo temo el momento de decirle que le estado ocultando que Enora está viva.
Sacudo mi cabeza para quitarme ese mal pensamiento que tanto me atormenta y llamo a la puerta de la casa de Elena.

– ¡Joder ya era hora! –dice Elena al abrir la puerta y tira de mi brazo para hacerme pasar al interior.
– Hola a ti también –respondo de forma irónica.
– Sí sí sí, pasemos a la terraza –dice de forma nerviosa.

Hago lo que me pide, está claro que algo le ocurre, no suele actuar de forma tan extraña, al menos no tanto.
Salimos a la terraza y nos sentamos en nuestro lugar habitual, en las dos sillas reclinables junto a la mesita baja donde ya se encuentra una botella de licor con dos vasos, Elena abre la botella de licor y llena solo mi vaso, no me pasa desapercibido que le tiembla la mano y su rictus es más serio de lo normal.

– ¿Me vas a decir qué demonios te pasa? –inquiero, me mira un segundo, cierra los ojos, respira profundo y los vuelve a abrir.
– Estoy embarazada –suelta y no puedo disimular la sorpresa en mi rostro.
– Pero eso es maravilloso Elena –digo sonriendo.
– No, no lo es.
– No empieces Elena –le advierto- ¿Ya vas a decir lo mismo de siempre, que eres un desastre y no vas a saber ser una buena madre?
– Es que es así Violeta.
– ¿Se lo has dicho a Kai?
– Todavía no –murmura.
– ¿Y a qué esperas? No es algo que puedas ocultar por mucho tiempo.
– Espero a que todo esto tan solo sea un mal sueño y despertar.
– No exageres Elena, vas a adorar a ese bebé.
– No estoy preparada para esto.
– ¿Crees que los demás que van a ser padres si lo están?
– Pero es distinto, los demás quieren tener a sus bebés.
– Y tú también Elena, aunque ahora no lo creas vas a querer a ese bebé más que a nada en la vida –digo acercándome a ella y me agacho para estar a su altura-, ¿Crees que yo estaba preparada para que Johnny viniera al mundo? No lo estaba y es una de las mejores cosas que tengo en mi vida.

Me mira y sus ojos comienzan a llenarse de lágrimas, la rodeo con mis brazos y le doy un cariñoso y reconfortante abrazo.

– Te preocupas demasiado Elena, ya verás como todo va a estar bien.
– Malditas hormonas –dice limpiándose las lágrimas y me es imposible no sonreír.
– Hazme caso Elena, habla con Kai, retrasarlo solo hará que te angusties más.

Elena asiente y se retira las últimas lágrimas mientras yo vuelvo a mi asiento.

– ¿Y tú que tal con Nathan? –pregunta ya en su tono habitual de perra deslenguada-, te tiene que follar como nadie, porque tienes un cutis increíble.

Me es imposible no soltar una sonora carcajada mientras niego con la cabeza y Elena se une a mí riendo también con fuerza, no sé qué haría sin ella y sin estas conversaciones en las que no deja de sorprenderme.

– ¿Interrumpo? –pregunta Kai saliendo a la terraza.
– Hola Kai ¿Cómo estás? –pregunto tratando de calmar mi risa- ¿Te encuentras mejor?
– Estoy mejor, solo me molestan un par de costillas ¿De qué os reíais?
– Tu mujer que es una caja de sorpresas –comento sin importancia.
– ¿Te vas a quedar a cenar? –me pregunta Kai.
– No ya me voy, además Elena tiene que hablar contigo –digo levantándome de la silla.
– ¿Conmigo? –pregunta Kai mirando a su mujer-, Elena ¿Has llorado? –dice preocupado.
– Os dejo a solas –digo y le lanzo una mirada tranquilizadora a Elena antes de retirarme.

Cuando estoy a punto de salir por la puerta principal escucho los gritos de alegría y euforia de Kai, sonrío mientras salgo de la casa alegrándome enormemente por ellos dos, se que van a ser unos

buenos padres, con sus locuras sí, pero sé que a ese bebé no le faltará amor.

NATHAN

Ha sido un caluroso día de trabajo restaurando la fábrica, Violeta me ha puesto al frente de este proyecto y no quiero defraudarla, los hombres trabajan bien y no tienen ningún problema en sea yo quien de las órdenes. Entiendo que soy muy joven y que tan solo llevo aquí unos meses, pero poco a poco me voy ganando el respeto y la confianza de esta comunidad, a la que ya considero definitivamente mi hogar.

– Estás haciendo un buen trabajo Nathan –comenta Matt mientras recogemos el material antes de irnos-, si seguimos así la fábrica estará lista en pocas semanas.
– Eso espero –respondo- y gracias por tu ayuda Matt, has trabajado duro hoy.
– Ni me lo digas, me duelen todos los músculos del cuerpo –dice estirándose.
– No exageres Matt, por cierto… ¿Te has vuelto a quitar la barba?
– Sí, me la he afeitado esta mañana, la verdad que me quedaba bien, me hacia mayor y todo ese rollo, pero es que me picaba la cara de cojones.

Me es imposible no soltar una sonora carcajada, así es Matt siempre proporcionándome más información de la necesaria, es un buen amigo, siempre ha estado ahí desde el primer día que entré en esta comunidad, le aprecio y aunque es un poco intenso espero poder conservar su amistad por muchos años.

Entro en la habitación, esta vacía, me dirijo al baño para darme una ducha y ahí encuentro a Violeta, que sonríe nada más verme, mi mujer, tan hermosa como siempre, rodeada de espuma dentro de la

enorme bañera redonda. Me quito la ropa bajo su atenta mirada y me acerco a ella.

– ¡Dios santo! No se puede ser más sexy –dice de forma sugerente mientras me adentro en la bañera y me es inevitable no soltar una pequeña carcajada.
– Y soy todo tuyo nena –digo acercándome a ella.

La beso en los labios y enseguida me lanzo a su cuello, Violeta suelta un gritito y ríe a carcajada, adoro ese sonido. Me separo de ella lo justo para mirarla a los ojos y no deja de tener esa increíble y preciosa sonrisa.

– Hoy se te ve muy alegre –comento.
– Es que tengo una buena noticia –dice-, Elena me ha dicho que está embarazada.
– Eso es estupendo, sé que Kai está deseando ser padre.
– Sí, se que todavía queda mucho para que nazca, pero estoy deseando verle la carita al bebé.
– Si tanto te gustan los bebés yo puedo hacerte uno ahora mismo –digo atacando su cuello de nuevo, pero esta vez no se ríe, sino todo lo contrario, su sonrisa se borra de inmediato y puedo sentir como se tensa-, ¿Qué ocurre, he dicho algo malo? –pregunto.
– Nathan ¿Tú deseas ser padre?
– Bueno… nunca me lo había planteado, supongo que sí, no tiene porque ser ahora, pero sí, me gustaría formar una familia contigo.

Violeta deja de mirarme, se queda pensativa por unos segundos e inmediatamente sé que algo le preocupa, le agarro de la barbilla suavemente con el dedo índice y pulgar y guio su cabeza hasta encontrarme con sus ojos.

– ¿Qué ocurre Violeta? ¿Qué es lo que te inquieta?
– Es que yo no creo que pueda tener hijos Nathan –dice con tristeza-, mi parto con Johnny fue muy complicado y también ya voy teniendo una edad.

– Pues nada de bebés entonces –digo restándole importancia, besando otra vez su cuello, pero Violeta me aparta suavemente para mirarme de nuevo a los ojos.
– Nathan sé que ahora no lo piensas, pero ¿y si lo deseas dentro de cinco o diez años? No creo que yo pudiera darte eso.
– Tú ya me das más de lo que yo pueda desear Violeta, no puedo negar que me gustaría, pero no por el hecho de tener un hijo sino porque sería algo nuestro, tuyo y mío –Violeta me mira y una pequeña sonrisa tira de sus labios.
– Cuando creo estar nuevamente ante otro impedimento a causa de la diferencia de edad tú vienes y me dices cosas como estas que me desarman –le devuelvo la sonrisa.
– Vas a decir que soy un cursi, pero cuando me sonríes, me tocas o me miras eres tú quien me desarma Violeta y aún así siento que me haces más fuerte.

Cuando creo que va a soltar una carcajada me sorprende rodeándome el cuello con sus brazos y estampando su boca contra la mía. No tarda en colocarse a horcajadas encima de mí y ya me tiene duro como una roca. Pierdo la noción del tiempo como cada vez que follamos como animales en la bañera, pero luego cuando la veo tendida en la cama, distraída leyendo un libro, tan solo con una minúscula camiseta de tirantes y el pelo aún húmedo por el baño, no puedo resistirme a hacerla mía de nuevo, pero esta vez despacio, sin prisas, saboreando cada centímetro de su dulce piel y sintiendo cada gesto, cada movimiento, deshaciéndose entre mis manos.

CAPÍTULO 31

NATHAN

Ya está anocheciendo, recojo el material antes de abandonar la fábrica cuando veo que Declan se acerca a mí con rictus serio.

– Nathan, necesito que me acompañes a la sala de reuniones.
– ¿Ha ocurrido algo?
– Será mejor que lo veas por ti mismo.
– ¿Violeta está bien?
– Sí, ella se encuentra bien, ahora acompáñame.

Hago lo que me pide y nos dirigimos a la sala de reuniones sin decir ni una palabra por el camino.
Cuando entro en la sala, Violeta y Johnny ya se encuentran allí de pie junto a la mesa mirando un mapa desplegado encima de esta, no tardo en darme cuenta que hay alguien más junto a ellos y me sorprendo al ver que se trata de mi tío Ryan.

– ¿Qué hace él aquí? –digo de forma poco amistosa.
– Tranquilo Nathan, Ryan está de nuestro lado –responde Violeta.
– Es un maldito pirata –respondo con rabia.
– No es así Nathan –dice Declan-, es nuestro infiltrado en la Comunidad Pirata.
– ¿Y os fiais de él?
– Lleva años siendo un topo para nosotros –informa Declan.
– Lo que no sabíamos es que era un familiar tuyo –dice Violeta.
– Él no es mi familia –respondo con desdén.

– Nathan ¿podemos hablar un momento? –pide Ryan.
– Tú y yo no tenemos nada de qué hablar –digo con la mandíbula apretada y cerrando los puños.
– Nathan ven hablemos un momento fuera –pide Violeta.

La sigo, salimos al pasillo exterior que se encuentra fuera de la sala de reuniones y Violeta me mira con calma.

– Nathan entiendo que estés confundido…
– ¿Confundido? –digo inquieto interrumpiéndola- Ese hombre me ha odiado toda su vida Violeta, haciéndome sentir culpable por la muerte de mi madre, tan solo tenía siete años ¡Joder! Me abandonó en cuanto tuvo la oportunidad ¿Y para qué? Para unirse a los malditos piratas y convertirse en el esbirro de Arturo Cortés.
– No es como piensas Nathan, igual no lo hizo bien cuando erais pequeños, pero ahora es un buen hombre y tiene mi total confianza.
– ¿Y se puede saber qué demonios ha hecho para que confíes tanto en él?
– Nos ha ayudado a lo largo de los años, pero hoy a traído de vuelta el camión con los explosivos y está poniendo su vida en juego al hacerlo.

Me quedo en silencio, desconcertado al escuchar las palabras de Violeta, ni siquiera sé que pensar de todo esto.
Violeta se acerca a mí y acaricia mi rostro para que le mire a los ojos.

– Solo te digo que escuches lo que tiene que decir –dice suavemente-, no pierdes nada con hacerlo y puede que hasta encuentres sentido a sus palabras –le miro por unos segundos y asiento con la cabeza.
– Está bien hablaré con él –digo algo más calmo.

Violeta me dedica una pequeña sonrisa y se retira al interior de la sala y en cuestión de pocos segundos sale Ryan al pasillo donde me encuentro.

– Sé lo que debes estar pensando Nathan –dice de forma pausada-, y siento mucho que nos hayamos tenido que reencontrar de esta manera.
– ¿Reencontrar? Recuerdo perfectamente tus palabras cuando te nombre en la parte trasera del camión, "tú y yo no somos nada y mucho menos familia". Esas fueron tus palabras Ryan –asiente agachando la cabeza como si se avergonzara.
– Te dije eso porque no quería que el señor Cortés descubriera que somos familia, hubiera sido peligroso para ti.
– El señor Cortés –digo con desdén-, hablas de él como si fuera tu dueño, no lo entiendo Ryan, después de lo que nos hizo y tú te arrastras ante él.
– Si lo hago es porque sé que puedo hacer más daño desde dentro.
– ¿Y por qué no lo matas y ya está?
– ¿Crees que no lo he intentado? –dice alzando la voz- Mírame Nathan ¿Quién crees que me ha marcado de esta manera, que me ha quemado la cabeza y me ha arrancado un ojo? Fue él quien me torturó durante días por mi deslealtad.

No digo nada más mientras le observo, tiene los brazos llenos de cicatrices profundas, le faltan dos dedos de la mano izquierda, por el cuello asoman más cicatrices al igual que su rostro, casi es difícil adivinar como era antes de todos esos cortes, debió arrancarle el ojo por completo dada la profundidad de la cuenca y la parte trasera de su cabeza es una serie de pliegues rojizos y blanquecinos donde ya no crece pelo. Todo su cuerpo muestra ensañamiento y crueldad desmedida.

– ¿Qué ocurrió después de eso? –me atrevo a preguntar.
– Pude huir, pero no llegué muy lejos en mi estado –dice con angustia-, Violeta me encontró en unas ruinas al borde de la muerte y sin conocerme de nada me acogieron en su comunidad, me alimentaron y curaron mis heridas. Entonces fue cuando decidí convertirme en un topo para ellos.
– ¿Y volviste a ser un pirata de Cortés?

– Menos que eso, me arrastré como un perro, peor que un despojo humano para que me dejara volver a formar parte de su comunidad, hasta que poco a poco fui haciéndome merecedor de su confianza y así poder pasar información valiosa a esta comunidad.
– Todo eso no explica porque te fuiste del castillo sin decir ni una sola palabra.
– Por venganza –dice e inspira con fuerza por la nariz-, fui un inconsciente, dejé que toda esa rabia e ira me consumieran, yo también era muy joven Nathan y guiado por todos esos sentimientos de furia, angustia y dolor me marché creyendo que si me vengaba de Cortés podría seguir adelante.

Ryan da un par de pasos acercándose a mí, coloca una mano sobre mi hombro y lo aprieta de forma reconfortante mirándome a los ojos.

– Siento mucho todo lo que pasó Nathan, siento no haber estado a tu lado y espero que puedas perdonarme algún día.

Me quedo quieto, mirándole, sin decir ni una sola palabra más, que puedo decir, ha pasado demasiado tiempo y ya no tiene caso remover más el pasado. Él es y siempre será mi tío Ryan y agradezco sus palabras. Solo espero poder volver a confiar en él, no deja de ser mi única familia y no quisiera volver a perderle. Volvemos a entrar en la sala donde se encuentran los demás que continúan mirando el mapa que se encuentra encima de la mesa. Violeta enseguida levanta la cabeza y busca mi mirada, asiento levemente como respuesta y parece quedarse más tranquila.

– He de irme ya o se darán cuenta de que no estoy –dice Ryan.
– Podrías quedarte en esta comunidad –digo apenas sin pensar, ahora que nos hemos vuelto a encontrar, no sé muy bien si quiero que desaparezca de nuevo.
– Seré de más utilidad si estoy cerca de Cortés –responde.
– Sabes que aquí siempre tendrás un lugar Ryan –dice Violeta.

Este asiente con la cabeza, se gira hacia mí, vuelve a darme otro apretón en el hombro y sin decir nada más sale de la sala.

– Tenemos que proteger la carga –dice Violeta mirando a su hijo-, Johnny quiero que te encargues, coge a un par de hombres de confianza y transportar los explosivos a uno de los cobertizos que hay en los invernaderos.
– Me encargaré ahora mismo –responde y sale de la sala de reuniones.
– Hay algo más Nathan –dice Violeta girándose a mí -, Ryan también nos ha dado la identidad del topo.
– ¿Ya sabéis quién es el traidor? –pregunto.
– Esa rata inmunda –escupe Declan- ya le están dando su merecido en los calabozos.
– Incendió la fábrica y le ha estado proporcionando información de nuestros movimientos a Arturo Cortés –confirma Violeta-, acompáñame, será mejor que lo veas con tus propios ojos.

CAPÍTULO 32

NATHAN

Me dirijo a los calabozos junto a Violeta y Declan, descendemos y el túnel se oscurece a medida que avanzamos. El aire es denso, más húmedo, con una mezcla de olor a óxido, creo oír la voz de Ronan a lo lejos, pero no logro entender lo que dice y después creo intuir la de Kai. Continuamos avanzando entre las celdas que se encuentran vacías a ambos lados, hasta llegar a una puerta de madera maciza y el guardia que se encuentra al lado de esta la abre al vernos llegar. Entro después de Violeta, seguido de Declan. De pie se encuentran Kai y Ronan, remangados hasta los codos y con alguna salpicadura de sangre en sus ropas, hay un tercer hombre, sentado en una silla de hierro forjado con las manos atadas a la espalda, me acerco con cautela para descubrir que se trata de Matt.

– Habla maldito hijo de puta –espeta Ronan golpeándole con fuerza.
– Que te jodan Ronan –responde Matt-, a ti y a toda esta mierda de comunidad.
– Vas a empezar a pasarlo realmente mal si no cooperas muchacho –dice Kai mostrándole el cuchillo que lleva entre sus manos, mientras nos situamos a su lado.
– Vaya, vaya –dice Matt con sorna-, si ha venido la patrona a verme ¿A qué se debe tal honor?
– ¿Estáis seguros de que él es el topo? –pregunto desconcertado.

– Él mismo lo ha confesado hace un momento –responde Kai.
– ¿Sorprendido Nathan? –pregunta Matt con una sonrisa burlona en sus labios.
– ¿Habéis podido sacarle más información? –pregunta Violeta.
– Todavía no –dice Ronan agarrando una especie de tijeras de podar que se encuentran encima de una mesa junto a otros instrumentos de tortura-, pero no tardará en cantar como un pajarito.
– No voy a deciros ni una puta mierda –responde Matt.
– ¿Fuiste tú quien incendió la fábrica? –digo incrédulo-, Henry murió por culpa de ese maldito incendio.
– ¿Y a quién le importa? –escupe- Ese maldito viejo me tenía hasta los cojones.

Cierro los puños con rabia, no parece la misma persona, no es Matt, es un pirata, un maldito traidor que nos ha estado engañando a todos.

– El Pazo Veracruz está acabado –dice dirigiéndose a Violeta-, vendrán a buscarme y cuando eso ocurra disfrutaré arrancándote la vida patrona y luego me follaré tu jodido cadáver.

Me acerco en un par de zancadas y le agarro del cuello apretándolo con fuerza.

– Vuelve a decir eso y será lo último que digas maldito hijo de puta –digo con rabia y lo suelto bruscamente, Matt tose varias veces y luego comienza a reír.
– Eres patético Nathan –dice Matt- ¿Crees que esta gente te aprecia? Tan solo te están utilizando para que le sirvas como un maldito perro.

Voy a acercarme de nuevo para asfixiarle con mis propias manos pero Declan me lo impide agarrándome mientras niega con la cabeza, me retiro un par de pasos, he entendido el mensaje, necesitan obtener toda la información que sea posible antes de deshacerse de él.

– Te conviene hacer un trato Matt –dice Violeta-, nadie va a venir a sacarte de aquí y menos ahora que los explosivos vuelven a estar en nuestro poder.

La cara de Matt cambia por completo, está claro que aún no estaba al tanto de esa información. Seguramente que Cortés estaría planeando como arrasar este lugar haciéndolo volar por los aires, pero ahora sin los explosivos le será imposible atacar.

– Eso no es posible –dice Matt.
– Nosotros también tenemos infiltrados –dice Declan-, Ryan nos ha devuelto la mercancía.
– ¿El Tuerto? –pregunta incrédulo-, eso es imposible, el lleva siendo un pirata ya muchos años y le es fiel al señor Cortés.
– Quién crees que te ha delatado maldito imbécil –espeta Kai.

Matt se remueve nervioso en la silla, su gesto ha cambiado por completo ya no tiene esa pose chulesca que ha mantenido en todo momento y parece que su cabeza vaya a mil por hora.

– ¿Qué ocurre Matt? –pregunta Ronan con sorna- ¿Te acabas de mear en los pantalones? –este le ignora y mira a Violeta.
– Quiero hacer un trato –dice Matt-, os contaré lo que queráis a cambio de dejarme marchar – Violeta esboza una falsa sonrisa.
– Debes pensar que soy idiota Matt –dice Violeta con toda la serenidad del mundo-, de aquí no vas a salir con vida, sabes demasiado y no confío en ti, así que tú decides, puede ser una muerte rápida o lenta y dolorosa.

Es increíble como Violeta mantiene la calma en todo momento, ese autocontrol con la mirada firme y la postura erguida, imponiendo su autoridad con esa fuerza tranquila, digna de admiración.
Matt cierra los ojos con fuerza y cuando los vuelve abrir me mira.

– Vas a dejar que me torturen Nathan –dice-, creí que éramos amigos.
– Tú te lo has buscado Matt –respondo con firmeza.

– Sé que me aprecias Nathan –dice Matt-, he estado de tu parte desde el primer día que entraste en esta comunidad.
– Basta de charla –dice Ronan acercándose con las tijeras de podar, colocándose detrás de Matt, agarra una de sus manos y ya se lo que viene a continuación.
– Será mejor que empieces a hablar escoria –dice Kai acercándose también a Matt con el cuchillo en mano.

Veo como Violeta se dirige a Declan, le dice algo que no llego a escuchar y se retira de la sala. Sé que Violeta es implacable con sus enemigos y más si se trata de piratas, pero también sé que no le gusta estar presente en la extracción de información mediante tortura.

VIOLETA

Salgo de la celda, dejando a Declan, Nathan, Ronan y kai en ella, sé que trataran de sacarle toda la información posible a Matt. No tengo problemas en arrebatar una vida y más si se trata de un pirata, pero la tortura no va conmigo, siempre acaban llorando, suplicando y meándose encima y bueno todo eso me resulta bastante desagradable. No sé, puede que me esté ablandando con la edad. Cuando estoy a punto de dirigirme a mi habitación Johnny me aborda y parece estar preocupado.

– ¿Ha ocurrido algo con los explosivos? –pregunto.
– No, todo se ha hecho tal y como ordenaste –responde-, se trata de Elena.
– ¿Qué le ocurre?
– No lo sé, te andaba buscando y estaba muy alterada.
– ¿Sabes dónde se encuentra?
– Sí, iba para su casa, me ha dicho que te esperaba allí y que era algo muy importante.

Me despido de Johnny rápidamente y no tardo en llegar a casa de Elena.
En cuanto me abre la puerta puedo ver en su rostro que algo no anda bien, se le ve muy agitada y me hace pasar al interior de su casa de inmediato.

– ¿Qué te ocurre Elena, te encuentras bien? ¿Ocurre algo con el bebé? –no hace mucho que está embaraza y me preocupa en el estado de nervios que se encuentra.
– El bebé está bien, pero yo estoy a punto de me dé un jodido infarto.

Prácticamente me arrastra por toda la casa y me hace pasar a la terraza, allí se encuentra Tess, tiene los ojos rojos e hinchados de haber llorado y está muy inquieta.

– ¿Tess te encuentras bien? –pregunto.
– Aquí mi hermanita que le ha estado proporcionando información a Matt.
– Yo no sabía que Matt era un pirata –dice con la voz quebrada.
– Mierda Tess, siempre te he dicho que las conversaciones no salen de nuestro grupo de confianza –le regaña Elena.
– ¿Qué tipo información? –pregunto.
– Sabe que Johnny es tu hijo –dice Tess, cierro los ojos con fuerza y respiro profundo.
– Entiendes que ahora mismo has convertido a Johnny en una maldita diana.
– Sí y lo siento, yo no quería… –no termina la frase y comienza a sollozar.
– Eso no es todo –dice Elena-, Tess nos escuchó a Kai y a mí decir que Ryan es un topo –respiro profundo de nuevo y me giro hacia Tess
– Dime que no le has dicho a Matt que Ryan es nuestro infiltrado en la Comunidad Pirata –Tess asiente sin dejar de llorar.
– No pensé que iba a ocurrir todo esto –se lamenta.

Me paso las manos por la cara y el pelo a modo de desesperación, pero me es imposible no exaltarme.

– ¡Joder! –vocifero- No sabes lo que has hecho Tess.
– Lo siento –dice entre balbuceos.
– Y más que lo vas a sentir –respondo con ira contenida-, reza porque a Matt no le haya dado tiempo de entregar esa información, porque serás la máxima responsable de lo que le ocurra a Ryan.
– Lo siento mucho –continúa repitiendo sin dejar de llorar- ¿Qué vais a hacer conmigo? –pregunta angustiada.
– Nada Tess –digo con algo más de calma-, tu conciencia se encargará, y créeme cuando te digo que no es fácil vivir con culpa, no hay nada peor que llevar a tus espaldas la muerte de alguien inocente.

Cuando vuelvo a mi habitación ya es noche cerrada, no puedo dejar de pensar en Ryan y en el peligro que está corriendo al traicionar a Cortés. Aunque Nathan no lo quiera admitir sé que la pérdida de su tío le destrozaría, he de hablar con él en cuanto vuelva de los calabozos, puede que podamos resolver todo esto y traer de vuelta a Ryan. Me doy una ducha y trato de mantenerme despierta en la cama, pero estoy agotada y ni siquiera me doy cuenta cuando entro en un sueño profundo.

NATHAN

Son altas horas de noche cuando llego a la habitación después de habernos deshecho del cadáver de Matt, apenas ha dicho nada, no hemos podido sacarle ninguna información relevante, me asombra la

gran lealtad que le guarda a Cortés, se ha mantenido inquebrantable hasta el final.
Violeta duerme profundamente en la cama, sus suaves facciones están relajadas y su sedoso cabello ondulado descansa sobre la almohada, es preciosa.
Me dirijo al baño y me doy una breve ducha, me coloco un pantalón de algodón de los que utilizo para dormir y vuelvo a la habitación para acostarme a su lado.
La rodeo con mis brazos, la atraigo hacia mí y aspiro el olor de su cabello, siempre huele tan bien. Murmura algo que no soy capaz de entender y enseguida vuelve a estar profundamente dormida.
Encuentro la paz pegado a su cuerpo, sintiendo su respiración suave y pausada, la quiero más que a mi propia vida y voy hacer lo que sea necesario para mantenerla por siempre, a mi lado.

CAPÍTULO 33

VIOLETA

Cuando me despierto por la mañana Nathan ya no se encuentra en la habitación, le esperé hasta bien entrada la noche, pero me encontraba tan agotada que caí rendida en la cama, últimamente este cansancio se está volviendo habitual en mí, puede que todo este tema con Cortés me esté pasando factura.
Me ducho y me visto con mis vaqueros ajustados, las botas y una camiseta de tirantes blanca. Salgo de la habitación y veo a Declan dirigirse a mí con rictus más bien serio.

– ¿Qué es lo que ocurre Declan? –pregunto.
– Los centinelas han divisado algo a menos de un kilómetro.
– ¿De qué se trata?
– No están seguros, solo dicen haber visto un bulto.
– Bien, vamos a averiguarlo.

Declan se sitúa al volante del vehículo donde me encuentro, dando las órdenes oportunas para que abran las puertas principales, Kai y Ronan nos acompañan en otro vehículo a modo de refuerzo. Salimos y enseguida divisamos lo que parece ser una caja de madera, no muy grande, como un pequeño baúl. Una vez nos detenemos, bajamos de los vehículos y nos acercamos con cautela.

– ¿Qué mierda es eso? –pregunta Ronan, pero nadie responde mirando la caja con desconfianza.

Declan desenfunda el machete que porta a su espalda y le da unos pequeños golpecitos a la caja.

– Ten cuidado Declan –pido.
– ¿Crees que pueden ser explosivos? –pregunta.
– No lo sé –respondo-, en el camión estaba toda la carga, pero quién sabe si Cortés ha logrado adquirir más.
– Supongo que solo hay una manera de averiguarlo –dice Kai dando un paso al frente, pero Declan le detiene levantando su mano.
– Será mejor que os apartéis, voy a abrirla –dice Declan clavando la punta del machete entre las rendijas para poder destaparla.

Retrocedemos unos pasos aguantando la respiración cuando vemos como Declan hace palanca y entre abre la tapa de la caja. Con precaución da un paso más hacia delante y mira con cierta reticencia hacia el interior de esta que se encuentra a medio descubrir.

– Joder –maldice en un susurro y se agacha para destaparla del todo y dejar al descubierto lo que se encuentra en su interior.

Nos acercamos para descubrir que se trata de la cabeza de Ryan lo que se encuentra en la caja. Nos quedamos por unos segundos en silencio observándolo, mientras Declan la examina más de cerca.

– Es un corte limpio –dice ladeándola para poder apreciar mejor la amputación-, ha sido de un solo golpe seco, no parece haber sufrido.
– ¿No crees que le habrá torturado primero para sacarle información? –pregunta Kai.
– No podemos saberlo si no tenemos el cuerpo –responde Declan-, pero lo que está claro es que Cortés ya sabe que tenemos los explosivos y que ha sido Ryan quien nos los ha entregado.

Me agacho al ver que tiene un trozo de papel enrollado dentro de la boca, lo extraigo con cuidado y lo despliego para leer su contenido.

– ¿Qué es lo que pone? –pregunta Ronan.

– Los muros no os salvarán, el Pazo Veracruz ardera como el infierno y no quedará nadie para llorar sus cenizas –leo en voz alta.
– Alguien se acerca –informa Declan.

Levanto la vista y enseguida me doy cuenta que se trata de Nathan y Johnny, se dirigen hacia nosotros en uno de los jeep y me apresuro en colocar la tapa encima de la caja para cubrir a Ryan.

– ¿Se puede saber qué diablos hacéis aquí parados? –pregunta Johnny mientras ambos salen del vehículo.
– Será mejor que no te acerques Nathan –dice Declan y Nathan entrecierra los ojos extrañado y después me mira.
– ¿Qué es lo que ocurre? –me pregunta, respiro profundo y niego con la cabeza.
– Lo siento mucho Nathan –digo colocándome ante él-, se trata de Ryan.

Nos mira uno a uno a los ojos, sé que puede ver la tristeza en nuestros rostros y por último mira la caja. Da un paso con la intención de dirigirse hasta ella, pero me interpongo en su camino.

– Nathan será mejor que no lo veas –digo, pero este me aparta suavemente y se dirige hacia la caja.
– Hazle caso Nathan –dice Declan-, no necesitas ver esto muchacho.

Nathan se detiene por un segundo pero finalmente continúa hasta llegar ante la caja, se agacha y la destapa con cuidado. Por un momento no se mueve hasta que respira profundo y se vuelve a poner en pie, despacio, cabizbajo niega con la cabeza, pero no dice ni una sola palabra. Sé que el dolor ahora mismo le quema por dentro, lo puedo sentir en la tensión de su cuerpo, en el reflejo de su mirada y esa sombra de angustia, rabia y dolor que se cierne sobre su rostro. Da media vuelta y vuelve al vehículo en el que había venido.

– Johnny ve con él, no le dejes solo –le pido y este asiente marchándose junto con Nathan en el mismo jeep en el que habían

venido.
– ¿Qué hacemos con él? –pregunta Ronan señalando la caja.
– Encárgate de que lo incineren y que le den un lugar en el columbario –respondo.

En cuando entramos de vuelta por las puertas del pazo, Johnny se acerca a mí bastante alarmado.

– Violeta tienes que venir ahora mismo –dice con urgencia-, Nathan parece haberse vuelto loco.
– ¿Dónde se encuentra? –pregunto.
– Dentro de la fábrica y no deja que nadie se acerque.

No pierdo el tiempo y corro todo lo deprisa que puedo hasta la fábrica, Johnny viene conmigo, pero decido entrar sola y le pido que se quede en la entrada mientras yo paso al interior. Doy unos pasos lentamente, enseguida veo a Nathan, ha perdido el control y está destrozando todo a su alrededor. Respira agitadamente mientras tira con fuerza al suelo alguna placa de metal, herramientas y rompe alguna estantería que él mismo ha estado reparando estos últimos días desde que se quemó la fabrica.
Doy unos cuantos pasos más, acercándome y le nombro.

– Nathan –digo suavemente y él se gira a mirarme, hay tanto dolor en sus ojos que me estremezco al verle en este estado.
– Violeta vete por favor –pide, pero no lo hago y me voy acercando poco a poco.
– Déjame que te ayude Nathan.
– ¡No me puedes ayudar, vete! –grita golpeando y volcando una mesa de metal.
– No voy a irme Nathan –digo firme-, recuerdas, eres mi refugio y yo soy el tuyo, esta vez seré yo quien te sostenga.
– Violeta –susurra negando con la cabeza y los ojos empañados en lágrimas-, no quiero que te acerques, al final te ocurrirá algo, todos los que me rodean mueren, deberías alejarte de mí –dice dejándose caer de rodillas.

Se le ve totalmente devastado, desesperado sin consuelo alguno. Me acerco colocándome de rodillas junto a él y acaricio su rostro, cierra los ojos con fuerza y respira profundo.

– No le dije nada Violeta –puedo sentir como el nudo de angustia aprieta su garganta al hablar-, Ryan intento ser amable, intento un acercamiento conmigo y no se lo permití.
– Pero le diste la oportunidad de hablar, de explicarse y estoy segura de que eso le dio paz Nathan.

Se lleva la mano al pecho como si no pudiera soportar el dolor que siente en estos momentos.

– Todos mueren –susurra-, no dejan de morir a mi alrededor, Enora, Henry, Ryan…

Se quiebra y cierra de nuevo los ojos con fuerza para tragar el llanto que le sobreviene.
No lo soporto, me está matando verle sufrir de este modo y sé que en parte es por mi culpa. Decido que ha llegado el momento, sé que me arriesgo a perderle, pero tengo que enfrentarme a la verdad.

– Enora está viva –digo en una exhalación.

Nathan me mira y tarda unos segundos en reaccionar hasta que un gesto de extrañeza e incredulidad se instala en su rostro.

– ¿De qué estás hablando Violeta? –pregunta.
– Enora no está muerta, ella vive en un lugar llamado la Comunidad del Sur.
– Pero el comandante Logan dijo que Connor la había matado –dice confuso.
– No fue así, Connor ni siquiera tocó a Enora.
– ¿Cómo lo sabes?
– Porque fui yo quien la trajo aquí después del intercambio con Logan.
– ¿Enora estuvo en esta comunidad? –pregunta sorprendido.

– Solo por una noche, al día siguiente ordené que la llevaran a la Comunidad del Sur.

Nathan cierra los puños con fuerza negando con la cabeza y se pone en pie, caminado de un lado a otro mientras puedo ver como mil preguntas le inundan la mente.

– ¿Todo este tiempo has sabido que Enora estaba viva? –pregunta como si todavía le costara creerlo.
– Sí, pero al principio no sabía que el hombre al que había ayudado a huir de aislamiento eras tú.
– ¿Y cuándo te diste cuenta?

Respiro profundo, siendo totalmente consciente que después de que responda a esa pregunta todo va a cambiar, pero le quiero, está sufriendo y no puedo mentirle por más tiempo.

– Fue el día que vino Logan y entonces tú me hablaste de ella –mi corazón se desgarra al ver de nuevo el dolor en su rostro y esta vez soy yo la causante de ese dolor.
– De eso ya hace más de cuatro meses Violeta –susurra- ¿Por qué?

¿Por qué? Una pregunta tan sencilla, pero tan complicada de contestar al mismo tiempo.

– ¿Por qué Violeta? ¿Por qué no has dicho nada hasta ahora? –dice inquieto.
– Yo… no quería que me dejaras y te fueras con ella.
– ¿¡Qué!? –dice elevando la voz- Pero de qué demonios estás hablando Violeta ¿Acaso no te he demostrado lo que siento por ti?
– Dijiste que estabas enamorado de ella Nathan, por eso no podía decírtelo.
– ¡Maldita sea Violeta! –vocifera-, sabias lo culpable que me sentía, pensaba que era totalmente responsable de su muerte, me viste roto de dolor y aún así no dijiste nada.
– Lo siento Nathan.

– ¿Que lo sientes? –dice irritado- Entiendo que escondieras que Connor era tu hermano, incluso que me ocultaras que Johnny era tu hijo pero esto, con esto no puedo.
– ¿Sigues enamorado de ella? –pregunto sin pensar demasiado.
– No puedo creerlo ¿En serio me estás haciendo esa pregunta?
– Te lo pregunté en su día Nathan –digo también elevando la voz-, te pregunté si seguías enamorado de ella y no me respondiste, he vivido con el miedo todo este tiempo sabiendo que en cuanto te lo dijera correrías para estar junto a ella.
– Escúchame bien Violeta –dice con firmeza acercándose a mí en un par de zancadas-, yo nunca te he mentido, siempre he sido sincero contigo, incluso con mi edad, aunque con ello me arriesgara a perderte. Es cierto que tenia sentimientos hacia Enora pero jamás y escucha bien lo que te digo Violeta, jamás sentí por ella lo que he llegado a sentir por ti y es una pena que no lo hayas sabido valorar porque ahora ya es tarde.
– ¿Qué quieres decir? ¿Te vas a marchar? –pregunto sabiendo ya la respuesta.
– Ahora mismo necesito pensar y no puedo hacerlo con claridad si continúo aquí escuchando una más de tus mentiras.

Se da media vuelta y se aleja, contengo el aliento cuando agarra el pomo de la puerta, por un instante se detiene, pero no se gira, quiero hablar, decir algo, detenerlo, pero la voz no me sale, solo pienso “no te vayas”. Finalmente sale de la fábrica dejándome sola con el silencio, estoy a punto de ir tras él, pero entiendo que ahora mismo necesita su tiempo, le he fallado, está dolido y no puedo hacer otra cosa que darle espacio y esperar.

CAPÍTULO 34

NATHAN

Llevo varios días conduciendo por el desierto, dirección Sur, el sol no perdona, es como una bola de fuego que cuelga inmóvil sobre mi cabeza. El parabrisas del jeep está cubierto de una fina capa de polvo rojizo, como la sangre seca. La arena lo cubre todo alrededor, incluso restos oxidados donde en un tiempo pasado fueron señales, casas o incluso esqueletos de lo que alguna vez fue civilización.
El motor ruge bajo mis pies mientras mi cabeza no para de dar vueltas, pensando en todo lo ocurrido con Violeta. Nunca pensé que llegaría el día en que tuviera que cuestionarlo todo. Cada palabra suya, cada gesto, cada mirada. ¿Cómo fue capaz de mentirme de esa manera?
No sé que duele más, la mentira en sí o descubrir que era tan sencillo para ella hacerlo. Que todo este tiempo, mientras yo apostaba por nosotros, ella jugaba a ocultar la verdad.

Una construcción solitaria que se alza en el horizonte llama mi atención, es un antiguo aeropuerto. La torre de control se mantiene en pie, oxidada pero firme, dominando el paisaje. Todo el perímetro rodeado por una alta valla de más de dos metros recubierto de espinos. No es solo una defensa, también una advertencia de que ahí dentro aún queda algo por lo que luchar, la Comunidad del Sur.
Una sirena suena desde lo alto de la torre, han detectado mi presencia, detengo el vehículo a pocos metros de la entrada y salgo

con los brazos en alto. Varios hombres con ropa táctica negra salen a mi encuentro, se acercan con cuchillo en mano gritando que me detenga.

– Tiene el tatuaje de la Comunidad del Castillo –anuncia uno de ellos.
– ¿Nathan? –dice otro de ellos colocándose frente a mí.
– Gordon –susurro al reconocer al muchacho que tiraba de las trenzas a Enora en la escuela.
– Joder, si es Nathan –dice otro hombre al que también reconozco, es Roy, el niño que se reía de mí el día que llegué al castillo y Enora me defendió.
– Tranquilos muchachos no hay peligro, es Nathan –informa Gordon a sus compañeros, los mismos compañeros que no hace mucho servían conmigo en el castillo.
– ¿Pero de dónde demonios sales amigo? –preguntan mientras uno a uno me saludan, me alegra ver que prácticamente está aquí toda mi unidad.
– ¿Lleváis mucho tiempo en este lugar? –pregunto.
– Desde que el castillo quedó destruido –responde Gordon.
– Ahora es Tore quien nos lidera –dice Roy–, él es quien ha levantado este lugar.
– ¿Tore está aquí? –pregunto sorprendido.
– Así es, te llevaré con él, se va alegrar mucho de verte.

Llegamos a la terminal, este lugar es enorme, pero se ve bien organizado y me alegra ver a familias y niños jugando por las zonas comunes.
Llegamos a una puerta de madera de doble hoja, Gordon la abre y me invita a entrar. Pasamos al interior de lo que es un enorme despacho donde predomina una gran mesa de madera maciza ante un ventanal que se extiende de suelo a techo. Enseguida reconozco a Tore sentado frente al escritorio, distraído mirando un mapa desplegado sobre la superficie.

– Buenos días comandante –saluda Gordon.

– Buenos días Gordon –responde sin levantar la vista- ¿Se puede saber por qué ha sonado la alarma?
– Un intruso señor y lo tiene delante.

Tore levanta la vista, me mira y apenas tarda un par de segundos en reaccionar.

– Nathan –dice con una gran sonrisa-, ven aquí hermano.

Tore se acerca a mí rápidamente y me abraza con entusiasmo, palmeando mi espalda y yo respondo del mismo modo mientras Gordon se despide y sale del despacho dejándonos solos.

– Por Dios Nathan ¿Pero de dónde sales?
– He estado viviendo los últimos seis meses en un lugar llamado el Pazo Veracruz.
– Lo conozco, tenemos una alianza con esa comunidad.
– ¿Y Enzo también se encuentra aquí contigo?
– No sé dónde está –dice con tristeza negando con la cabeza-, me encontraba solo cuando recuperé la consciencia después de aquellas malditas explosiones en el castillo.
– ¿Te duelen? –pregunto señalando las cicatrices en el lado izquierdo de su rostro y también las que asoman por el cuello y el antebrazo.
– Esa última explosión me causó lesiones en la parte izquierda de mi cuerpo, el hombro es el que me suele dar más problemas pero nada grave –dice restándole importancia-, pero dime ¿Qué has hecho durante todos estos meses?

Cuando voy a responder la puerta se abre de golpe, me giro y veo a Enora en el umbral, que me mira con emoción y sus ojos comienzan a llenarse de lágrimas cuando se acerca para abrazarme.

– Nathan, gracias a Dios que estás bien –susurra y respondo a su abrazo, rodeándola fuertemente con mis brazos, en ese momento puedo notar como su cuerpo ha cambiado, la separo de mí para mirarla bien y entonces veo su gran barriga.
– ¿Estás embarazada? –pregunto sorprendido y ella asiente.

– No falta mucho para que nazca –dice con media sonrisa acariciando su redonda barriga con una mano.
– ¿Es de él? –pregunto y Enora asiente, sabe perfectamente a quién me refiero, al comandante Logan.

Puedo ver la angustia en sus ojos, decido no insistir con el tema, aunque sé por experiencia que el pasado siempre vuelve y ese bebé algún día querrá saber quién es su padre.

– Como me alegro que podamos estar juntos de nuevo –dice Tore acercándose a nosotros-, solo espero poder encontrar a Enzo y Zendaya muy pronto.
– Con Zendaya me reencontré hace unos meses –digo y Enora abre mucho los ojos.
– ¿Está en tu comunidad? –pregunta con impaciencia y niego con la cabeza.
– Está en una comunidad llamada La Granja.
– Eso es imposible –dice Tore-, el reverendo Owen no deja entrar mujeres en su comunidad, solo viven hombres allí.
– ¿Se encontraba bien? –pregunta Enora con preocupación.
– Sí, estaba bien, de hecho se le veía fuerte y saludable, la quise esconder entre la carga del camión, pero se negó y quiso quedarse en esa comunidad.
– ¿Por qué? –pregunta Tore.
– No lo sé, solo dijo que tenía que esperar.
– ¿Esperar?
– Sí, fue lo único que le dio tiempo a decir antes de esconderse en un granero que había junto a nosotros.
– Deberíamos ir a buscarla –dice Enora.
– No podemos hacer eso –dice Tore.
– ¿Por qué no? –pregunto.
– Porque ese lugar, La Granja, fue destruido hace un par de semanas y no queda nada ni nadie allí –responde Tore.
– ¿Estás seguro de lo que dices? –pregunto.
– Sí, la destruyeron los vikingos, pertenecen a la Comunidad del Norte con los que también mantengo una alianza.

– ¿Crees que Zendaya pueda estar ahora en el Norte? –pregunta Enora.
– No lo sé, trataré de averiguarlo.
– De algo te tiene que servir haberte casado con una de ellos – dice Enora sorprendiéndome.
– ¿¡Qué te has casado!? –digo inevitablemente elevando la voz por la sorpresa.
– Tan solo es como un acuerdo –dice Tore encogiéndose de hombros-, ni siquiera se ha consumado el matrimonio, es más, creo que ella me odia.
– Aún así, no puedo creer que te hayas casado Tore –digo todavía sin dar crédito-, pero si en el castillo tu bragueta parecía tener vida propia, eras incapaz de mantenerla encerrada dentro de tus pantalones.
– Que puedo decir, tenía mucho amor que dar –dice de forma divertida.

Tore comienza a reír en una carcajada ronca y contagiosa. Enora le sigue con una sonrisa genuina y yo me uno a ellos. Por un momento, en ese instante en que los tres reímos, siento como si no hubiera pasado el tiempo, como si las cicatrices que llevamos en el cuerpo y en alma no dolieran, como si por un momento estuviéramos de vuelta en el hogar donde crecimos, donde compartimos historias desde niños. La risa nos sacude por dentro, recordándonos que aún estamos vivos, que incluso en medio de tanta pérdida, hay cosas que no mueren, la hermandad, la amistad y esa complicidad que nos une sin necesidad de palabras.

CAPÍTULO 35

VIOLETA

No puedo soportar su ausencia, tanto es así que a los pocos días de su marcha decidí ir en su busca, Declan no dejó que me marchara sola así que aquí estamos recorriendo el árido desierto llegando a la Comunidad del Sur.
Mi objetivo es intentar por todos los medios que me perdone y le dé una segunda oportunidad a lo nuestro. Duele demasiado pensar que le he perdido y que ya no confía en mí.

Declan va al volante mientras el sol cae a plomo sobre el parabrisas, difuminando el horizonte en una línea temblorosa de arena y calor cuando nos encontramos a pocos kilómetros de la Comunidad del Sur. No lo veo venir cuando algo impacta en nuestro vehículo y lo hace volcar dando varias vueltas sobre el terreno.
Creo que por unos segundos he perdido el conocimiento, un zumbido agudo me perfora los oídos, todo está borroso y me siento desorientada. No sé bien que es lo que ha ocurrido, sacudo mi cabeza para despejarla mientras me encuentro boca abajo dentro del vehículo.

– ¿Declan? –mi voz suena lejana.
Miro a Declan, está inconsciente, apoyado contra el volante. Me cuesta moverme dentro del habitáculo y siento como la sangre gotea desde mi cabeza.

– Declan –repito más fuerte– ¿Estás conmigo?
No responde, debo ayudarle, me muevo sintiendo el cuerpo dolorido, no obstante, consigo salir aunque con bastante dificultad, debo tratar de sacar a Declan, me pongo en pie y entonces oigo una voz a mi espalda que me hiela la sangre.

– Hola patrona –dice con ese tono despiadado que tanto le caracteriza- me alegro de verte.

NATHAN

Paseo con Enora al atardecer por lo que una vez fue una pista de aterrizaje.

– ¿Tienes pensado volver a La Fortaleza? – pregunto y ella niega con la cabeza –Enora, Logan cree que estás muerta.
– Quizás sea mejor así –murmura.
– ¿Qué fue lo que ocurrió cuando me liberaste de aislamiento?
– Que importa eso ahora Nathan, ahora estoy aquí y soy feliz y este bebé nacerá libre, eso es lo único que importa.
– Ese bebé querrá saber algún día quién es su padre.
– Ya me enfrentaré a eso cuando llegue el momento –susurra con pena.
– No te pongas triste –digo pasando cariñosamente un brazo por sus hombros mientras seguimos paseando–, tengo algo para ti –digo y me paro frente a ella.

Saco de mi bolsillo la brújula de su padre, la que me entregó cuando me ayudó a escapar.

– ¡La has conservado todo este tiempo!–dice con una pequeña sonrisa que ilumina su rostro.

Continuamos caminando en silencio durante un buen rato, mientras recuerdos de Violeta me abordan, es lo único que ocupa mi mente desde que me marché del Pazo Veracruz y por más que lo pienso todavía no puedo creer que me mintiera de esa manera.

– ¿Se puede saber dónde estás? –pregunta Enora sacándome de mis pensamientos.
– ¿Qué decías? –digo girándome hacia ella.
– ¿Qué es lo que te ocurre? No pareces el mismo, estás… diferente.
– Todos hemos cambiado –digo encogiéndome de hombros.
– Le estás dando demasiadas vueltas Nathan, ella te quiere y tú a ella ¿Qué problema hay?
– Me ocultó que estabas viva Enora.
– Pero acabó contándotelo ¿No es así?
– ¿De parte de quién estás? –pregunto frustrado.
– De tu parte Nathan, pero creo que te estás equivocando.
– ¿Qué quieres decir?
– Quiero decir que jamás te había visto así Nathan, cuando hablas de Violeta y de todo lo que ocurrió desde que os conocisteis en aquella cueva tus ojos se iluminan, brillan como nunca antes.
– La quiero más que a mi propia vida, todavía no entiendo cómo fue capaz de mentirme de esa manera.
– Sí, cometió un error Nathan, solo uno, pero también te entregó momentos maravillosos.
– No entiendo por qué la defiendes tanto.
– Porque creo que no te has dado cuenta de lo realmente importante y no es si ella te ocultó si yo estaba viva o muerta.
– ¿Y según tú que es lo importante?
– Que ella me salvó la vida Nathan –dice mirando directamente a los ojos-, no permitió que esos malditos piratas me violaran y me protegió enfrentándose a su hermano sin ni siquiera conocerme de nada.

Me quedo en silencio repasando una por una las palabras de Enora en mi cabeza.

– Nathan, a veces el amor nos hace ser irracionales, en nosotros está el saber perdonar y seguir adelante.

En ese mismo momento siento como mi corazón se acelera, se libera del peso que yo mismo le había impuesto, dándome cuenta de que Violeta es todo lo que quiero en mi vida, que solucionaremos juntos cada error que cometamos, porque amar no es prometer que nunca fallaremos, es prometer que cuando lo hagamos siempre nos apoyaremos.

– Tienes razón Enora –susurro.
– ¿Y qué tienes pensado hacer? –la miro y sonrió.
– Volver con mi mujer –y ella me devuelve la sonrisa asintiendo con la cabeza.

La decisión está tomada, no es que olvide lo que hizo, pero la quiero y prefiero equivocarme a su lado que tener razón lejos de ella. Me ha dado mucho más que un simple error, me dio un hogar, me dio amor, fuerza y esperanza. A veces pienso que sin ella yo no sería quién soy ahora, la quiero y hace tiempo que no concibo una vida sin ella.

Cuando estoy a punto de marcharme para volver al Pazo Veracruz los centinelas dan la voz de alarma desde la torre de control, han divisado a pocos kilómetros como los piratas atacaban un jeep de la Comunidad el Pazo Veracruz y me temo que sea Violeta quién se encuentre en el.
No tardo en dirigirme hacia allí, acompañado por Tore junto con gran parte de sus hombres repartidos en varios vehículos.
Nada más vernos llegar los piratas se colocan en posición ofensiva, el jeep al que reconozco de inmediato está volcado y ella, Violeta, se encuentra junto a este con las manos en alto, mientras Arturo Cortés, a un par de metros de ella, le apunta con un arma de fuego.

– ¡Violeta! –grito nada más bajar del vehículo mientras corro hacia ella.

– ¡Quieto! –brama Arturo- O le meto una bala en la cabeza

Me detengo en seco al ver como amartilla el arma con intención de disparar a Violeta.

– Es a mí a quién quieres Arturo –digo tratando de desviar su atención hacia mí- fui yo quien robó el camión con los explosivos y quien avisó al Pazo Veracruz de vuestros planes de ataque…
– No sigas Nathan –dice Violeta interrumpiéndome, pero continúo, quiero que Arturo centre toda su atención en mí para que Violeta tenga la posibilidad de escapar.
– Yo soy sobrino de Ryan, él te traicionó para ayudarme a recuperar los explosivos.
– Nathan, el sobrino de Ryan –susurra Arturo de forma pensativa-, ya decía yo que me sonaba tu cara, eres el mocoso que disparó a su madre.

Cierro los puños con fuerza al escucharle mientras asiento con la cabeza, no quiero hacer otra cosa que matar a este maldito miserable, pero mi prioridad ahora mismo es poner a salvo a Violeta.

– No me lo puedo creer muchacho, esto va a ser muy divertido –dice con una sonora carcajada- ¿La recuerdas? –dice mostrando el arma en alto.

La tensión se palpa en el ambiente, Tore se mantiene a mi lado, sus hombres preparados y bien armados a nuestras espaldas, los piratas quieren sangre, a duras penas se retiene en el sitio junto a Arturo.

– Vamos a jugar a un juego muchacho –dice con su asquerosa sonrisa-, me queda tan solo una bala y vas a elegir a quién salvar.

Mueve el arma en un balanceo apuntando primero a Violeta y después a Tore varias veces, a uno y a otro.

– Dime muchacho, ¿Para quién será hoy su último día, Violeta o tu amigo?
– ¡Basta Arturo! –grito- No jugaré a tu puto juego, déjales marchar y haz conmigo lo que quieras.

– ¿Por qué iba hacer eso si me puedo divertir con los tres? –dice sin parar de sonreír- Ahora elige ¿Violeta o tu amigo?
– ¡Maldito hijo de puta! –bramo- Juro que te mataré.

Arturo ríe a carcajada mientras continúa moviendo a un lado y a otro el arma, apuntando a Violeta y a Tore

– ¡Vamos dispárame! –grito dando un paso al frente- No es lo que quieres ¡Dispárame a mí joder!
– ¡Nathan no! –grita Violeta.

No paro de gritar que dispare con la intención de distraerle mientras voy acercándome poco a poco a la vez que trato de proteger a Violeta con mi cuerpo.

– ¡Vamos Arturo, vamos aquí estoy! –un paso- ¡Vamos dispara, dispara joder! –otro paso.
– Quieto muchacho –ordena.
– ¡Aquí estoy! ¿No quieres disparar? ¡Dispara de una puta vez!

Estoy muy cerca, un par de pasos más y podría abalanzarme sobre él, entonces lo veo, veo esa oscuridad en su mirada y el momento exacto en que sé, que va apretar el gatillo.

– Cuando llegues al infierno saluda al bastardo de Ryan de mi parte –dice y cierro los ojos con fuerza preparándome para el impacto de bala en mi cuerpo y por unos segundos lo único que oye es el ruido atronador del revólver al ser disparado.

CAPÍTULO 36

NATHAN

Continúo en pie, no me ha alcanzado, abro los ojos y los hombres de Tore arremeten contra los piratas en una lucha donde no hay lugar para la piedad.
Mi corazón se detiene cuando miro a mis pies y el cuerpo de Violeta está tendido en el suelo ante mí. Me agacho rápidamente, la giro hacia mí y enseguida veo la gran mancha de sangre en su pecho. Ha debido colocarse delante de mí justo cuando Arturo ha disparado.

– Violeta mírame –digo apresuradamente-, por favor Violeta, mírame.

Hace lo que le pido mientras respira agitadamente, como si le costara retener el aire en sus pulmones, hay mucha sangre y mientras que con un brazo la sostengo con la otra mano aprieto con fuerza la herida para tratar de frenar la hemorragia en medio de este caos donde los hombres gritan, luchan y el sonido del metal resuena por todas partes, pero toda mi atención está puesta en ella, en la mujer que amo.

– Nathan –dice entrecortadamente.
– Lo sé nena, lo sé tranquila.
– Duele, no puedo respirar.
– No no, respira, vamos nena respira.
– Lo siento mucho Nathan –dice con la respiración cada vez más irregular.

– No hables ahora nena.
– Te quiero –sonríe-, te quiero tanto.
– Yo también nena, por favor sigue respirando.

Se refleja un gesto de dolor en su rostro, cierra los ojos con fuerza y su respiración se acelera aún más.

– ¡Tore ayúdame!¡Tore! –grito mientras la cojo en brazos y me dirijo hacia uno de los vehículos, enseguida me doy cuenta de que Tore se encuentra a mi lado, abre la puerta trasera para darme paso y se coloca al volante.
– ¿Cómo está? –pregunta Tore mirándome por el espejo retrovisor.
– Grave, debemos llegar cuanto antes.

Acelera el vehículo mientras mantengo a Violeta en mi regazo.

– Respira conmigo Violeta, concéntrate en mi respiración –digo llevándome una de sus manos a mi pecho-, como cuando estábamos en la cueva ¿Te acuerdas?.

Me mira por unos instantes pero enseguida vuelve a cerrar los ojos.

– Mírame, no, no por favor no cierres los ojos, solo mírame y respira.

Hace lo que le pido, pero en pocos segundos su respiración se va apagando y por un momento parece como si dejara de verme.

– Johnny –susurra apenas inaudible y cierra los ojos.

Estoy en la sala de espera caminado de un lado a otro con desesperación, no sé cuánto tiempo lleva Enora en quirófano el cual se me está haciendo eterno, no puedo perderla a ella, a Violeta no.

– ¿Declan como diablos has dejado que viniera? –le recrimino mientras Dévani, la mujer de Tore, le cura una brecha en la cabeza.
– No tenia opción Nathan, sabes lo terca que puede llegar a ser, incluso estaba dispuesta a venir ella sola.

– ¡Joder! –vocifero- Nada de esto tenía que haber ocurrido.
– Nathan tranquilízate –dice Tore acercándose a mí-, Enora está con ella y hará todo lo posible por salvarla.
– ¿Y Arturo Cortés? –inquiero.
– Ha huido nada más disparar.
– Maldita rata –digo entre dientes- ¿Ha habido bajas entre tus hombres?
– No, solo heridos, ellos no han tenido tanta suerte, la mitad de los piratas que venían con Arturo han muerto.

Niego con la cabeza mientras cierro los puños con fuerza al recordar la última conversación que mantuve con Violeta. Necesito hablar con ella, decirle todo lo que siento, que nunca he dejado de amarla, que la necesito en mi vida.
Contengo la respiración cuando veo a Enora salir de la sala de quirófano, me mira con tristeza y niega con la cabeza.

– Enora por favor dime que se pondrá bien –digo apenas sin aliento.
– Lo siento Nathan he hecho todo lo que he podido, pero ha resultado muy complicado, la bala ha desgarrado partes importantes del tórax y ha perdido mucha sangre.
– ¿Qué estás queriendo decir Enora? –pregunto con miedo a saber la respuesta.
– Lo lamento mucho Nathan, pero Violeta no creo que pase de esta noche, es cuestión de horas o quizás minutos que deje de…
– No sigas -digo interrumpiéndola-, quiero verla.

Enora asiente y me acompaña dentro de la sala de quirófano, Violeta está tumbada en una camilla, me acerco, no se mueve, apenas si parece que respire, acaricio su rostro, esta fría y pálida.

– ¿Puede oírme? –pregunto.
– No estoy segura, pero si tienes algo que decir este es el momento –dice con tristeza-, te daré un momento para que puedas despedirte.

Enora sale de la sala dejándome a solas con Violeta, la miro, toda esa fortaleza que siempre le acompaña ha desaparecido por completo.

– Violeta por favor abre los ojos.

Mi corazón sangra de dolor al darme cuenta de que ya no volveré a ver su increíble mirada gris plata.

– Por favor Violeta, no estoy listo para perderte, por favor te lo suplico –digo en un sollozo ahogado-. No puedo decirte adiós Violeta, porque eso suena a final y tú… tú no puedes ser un final para mí, lo nuestro es un para siempre sin final ¿Lo recuerdas?

Agarro su mano fría como el hielo y la beso suavemente mientras trato de no derrumbarme.

– Nunca te lo he dicho, pero cuando te agarré en la parte trasera de aquel coche que conducían los piratas y me miraste tan solo por unos segundos, lo supe, supe que era tuyo y que ya estaba perdido sin ti.

La miro, no se mueve, apenas respira y un dolor perfora mi pecho como si me atravesaran con una barra de hierro candente.

– Quiero volver a llevarte a aquella cueva donde nos conocimos, quiero volver a verte bajo la lluvia y mirarte mientras ríes, sentados frente a la hoguera, quiero una vida contigo Violeta.

Me abrazo a ella y rompo en llanto, no puedo creer que ya no vaya a estar en mi vida,
El dolor se va mezclando con la rabia y la impotencia de no poder evitar perderla.

– Maldita sea Violeta, por qué te has tenido que poner delante de esa bala –respiro profundo, pero este maldito dolor no se apaga.

La culpa me ahoga, nada de esto habría pasado si hubiera acabado con el maldito Arturo Cortés. Eso es lo que tengo que hacer, ir a por

ese maldito bastardo, me lo ha arrebatado todo, ya no me queda nada y no pararé hasta acabar con su miserable vida.
Deposito un suave beso en el rostro de Violeta y apoyo mi frente contra la suya.

– Te quiero Violeta –susurro-, siempre serás mi refugio.

Me niego a despedirme, a quedarme aquí a ver como su vida se extingue mientras el dolor amenaza con destruirme. Me separo de ella y salgo de la sala de quirófano con paso firme, dispuesto a irme y cumplir mi venganza.

– ¿A dónde vas Nathan? –pregunta Enora.

No respondo, camino con determinación, decidido a cumplir mi objetivo.

– Espera Nathan –dice Tore agarrándome del brazo y le lanzo un puñetazo directo a la mandíbula que le hace tambalearse.
– No trates de detenerme Tore –advierto.
– Creo que sería mejor que te quedaras Nathan –dice acercándose nuevamente a mí, pero esta vez sin agarrarme.
– No voy a quedarme viendo como mi mujer se muere –digo con una mezcla de dolor y rabia.
– De acuerdo hermano –dice echándose a un lado.

Tore agarra a Enora para que no se me acerque y asiente con la cabeza, sé que él entiende que necesito hacer esto. Que necesito vengarme y será lo último que haga antes de dejar que el infierno me arrastre.

CAPÍTULO 37

NATHAN

Un año más tarde

Arranco el trozo de piel muy lentamente mientras el maldito pirata al que estoy torturando grita de dolor. Es a lo único que me he dedicado este último año en la Comunidad Pirata, a emborracharme para olvidar y a torturar piratas.
Me he estado ocultando entre las sombras, acechando a Cortés, cada vez me he ido acercando más a él. Empecé a infiltrarme poco a poco, descuartizando piratas de menor rango, hasta llegar a su círculo de confianza. Ya he perdido la cuenta de los cadáveres que llevo a mis espaldas, cuando acabe con el maldito bastardo que tengo delante, acabaré con Cortés. Está escondido y atrincherado tras esas puertas de roble macizo, escuchando los alaridos del último hombre que le queda.

– ¡Yo no sé nada joder! –grita de dolor el inútil que tengo delante.
– ¿Acaso te he preguntado? –digo haciendo otra incisión en la piel de su rostro y tiro despellejando su mejilla izquierda.
– ¡Aaaaaah! ¡Por favor basta! –suplica.
– Ya me estoy aburriendo contigo –digo con tranquilidad, incorporándome y poniéndome en pie.

El detestable pirata continúa postrado en el suelo, gimoteando como un maldito crío.

– ¿Escuchas a tu hombre Arturo? –pregunto en voz alta, sé perfectamente que puede oír todo lo que aquí ocurre, desde el otro lado de la puerta.

Piso con fuerza el brazo del pirata que continúa en el suelo hasta oír un chasquido, este se retuerce entre ruegos y gritos de dolor. Decido acabar con él de una vez, agarro su pelo en un puño, tiro de la cabeza hacia atrás y rebano su cuello de forma limpia y quirúrgica con mi cuchillo. El pobre infeliz no tarda en desangrarse y ahogarse con su propia sangre antes de morir.

– Voy a por ti Arturo –canturreo en voz alta.

Ya no queda lugar donde esconderse y quiero que sea consciente, que lo sienta, que el miedo le inunde como el cobarde que es, que sepa que hoy el cazador se convierte en presa.
Hace años que espero este instante, cada maldito día alimentando mi mente con este pensamiento y en cómo sería su final.
Agarro el pomo de la puerta que está frío como mi alma, pero este no cede, qué iluso, se cree que una cerradura puede detenerme.
Retrocedo un paso y miro esa madera como un obstáculo insignificante, cargo el peso sobre el talón derecho, respiro hondo… y embisto con el hombro.
La cerradura cede con un chirrido metálico, la puerta se abre de golpe contra la pared y el impacto retumba como un disparo en el silencio absoluto.
Una flecha impacta en mi abdomen, pero eso no me detiene, me acerco con paso firme mientras Arturo intenta recargar la ballesta tras su mesa de despacho. No le doy tiempo, lo golpeo en el rostro y cae abruptamente al suelo de un solo puñetazo. Su respiración se acelera, el sudor recorre su frente y sus ojos siempre con esa mirada despiadada y arrogante han cambiado y ahora puedo ver el terror en ellos.
Arranco de un tirón la flecha clavada en mi abdomen, no es la única herida en mi cuerpo que sangra, mi físico lleno de cicatrices son trazos torcidos de varias batallas, algunas casi arrancaron mi vida y

siento como tiran al moverme, como queman al respirar, pero son justo lo que me han hecho más fuerte, más resistente.

– Es tu fin Arturo –digo con una frialdad calculada.
– Dime que es lo quieres, poder, mujeres, armas…–dice en un desesperado y ridículo intento por salvar la vida-, puedo darte lo que me pidas.
– ¿Puedes devolverme a mi madre, a mi tío Ryan o a la mujer que tanto he amado?

Mis ojos se clavan en los suyos y avanzo hacia él, mueve la boca, pero no dice nada, se arrastra en el suelo hacia atrás hasta que la pared a su espalda no le deja continuar.
Me pongo frente a él y le clavo en el hombro el cuchillo que llevo entre mis manos mientras grita de dolor y lo hundo hasta llegar al hueso.

– ¡Aaaaah! ¡Pero qué demonios quieres de mí! –grita.
– Que sufras –digo con voz baja, rasgada y cargada de todo el odio que siento por él.

Me agacho, lo agarro de la camisa, lo levanto bruscamente y su cuerpo se sacude como un trapo viejo mientras lo estrello contra la pared con toda la fuerza que me queda.

– ¡Mírame! –escupo con la voz encendida de furia y dolor-, no te atrevas a cerrar los ojos.

Lo sujeto con más fuerza, rodeando su cuello con mis manos, sintiendo como su tráquea se cierra.

– Te creías intocable, creías que no iba a llegar este momento.

El intenta decir algo, pero no le doy tiempo y aprieto más fuerte, acercando mi cara a la suya para que escuche bien mis últimas palabras.

– Todo lo que destruiste… todo lo que arrancaste de mí… hoy te vuelve Arturo. Vas a morir y esta maldita comunidad desaparecerá

contigo.

Hoy todo se acaba y quiero que lo sepa, que lo sufra mientras veo como la vida escapa de sus ojos, su respiración es corta, quebrada y su cuerpo comienza a convulsionar por la falta de aire, no obstante me mantengo, sin ejercer más presión, quiero que sea lento y poco a poco, sus ojos se quedan vacíos de vida y deja de respirar.
Abro mis manos y su cuerpo se desmorona hasta el suelo, sin resto de vida, obteniendo así mi ansiada venganza. En ese mismo momento, siento como si una cadena invisible que me ata al pasado se hubiera roto, liberándome de la culpa y mi infierno personal.

NATHAN

Una semana después.

Caigo de rodillas frente a la entrada de la cueva, con la respiración entrecortada y la vista nublada, soy consciente de que algunas de mis heridas son graves, el dolor me consume y cada respiración se vuelve un desafío. No obstante, no puedo evitar sonreír, la cueva me recibe como si hubiera estado esperando mi regreso.
Consigo ponerme en pie de nuevo y me adentro en ella. En su interior la oscuridad es profunda y silenciosa, pero según avanzo el entorno se vuelve más familiar.
Me dejo caer apoyando la espalda en la pared, en el mismo lugar donde hicimos el amor por primera vez. Cierro los ojos y en mi mente me veo otra vez con ella, casi puedo sentir la suavidad de su piel, el calor de su cuerpo contra el mío y ese olor dulce a vainilla. Su presencia sigue viva en mí y tan real como el primer día que nos encontramos en este lugar.

– Violeta –susurro.

Hace ya un año que no pronunciaba su nombre, me recuesto y respiro hondo mientras el frío me envuelve. Daría lo que fuera por oír su risa una vez más, por escuchar su voz.

Cierro los ojos, pero solo hay silencio, como cuando nos quedábamos sin palabras, mirándonos, entendiendo que no teníamos que decir nada más.
La sangre fluye lenta, sé que no me queda mucho, pero no me duele morir, me duele haber seguido respirando en un mundo en el que ella ya no está, sin embargo, algo dentro de mi me dice que al final, cuando este cuerpo se apague ella estará ahí y si existe un lugar donde el alma viaja al morir, que sea aquí, que sea esta cueva con ella.

– Estoy listo Violeta, estoy volviendo a ti.

CAPÍTULO 38

VIOLETA

Me despierto cada mañana con la misma pregunta en mi garganta ahogada por el miedo de saber la respuesta "¿Está vivo?".
Después de varias semanas en coma desperté en la Comunidad del Sur, logré recuperarme de mis heridas, pero él ya no estaba, se marchó creyendo que estaba muerta y nadie sabe nada de él.
Infiltré a uno de mis hombres en la Comunidad Pirata, pero no hay nadie con su nombre "Nathan", no hay rastro de él, cómo si se lo hubiera tragado la tierra.
He volcado todos mis esfuerzos, he dedicado cada momento de este último año en dar con él y cada segundo que paso sin saber de él es una puñalada lenta, como un peso invisible que me aplasta el pecho.

Como cada semana, me encuentro frente a la cueva donde nos conocimos, no sé por qué lo hago, no sé por qué sigo viniendo, puede que sea porque aquí comenzó todo, o quizás porque me sienta más cerca de él cada vez que vengo, o seguramente sea porque mantengo la absurda esperanza de que algún día aparezca en este lugar que fue tan nuestro.
Declan me espera en el vehículo como de costumbre, mientras yo me adentro en la oscuridad de cueva. Me detengo donde Nathan improvisó un lecho con un manto de hojas secas para que descansara, ahora ya no queda nada. Mis dedos rozan las paredes,

buscando algo… no sé el qué, tal vez solo necesito tocar algo que él también tocó.

– Te hecho tanto de menos Nathan –susurro con la voz quebrada.

Doy unos pasos más, totalmente rota de dolor, quiero gritar que vuelva, que vuelva y regrese a mí sano y salvo.

– ¡Maldita sea Nathan! –grito dejándome caer de rodillas, desbordada por el llanto- Me lo prometiste Nathan, me prometiste que no habría finales para nosotros.

No sé por cuánto tiempo dejo que las lágrimas salgan recorriendo mis mejillas, intentando que borren todo este dolor que tanto me ahoga mientras continúo de rodillas en el frío suelo, pero es inútil nunca lo consigo, respiro profundo y me pongo en pie dispuesta a marcharme.
El sentimiento de vacío me acompaña cuando estoy a punto de salir de la cueva, pero entonces lo oigo, como un ligero quejido, rasgado, apenas inaudible y me detengo en seco.

– ¿Quién anda ahí? –pregunto desenfundando mi cuchillo.

El silencio me responde por un segundo, un segundo eterno, pero entonces vuelvo a oírlo, otro quejido, muy leve, pero real.
Me acerco lentamente, con cautela, la oscuridad rodea la figura de un hombre sentado en el suelo, cabizbajo, con la espalda apoyada en la pared. Doy unos cuantos pasos más, su ropa está rasgada y tiene varias heridas en su cuerpo que sangran bastante.
Me acuclillo frente a él para quedar a su altura, entonces lo veo tras esa espesa barba, el cabello largo y enmarañado,… ¡Es él!
Las cicatrices marcadas con brutalidad parecen haber cambiado su rostro, cruzan desde su sien derecha hasta el pómulo, cerca de la ceja izquierda una línea retorcida y mal cerrada, como si hubiera curado sin ayuda. Sobre su labio inferior, una marca más antigua, se extiende en diagonal hasta la mandíbula. Su cuerpo parece un campo de batalla, la violencia está marcada en trazos profundos que no dejan de sangrar. Está casi irreconocible, pero es él, está aquí

ante mis ojos y siento como mi corazón reacciona antes que mi mente, bombeando con tanta fuerza que apenas soy capaz de soportar.

– Nathan –susurro acariciando su rostro–, Nathan despierta.

Su piel esta fría y pálida, su respiración débil, casi imperceptible, no responde, sus ojos cerrados y esa expresión extrañamente serena en su rostro, pero no de paz… sino de derrota, como si se hubiera abandonado a morir.
Un nudo me ahoga la garganta, pero así y todo consigo alzar la voz en un alarido desgarrador.

– ¡Declan! –grito con todo el aire que queda en mis pulmones– ¡Ayúdame! ¡Declan necesito ayuda!

No tardo en escuchar los pasos rápidos y pesados de Declan adentrándose en la cueva.

– ¡Declan aquí! –grito de nuevo más alto, pero también más rota- ¡Se está muriendo!– Declan corre hacia nosotros y cae de rodillas junto a Nathan.
– ¿Todavía respira? –pregunta y asiento con la cabeza.
– No reacciona y está sangrando mucho.
– Vamos a sacarlo de aquí –dice firme y con un solo movimiento se lo acomoda con cuidado sobre sus hombros y se pone en pie.

Volvemos a casa y mientras el vehículo avanza a toda velocidad, tan solo soy capaz de pensar en que no sea demasiado tarde, en que la vida no me lo arrebate de nuevo y nos dé otra oportunidad de volver a estar juntos.

NATHAN

No puedo abrir los ojos, tampoco puedo moverme, pero siento como el agua caliente envuelve mi cuerpo limpiando mis heridas. Unas manos suaves me tocan, se mueven con cuidado sobre mi cuerpo,

sus dedos se deslizan por mis hombros, mi rostro y me dejo llevar por la paz que me transmiten. Todo es confuso, ni siquiera sé dónde me encuentro, quiero hablar pero no lo consigo. Trato de recordar, pero tan solo vienen a mí pensamientos vacíos y luego la oscuridad.

Estoy tumbado, creo que sobre una cama, acarician mi rostro con suavidad y un olor dulce a vainilla inunda mis fosas nasales, reconozco ese olor, "Violeta", ha venido a llevarme con ella, pero el dolor en mi cuerpo me confirma que continúo con vida.

– Nathan –susurra.

Es su voz, la reconocería entre un millón de voces, está aquí conmigo, todo es tan confuso, trato de moverme, de abrir los ojos, pero me resulta imposible y otra vez la oscuridad me envuelve.

Vuelvo sintiendo su mano agarrando la mía, la reconozco sin verla, sé que es ella, Violeta y mi sentido del oído se activa.

– Declan ayúdame a incorporarlo –pide.

Unas manos grandes y fuertes me mueven, mi cuerpo entumecido se resiente, las cicatrices tiran en mi piel, pero aguanto el dolor.

– Inténtalo Nathan, debes alimentarte –dice suavemente mientras siento como acerca un cuenco a mis labios y trago la sopa en pequeños tragos, apagando mi sed-. Eso es Nathan, solo un poco más.

Con un esfuerzo titánico hago lo que me pide y trago la sopa hasta que vuelven a recostarme en la cama, sin entender muy bien todavía donde me encuentro y por qué Violeta parece tan real, tan viva y con ese pensamiento me vuelvo a desvanecerme.

Abro los ojos, mi vista nublada no reconoce el lugar, continúo tumbado en la cama y lo único que consigo divisar son sombras a mi alrededor. No sé si es mi imaginación cuando escucho su risa, la misma risa que tantas veces me hizo olvidar el mundo y llena mi

pecho de esperanza, como si algo que creí perdido dentro de mí respondiera a su risa.
Hay alguien más con ella, creo que es Elena, ríen y hablan animadamente, pero hay algo más, percibo otro sonido… el de un bebé, entonces recuerdo que Elena estaba embarazada de Kai cuando me marché.
La risa de Violeta parece alejarse, ya no la escucho con claridad y una vez más la oscuridad me envuelve.

Parpadeo varias veces antes de abrir los ojos, la imagen es algo borrosa pero poco a poco se va volviendo más nítida, no tardo en darme cuenta de dónde me encuentro, es la habitación de Violeta, me incorporo en la cama con algo de dificultad y apoyo la espalda en el cabecero, mi cuerpo está entumecido, pero el dolor ya no es tan intenso.
Miro a mi alrededor y creo estar soñando cuando la veo sentada frente a la barra de desayuno, se ve tan real.

– Violeta –exhalo en un susurro rasgado y ella gira la cabeza a la velocidad de un látigo en mi dirección.
– Nathan –responde acercándose con rapidez.

Se sienta en el borde de la cama y siento como sus manos tiemblan al tocarme, acarician mi rostro mientras me mira con esos ojos gris plata que tanto he echado de menos. Alzo la mano para tocarla con miedo a que desaparezca si lo hago, pero es ella misma quien coge mi mano y la coloca en su rostro, cerrando los ojos con fuerza al sentir mi tacto.

– ¿Eres real? –me atrevo a preguntar y Violeta vuelve a mirarme a los ojos asintiendo con la cabeza.
– Conseguí recuperarme de mis heridas, pero cuando desperté en la Comunidad del Sur ya no estabas.
– Creí que habías muerto –mi voz apenas un susurro.
– Lo sé –dice con voz temblorosa y se abraza a mí.
– Tranquila –susurro cuando siento su cuerpo estremecerse entre mis brazos.

– He pasado mucho miedo Nathan –susurra pegada a mi pecho-, llevas días inconsciente y creí que no… –no es capaz de terminar la frase totalmente angustiada y la estrecho aún más entre mis brazos.

No sé cuánto tiempo pasamos así pero quiero que sea eterno, no quiero dejar de sentir su dulce aroma y la calidez de su cuerpo, no hace falta decir más, solo ella me ancla a este mundo y pienso luchar por recuperar lo que teníamos, por lo que éramos, por cada segundo perdido.

– Necesito enseñarte algo –dice separándose de mí.

Se levanta y camina hasta lo que parece ser una cuna de madera blanca, se inclina y con delicadeza coge en brazos al bebé que hay en el interior, arrullándolo en su pecho, me mira y sonríe acercándose nuevamente a mí.

– Quiero que conozcas a alguien –dice mostrándome al bebé.
– Elena y Kai tienen suerte, es un bebé precioso –digo, pero ella no responde.
– Cógelo en brazos –dice colocándolo en mi regazo.
– Yo… no sé si debería… –titubeo ya con el bebé entre mis brazos.

Apenas pesa, es tan pequeño y frágil, me quedo hipnótico mirando lo perfecto que es, tan inocente, tan puro y ese olor a vida que desprende.

– ¿Cómo se llama? –pregunto alzando la vista y compruebo que Violeta tiene los ojos llenos de lágrimas.
– Le puse el nombre de tu madre, Emily –dice con emoción contenida-, es tuya Nathan, es tu hija.

Una mezcla de emociones me atraviesan por dentro en el momento que pronuncia esas palabras.
¡Es mía! ¡Mi hija!
Se repiten en mi mente como un eco que no se apaga.
La miro, Emily, tan pequeña, tan quieta. No sabe quién soy y sin embargo algo dentro de mí ya la ama con la fuerza de una vida

entera.
Vuelvo a mirar a Violeta, las lágrimas ruedan por sus mejillas, la rodeo con mi brazo atrayéndola hacia mí y la abrazo con fuerza.

– Voy a ser un buen hombre para ti Violeta y un buen padre para nuestra hija –susurro mientras deposito pequeños besos en lo alto de su cabeza-, te quiero, solo dame la oportunidad de demostrarlo.

Violeta rompe en llanto y la estrecho más contra mi cuerpo, sintiéndome afortunado porque la vida me esté dando la oportunidad de poder ver crecer a mi hija y tener conmigo a la mujer que tanto amo. Mi mujer.

CAPÍTULO 39

VIOLETA

Dos semanas más tarde

No puedo creer lo rápido que se está recuperando Nathan, aunque las cicatrices marquen su rostro y su cuerpo sus heridas ya han sanado, no puedo decir que las cicatrices de su rostro le resten, sigue siendo un hombre muy atractivo, incluso diría que le dan carácter y cierto misterio.
Es increíble lo bien que se maneja con Emily, la acuna todas las noches hasta dejarla dormida, está al tanto de ella en todo momento, de cambiarla, le da el biberón y hasta le canta bajito cuando cree que no le escucho.
No puedo olvidar la primera vez que los encontré dormidos, reclinados en la silla, con Emily acurrucada sobre su pecho. La respiración de Nathan era lenta y tranquila, tenía una mano sobre la espalda de Emily y aunque la cicatriz que le cruza el brazo era visible, incluso bajo la manga, no restaba nada a la ternura del momento. Me quedé ahí un tiempo, mirándolos, sin hacer ruido, guardando la escena en mi memoria como el tesoro más valioso.
Tengo la sensación que Emily aunque tan solo tenga cuatro meses es como si percibiera que es su padre, como una conexión entre ellos más allá de las palabras y se me llena el pecho de algo cálido cada vez que les veo, algo que me recuerda que aunque hemos sufrido, podemos conseguir ser una familia.

Está anocheciendo y vuelvo a la habitación después de encargarme de varios asuntos de la comunidad durante prácticamente todo el día.
Cuando entro, me encuentro varias velas encendidas repartidas por la habitación, iluminando tenuemente la estancia. Sin esperármelo Nathan me agarra ,me vuelve hacia él y estampa su boca en la mía dejándome sin aliento mientras sus manos recorren todo mi cuerpo. Aunque compartimos habitación y cama todas las noches no hemos tenido sexo desde que volvió.

– ¿Dónde está Emily? –susurro contra sus labios.
– Con su tía Elena –dice tirando de mi camiseta-, esta noche es para nosotros.
– Nathan no sé si deberías hacer esfuerzos.
– Esfuerzo está siendo frenar el impulso de querer hacerte el amor cada noche nena.
– Me preocupa que te hagas daño.
– No te preocupes por mi nena, mejor preocúpate por no desmayarte con todo lo tengo pensado hacerte.

Me coge en brazos en un movimiento rápido y doy un pequeño gritito por la sorpresa.
Se acerca a la cama y me deja suavemente sobre ella. Desabrocha mis pantalones y me los quita, despacio, como si quisiera saborear el momento. No me pasa inadvertido el momento en el que se queda mirando mi pequeña marca que dejó la serpiente en mi muslo, levanta la vista, me mira y no dice nada pero sus ojos lo dicen todo. Continúa quitándome la ropa con detenimiento, sin prisas, hasta dejarme totalmente desnuda en la cama.
Se pone en pie para desprenderse de su ropa y me mira de arriba abajo deteniéndose en cada una de mis curvas.

– No sé cómo lo haces nena, pero incluso estás más hermosa de lo que recordaba.

Puedo notar como me sonrojo con sus palabras, por la intensidad de su mirada y ese tono de voz que se filtra en mi bajo vientre mientras

una corriente de placer recorre todo mi interior.
Repta por mi cuerpo, despacio, besando suavemente mi piel hasta llegar a mis labios y continúa con sus besos hasta dejarme sin aliento. Se separa lo justo para mirarme a los ojos y se hunde en mí, hasta quedar totalmente alojado en mi interior.

– ¡Dios mío Violeta! –susurra colocando su frente contra la mía-, te siento como la primera vez que estuvimos juntos.

NATHAN

Violeta está tan prieta, húmeda y caliente que me va costar contenerme. La he deseado cada noche desde que desperté, pero no me atrevía a dar el paso por si me rechazaba. Mi rostro y mi cuerpo han cambiado, estoy cubierto de cicatrices, mi cuerpo es un mapa de todas mis batallas y temía que le causaran repulsión, pero no ha sido así en ningún momento. Los primeros días me ayudaba a bañarme y repasaba cada línea con sus suaves manos incluso depositaba pequeños besos en cada una de mis marcas. No sé qué he hecho en esta vida para merecer esta segunda oportunidad, pero no pienso desaprovecharla.
Violeta exhala, gime y jadea, mientras la marco con mi pelvis una y otra vez, adoro esos sonidos, sobre todo cuando grita mi nombre en un gemido ahogado y hago que rodemos en la cama, quedando ella encima de mí.

– Quiero ver cómo te mueves nena –digo con voz grave.

Necesito verle sobre mí, como balancea sus caderas, como sus pechos se mecen mientras echa su cuerpo ligeramente hacia atrás, es increíblemente hermosa.
Siento como su cuerpo se tensa, sé que está lista, clavo mis manos en su cintura y bombeo con fuerza en su interior.

– ¡Aaaaah, Nathan! ¡Aaaaaaah! –gime con fuerza cuando el orgasmo le alcanza.
– Eso es nena déjate llevar –digo en una exhalación y me rindo ante ella dejándome arrastrar por el momento.

Tumbados en la cama después de haber recuperado el aliento, Violeta descansa en mi pecho, acariciando mi torso, repasando con la yema de los dedos las líneas de cada una de mis cicatrices.

– Perdóname Violeta –digo y me mira extrañada-, debí haberme quedado a tu lado en la Comunidad del Sur, la sed de venganza y culpa ha hecho que pierda este último año.
– No hagas eso Nathan –dice acariciando suavemente mi rostro-, no te culpes, ahora estamos aquí y tenemos todo el tiempo del mundo para estar juntos, pensemos en eso –sus ojos reflejan tanta compresión y cariño que mi corazón se estremece.
– Te quiero Violeta y no te puedes imaginar lo que dolía vivir sin ti, lo que dolía un mundo sin ti.
– Sigues siendo un cursi –dice con su preciosa sonrisa.
– Solo contigo nena.

FIN

EPÍLOGO

4 años más tarde.

Replican las campanas en lo alto de la capilla, los hombres se preparan con inmediatez, dirigiéndose a la puerta de entrada.

– ¿Qué es lo que ocurre? –le pregunto a Declan llegando a las grandes puertas de acero forjado que dan paso al Pazo Veracruz.
– Un intruso en un vehículo de dos ruedas se encuentra al otro lado de las puertas –responde.
– Es el comandante Tore señor –informa Ronan al verme llegar, quién iba a decir que después de todo nos íbamos a llevar bien y me iba a tratar como su superior.
– Que abran las puertas –ordeno.

Inmediatamente ejecutan mi orden, dando paso a Tore, al que sigo considerando mi hermano, aunque vivamos a muchos días de distancia nos hemos llegado a ver un par de veces al año. Enora nos ha visitado con más frecuencia, aunque creo que más bien viene a visitar a Violeta y nuestras hijas ya que se ha creado un gran vínculo entre ellas.

– Hermano –digo dándole un gran abrazo, pero cuando veo la preocupación en su rostro sé que algo no anda bien.
– No es una visita de cortesía Nathan –dice.
– ¿Qué ha ocurrido?
– Necesito tu ayuda hermano.

– De acuerdo, vayamos a la sala de reuniones y me informas.

Ya en la sala de reuniones Declan y Ronan nos dejan a solas y escucho atentamente a Tore como relata, con una mezcla de tristeza y rabia, lo que le ha ocurrido a su comunidad, Connor ha atacado la Comunidad del Sur utilizado explosivos y la ha reducido a cenizas, al igual que hizo con el castillo.

– Han muerto muchos de los míos –dice con pesar-, Connor pagará por lo que ha hecho –dice cerrando los puños con fuerza.
– ¿Cuántos de tu gente quedan aún con vida? –pregunto.
– Entre hombres, mujeres y niños casi un centenar.
– ¿Dónde se encuentran?
– En un pueblo en ruinas, a dos días de aquí.
– Debes traerlos, aquí estarán más protegidos –digo- ¿Y Enora cómo se encuentra?
– Ella y Evander están bien pero…
– ¿Pero qué?
– Enora ha ido ella sola a La Fortaleza a pedirle ayuda al comandante Logan.
– ¿¡Qué!? ¿Por qué no la has detenido?
– Por Dios santo Nathan, ya sabes cómo es Enora, no hay nada que puedas hacer cuando algo se le mete en la cabeza.
– No quiero ni imaginar si Logan se entera de que Enora ha tenido un hijo suyo y se lo ha ocultado durante estos últimos cinco años.
– Hermano, necesito saber si tú y tu gente estaríais dispuestos a luchar a nuestro lado.
– Sabes que Connor es hermano de mi mujer, ella no querrá tomar parte en esta guerra.
– No puedo reprochártelo, vosotros solos ya habéis afrontado vuestra propia guerra contra Arturo Cortés, sé perfectamente por todo lo que habéis pasado.
– No es solo eso, Violeta acaba de dar a luz a nuestra tercera hija y ha sido un parto complicado, no voy a separarme de ella, lo siento Tore el Pazo Veracruz se queda fuera de esta guerra.

– Te felicito por tu familia hermano, espero que crezca fuerte y saludable.
– Tore sabes que puedes traer a tu gente aquí y tener un nuevo comienzo –niega con la cabeza.
– Reconstruiremos la Comunidad del Sur, pero antes tenemos que acabar con Connor y para eso necesito un ejército.
– Te proporcionaré un camión repleto de armas.
– Te lo agradezco Nathan.
– ¿Has hablado con tu hermano Enzo?
– Sí, él está de camino, viene de la Comunidad del Norte, junto con un centenar de Vikingos.
– Lucha con honor hermano, pero no olvides que tu vida vale más que cualquier batalla.

Después de una breve conversación con Tore y tras haberle proporcionado un gran número de armas, me despido deseándole gloria en la batalla que está por afrontar.

Entro en nuestra preciosa casa de dos plantas donde ahora vivimos y mis dos pequeñas, Emily de cinco años y Vera de tres, vienen corriendo hacia mí, me agacho para estar a su altura y así poder abrazarlas.

– Joder Nathan –dice Elena-, tienes que dejar de preñar a tu mujer.
– Buenas tardes a ti también Elena –respondo con sarcasmo-, y deja de decir palabrotas delante de mis hijas.

Elena sigue siendo la misma, aunque ha demostrado ser una buena madre para Lucas, su hijo de cinco años, también está siendo un pilar fundamental para Violeta, es cariñosa con nuestras hijas y un gran apoyo para nosotros junto con Kai.

Me acerco a Violeta, que se encuentra sentada en el sofá, al fondo del salón, arrullando entre sus brazos a la recién llegada, Caroline. Me siento a su lado y la rodeo con mis brazos. Levanta la vista y me mira con su preciosa sonrisa, mi pecho se llena de una emoción

cálida cada vez que lo hace, sintiéndome el hombre más afortunado del planeta.

– ¿Papá, podemos salir a jugar fuera con Lucas? –pregunta Emily.
– Claro que sí pequeña –digo levantándome del sofá.
– Me los llevaré a dar un paseo –dice Elena y yo asiento con la cabeza.

Vuelvo a sentarme en el sofá cuando Elena abandona la casa junto a su hijo y nuestras dos pequeñas y puedo notar como Violeta me mira de cerca entrecerrando los ojos.

– Te conozco Nathan, hay algo que no me cuentas.

Sonrió, esta mujer no deja de sorprenderme, me conoce demasiado bien, soy como un libro abierto para ella.

– No pasa nada que no pueda controlar Violeta, tú no te preocupes por nada –digo dándole un rápido beso en los labios-, dame a la pequeña y descansa un rato.
– ¿Son piratas? –dice pasándome a la pequeña Caroline y me doy cuenta de que no lo va a dejar estar, la conozco bien.
– Se trata de tu hermano Connor –confieso y puedo notar cómo se tensa-, ha destruido la Comunidad del Sur.
– ¿Enora y Tore están bien? –pregunta con preocupación.
– Tranquila, están bien, la Comunidad del Norte está en camino, La Fortaleza también está con ellos y les he entregado armas suficientes, no te preocupes.

Ella asiente y parece relajarse cuando la rodeo con el brazo y la atraigo hacia mí para que su cabeza descanse en mi pecho, mientras que con el otro brazo sostengo a nuestra pequeña. Siento como su respiración se vuelve más pesada y susurra un te quiero antes de dormirse. Lo que siento ahora mismo es auténtica felicidad al haber llegado a ser una familia ante toda adversidad y no le puedo estar más agradecido a la vida por haberme dado esta segunda oportunidad, de poder amar a mi mujer y madre de mis hijas.

FIN

EPÍLOGO EXTRA

14 años más tarde

Voy al volante, ya estamos llegando a La Fortaleza, sentada a mi lado mi preciosa mujer Violeta, después de lo que hemos pasado y todo lo que hemos afrontado durante media vida que llevamos juntos, creo que no puedo quererla más de lo que ya la quiero.
Ella sigue preocupada y dándole vueltas a todo eso de la edad y que soy doce años menor que ella, sobre todo este año que ha cumplido cincuenta años, ni siquiera dejó que la felicitáramos por su cumpleaños y aunque el paso del tiempo se vaya notando en pequeñas arruguitas alrededor de sus ojos y su cabello se vaya cubriendo de canas para mí sigue siendo la mujer más hermosa del planeta y seguirá siendo mi única en la vida, mi compañera, mi amante, mi esposa y madre de nuestras preciosas hijas.

Me detengo ante La Fortaleza, Johnny que conduce el otro jeep se detiene detrás de mí, con él se encuentran nuestras tres hijas Emily, Vera y Caroline, los cuatro hermanos tienen un vínculo muy fuerte entre ellos, casi siempre están juntos y les encantan estas reuniones anuales. Este año se realiza aquí, en La Fortaleza, esta celebración es lo más parecido a la navidad que había antes del apagón total.
La enorme puerta de acero reforzado de La Fortaleza se abre para darnos paso y me es inevitable soltar un bufido.

– Nathan por favor, trata de ser amable con el comandante Logan –pide Violeta.
– Lo intentaré –murmuro a regañadientes.
– Pues inténtalo con ahínco Nathan, porque no quiero que este año os pongáis a discutir de nuevo.
– Es que es un arrogante y un… -Violeta levanta la mano para cortarme y que no siga hablando.
– Nathan tan solo serán un par de semanas, las niñas están emocionas por venir y poder reunirnos todos juntos.

Acaricia mi rostro instándome a que la mire, sabe bien que no puedo resistirme a sus preciosos ojos gris plata y esa caída de pestañas que tiene tan bien ensayada.

– Solo te pido que tengas paciencia –dice con una pequeña sonrisa-, además piensa que aparte de Enora también estarán Tore, Enzo y Zendaya con sus familias.
– De acuerdo Violeta, haré lo que me pides, tendré paciencia –digo y le doy beso rápido en los labios.

La verdad es que yo también estoy deseando ver a mis amigos, ya que al estar cada uno en una comunidad diferente es muy difícil coincidir todos juntos.
Aparcamos en el patio trasero como nos indican y el comandante Logan junto con Enora y sus hombres de confianza nos reciben. Enora le da un cálido abrazo a Violeta, parece haberse forjado una gran amistad entre ellas a lo largo de todos estos años. Después es mi a quién abraza y casi puedo escuchar un gruñido por parte de su marido Logan y Enora pone los ojos en blanco al separarse de mí.

– No hagas caso Nathan –dice Enora con media sonrisa-, parece que el comandante se va volviendo más gruñón con la edad.
– Te he oído princesa –dice Logan y Enora vuelve a poner los ojos en blanco.

Logan se acerca, saluda a Violeta con un asentimiento de cabeza y luego estrecha mi mano con firmeza.

Después de una ducha, la cual se alarga más de la cuenta porque soy incapaz de apartar las manos de mi mujer y de su precioso cuerpo, al cual acaricio y enjabono con delicadeza hasta hacerla mía por completo, nos dirigimos al gran salón donde se encuentran reunidos todos nuestros amigos con sus familias.
La velada transcurre en armonía y tras la cena los jóvenes se agrupan y hablan junto a la gran chimenea.
Me acerco al mueble bar y me sirvo una copa de licor que bebo de un solo trago y me sirvo otra para degustarla más lentamente mientras miro a mi alrededor, sintiéndome agradecido con la vida, por haberme dado la oportunidad de rodearme de mis seres queridos todos estos años.

– ¿Te gusta? –pregunta Logan acercándose a mí- Este año lo han dejado fermentar por más tiempo y creo que le da más cuerpo.

Me importa una mierda su licor pero las palabras de Violeta resuenan en mi cabeza como una jodida taladradora "por favor Nathan trata de ser amable", así que sonrío y asiento con la cabeza.

– No está nada mal, es un buen licor –digo de la forma más cordial de la que soy capaz ahora mismo.
– Te daré un par de cajas cuando os vayáis, sé que ha Declan le encanta ¿Por cierto, por qué no ha venido?
– Su hija Lucia ha vuelto a ser madre de nuevo y no querían viajar con un recién nacido.
– Me alegro por ellos, no hay mayor júbilo que ver venir una vida al mundo.

La risa de mi hija Emily resuena por toda la estancia y me giro a mirarla. Ella y Evander, el hijo mayor de Logan, están enfrascados en una conversación muy animada, enseguida se encienden todas mis alarmas, ese muchacho ya ronda los veinte y mi pequeña Emily acaba de cumplir diecinueve. Por si fuera poco, el otro hijo de Logan, Landon, también ríe a carcajada con mis otras dos hijas, Vera de diecisiete y Caroline de catorce. Landon es muy joven todavía,

aunque pensándolo bien yo también era muy joven cuando conocí a Violeta y eso jamás me detuvo.

– ¡Joder! –mascullo.
– ¿Has dicho algo? –pregunta Logan que continúa a mi lado.
– Sí, quiero que apartes a tus hijos de mis hijas Logan –digo de forma contundente.

Logan se gira a mirarlos unos segundos y enseguida vuelve a dirigir su atención en mí.

– ¿De qué diablos estás hablando Nathan?
– Sabes perfectamente de lo que hablo Logan, tus hijos y mis hijas, eso no va a pasar, por encima de mi cadáver.

Logan emite una sonora carcajada y palmea mi hombro con confianza.

– Son jóvenes, déjales que disfruten de la vida –dice tratando de calmar su risa-, además yo no tengo la culpa de que tan solo sepas hacer niñas Nathan.

Cierro los puños con fuerza haciendo un gran ejercicio de contención para no partirle la cara ahora mismo mientras me sacudo su mano de mi hombro.

– ¿Lo están pasando bien caballeros? –pregunta Enora acercándose junto con Violeta, que me lanza una mirada de advertencia, ha debido darse cuenta de lo tenso que estoy.
– Sí, lo pasamos bien ¿Verdad Nathan? –pregunta Logan de forma irónica y yo aprieto aún más los puños.

Violeta agarra mi brazo con una mano y la otra mano la pasa por mi espalda en forma de caricia. Sé perfectamente que me está pidiendo que me calme con solo ese gesto y respiro profundo para tratar de hacerlo cuando Victoria, la hija pequeña de Logan y Enora se acerca a nosotros.

– Mamá –dice dirigiéndose a Enora-, voy a salir a pasear con Johnny, quiero enseñarle la arboleda.
– Muy bien hija, pero no estéis mucho tiempo, ya se ha hecho de noche y seguro que refresca.
– De acuerdo mamá –dice dándole un beso en la mejilla a su madre y se aleja.
– ¿De qué Johnny está hablando? –le pregunta Logan a su esposa.
– Johnny el hijo de Violeta –dice haciendo un gesto con la mano en dirección a la hermosa mujer que tengo a mi lado. Mi esposa.

Logan gira la cabeza, me mira entrecerrando los ojos y con un gesto en su rostro de pocos amigos.

– ¿Se puede saber cuántos años tiene Johnny? –pregunta.
– Los mismos que tengo yo –respondo con una gran sonrisa-, treinta y ocho años.
– ¡Pero qué demonios! –maldice Logan tensándose de pies a cabeza.
– ¿Qué ocurre Logan? –pregunta Enora.
– No quiero a ese hombre cerca de mi hija, Enora, le dobla la edad.
– ¿Pero de qué estás hablando Logan? –inquiere Enora- Tan solo han ido a pasear.
– ¿Qué sucede Logan? –digo con sarcasmo- ¿Te acabas de acordar de que tú también sabes hacer niñas?
– ¡Maldita sea! –dice entre dientes con los puños apretados y se aleja soltando una recua de maldiciones, caminando hacia la puerta por donde hace tan solo un momento había salido su hija Victoria.

Enora no tarda en disculparse e ir tras su marido mientras río y me vuelvo hacia mi mujer que me mira con desapruebo.

– ¿Qué? –pregunto divertido.
– No tiene gracia Nathan –dice en forma de regañina.
– Tienes que reconocer que un poquito sí que la tiene –digo rodeando su cintura con mis brazos.

VIOLETA

No puedo enfadarme con él, está muy guapo cuando sonríe, nunca me cansaré de esa sonrisa que tanto me gusta y tanto me afecta, me agarra de la cintura y deposita un suave beso en mis labios.
He tenido la suerte que la vida lo pusiera en mi camino, un hombre íntegro, cariñoso y un buen padre. Nunca ha dudado ni un solo momento de lo nuestro, nunca se ha dado por vencido conmigo, aún con mi reticencia por la diferencia de edad, jamás le ha importado que sea mayor, me quiso desde un principio con una gran intensidad que siempre me hace estremecer en cada momento, me ha hecho sentir deseada y única en la vida. Siempre fiel, mi protector, mi amor, mi compañero de vida. Lo amo y lo amaré por siempre, por el resto de mis días.

– Te quiero Nathan, eres mi siempre sin final, mi refugio y jamás dejaré de amarte –susurro mirando sus increíbles ojos azul cielo.
– ¿Siempre eres así de cursi? –pregunta divertido.
– Solo contigo nene.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Te agradezco a ti lector por haber llegado hasta aquí. Deseo que hayas disfrutado de la historia de NATHAN, tanto como yo he disfrutado creándola.

Gracias a mi marido, por hacer la primera revisión del manuscrito, por su inconmesurable paciencia y su ayuda en la maquetación.
Mi gran amor, mi compañero de vida y guía de inspiración.
Te quiero Nicky.

Gracias a mi amiga Irene, por sus consejos y animarme a no censurarme a mí misma.

Gracias a mi dos locas maravillosas, Patricia Ibáñez y Marina Santana, por su entusiasmo y darme la oportunidad de dar a conocer la historia de Enora y Logan.

Quiero dar las gracias también a las chicas Douglas, que han formado parte en una gran etapa en mi vida (Mari, María Jesús, Maru, Patricia, Toñi, Maribel y Olga), muchas gracias por vuestro apoyo, sois increíbles.

También quiero dar las gracias a mi familia, sobre todo al maravilloso grupo de solo chicas por su entusiasmo, apoyo y confianza en mí y en este proyecto del que tanto he disfrutado y tan importante es para mí.

Gracias a la extraordinaria y fascinante comunidad de booktok, en especial a:

- Mimamifriki-marinabooks
- Tatibook
- Susana AM
- Beatriz
- Melaniabooks
- Mai
- Lur
- Vanbooks
- ToxiM
- Andrea
- Carmen
- Evabooks
- Belén
- Elvirabooks